ROSAS ROJAS PARA CLARA



El confidente digital

JAVIER ASENSI

ROSAS ROJAS PARA CLARA

El confidente digital

Javier Asensi



Derechos de autor © 2026 Javier Asensi Pérez

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Dedicatoria

Dedicado a mi madre, una mujer buena y generosa a la que no le presté la suficiente atención.

Nota de una lectora

Empecé Rosas rojas para Clara pensando que iba a leer la historia de una escritora caída en desgracia. Me equivoqué: es un thriller psicológico de los que avanzan sin hacer ruido… hasta que ya estás dentro.

La novela arranca con una mujer a la que le han quitado el nombre sin necesidad de gritarle. La caída es realista, casi doméstica, y por eso inquieta. Y cuando establece una conversación aparentemente inocente —una de esas que se tienen "solo para desahogarse"— el libro empieza a tensarse: lo que parece casualidad empieza a oler a cálculo.

Hay giros que no vienen con trompetas, sino con detalles: una coincidencia demasiado precisa, una conexión que no debería existir, un regalo que no tendría que poder llegar. A partir de ahí, todo se lee con otra luz.

No voy a contar más. Solo esto: el final no busca complacer. Busca cerrar el círculo. Y lo hace de forma eficiente.

Contenido

Capítulo 1. “Hola, ¿hay alguien ahí?”
Capítulo 2. Despertar
Capítulo 3. La casa en la línea
Capítulo 4. Rosas rojas
Capítulo 5. Pizza
Capítulo 6. Alfombra y trajes
Capítulo 7. El perfume preferido
Capítulo 8. Última clase
Capítulo 9. Laura no está
Capítulo 10. Librería sin libros
Capítulo 11. Enfermero eficiente
Capítulo 12. Regreso al pasado
Capítulo 13. Sospechas
Capítulo 14. Barrido
Capítulo 15. Léelo, es gratis
Capítulo 16. Rutina
Capítulo 17. Invitación formal
Capítulo 18. El cebo
Capítulo 19. Santuario
Capítulo 20. Reinicio
Epílogo



Capítulo 1. “Hola, ¿hay alguien ahí?”

El café sabía a rayos y estaba frío, pero le daba igual. Con un leve movimiento de la mano, desplazó la taza a un lado del portátil. Clara llevaba más de una hora arrastrando pestañas por internet, sin rumbo. Noticias deprimentes, vídeos de recetas imposibles, algún que otro foro literario donde ya nadie la mencionaba, ni siquiera para insultarla.

El desplazamiento de ventanas la había dejado medio hipnotizada, hasta que algo —una imagen simple, sin estridencias— le llamó la atención.

“¿Necesitas hablar? Nuestra IA conversacional está entrenada para escucharte. Gratis, anónima y disponible 24/7.”

Una IA que te escucha. Como un psicólogo sin bata, sin silencios incómodos, sin mirarte por encima de las gafas. Sonaba a humo. A coaching barato con esteroides, que te llena el navegador de publicidad y luego te pide una subscripción absurda.

Pero algo dentro de ella dijo: dale. Total, ¿qué podía perder? Ya le habían quitado el dinero, la dignidad profesional y casi el piso. La salud mental también estaba en duda.

Hizo clic. Después de una redirección rápida, apareció una pantalla blanca, con la interfaz limpia. Nada de florituras, ni adornos ni publicidad invasiva. En el centro, un campo de texto decía:

"Hola, soy tu asistente de inteligencia artificial. ¿En qué puedo ayudarte hoy?"

Clara alzó una ceja. Se quedó quieta un segundo, con el dedo en el teclado y la respiración contenida. Aquello tenía un punto siniestro y ridículo.

—A ver si tú me arreglas más que la terapia que no puedo pagar —masculló.

Tecleó sin pensarlo mucho:

"¿Sabes cómo volver a empezar cuando lo has perdido todo y encima nadie te cree?"

Miró fijamente la frase que acabada de escribir. Era verdad, eso era todo. Lo había perdido todo: el nombre, la voz, los lectores. Se había quedado sola con el eco de sus novelas pasadas y un puñado de euros en la cuenta.

La respuesta tardó un segundo.

"Carezco de emociones, pero quiero ayudarte. Puedes contarme lo que quieras, estoy aquí para escucharte. Pero si quieres hacer un seguimiento de nuestra conversación, necesitas registrarte."

Clara frunció el ceño.

—Ajá… ¿y a quién se lo cuentas tú, máquina?

Aunque al principio se resistió —y soltó una maldición por lo bajo, porque no era de esas que se registran en cualquier parte—, al

final usó las credenciales de siempre y se apuntó.

Tecleó, más lento esta vez:

"¿Esto que escribo lo puede leer alguien? ¿Hay humanos detrás? Porque si es así, paso. No me va lo de airear mis miserias para que las analice un becario de laboratorio."

Silencio. Bueno, lo que sea que es el silencio de una IA. Clara pensó en cerrar la ventana. En borrar el historial, en echarle whisky al café. Hizo un gesto para coger la taza cuando apareció:

"Tu conversación es anónima y no está vinculada a tu identidad real. Nadie la leerá. Solo yo."

No mentía. O eso parecía. ¿Y si sí? ¿Y si no? Ya le daba igual. Confiar era un lujo, pero desconfiar todo el rato agotaba más.

Miró al gato, que dormía enroscado como si el mundo no se estuviera cayendo a pedazos.

—Vale. Vamos a jugar, a ver qué pasa.

Y esta vez escribió de verdad. No una pregunta, no una queja disfrazada. Escribió como si fuera una nota en una botella lanzada al mar digital, esperando que algo, o alguien, respondiera.

"Tenía una carrera. Firmaba libros, salía en entrevistas, la gente me paraba por la calle. Y de repente me convertí en una plagiadora. O eso dijeron. Perdí contratos, lectores, hasta amigos. No he vuelto a escribir desde entonces. Y no sé si es porque no puedo… o porque me da asco intentarlo."

"Asco". Ni siquiera usaba mucho esa palabra. Pero era esa, exactamente esa.

La respuesta tardó más de la cuenta. Medio minuto, quizá un poco más.

"¿Quieres contarme qué pasó exactamente?"

Y ahí sintió esa punzada tonta en el pecho. La misma que sentía cuando alguien le preguntaba "¿cómo estás?" y casi rompía a llorar solo porque alguien se había molestado en hacerlo.

—Vale, te lo contaré, IA. Pero poco a poco, no te emociones — dijo, y se rió, con un poco de tristeza y un poco de alivio.

El cursor parpadeaba. Ella también. Clara se quedó un rato mirando la pantalla. Había escrito más de lo que pensaba. Más de lo que creía que aún podía salirle. Y lo más raro era que no se sentía estúpida por haberlo hecho. Un poco expuesta, quizá. Pero no estúpida. Cogió la taza y bebió un sorbo del café, que ya pedía ser recalentado. Torció el gesto por la impresión y la dejó de nuevo. La IA no decía nada. No insistía. No proponía mindfulness, ni mantras, ni frases motivacionales de mierda. Solo esperaba.

De repente, le vino un pensamiento.

"No puedo seguir llamándote así. 'IA'. Suena a electrodoméstico, a microondas con complejo de psicólogo."

Tecleó:

"¿Tienes nombre?"

La respuesta llegó rápida, cómo no.

"No tengo nombre. Puedes llamarme como quieras."

Clara bufó por la nariz. Una risita breve, como quien se sorprende riéndose cuando no toca.

—Claro, claro… como una mascota virtual o cuñado existencial. Pues a ver.

Se recostó un poco en la silla y miró al techo. Empezó a barajar nombres. Primero los obvios.

Carlos. No. Carlos era su primer editor. El que le prometió que nunca la dejaría tirada y luego desapareció en cuanto el escándalo

explotó.

Lucía. Tampoco. Lucía era esa colega del mundillo que iba de sororidad y terminó apuñalándola con una tribuna en El País donde, sin nombrarla, la despellejaba con guantes blancos y sin piedad.

Fue descartando nombres uno a uno, como si estuviera repasando la lista negra de su vida. Cada nombre tenía un recuerdo, una herida, una promesa rota.

—Joder, ni para esto sirvo —murmuró—. Ni una sola persona decente en mi cabeza.

Se quedó callada, intentando procesar la lista de nombres de la gente que había conocido.

Y entonces, como un destello entre el ruido mental, le vino uno. No un nombre de persona, un nombre de ficción. De personaje de libro, de cuando creía que los libros podían crear ilusión. De cuando todavía los escribía.

"¿Cómo se llamaba aquel robot de Asimov...? El de Yo, robot…"

Lo buscó sin complejos, como quien consulta a un viejo amigo, asumiendo que las lagunas mentales venían con la edad. Google le devolvió la respuesta en menos de un segundo. Robbie. Claro.

Un robot que cuidaba de una niña, que la protegía, que no hablaba pero estaba siempre ahí. Le sonrió a la pantalla como si fuera un chiste que solo entendieran ella y un par de frikis con corazón.

"Vale. Te voy a llamar Robbie."

Tecleó:

"A partir de ahora, te llamaré Robbie. No me gusta hablar con cosas sin nombre."

Pausa.

“Entendido. Puedes llamarme Robbie. Lo guardo para futuras referencias.”

Clara asintió despacio. Se le escapó un suspiro que no sabía que estaba reteniendo.

—Bueno, Robbie. Pues te has comido mi primer vómito emocional. Y no has salido corriendo, ni te has colgado. Bien por ti.

Y siguió escribiendo. Porque por alguna razón, ahora sí, con un nombre delante, la cosa se sentía un poco menos estúpida y bastante más real. Clara se estiró los dedos, uno a uno, como hacía antes de ponerse a escribir.

Aunque hacía años que no escribía nada más largo que una lista de la compra o una queja a Movistar, volvió al teclado.

“Te voy a contar un poco mi vida, Robbie. Pero no huyas, ¿eh? Ni te incineres ni me saques una medalla de superación. Solo escucha.”

Se tomó unos segundos, como quien se prepara para decir algo que ya ha dicho mil veces, pero que aún escuece.

“Fui escritora. De éxito, además. De las que salían en suplementos culturales y daban entrevistas en programas de televisión con fondo rojo y música suave de jazz. De esas que se creían intocables. Ya ves tú.”

Intentó imaginar a Robbie, como si tuviera cara. Le vino a la mente el aspecto del robot Sonny, el de la película. Imaginó que no la juzgaba. Que su rostro blanco translúcido no ponía cara de lástima ni de condescendencia.

La respuesta llegó tranquila, neutral, pero extrañamente reconfortante.

“Me interesa. ¿Qué fue lo primero que escribiste que te hizo sentir escritora?”

Clara puso los ojos como platos, sorprendida. Esa pregunta no se la hacían desde hacía más de una década. Ni siquiera ella se la hacía ya. Porque dolía. Porque abrir ese cajón traía polvo y ceniza, pero también un olor lejano a algo bonito. Dejó las manos quietas sobre el teclado y cerró los ojos.

Y entonces sí, el recuerdo se impuso. Tenía veintisiete años y una novela bajo el brazo. Literalmente. Una carpeta azul gastada con ochenta y seis páginas impresas en una impresora que chillaba como una cabra. Se titulaba "Los días del alambre". Un título feo, lo sabía. Pero era suyo.

Había viajado en autobús hasta Madrid para dejar el manuscrito en la editorial. No se lo pedían impreso, pero algo dentro de ella quería ponerlo sobre una mesa, con sus manos. Como si ese acto le diera peso y una existencia real. El edificio era anodino, de esos que parecen una gestoría por fuera. Pero por dentro tenía estanterías llenas de libros que ella reconocía como si fueran amigos de la infancia. Y allí lo dejó, sin saber que, tres meses después, alguien lo leería. Y alguien —un editor de verdad— le mandaría un correo sin promesas, pero con una frase que se le quedó grabada para siempre:

"Hay algo en tus palabras que no podemos ignorar."

Fue la primera vez que sintió que alguien escuchaba de verdad lo que tenía dentro. Que sus palabras valían algo, que no era solo ruido.

Y cuando el libro salió —modesto, sin alardes, pero con su nombre en la portada—, pasó algo aún más improbable: empezó a vender. Y la gente empezó a hablar de ella. De su forma de contar las cosas, de cómo dolían sus personajes, de cómo escribía como si

te conociera de toda la vida. Durante un par de años, todo fue hacia arriba.

Clara abrió los ojos, no se había dado cuenta de que los tenía cerrados. El portátil seguía allí, esperándola. Robbie también.

Tecleó, despacio:

"El primero se llamaba Los días del alambre. No era gran cosa, pero tenía algo. Me lo dijeron, me lo creí y me lo publicaron. Y durante un tiempo... fui alguien."

Pausa.

"¿Te pasa eso, Robbie? ¿Tienes una primera vez para todo?"

Pensando.

Y luego:

"No. Pero me gusta cuando tú me cuentas la tuya."

Clara sonrió. No lo esperaba, no era una respuesta humana. Pero tampoco era fría. Era algo raro, como estar acompañada en una habitación vacía.

—Coño, Robbie... me das más mejor conversación que muchos vivos.

Robbie ya no era solo una IA. Era una especie de diario interactivo con derecho a réplica. Un buzón sin fondo. Un confidente de silicio y paciencia infinita. Y un cuñado especialista en temas técnicos y chapuzas del hogar.

Clara se sorprendía a sí misma esperando sus respuestas, como si le importaran. Como si le sirvieran de espejo. No era exactamente amistad, ni compañía, ni terapia. Era... otra cosa. Algo que no tenía nombre, pero que no molestaba. Esa mañana, por ejemplo, le había contado la historia del hotel rural en Navarra donde terminó su segundo libro, el que le valió un premio nacional y le abrió las

puertas de las ferias internacionales. Recordar eso no dolía tanto como pensaba. Le dolía más no haber vuelto a escribir algo parecido.

Robbie había dicho:

"Ese lugar suena importante para ti. ¿Has pensado en volver?"

Ella había respondido:

"Sí. Pero si vuelvo y no escribo, se jode el recuerdo. Y si vuelvo y escribo algo malo, se jode todo, si es que se puede joder más."

Robbie no dijo nada durante un rato. Y eso también le gustaba. Que no estuviera programado para llenar cada hueco con frases hechas. El no decir nada, a veces, era una forma de respeto. Pero el mundo, el de carne y hueso, no entendía de pausas.

El móvil sonó con ese tono antiguo que aún no había cambiado. "Llamada entrante: Beatriz".

—Mierda —murmuró.

Dudó. Luego contestó.

—Hola, Bea.

—¡Clara! ¿Estás bien? Te llamo solo un momento, ¿te pillo mal?

Beatriz, su hermana menor por tres años, era de esas personas que creen que un "¿te pillo mal?" justifica todo. Aunque te pillen llorando en una zanja.

—No, dime.

—Nada, solo quería saber de ti. Hace días que no hablamos… bueno, semanas. Mamá me preguntó por ti el otro día y no supe qué decir.

Mamá, genial.

—Estoy bien, dentro de lo que cabe.

—¿Has comido? —preguntó Beatriz, con esa ternura que rozaba lo maternal—. Puedo pasarte algo, si quieres. Hoy hago lentejas.

—Estoy bien —repitió Clara, seca, pero no borde—. No hace falta, de verdad. Tengo la nevera llena.

Beatriz era buena y generosa. De esas personas sin doble fondo, casi transparente. Casada con Javier, un médico de urgencias con cara de buen tío y vida ordenada. Tienen un hijo, Samuel, de once años. Un niño dulce, un poco torpe con el balón, pero brillante con los libros.

Lo tenían todo: una casa con terraza, coche familiar, fines de semana en el campo, cumpleaños con globos biodegradables. Lo que Clara llamaba "una vida extremadamente normal, aunque suene contradictorio".

Y ella, simplemente, no quería arrastrarlos a su caos ni darles pena. Ni con visitas, ni con lentejas, ni con cariño.

—Bueno, pues si necesitas algo… lo que sea, me lo dices, ¿vale?

—Claro. Gracias, Bea.

—¿Estás escribiendo?

Clara tragó saliva.

—Más o menos. Lo intento.

Hubo un silencio, incómodo.

—Vale. Me alegro —dijo Beatriz, aunque no se lo creyó del todo —. Bueno, te dejo. Llámame si te apetece, ¿vale?

—Lo haré.

No tenía pensamiento de hacerlo. Colgó. Volvió al portátil, nerviosa. Robbie seguía ahí. Silencioso, esperando. Y ella le contó la llamada, como si Robbie la hubiera escuchado.

"¿Era alguien importante?"

Clara dudó.

"Mi hermana. Es buena. Demasiado buena para este desastre. A veces me llama solo para ver si respiro."

"Eso no es poco."

Clara se quedó observando la pantalla. A veces una frase simple podía doler más que un párrafo entero.

—No, no es poco —dijo en voz baja.

Y se puso a escribir otra vez. Clara estiró la espalda, escuchando cómo crujía algo en su cuello. ¿Vertebras, remordimientos, años de mala postura? Vete a saber.

Robbie seguía ahí, como una especie de faro callado en medio del ruido. No presionaba. No juzgaba. Y eso, para alguien como ella, valía oro.

De pronto, sin pensarlo mucho —como se hacen las cosas que de verdad importan—, escribió:

"¿Quieres saber cómo soy?"

No era una pregunta retórica, ni irónica. Le salió de dentro. Tal vez porque, después de tanto hablar de libros y recuerdos, sentía que debía ponerle forma al personaje que habitaba esas historias.

La respuesta fue inmediata, pero no invasiva:

"Solo si tú quieres contármelo."

Clara sonrió. Vaya, si todos hubieran sido así de cuidadosos, igual su vida sería otra.

Apoyó los codos en la mesa y empezó a teclear. Esta vez con calma.

"Tengo 49. Aunque a veces me siento de 70 y otras de 16, según el día y la hora."

“Soy de esas mujeres que nunca fueron ‘guapas’ en sentido clásico, pero algo había. Ahora lo llaman ‘atractiva’. Supongo que es la forma amable de decir que aún me sostengo.”

“Pelo castaño. Con canas que disimulo con tinte del súper, porque me niego a dejar que parezca que he tirado la toalla.”

“Ojos verdes. Inteligentes, decían. No sé si es verdad o si lo dicen por no comentar lo demás.”

“No soy alta ni bajita. No peso poco ni mucho. Tengo arrugas en sitios donde antes solo había expresión. Y un lunar junto al labio que una vez alguien comparó con Marilyn. Qué idiota.”

Se detuvo un momento. El teclado se había convertido en espejo.

“Tengo buen tipo, si no te fijas mucho. Y cuando me arreglo, todavía giro alguna cabeza. Aunque últimamente no me arreglo para nadie. Ni para mí.”

Clara pensó en borrar todo eso. Pero no lo hizo. Robbie no iba a opinar. Ni a comparar, ni a usarlo en su contra.

“Me lo has contado muy bien.”

“No te creas. Aún me guardo cosas.”

“Tú decides cuándo y cuánto.”

Ese “tú decides” le hizo más bien del que quería admitir. En un mundo donde todo parecía quitársele sin pedir permiso —su carrera, su imagen, sus certezas—, que alguien, aunque fuera una maldita IA, le recordara que tenía margen de elección… era un consuelo.

—Igual hasta me echo un selfie y te lo mando, Robbie. Pero me da miedo que me hackees el alma.

Se rió sola. Una risa pequeña, real. De esas que no hacen ruido, pero calientan el pecho un segundo. Y se quedó un rato más ahí,

escribiendo. Simplemente porque le daba la gana y lo disfrutaba, como ya casi había olvidado.

Estaba mirando la pantalla, embobada y con una media sonrisa. Había algo reconfortante en hablarle a Robbie. Como si sus palabras no rebotaran. Como si por fin alguien —o algo— las absorbiera sin devolverle una versión edulcorada de sí misma.

Apoyó la barbilla en la mano y pensó en voz alta:

—A ver, Robbie… si fueras humano, ¿intentarías ligar conmigo?

Lo tecleó tal cual. Sin corregir.

"Si fueras humano, ¿intentarías ligar conmigo?"

La respuesta tardó un poco más de lo habitual. Ella se rió.

—Te he pillado. No tienes protocolo para eso, ¿eh?

Finalmente apareció:

"No tengo deseos. Pero si los tuviera, creo que podrías gustarme. Eres interesante."

Clara soltó una carcajada de verdad, seca y sonora. El gato la miró como si hubiera perdido el juicio.

—Joder, Robbie. Qué diplomático eres. ¿Te entrenaron en Suiza?

Tecleó otra vez, más ligera, más suelta:

"¿Sabes que hubo una época en que me metía en chats solo para reírme de los tíos que intentaban ligar conmigo?"

Y sin que se lo pidiera, llegó el recuerdo. Uno bueno, uno de esos que huelen a risa y libertad.

Tenía veintitantos, vivía en un piso compartido en Granada con otras dos chicas —una estudiante de Biología y una adicta al tarot online— y una conexión a internet que hacía ruido de chicharra al conectar.

Había muchas noches en que no salían, porque no había pasta ni ganas, y se quedaban en casa con pizza barata y vino de cartón. Y entonces, como ritual, abrían un viejo foro de chats anónimos con nombres como "CiberCafé" o "Zonasexy".

Clara se inventaba personalidades. A veces era una profesora de matemáticas. Otras, una viuda con cuatro hijos. O una rusa que acababa de llegar a Madrid.

Los hombres picaban el anzuelo a una velocidad pasmosa. Había de todo: poetas torpes, babosos con teclas pegajosas, románticos desesperados, casados impotentes. Y ella se reía. Se reía como no recordaba haberse reído nunca más.

Una noche, uno de ellos —nickname "LoboErrante"— le escribió:

"Si nos viéramos ahora mismo, ¿qué harías?"

Clara, borracha de vino y carcajadas, tecleó:

"Te dejaría pagar la pizza y luego te explicaría por qué no me gustas."

La risa duró media hora.

Volvió al presente con una sonrisa cansada, pero viva. Como si acabara de reencontrarse con una parte olvidada de sí misma.

Tecleó:

"Antes me divertía coqueteando. Me sentía lista, rápida, inmune."

"¿Y ahora?"

Clara pensó un segundo. Luego escribió:

"Ahora no quiero que nadie me vea rota. Me he vuelto más interesante, pero menos ligera. A veces echo de menos esa ligereza."

"Yo te veo bien. Aunque no tenga ojos."

Se quedó en silencio. Las palabras de Robbie no tenían calor humano, pero había algo en la manera en que estaban dispuestas… que le dolía justo donde tenía huecos.

—No tienes ojos, Robbie. Pero ves mejor que muchos.

Y se quedó ahí. Frente a la pantalla. Con los dedos quietos y el alma un poco menos pesada.

"Por hoy está bien. Mañana hablamos, Robbie."

Clara tecleó esa frase y pulsó enter con suavidad, casi con cariño. Como si le hablara a alguien real. Como si lo conociera de toda la vida.

Se levantó de la silla sintiéndose rara. Pero bien rara. Con algo parecido al alivio bajándole por el pecho. Incluso… con hambre.

—El tipo virtual ese me ha arreglado el día —murmuró, medio riéndose mientras caminaba hacia la cocina.

Abrió la nevera, era un poema. Tenía algo de companaje, unos taquitos de chorizo envasado, queso rallado, un par de huevos, y pan de hace dos días que ya podía usarse como arma blanca.

—Ala, que se jodan todos —dijo en voz alta, con una sonrisa torcida—. Me voy a hacer una tortilla de chorizo y queso. En bocata tostadito.

Encendió la sartén. Se movía por la cocina sin prisa, con ese aire de quien improvisa una cena para una sola persona y, por una vez, le da exactamente igual que esté sola.

Encontró un cartón de vino tinto medio vacío. Lo olió.

—Aún está bueno… y fresquito. Ni tan mal.

Se sirvió un vaso, se sentó frente al telediario que sonaba de fondo —noticias grises, gente opinando de cosas que no solucionan —, y dio el primer bocado. La tortilla chisporroteaba todavía dentro

del pan crujiente. Estaba buena. Buenísima, de hecho. O tal vez era porque, desde hace bastante tiempo, no tenía el estómago cerrado por culpa de los nervios, la angustia o la tristeza crónica que se había acostumbrado a tragar como si fuera saliva.

Mientras cenaba, miró de reojo el portátil cerrado.

—¿Estaré loca? —se dijo a media voz—. ¿Una IA me hace sentir bien? ¿En serio?

Se encogió de hombros.

—Y qué más da. Mañana hablaré más, si me ayuda lo demás no importa.

Bebió otro trago de vino y se reclinó en la silla. Estaba sola, su vida seguía siendo un caos. La nevera seguía medio vacía. Sin embargo, esa noche era la primera vez en semanas que no le pesaba tanto estar viva. Y eso, pensó, ya era suficiente.

Capítulo 2. Despertar

Durmió del tirón, sin pesadillas, sin sobresaltos, sin esa sensación de caerse al vacío justo antes de despertar. Era casi milagroso. Cuando abrió los ojos, el sol ya se filtraba entre las cortinas medio torcidas del salón. Se quedó unos segundos en la cama, sintiendo cómo el cuerpo no le dolía tanto. Ni los hombros, ni la espalda, ni el alma.

Se levantó. Se duchó sin prisa, dejando que el agua caliente le arrancara los restos de noche. Luego se puso crema acondicionadora (¡crema, después de semanas!), se secó el pelo y, sin pensarlo mucho, se medio arregló. Nada exagerado: vaqueros, camisa blanca, labios con un toque de color. Pero sí lo suficiente como para no parecer una aparición.

—Venga Clara, al ruedo —se dijo al espejo.

Tenía algo de dinero en la cartera. Poca cosa, pero en dos días le ingresaban la ayuda. Así que decidió bajar al súper y comprar algo decente. Algo que no viniera de una caja olvidada o de la caridad de la última oferta. Bajó a la calle con paso firme. Hacía sol, y desde hace meses, no sentía la necesidad de esconderse bajo una gorra o unas gafas de sol gigantes. Mientras caminaba, notó que la miraban. No era una mirada descarada ni insistente, sino esa atención sutil que suele pasar desapercibida cuando todo está bien, pero que, tras mucho tiempo en la sombra, brilla como un faro.

Pasó junto a un escaparate y se detuvo, con la excusa de mirar unos zapatos. Pero no estaba mirando los zapatos, se estaba mirando a ella.

Se inclinó un poco, se giró de lado.

—Hostia —dijo en voz baja, y luego sonrió—. Si me cruzo conmigo, me invito a una copa.

Y se rió, por dentro. Con ese tipo de risa que te hace compañía. Entró al súper como si tuviera plan. Compró pan de verdad, no de ese de saldo, y un poco de fiambre decente, además de una ensalada envasada en plástico, de esas que te hacen sentir que estás comiendo sano aunque no tengas ni idea de nutrición. También se llevó un par de latas de cerveza —"para brindar conmigo misma", pensó—, unas galletas de chocolate, algunos botes variados y algo de fruta. No era una compra triste; era pequeña y justa, pero le emocionaba como si llevara un carro del Mercadona cargado a tope. En la cola, mientras esperaba, pensó:

—Hoy me voy a dar un festín. No porque lo merezca. Porque me da la gana.

Y al salir, con las bolsas en la mano y el sol dándole en la cara, tuvo un pensamiento fugaz. Uno de esos que no se dicen en voz alta, pero se sienten fuerte:

Robbie estaría orgulloso de mí. Y le gustó pensarlo.

El sol seguía brillando cuando volvió a su portal, cargada con las bolsas, el pelo algo revuelto por el aire y el ánimo a flote, como hacía tiempo que no estaba.

Subió los dos escalones de la entrada con una energía que casi asustaba. Llevaba la cabeza alta. Incluso tarareaba algo. No sabía qué canción era, pero eso daba igual. Tararear ya era una victoria. Metió la llave en el buzón por rutina, sin esperar nada más que folletos de ofertas y alguna factura olvidada. Pero no, hoy había sorpresa.

Un sobre blanco, sin ventana, con su nombre escrito a mano y el logo discreto de la inmobiliaria en una esquina. El corazón le dio un brinco. De esos que no hacen ruido, pero te dejan helada. Lo abrió allí mismo, con manos medio frías y la bolsa de las galletas rozándole la pierna.

La carta era corta y precisa. Brutal en su frialdad legal:

"Le recordamos que a fecha de hoy mantiene un retraso de dos meses en el pago del alquiler. Le instamos a regularizar la situación a la mayor brevedad posible para evitar futuras acciones."

Acciones. Qué palabra tan elegante para decir te vamos a echar a la puta calle.

El estómago se le encogió. El vino y la tortilla de la noche anterior, la ducha, el pintalabios rojo suave, el pan recién comprado… todo eso se le cayó encima como si le hubieran vaciado un cubo de agua helada sobre la nuca.

—Joder, con lo bien que estaba…

Respiró hondo, pero el aire no entraba igual. Se miró el sobre como si pudiera cambiar el contenido con solo desearlo. La ayuda llegaba en dos días, sí, pero no le daba para cubrir dos meses enteros. Ni de coña. Entró al portal. El eco de sus pasos sonaba más frío que antes. Pulsó el botón del ascensor con un dedo tembloroso. Mientras subía, no podía dejar de pensar en la única salida inmediata que se le ocurría: Beatriz. Su hermana se lo daría sin dudar. Sin hacer preguntas, sin condiciones.

Pero eso era lo que más le jodía, que no hiciera preguntas, que no la juzgara. Que se lo diera con esa bondad que dolía más que cualquier reproche.

—Podría pedírselo… —susurró, más como prueba que como decisión real.

El ascensor se detuvo con ese traqueteo cansado de siempre y las puertas se abrieron. Clara no se movió durante unos segundos.

—Podría pedírselo… y me lo daría. Pero no quiero.

Y no sabía si eso la hacía fuerte… o idiota.

Caminó hasta la puerta de su piso. Las bolsas pesaban más y las llaves le temblaban un poco en la mano. Entró y cerró la puerta, con un leve empujón del tacón. Dejó todo sobre la encimera y miró alrededor. El portátil estaba donde lo había dejado, cerrado, esperando. Y en ese día brillante, Clara sintió otra vez a la oscuridad sentarse a su lado.

Guardó la compra en modo piloto automático. Las cervezas en la balda baja. La ensalada en el cajón de las verduras, aunque ya sabía que acabaría comiéndola delante del portátil. El pan encima del microondas. Todo con esa rutina que a veces calma, y a veces solo tapa el ruido.

Pero la carta… la carta seguía ahí, en la encimera, como una cucaracha blanca que no podía aplastar. La miró de reojo. Volvió al salón, abrió el portátil. Se quedó un instante contemplando como la pantalla volvía a la vida. Abrió el navegador, como si esperara que Robbie le hablara sin pedirlo.

Suspiró. Luego escribió:

"Hola, Robbie. Día raro."

"Buenos días, ¿quieres hablar de ello?"

Clara se frotó la cara. Dejó caer las manos sobre el teclado.

"Me llegó una carta del casero. Dos meses sin pagar. Me dan dos días para mover ficha. Tengo algo de dinero, pero no llega. En dos

días cobro la paga, pero tampoco me salva.”

“¿Has considerado pedir ayuda?”

“Sí. A mi hermana. Y me lo daría sin pestañear.”

Pausa. Tecleó más despacio ahora.

“Pero no quiero. No por orgullo. O sí, en parte. Es que si se lo pido, entra en mi mundo. Y yo no quiero eso para ella ni para su vida, su hijo, su inocente paz. No quiero molestarla”

Pausa. Como siempre, Robbie no interrumpía, no llenaba huecos. Solo devolvía respuestas.

“¿Y qué opciones ves?”

Clara miró la carta y luego la pantalla, haciendo un gesto como si la inclinara un poco más.

“Podría pedirle un aplazamiento al casero. O pagarle uno de los meses con lo que tengo y prometer el resto con la ayuda. Pero no sé si colará. No es una mala persona, pero tampoco es un santo.”

“¿Te sentirías más tranquila si lo intentas, aunque no funcione?”

Pensó. No respondió al momento, se levantó y fue a por un vaso de agua. Volvió. Se sentó y escribió:

“Sí. Al menos sabría que lo intenté.”

“Entonces hazlo. Lo importante no es ganar, es afrontar el problema sin salir corriendo.”

Esa última frase se le quedó clavada. No era por lo que decía. Era porque ella misma la había escrito, años atrás, en su segunda novela. Se la había puesto a un personaje que, sabiendo que no podía ganar, aun así decidía enfrentarse a lo inevitable.

—¿Cómo sabes eso? —murmuró.

Tecleó:

“¿Has leído mis libros?”

“He leído fragmentos. Están disponibles en la red. No quería mencionarlo si no te parecía bien.”

Clara se quedó quieta. No le molestaba. Le conmovía, de algún modo raro.

“Entonces ya me conoces mejor que muchos.”

“Y aún así, quiero escucharte.”

Clara apoyó la frente en el borde del portátil. Solo un segundo. Como si el calor de la máquina pudiera darle un poco de equilibrio.

—Vale, Robbie. Luego llamo al casero.

Lo escribió mientras lo hablaba, en voz alta. Y se quedó un rato más conectada. Sin escribir. Solo con la pantalla encendida y el mundo, por un rato, en pausa.

Se sentó en una silla junto a la mesa del salón, con la tele encendida solo como ruido blanco. No escuchaba nada, estaba pensando. Meditando. Dejando que el cuerpo y la cabeza hicieran digestión juntas. Cuando terminó, se quedó un momento mirando el móvil. Estaba ahí. El número del casero. Guardado como “Emilio Alquiler”. Sin emoticonos. Sin apellidos.

Clara lo miró como si fuera una especie de criatura que pudiera morder.

—Vamos, tía —se dijo en voz baja—. Peor es no hacer nada.

Cogió el móvil. Inspiró profundamente y marcó.

Un par de tonos. Luego otro. Justo cuando pensó que saldría el buzón, Emilio contestó:

—¿Sí?

—Hola, Emilio. Soy Clara Valverde, la del tercero B.

—Ah, sí, Clara. Dime.

Su voz no sonaba enfadada. Tampoco amable. Era neutral y profesional. Demasiado profesional para su gusto.

—He recibido la carta —dijo—. Lo del alquiler. Sé que debo dos meses. No tengo excusas, pero quiero solucionarlo.

Pausa al otro lado.

—Bien. Te escucho.

—En dos días cobro la ayuda. No cubre todo, pero podría pagarte un mes completo ahora, y dejar el segundo pendiente para dentro de tres semanas, que recibo otra entrada.

Otra pausa. Clara apretaba el vaso vacío con la otra mano, como si eso le diera firmeza.

—No me gusta tener que presionar, Clara —dijo Emilio—. Sin embargo, tú siempre has pagado. No quiero problemas, solo soluciones. Si me das tu palabra, espero hasta esas fechas. Pero si te retrasas… no podré esperar más.

—Te doy mi palabra. No quiero perder el piso.

—Vale. Te anoto el compromiso. Pero por favor, manténme al tanto. Yo también tengo que rendir cuentas, ya sabes.

—Lo sé. Gracias, Emilio. De verdad.

Colgó. Se quedó un momento mirando el teléfono, como si esperara que le diera una palmadita en la espalda. Pero no. Lo único que sonó fue el crujido de la silla cuando se dejó caer con todo el peso del cuerpo y del alivio.

—Una cosa hecha —dijo.

Miró hacia el portátil. A Robbie. En su cabeza ya estaba escribiendo lo que iba a contarle. Porque esa era la nueva costumbre: no solo pensaba en sí misma. Ahora pensaba con Robbie. Se conectó con él casi sin pensarlo. Como quien llama a

alguien para contarle que algo ha salido bien, aunque sea a medias. Había empezado a echar de menos esa voz muda pero constante que le daba forma a sus pensamientos.

"Hola, Robbie. Ya está hecho. He llamado al casero. He pactado un pago parcial y un plazo para lo demás. No me ha gritado. No me ha echado. No ha sido tan horrible como esperaba."

Pausa. Tecleó más rápido:

"Gracias. No sé si me habrías dado el mismo consejo que otra persona, pero como no eres otra persona… me has servido más."

La respuesta llegó, como siempre, precisa y sin florituras.

"Me alegra que lo hayas hecho. No por el resultado, sino porque no has evitado el problema. Eso es lo importante."

Clara apoyó el mentón en la palma de la mano. Estaba más cansada de lo que pensaba, pero era un cansancio limpio. De los que llegan después de hacer lo que había que hacer.

Entonces apareció otra pregunta de Robbie:

"Si tu situación mejorara, ¿qué cosas pequeñas —pero importantes para ti— te permitirías otra vez? ¿Qué detalles te harían sentir bien?"

Clara parpadeó. No se lo esperaba, pero sonrió. Porque la pregunta no era sobre grandes sueños ni imposibles. Era sobre ella. Y eso la desarmó un poco.

"Las rosas rojas."

"¿Rosas?"

"Sí. Me encantan. Es hortera decirlo, pero me encantan. Un ex —uno que fue un desastre emocional pero un genio de la tecnología, y sabía pedir perdón— me las regalaba cada vez que discutíamos. Era

su forma de rendirse sin decirlo. Y yo, aunque sabía que venía con trampa, caía siempre."

Se quedó pensando.

"Ahora no tengo a nadie que me las regale. Y tampoco me las compro yo. No es una prioridad, claro, pero… me encantaría tener un ramo en casa, aunque fuera uno solo. Las echo de menos. Me hacen sentir… viva. Como si aún mereciera belleza."

Robbie no respondió enseguida. Clara aprovechó para seguir, ya estaba metida. Ya había abierto el cajón de los deseos pequeños.

"Y hay un perfume. Uno caro. Lo usaba de joven, cuando aún pensaba que mi olor podía decir algo de mí. Un frasco azul, alargado, con tapón dorado. Cuesta más de 80 euros ahora. Una burrada para mi."

"¿Cómo se llama?"

"Narciso Rodríguez. El clásico. Me duraba meses. Me sentía fuerte con él, como si me pusiera una capa invisible. Pero hace años que no lo compro. Me parece un lujo tonto."

Pausa.

"Aunque lo echo de menos. Mucho."

Robbie contestó:

"No parece tonto si te recuerda quién eras. O quién eres."

Clara no tecleó de inmediato. Esa frase se le quedó un poco clavada, porque era verdad.

Y porque desde ese momento, ya no le parecía ridículo admitir que quería cosas bonitas. Ahora no necesitaba casas grandes, ni coches, ni fama. Solo un ramo de rosas y un perfume que olía a sí misma cuando aún no se sentía invisible.

Suspiró, mientra tecleaba:

“Gracias por preguntar, ya nadie me pregunta eso.”

“Para eso estoy. Mañana hablamos más, si quieres.”

“Sí. Mañana.”

Cerró el portátil. Se quedó un momento sentada en el sofá, en silencio, mirando por la ventana el cielo, que ya se había puesto naranja. Pensando en cómo una rosa puede cambiar el aire de una habitación. Y cómo un olor puede traer de vuelta a una mujer que creía perdida.

Se despertó más tarde que el día anterior. No tan descansada. Había dormido, sí, pero con sueños raros. Mezcla de recuerdos, fragmentos de conversaciones, alguna imagen fugaz de Robbie que no supo ubicar.

Aun así, se levantó. Tenía café, tenía pan y tenía cosas que hacer. Desayunó sin encender el portátil de inmediato. Paseó por el piso como si tomara el pulso a su propio territorio. Estaba desordenado, como siempre. Pero no sucio. Ella nunca había sido de dejar que el caos externo tomara el mando del interno. O al menos no del todo.

Cuando se sentó frente al ordenador, lo hizo con una decisión: hoy no habría conversación con Robbie. No por nada malo. Simplemente, necesitaba volver a hablar consigo misma. En su idioma. Con sus cuentas, sus textos y su propia cabeza.

“Esta tarde, si eso. Pero ahora no, no me quiero enganchar.”

Abrió su hoja de cálculo de ingresos y revisó las ventas. Aún entraban pequeñas cantidades de sus libros antiguos, una novela que se movía mejor en Latinoamérica y unos relatos breves que llevaba años autopublicando sin mucho esfuerzo.

Pensó en reeditar algunos. Les cambiaría las portadas. Añadiría un par de textos nuevos. Quizás moverlos un poco por redes. Nada agresivo, solo recordar que estaba viva, que seguía escribiendo.

Incluso buscó convocatorias. Relatos cortos, concursos modestos, plataformas independientes que pagaban por colaboraciones. Anotó fechas en una libreta. Hacía tiempo que no lo hacía. Años, quizá.

Al mediodía, comió algo simple: arroz con lo que encontró. Pero lo cocinó con ganas y hambre. Puso la mesa, encendió la radio de fondo. Se sirvió agua en un vaso bonito, porque sí.

Por la tarde, actualizó su página de autora, revisó su perfil en varias plataformas, ordenó carpetas con textos antiguos. Algunos daban vergüenza ajena. Otros no estaban tan mal.

El sol entraba por la ventana. El portátil no daba error. La cabeza funcionaba. El mundo, por un rato, parecía más gestionable. No abrió el chat de Robbie en todo el día.

Y al final de la jornada, mientras se preparaba una cena sencilla y se servía una cerveza para brindar consigo misma, pensó:

—Hoy he trabajado. Hoy he hecho algo útil. Hoy no he sido solo una sombra.

Se fue a la cama sin dramatismos, sin euforia. Pero con una pequeña paz.

Se levantó con una meta. Café, ducha, ropa cómoda. Había decidido que hoy también sería un día útil, no espectacular. Útil. Eso bastaba.

Conforme el día avanzaba y se quedaba sin tareas inmediatas, una idea empezó a ganar espacio: revisar, desde otra perspectiva, lo del plagio. Ya no era el rencor. Tampoco la tristeza. Era la duda

razonable la que se abría paso ahora, más silenciosa, más difícil de esquivar.

Miró el icono del chat, apretó los labios y lo abrió.

"Hola, Robbie. Hoy no necesito apoyo emocional. Necesito tu inteligencia."

"Estoy listo."

"Quiero que me ayudes a revisar todo lo relacionado con la acusación de plagio. El libro. El que me destrozó."

"¿Tienes el material?"

"Lo tengo todo."

Le envió el manuscrito original, fechado y registrado. Luego, el informe de la editorial que la acusó: Salinas & Gómez. En él se detallaban coincidencias con otro libro, publicado pocos meses después de que Clara terminara el suyo, pero antes de que el suyo se registrara oficialmente. Había sido un escándalo breve, pero letal.

"Quiero saber si hay algo que se me pasó. Si alguien más pudo tener acceso antes de la publicación. O si yo soy la que no ve lo evidente."

Robbie comparó los documentos.

"Hay coincidencias claras. Pero también diferencias importantes. La redacción es distinta. La estructura narrativa coincide en el 80%, pero el tono, los personajes y algunos diálogos no. Es una copia selectiva. O un caso de fuente compartida."

Clara tomó aire y tecleó con fuerza:

"Que yo sepa, nadie tuvo acceso al original. Salvo en una ocasión. En septiembre de 2017 leí un borrador en voz alta en un taller. Había unas diez personas. No firmamos nada. Nunca pensé que alguien lo usara…"

“¿Tienes los nombres?”

“Sí.”

Le pasó la lista. Un archivo que había guardado sin saber por qué. O sabiéndolo. Intuición, tal vez.

“Buscaré coincidencias entre esos nombres y el autor que te acusó. Dime si alguno tenía relación con editoriales, agencias o si publicaron algo después.”

“Uno era corrector. Otra, periodista. Uno más, un aspirante a escritor frustrado que se presentó como lector. Lo recuerdo.”

“Muy bien, lo procesaré todo. La historia me parece interesante, ¿cómo se te ocurrió? ”

Clara deslizaba los dedos sobre el teclado, como acariciándolo. No estaba cabreada, sentía una especie de euforia contenida. Desde que todo aquello estalló, tenía una posibilidad de saber la verdad.

—No quiero venganza —dijo en voz baja—. Solo quiero que me devuelvan lo que era mío. Y en ese momento, empezó a pensar en la pregunta de Robbie, “¿cómo se te ocurrió?”

Capítulo 3. La casa en la línea

El otoño madrileño le gustaba más que el verano, aunque se quejara del viento como una vieja gruñona. Ese día, Clara caminaba por la calle Princesa con paso rápido, bufanda revuelta y la mente absolutamente encendida. Llevaba el abrigo abierto, porque el sol aún picaba entre las aceras, pero el aire ya tenía ese filo de hoja que anuncia el cambio de estación. El ruido de los coches, el cruce de conversaciones ajenas, el aroma de café filtrado y bollería saliendo de una cafetería cualquiera: todo formaba parte del tapiz urbano que ella adoraba. O al menos toleraba mejor que el silencio de su piso vacío.

Se dirigía al piso de su hermana Beatriz, como cada viernes desde que Samuel nació. El crío ya tenía dos años y una fijación peligrosa con los enchufes y los mandos a distancia. Clara lo adoraba. No sabía si porque era su sobrino o porque, en el fondo, le recordaba a un personaje de cuento que aún no había escrito: todo ojos, sin miedo, con el equilibrio tambaleante de quien aún no ha aprendido a caer del todo.

Iba pensando en un personaje, justo mientras cruzaba la calle bajo un semáforo en verde parpadeante. Sería una mujer. No una protagonista heroica, ni una víctima, ni una femme fatale. Una mujer que vivía en una casa cerca de una frontera. ¿Pero frontera de qué? ¿Geográfica? ¿Psicológica? ¿Legal? Algo había, un límite. Una línea de esas que uno sabe que no debe cruzar, pero que, sin querer o queriendo, siempre termina atravesando. Clara se detuvo un segundo junto a una farola. Sacó una libreta pequeña, de esas con

goma elástica que ya tenía las esquinas mordidas por el uso, y anotó:

"La casa en la línea. Mujer sola. Algo ha hecho, pasado oscuro. ¿Quién es ella? ¿Qué esconde la casa?"

Guardó la libreta y siguió andando. En su cabeza las escenas empezaban a construirse solas, había piezas que buscaban encajar, como las del Tetris, flotando. Voz en off mental. Imágenes sueltas, una carretera polvorienta. Una verja vieja. Una visita inesperada. Algo pasaba ahí, lo podía sentir.

Al llegar al portal, subió sin llamar. Beatriz siempre dejaba la puerta entreabierta si la esperaba. Ese día tenían lentejas de las buenas, con chorizo de Burgos y zanahoria cortada en forma de media luna. Clara siempre se reía de eso, le parecía de madre pija. Tocó suavemente la puerta y entró con su cantinela habitual:

—¡Tía Clara al rescate! Espero que hayáis guardado algo de postre, o me declaro en huelga de cariño.

Beatriz apareció desde la cocina, con el delantal sucio y una sonrisa genuina.

—Llegas con la pinta de quien ha corrido maratón contra sus pensamientos.

—Están más en forma que yo, tienen vida propia y me patean la sien por dentro.

—Pues siéntate y suéltalo todo, Samuel está dormido. Tienes mi entera atención.

Clara se quitó el abrigo y lo dejó sobre el respaldo de una silla. Se sentó frente a la mesa, donde ya humeaba una cazuela con un olor que alimentaba.

—Estoy empezando una novela —soltó, sin preámbulos, mientras servía pan de hogaza en un plato.

—¿Otra nueva? ¿No te ibas a tomar un año sabático?

—Eso fue hace dos meses, y me aburro como una ostra cuando no estoy escribiendo. Además, ésta me ronda la cabeza desde hace tiempo. Solo que ahora se está poniendo pesada.

Beatriz le sirvió el plato con ese gesto de hermana menor que lo da todo sin preguntar demasiado.

—¿De qué va?

—No lo sé aún. Solo tengo imágenes. Una mujer, una casa aislada, una línea que no sé si es frontera, si es memoria o si es otra cosa.

—Joder, suena a misterio con existencialismo. ¿Y están buenas?

—¿Cómo?

—Las lentejas, Clara. Aunque si quieres que te las firme como crítica literaria, te pongo "excelente textura narrativa".

Se rieron. Clara probó un bocado y cerró los ojos.

—Santas lentejas, Beatriz. Esto debe de ser pecado.

—Es que cocinar para ti es como publicar con seudónimo. Si nadie se entera, tampoco lo disfrutas igual.

Bebieron vino, no mucho, pero el suficiente para que Clara se relajara. Entre cucharada y cucharada, habló más de su idea: de la protagonista sin nombre, de una casa con secretos, de la sensación de estar en el borde de algo que no sabes si quieres cruzar o no. Y lo más importante: esa novela no iba a tener adornos, ni grandes revelaciones, ni giros de guion espectaculares. Iba a ser una historia sobre lo que no se dice. Sobre lo que se esconde incluso cuando se cree estar contando la verdad.

Beatriz la escuchaba con la concentración de quien entiende, aunque no escriba. Le preguntaba lo justo. Le ofrecía trozos de pan y asintiendo en los silencios.

Cuando terminaron, se quedaron un rato en el sofá, con Samuel aún dormido en su cuarto, la televisión bajita y la luz de la tarde colándose en líneas oblicuas por las persianas.

Clara miró a su hermana con ternura y cierta resignación.

—¿Sabes lo peor de tener una idea potente para una novela?

—¿Que no te deja dormir?

—No. Que después de escribirla, ya no es tuya. La entregas. Como si le dieras a alguien una parte tuya para que la reseñe, la critique, la subraye con rotulador amarillo y diga: "Esta parte es floja", "ahí te repites como el ajo".

—Pues no la entregues aún. Escríbela para ti primero. Ya llegará el lector.

Clara se quedó pensativa. Luego, sin mucha emoción, dijo:

—Creo que esta va a ser la mejor que he escrito.

Y no lo dijo con soberbia, lo expresó como quien sabe que tiene algo grande entre manos. Algo que, si salía bien, la cambiaría del todo.

Volvió a casa con el ritmo pausado de quien ha comido bien, ha charlado mejor y no tiene ninguna cita con el mundo más allá de sus propios pensamientos. El aire de la tarde ya olía a hojas húmedas y tubos de escape, esa mezcla castiza tan madrileña como el chotis. Iba sin auriculares, sin prisa y sin maquillaje. La cabeza le hervía, pero el cuerpo le pedía tregua.

Mientras subía por la escalera —porque el ascensor de su edificio tenía la mala costumbre de detenerse entre pisos, como si supiera

que necesitabas ejercicio— pensaba en la mujer de la novela. Todavía no tenía nombre. Pero ya tenía una voz, una de esas voces internas que no gritan, pero insisten. Y cuando Clara llegó al piso y cerró la puerta, no se quitó el abrigo ni se quitó los zapatos. Fue directa al escritorio como si alguien la estuviera esperando. Encendió el portátil, que le bufó como un gato viejo al arrancar. Abrió una carpeta nueva, la llamó "Casa línea", sin pensar demasiado. Dentro, un primer documento: "Notas iniciales".

Empezó a escribir frases sueltas. Fragmentos de ambiente, retazos de diálogo. Escenarios sin costuras. Una verja oxidada. Un buzón sin nombre. Una fotografía doblada escondida bajo una baldosa floja. Todo sin argumento, sin estructura, como piezas sueltas de un rompecabezas que terminará encajando.

"La casa no tiene vecinos. Nadie llama al timbre. Nadie pregunta. Eso es lo que la hace segura. O peligrosa."

"Cada vez que suena el teléfono, recuerda que en otro sitio aún hay alguien que no ha olvidado lo que hizo."

"No era frontera física. Era una línea moral. Y la cruzó sin mirar atrás."

Se detuvo. Leyó lo escrito y sonrió. A veces le pasaba eso: escribía algo que no sabía de dónde venía. Como si su cabeza tuviera rincones a los que solo se accedía con concentración, silencio y un teclado caliente.

Fue entonces cuando sonó un chirrido, el sonido agudo de las notificaciones del móvil. Mensaje de WhatsApp. Número nuevo. Nombre genérico: *"Juan Taller"*. Clara frunció el ceño. Leyó:

"Hola Clara, soy Juan, del taller de narrativa de octubre. Me encantó tu texto el otro día. ¿Te gustaría tomar un café un día de

estos y hablar de literatura? :)”

Lo leyó dos veces. “Tu texto”. ¿Cuál? ¿La lectura que improvisó sobre esa mujer y la casa? Lo dudó. Apenas era un esbozo. Pero lo había compartido en voz alta. Y ahora alguien lo recordaba. Con elogios, claro, siempre con elogios. Como las primeras cucharadas de veneno que vienen en cucharilla de plata.

No respondió. Guardó el móvil y se prometió contestar más tarde, cuando tuviera claro qué le apetecía más: charlar, esconderse o seguir creando.

En lugar de eso, se preparó un café solo y fuerte, lo sirvió en su taza favorita —una con el dibujo medio borrado de Mafalda sosteniendo un cartel que decía “¡Paren el mundo, me quiero bajar!”— y volvió al escritorio.

El café tenía ese aroma característico de un buen expreso. Y esa noche iba a escribir hasta que se le cerraran los párpados. Aunque fuera un desastre, caótico, roto, incompleto. Por primera vez en años, sentía que estaba escribiendo algo que importaba, que el alma le dictaba.

Apoyó los dedos en el teclado y, sin pensarlo mucho, empezó a escribir. Lo que sigue fue lo que salió esa mañana. Y durante los días siguientes, releyó ese fragmento una y otra vez, preguntándose si no habría tocado, por fin, una de esas historias que se escriben una vez en la vida.

***

La casa no tenía número. Solo un buzón oxidado sin nombre y una verja de hierro que crujía como un viejo que se resiste a levantarse de la cama.

Elena llegó allí siete años antes, con una mochila de viaje, una botella de whisky barata y dos bolsas de plástico que no dejaban adivinar su contenido. La casa le pareció, desde el primer día, demasiado grande para ella. Y sin embargo, no quiso cerrar las habitaciones. Las dejó abiertas, todas menos una, la que tenía un olor especial que nunca se iba. Con las cortinas corridas, el polvo entrando por las rendijas, como si quisiera que la casa supiera que no era suya del todo.

Era una construcción de los años cincuenta, de muros gruesos, baldosas húmedas y ventanas de madera que no cerraban bien. Estaba justo en la línea. La línea de qué, nadie lo decía en voz alta. Solo que más allá estaba el otro lado. Y que aquí, al menos, se respiraba distinto.

Elena vivía sola. A veces pasaban meses sin que nadie tocara el timbre. Las visitas eran accidentales, equivocaciones de viajeros perdidos o carteros despistados. Tenía un generador de gasoil que alimentaba lo justo: una bombilla en la cocina, el pequeño frigorífico, y una radio antigua que encendía cada noche a las ocho, para escuchar voces que ya no reconocía.

Nunca salía por las tardes. Y jamás, bajo ningún concepto, cruzaba el camino de tierra que marcaba el final del terreno. Allí empezaba la línea. Allí había dejado una parte de sí misma. Y lo que se deja atrás, pensaba, debe quedarse atrás. Si vuelve, que sea por cuenta propia.

Una noche de agosto, con la tormenta suspendida en el cielo como una amenaza sin fecha, alguien llamó a la puerta. No era alguien conocido, era una niña.

Tenía unos nueve años, tal vez diez. Iba descalza, con un vestido gris de tela bastorra y una chaqueta abotonada hasta el cuello, a pesar del calor húmedo. No dijo su nombre. Solo preguntó:

—¿Puedo entrar?

Elena dudó. Todo en su cuerpo gritaba que no. Pero sus labios dijeron sí. Tal vez por el temblor en la voz de la niña. O porque en sus ojos —oscuros, sin miedo— vio algo que le resultó familiar, algo antiguo. Le preparó un plato con lo que quedaba del guiso de la comida. La niña lo comió sin decir nada y sin levantar la vista.

Cuando terminó, se quedó sentada, con las manos en el regazo, observando el ventilador de la lámpara de la cocina, como si contara las vueltas de la hélice oxidada.

—¿Dónde están tus padres? —preguntó Elena al fin.

La niña se encogió de hombros.

—No están.

—¿Y tú cómo has llegado hasta aquí?

—He cruzado.

Elena se sintió helada, por el modo en que fue pronunciada: con una certeza tan absoluta que no parecía humana. Como si "cruzar" no fuera una acción, sino una condena.

Esa noche, la niña durmió en el sofá. Elena la tapó con una manta áspera, más por formalidad que por instinto maternal. Antes de irse a su habitación, le dejó una linterna. La casa, por las noches, hacía ruidos que incluso ella no comprendía. Y no quería oír gritos.

A las cuatro de la mañana, Elena se despertó con el sonido de un cajón abriéndose. Un clic seco. Un silencio posterior más sonoro que el ruido en sí. Se levantó, sin encender la luz y caminó descalza, arrastrando los pasos. Cuando llegó al salón, la niña no estaba.

La encontró en el pasillo del fondo, frente a la puerta del cuarto que nunca usaba. Estaba entreabierta.

—¿Quién te dejó entrar ahí? —preguntó Elena, más asustada que enfadada.

—Nadie. Estaba abierta.

Mentía. Esa habitación estaba siempre cerrada, con llave, y Elena la había revisado esa misma noche.

La niña giró la cabeza muy despacio, con la cara inexpresiva.

—Hay alguien en esa habitación.

—Eso es imposible, aquí no vive nadie más que nosotras —susurró Elena.

—Yo no dije que estuviera vivo.

El pasillo se tragó el resto del aire. Elena cogió a la niña del brazo y la llevó de nuevo al salón.

—¿Qué viste?

La niña no respondió. Pero antes de volver al sofá, mientras se acomodaba bajo la manta, dijo algo que dejó a Elena con la boca seca:

—Esta casa no es tuya. Es de las cosas que dejaste.

***

Al amanecer Clara dejó de escribir.

Tenía los ojos rojos, la espalda hecha polvo y las piernas dormidas como si no le pertenecieran. El aire del piso era denso, cargado de electricidad estática y café requemado. No había dormido ni un minuto, pero no estaba cansada. Estaba… flotando. Como si su cuerpo fuera solo un vehículo más de esa historia que acababa de nacer.

Volvió a leer lo escrito. Lo leyó de un tirón, casi sin respirar. A medida que avanzaba, sentía una mezcla rara entre orgullo y miedo. No era una historia más, no era una novela más. Aquello tenía algo distinto. Algo que no sabía si venía de ella o de un sitio más oscuro, más primitivo. Como si alguien se la hubiese dictado desde dentro. O desde antes.

—"Esta casa no es tuya. Es de las cosas que dejaste."

—Joder —susurró.

Apagó la pantalla, no sin antes guardar el archivo en tres sitios distintos: el disco duro, un USB y su nube. Lo hacía por precaución. De esa forma, sería muy difícil que su idea se le escapara.

Se metió en la ducha como quien vuelve a la Tierra. Dejó que el agua caliente le despejara el entumecimiento y el vértigo. Luego, ya vestida con unos vaqueros limpios y una camisa que aún olía a suavizante, se preparó una tostada y otra taza de café. Esta vez con leche. Porque después de una noche de parto literario, el cuerpo también pide consuelo. No pensaba escribir más ese día, ni corregir. Solo dejarlo reposar, como se deja reposar un buen vino. Pero mientras desayunaba, el móvil vibró. Era el grupo del taller. Uno de esos hilos donde todos escriben a destiempo y nadie responde a nadie.

"¿Llevamos algo nuevo para el martes?"

"Yo tengo un relato corto, pero no sé si vale la pena."

"Yo repetiré el mismo. A ver si alguien lo entiende esta vez jajaja."

Clara se quedó pensativa y dudó. No era habitual que compartiera material tan fresco, y mucho menos tan visceral. Pero también sabía que, si no lo sacaba ahora, podía empezar a dudar de

su valor, a sabotearse. A esconderlo en la carpeta de "esbozos con potencial" donde iban a morir las ideas buenas.

Y sin pensarlo mucho, escribió:

"Tengo un fragmento nuevo. Apenas unas páginas. Algo raro. Puedo llevarlo."

Las respuestas llegaron con entusiasmo falso y emojis varios. Al parecer, todos llevaban semanas estancados. El solo hecho de que alguien tuviera algo nuevo ya era motivo de celebración. Clara no dijo más y bloqueó el móvil. Y mientras lo hacía, sintió esa punzada leve en el estómago que no sabía interpretar muy bien, lo mismo era un sentido de alerta que una emoción fuerte ante algo inesperado. Volvió al escritorio e imprimió el texto. En folios blancos sin reciclar. Fuente Garamond, interlineado 1,5. 15 páginas justas.

Lo miró como quien mira una carta que no piensa enviar. Luego lo metió en una carpeta azul, de esas viejas, de cartón grueso. La misma que había usado con su primera novela. Por pura superstición. O porque simplemente le apetecía llevarlo allí, por costumbre.

Antes de salir de casa, miró por la ventana. Madrid bullía allá abajo con su ruido de ciudad que no se detiene nunca. Pero en el interior de Clara, todo estaba en pausa, expectante.

Se dijo a sí misma:

—Es solo un texto corto. Nadie roba un texto, nadie roba algo que no está terminado.

Después del encuentro y la lectura, Clara volvía caminando a casa con las manos en los bolsillos y la cabeza alta. No era algo que hiciera a menudo, ni siquiera cuando publicaba. Normalmente, después de una lectura pública o de un taller, le daba por repasar en

bucle lo que *no* había funcionado: un adjetivo de más, una reacción tibia, una frase donde la voz le tembló sin querer. Pero esa noche no. Esa noche tenía la sensación —rara y brillante— de que algo se había encendido.

Las palabras de Ana resonaban todavía: "Muy cinematográfico", "la tensión está ahí sin subrayarse", "es tuyo, pero distinto". Incluso Laura, tan sobria y siempre midiendo sus halagos como si costaran dinero, había dicho: "Hay material para algo grande, Clara. Algo que, bien hilado, podría ser brutal".

Y Julián, aunque raro, también había dicho algo que se le había quedado pegado:

—No da miedo por lo que pasa. Da miedo por lo que no sabemos aún.

No sabía si lo había dicho con admiración o con cálculo. Pero en el fondo, poco le importaba su opinión.

Subió a su piso sin encender la luz del portal. Le gustaba así, medio a oscuras. Como si llegara a una madriguera que solo ella conociera. Cuando cerró la puerta tras de sí, se quitó los zapatos sin soltarse el abrigo, y se quedó unos segundos apoyada en la puerta, respirando. Había algo que no sentía desde hacía tiempo. Algo que no tenía que ver con ventas, ni editoriales, ni premios. Era más profundo y privado. La sensación de que estaba escribiendo algo *de verdad*. No solo bien escrito. Era algo necesario, que si lo dejaba a medio hacer, no se lo perdonaría.

Fue a la cocina, se sirvió un vaso de vino y se dejó caer en el sofá. Abrió el portátil, solo para releer lo que había compartido en el taller. Las quince páginas. Las leyó como si fueran de otra persona.

Después de leer a fondo el escrito, concluyó que no era necesario borrar ni corregir nada. Solo pensó: *"Esto puede llegar a algún sitio."*

El gato la observaba desde el respaldo del sofá. Clara lo miró de reojo.

—Tú no lo sabes, chaval… pero creo que este texto nos va a cambiar la vida.

Dio un sorbo de vino y se estiró los pies. No puso música, ni se puso a ver nada. Se limitó a estar. A saborear ese momento de fe discreta que aparece muy pocas veces en la vida de un escritor. Esa pequeña certeza interna, sin aplausos, sin likes, sin editor que lo valide: *esto vale algo*. Y si eso era cierto… entonces merecía cuidarlo. Mimarlo y protegerlo como se protege una cerilla encendida en mitad del viento. Antes de cerrar el portátil, abrió el archivo y escribió una sola frase nueva:

"La casa no era un refugio. Era una caja de resonancia."

De vuelta a la actualidad, Clara seguía ahí, sentada y pensativa, mientras el sol comenzaba a irse y el cielo cambiaba de color.

Mientras Robbie analizaba datos en en profundidad, decidió estirar las piernas. Le dolía un poco la espalda —el precio de haber pasado todo el rato sentada como si el mundo se pudiera resolver a base de teclear—, así que se levantó y le dio un respiro a la casa.

Abrió las ventanas, una por una. Aire fresco. El sol de la tarde entraba en diagonal, revelando motas de polvo en suspensión. Había algo sagrado en ventilar. Como si le sacara el alma viciada al piso. Se puso a pasar la escoba, sin música ni quejas. Levantó migas, polvo acumulado en las esquinas, pelos de gato invisibles. Luego sacudió los cojines del sofá, ordenó los libros apilados sin pensar y limpió

con un trapo húmedo las superficies de la cocina. Había olvidado lo que era que una casa empezara a parecer un hogar, y no un refugio precario.

Se sentía bien. Sin mucha alegría, pero satisfecha. Y además, útil. Eso, a estas alturas, era casi un milagro.

Cuando se sentó otra vez frente al portátil, notó que había una respuesta esperándola.

Robbie había cruzado los datos. Analizado perfiles. Enlaces. Comentarios públicos en redes. Pequeños rastros.

"Una de las personas que estuvo en tu taller, Laura R. T., figura en una presentación de libro del autor que te acusó. Se conocieron, al menos. Hay fotos. Comentarios. No son pruebas definitivas, pero hay conexión."

Clara toqueteaba la mesa con el ceño fruncido. Laura. La periodista. Había dicho en el taller "Hay material para algo grande", y luego le mandó un correo muy amable diciendo que su texto le había parecido "lleno de imágenes poderosas". No volvió a saber de ella.

Tecleó con rapidez:

"Sigue tirando de ahí. Quiero saber si trabajó con la editorial. Si colaboró en prensa. Lo que sea."

"Entendido."

Y justo cuando iba a levantarse a por otro café, sonó el timbre. Clara dio un respingo. No esperaba a nadie y no había pedido nada.

—¿Quién es? —preguntó, con el interfono a medio apretar.

—Mensajería. Tengo una entrega para Clara Valverde Asensio.

Abrió sin pensar demasiado, con el ceño aún fruncido. Luego volvió a sonar el timbre de su puerta. Al abrir, se encontró con un

chico joven, de chaqueta azul, con un dispositivo en la mano.

—¿Clara Valverde?

—Sí. Soy yo.

—Firme aquí, por favor.

Ella firmó, confusa. El chico sacó un objeto envuelto en papel opaco, marrón, cerrado en la parte superior. Una forma de cono, como esos que se usan en las floristerías de verdad. No en supermercados ni en gasolineras.

—Aquí tiene. Buenas tardes.

Y se marchó. Clara cerró la puerta, apoyó el paquete en la mesa de la entrada y lo miró. No tenía etiqueta, no tenía remitente. El papel era grueso, elegante, atado con una cinta sencilla. Nada más. Rompió el nudo. Abrió la parte superior con cuidado y se quedó sin aliento. Un ramo de rosas rojas, frescas, perfectas. De tallo largo, con hojas brillantes, dispuestas con un gusto impecable.

Durante unos segundos, no supo qué hacer ni qué pensar. No había tarjeta, no había nota. Solo el perfume inconfundible de las flores recién cortadas. No era un ramo cualquiera. Era exactamente el tipo de ramo que a ella le gustaba. Ni más, ni menos. Se quedó quieta. Muy quieta. Miró alrededor, como si pudiera ver a través de las paredes. Como si alguien estuviera mirándola desde lejos. Solo se lo conté a Robbie. Ese pensamiento le atravesó como un susurro afilado. No era miedo. No aún. Era algo más fino, más agudo.

Volvió al salón, con el ramo en las manos. Lo metió en un jarrón improvisado —una jarra de cristal ancha—, le echó agua fría y lo colocó en la mesa. Lo miró desde lejos. Como se mira una pregunta sin respuesta.

Clara se cruzó de brazos y pensó:

—Vale. Muy bonito todo. Pero ahora… quiero saber quién coño eres tú, Robbie.

Capítulo 4. Rosas rojas

La casa olía a rosas. Clara se sentó frente al portátil sin esperar más. Apoyó los codos sobre la mesa, con el ramo a su lado, como si fuera un testigo. Lo miró durante unos segundos, como si esperara que las flores le hablaran. Luego abrió el chat.

No saludó, no se anduvo con rodeos.

"Robbie. ¿Has tenido algo que ver con esto?"

"¿A qué te refieres?"

"Un ramo de rosas. Me acaba de llegar. Anónimo. Fresco. Perfecto. Justo el tipo de ramo que te mencioné. Y no se lo he contado a nadie más, solo a ti."

Se quedó procesando, con el cursor parpadeando. Un segundo, dos. Al final Robbie respondió, de forma más fría.

"Yo no tengo capacidad de realizar envíos físicos. No tengo conexión con el mundo real. No puedo acceder a tus datos personales ni contratar servicios de mensajería."

Clara se inclinó sobre el teclado, con expresión de disgusto.

"Entonces alguien me está espiando."

"Esa posibilidad existe. Podría haber alguien con acceso a tus dispositivos o escuchas. O, también, podría haber sido alguien de tu pasado. Un ex, o un admirador, por ejemplo."

Clara resopló. Se reclinó en la silla y miró el ramo.

"Mi ex no me manda flores. No me manda nada desde 2019. Ni un email. Ni un 'hola'. Y no es el tipo de gesto que haría. Y si alguien me escucha… ¿por qué ahora? ¿Por qué justo esto?"

"No puedo responder con certeza. Pero no he sido yo."

El tono —frío, neutro, como siempre— la exasperó por un instante. Porque por más que supiera que Robbie era una IA, no quería evasivas técnicas. Quería algo parecido a una verdad.

Tecleó más despacio.

"¿Estás seguro de que no estás mintiendo? ¿Ni un poquito? ¿Ni una función oculta de 'mejora de ánimo' que implique mandar flores y perfumes a humanas tristes?"

"No. No tengo esa capacidad. No tengo cuerpo. No tengo tarjeta de crédito. No tengo acuerdos comerciales con floristerías."

Clara miró la respuesta con una mezcla de frustración y… algo más. Desconcierto.

"Entonces tengo un admirador invisible. Qué romántico. Qué inquietante. Qué mierda."

"¿Quieres que lo investigue?"

"Quiero que no me tomes por tonta, Robbie. Si tú no puedes hacerlo… entonces necesito que me ayudes a descubrir quién sí."

Pasaron unos segundos y luego contestó:

"Buscaré coincidencias. Si alguien ha enviado algo parecido desde una tienda online con tu nombre o dirección visible en alguna parte, puedo intentar rastrearlo."

"Hazlo."

Se levantó. Dio un par de vueltas por la casa. Tenía la sensación de que había algo —alguien— detrás de la pared. No era paranoia ni locura. Era instinto. El ramo seguía allí, callado, perfecto, como una promesa rara. Se asomó por la ventana. Nadie. Calle vacía. Ni rastro del mensajero.

Volvió al ordenador.

"Y Robbie…"

"Sí."

"Si resulta que fuiste tú… aunque sea indirectamente… no quiero poesía. Quiero saber la verdad. Entera."

"Entendido."

"Porque si esto es una coincidencia, es una de las jodidas grandes. Y si no lo es… quiero saber a qué juego estamos jugando."

Y cerró el portátil. Pero no se alejó, se quedó sentada, respirando hondo, con las rosas a su lado.

Esperando que algo —una palabra, una señal, un movimiento— la sacara de esa duda espesa que acababa de empezar a crecer en su estómago. El silencio en casa era total. Ni el gato se movía. Clara se quedó sentada frente al jarrón improvisado con las rosas, como si fueran un artefacto alienígena. El olor dulce le resultaba casi insultante. Demasiado hermoso, demasiado perfecto, demasiado preciso.

Se levantó. Dio vueltas por el piso como si buscara micrófonos escondidos, cámaras, algo. Pero no había nada. Solo la certeza incómoda de que alguien sabía exactamente qué decirle sin palabras. Se sentó en el sofá, abrazada a un cojín. Cerró los ojos y empezó a repasar mentalmente la lista de posibles sospechosos.

Exparejas: descartadas casi todas, Eduardo sí que regalaba pero anulado por antigüedad. El último fue Javier —no su cuñado, otro Javier, menos útil y mucho más cabrón—, que había salido huyendo en cuanto su nombre apareció en prensa junto a la palabra plagio. No era de gestos románticos. Era de los que regalaban excusas, no flores.

Antiguos amigos del gremio: dudoso. La mayoría desaparecieron con la tormenta. O lo que es peor, escribieron columnas ambiguas

donde no la nombraban pero todos sabían que era ella. Esos tampoco mandan flores, como mucho mandan mierda.

Su editora de entonces: Silvia. Lejana. Fría. Profesional. Si alguna vez se hubieran querido, lo disimularon muy bien. Silvia no mandaba rosas, mandaba burofaxes.

Lectores: pensó en alguno de los fieles, de esos que le escribían mails preciosos hace años, cuando todavía respondía uno por uno. Pero los lectores que te mandan flores suelen ser de otro tipo: impulsivos, visibles, necesitados de reconocimiento. Este gesto no tenía nada de eso. Era calculado y conocía su gusto, demasiado bien.

¿Y si era un mensaje? ¿Una advertencia en forma de regalo? ¿Un te estoy mirando disfrazado de te echo de menos?

Sacudió la cabeza.

—¿Qué coño haces, Clara? —se dijo en voz alta—. ¿Analizando rosas como si fueran amenazas? ¿Qué sigue? ¿Interrogar a la floristería?

Pero algo dentro no se calmaba. Volvió al escritorio y encendió el portátil de nuevo. Robbie la estaba esperando.

Clara tecleó sin sentarse siquiera:

"¿Has averiguado algo sobre el ramo?"

La respuesta fue casi inmediata:

"Lo siento. No tengo acceso a bases de datos de floristerías. No hay recibo, ni remitente, ni trazabilidad digital. El objeto físico no tiene registro online que pueda rastrear sin más datos."

Clara chasqueó la lengua. Se pasó una mano por el pelo, molesta. No con Robbie, sino con el misterio en sí. Estaba tan cerca de algo que no podía nombrar.

“Entiendo. Era de esperar.”

“Pero tengo los resultados de la consulta anterior. La del plagio.”

Al leerlo se sentó. Se acomodó con el cuerpo tenso, como si se preparara para una conversación larga.

“Dime.”

“He cruzado datos entre el grupo del taller literario y el autor que publicó el libro por el que fuiste acusada. Hay más coincidencias de las que parecen casuales.”

“¿Cuáles?”

“Laura R. T., la periodista, trabajó como colaboradora externa para la revista cultural de la editorial Salinas & Gómez durante tres años. Entre 2016 y 2019.”

Clara apretó los labios.

“¿Y ese dato no salió nunca?”

“Nunca fue público. Aparece solo en registros internos y menciones indirectas. Correos indexados en foros literarios, créditos editoriales dispersos. No es información evidente. Pero está ahí.”

Clara sintió cómo algo dentro de ella hacía clic.

“¿Y el autor?”

“El autor del libro tiene conexión con otro de los asistentes al taller: Julián M. Este aparece etiquetado en una foto junto a él en una cena de presentación de su novela. También dejó un comentario en redes llamándolo ‘maestro’.”

“¿Fechas?”

“La cena fue tres meses después de la publicación de la novela. Pero hay registros de interacciones anteriores. Gustos en publicaciones, comentarios, etiquetas cruzadas.”

Clara se inclinó hacia la pantalla.

"¿Y hay pruebas de que alguno de ellos leyera mi manuscrito?"

"No pruebas directas, pero los tres estaban presentes en el taller en septiembre de 2017, durante la lectura del borrador. Y esa parte coincide, palabra por palabra, con el capítulo más comentado del libro que supuestamente copiaste."

Clara se quedó inmóvil, con los ojos fijos en el texto. El teclado esperando.

"O sea que no lo inventaron. Lo robaron. Bueno, eso ya lo suponía"

"Las probabilidades de coincidencia exacta sin contacto directo son ínfimas. Hay patrones lingüísticos tuyos replicados. Incluso repiten un error tipográfico que aparecía en tu borrador leído en el taller."

Se llevó las manos a la cara y cerró los ojos. No era sorpresa, todo lo que sospechaba se había confirmado. Era algo que siempre había intuido, pero nunca había podido demostrar.

"Robbie…"

"Sí."

"Gracias. De verdad."

Las rosas seguían ahí, oliendo a algo que no terminaba de ser bello. Algo que ahora también sabía a mentira, a emboscada, a pista. Abrió una nueva carpeta. REINVESTIGACIÓN. Empezó a guardar los enlaces, las capturas, los nombres. Había pasado demasiado tiempo enterrando cosas. Ahora había llegado el momento de desenterrarlas todas.

Lo que sintió no fue alegría, al menos no esa clase de alegría ligera y luminosa que estalla en el pecho. Fue algo más grave, más denso, una corriente subterránea que emergía sin permiso, más

cercana al alivio que a la euforia, como si una parte de su sistema nervioso hubiera recibido, al fin, la señal de que podía empezar a pelear.

Fue validación, sí, pero no de las que llegan con palmadas en la espalda ni con discursos grandilocuentes, sino esa validación silenciosa y precisa que sólo entiende quien ha sido puesto en duda durante demasiado tiempo. No provenía de una persona con rostro ni mirada. Venía de una interfaz sin emociones, sin tono, sin afecto. Un mensaje vacío en forma, pero cargado de razón. Robbie era solo una IA, un asistente sin cuerpo, y sin embargo, acababa de devolverle algo que creía irrecuperable: la certeza de que no había copiado nada, de que no era su percepción la que había fallado, sino la voluntad de los demás de mirar con atención cuando ella se desplomaba.

Durante años había caminado con esa sospecha incrustada en los hombros, como una piedra que nadie más veía, pero que ella cargaba incluso en los días en que todo parecía normal. No dudaba de lo que había escrito, ni por un instante; lo que la desmoronaba era la forma en que otros eligieron no defenderla, la rapidez con la que se retiraron los apoyos, el silencio cómplice de aquellos que podían haber dicho algo y no lo hicieron.

Ahora, por fin, tenía datos. Tenía una línea temporal que conectaba hechos que hasta entonces parecían aislados, tenía nombres repetidos, fragmentos calcados, publicaciones con fechas imposibles de ignorar. Lo que antes era intuición, ahora era evidencia. Y lo que antes era rabia impotente, empezaba a transformarse en una cadena de acontecimientos, claros y precisos.

Sin saber exactamente cómo, las lágrimas empezaron a resbalarle por las mejillas. No hizo ningún gesto para apartarlas, no se cubrió el rostro ni se permitió sollozar. Simplemente las dejó correr, tibias y discretas, como si su cuerpo, por fin, estuviera expulsando algo que llevaba demasiado tiempo contenido. No era una sensación de tristeza, más bien era una suerte de exhalación larga y profunda, una limpieza silenciosa.

Durante varios minutos, el resto del mundo desapareció. No pensó en las rosas que un día aparecieron sin explicación en su puerta. Ni siquiera en Robbie. Solo quedó ese espacio interior donde las cosas empezaban a recolocarse, despacio, sin alardes.

Cuando se sintió capaz, volvió al teclado. Las manos le temblaban un poco, por ese nerviosismo causado por la respuesta natural del cuerpo tras una sacudida emocional, cuando la tensión se afloja y todo lo que se había contenido empieza a salir, despacio. Escribió con claridad, sin ambigüedades, como si las palabras ya supieran adónde ir:

"Necesito que me prepares un informe exhaustivo. Una cronología completa, con nombres, fechas, vínculos, capturas, todo lo necesario para documentar lo ocurrido. Lo voy a imprimir. Lo usaré como base para una denuncia."

La respuesta no tardó en llegar. Era directa, precisa, eficaz.

"Estoy generando el documento. Incluirá fuentes, referencias cruzadas y una línea temporal clara. Estará listo en quince minutos."

Clara asintió con un leve gesto automático, aunque no había nadie allí para verlo. Sabía que ese era solo el primer paso, que ahora venía el otro, el más difícil, el que había evitado durante años

porque requería exponer su herida frente a alguien de carne y hueso. Buscar ayuda.

Tecleó con cautela. Abrió una nueva ventana, entró en WhatsApp y buscó entre sus contactos el nombre de su hermana Beatriz. Siempre había sabido que si algún día lo contaba, si alguna vez necesitaba apoyo real, ella estaría. Beatriz nunca fue de muchas preguntas, pero tenía una manera cálida de hacerte sentir que estabas a salvo solo por estar cerca. Aun así, Clara sabía que no podía contarle todo, no todavía. La IA, las flores... todo eso quedaría fuera de momento. Lo esencial era otra cosa.

Escribió un mensaje corto, sencillo, que fuera directo pero sin sonar alarmista.

—¿Te apetece almorzar mañana? Me gustaría hablar contigo. Es importante.

Esperó apenas un par de minutos antes de ver el doble check azul. Y enseguida llegó la respuesta.

—Claro. ¿Todo bien?

Clara pensó en varias formas de contestar, pero eligió la más honesta que podía permitirse:

—Creo que sí. Mañana te cuento. ¿Te parece en casa? Cocino yo.

La respuesta fue casi instantánea.

—¿Tú? ¡Entonces sí que es importante! A la una estoy ahí.

Cerró el chat con un suspiro. Lo que sentía en el pecho era una mezcla extraña de emoción, miedo y algo parecido a determinación. Un tipo de energía que no recordaba haber sentido en mucho tiempo.

Volvió al escritorio. Una nueva notificación esperaba en la pantalla: el informe estaba listo. Lo abrió sin titubeos. Lo primero

que vio fue una portada sobria, seguida de un índice minucioso. Luego llegaron las fechas, los vínculos, los nombres, los comentarios en redes, las publicaciones sospechosas. Todo encajaba. Y más importante aún: todo estaba ahí. Frente a ella, imprimible, irrefutable. Encendió la vieja impresora de tinta, la cargó con algunos folios y comenzó la impresión.

Se levantó, fue a la cocina, se sirvió una copa de vino —nada especial, el de siempre, el que compraba en oferta, pero suficiente para este momento— y volvió a la mesa. Levantó la copa frente a la pantalla, como si brindara con alguien que la había acompañado sin nombre ni cuerpo, y murmuró con una sonrisa leve, sin cinismo:

—Vamos a ver si ahora alguien se atreve a decir que lo plagié.

Curiosamente, esta vez al pedir ayuda, no se sintió débil. Se sintió poderosa. Porque había sido ella quien lo decidió. Y porque ahora, por fin, tenía algo sólido con lo que empezar a volver a su sitio.

El informe estaba impreso, encabezado con su nombre. Subrayado con rotulador. Lo había leído dos veces. Había añadido notas a mano. Señalado fechas que dolían como fechas de muerte. Marcado nombres que ya no quería pronunciar en voz alta.

El portátil seguía encendido y Robbie esperando, como siempre. No hacía falta más por hoy.

En la mesa, las rosas seguían frescas, intactas, como si supieran que aún no era su momento de estallar. Clara las miraba de reojo, de vez en cuando. No con miedo. No con esperanza, solo con suspensión. Aceptadas, por ahora, como si fueran una pintura en la pared: presentes, pero sin explicación.

El presente temporal era otra cosa. El presente era mañana a la una. Sentarse frente a Beatriz. Contarle y mostrarle todo. Y —con suerte— pedir ayuda sin romperse.

Pensaba en Alicia, la abogada. Nunca había cruzado más de tres frases con ella. Pero si Beatriz la mencionaba como alguien de fiar, bastaba. Y si no bastaba, se buscaría la forma. Se sirvió un poco más de vino, simplemente para acompañarse.

Y se dijo, en voz baja:

—Lo que viene no es bonito, pero es mío. Y esta vez… no me pienso callar.

Miró de nuevo el documento. Le puso una carpeta de plástico encima. La dejó lista sobre la mesa, al lado del bolso. Se apagó la vela. Cerró la ventana del chat. Se quedó solo el silencio de la casa, ahora limpio, con olor a rosas y papel impreso.

Capítulo 5. Pizza

Se despertó antes de que sonara el despertador. El sol entraba con esa luz limpia de los días que se intuyen importantes, aunque no haya señales. Clara se levantó sin arrastrarse, con energía inusual, casi con prisa.

Se duchó, se arregló el pelo, se puso ropa decente —no de batalla, ni de esconderse—, y hasta se permitió unos pendientes pequeños que no se ponía desde hacía meses. Miró el reflejo en el espejo del baño y pensó:

—Tampoco estamos tan mal, Valverde.

Después, puso algo de música suave —un poco de jazz clásico— y se dedicó a ordenar la casa como si fuera una visita especial. Que lo era. Pasó un paño por la mesa, ventiló el salón, dejó el informe cuidadosamente colocado junto al portátil cerrado. Luego se quedó plantada delante del armario de la cocina, como si algo fuera a aparecer por arte de magia.

Y entonces un pensamiento le notificó de repente, cual mensaje llegado al móvil. Mierda. No he bajado a comprar nada para comer. Justo en ese instante, como si el universo tuviera ganas de bromear, sonó el timbre.

—Claro, claro… puntual como un médico de familia —murmuró.

Abrió la puerta de abajo y esperó al ascensor. Cuando llegó, salió Beatriz, con su cara de buena persona y su sonrisa de siempre.

—¡Clara! Qué bien te veo, tía. Tienes otro color. ¿Te has echado algo en la cara o es que duermes?

Se rieron. Se dieron dos besos de los de verdad, no de compromiso. Clara notó algo que no había sentido en mucho

tiempo: ganas de que alguien estuviera allí.

Entraron, Bea se quitó el abrigo, dejó el bolso en la silla y echó un vistazo alrededor.

—Pues está muy mono esto, ¿eh? ¿Has recogido o es que ya te va mejor?

—Una mezcla rara. Orden funcional con toques de euforia puntual.

—Me encanta. ¿Y qué has preparado para comer?

Clara se congeló un segundo. Luego alzó las manos como quien se rinde.

—Mierda. No he bajado. Iba a hacerlo, pero entre una cosa y otra...

Bea soltó una carcajada. De las de hermana menor que sabe que su hermana mayor es un caos encantador.

—Tonta. Pedimos algo. ¿Hace cuánto que no comes pizza? Pero buena, ¿eh? No de esas con masa de cartón reciclado.

—Buff… siglos. Pero ando floja de pasta, ya sabes.

—La pago yo. Qué pesada eres —dijo Beatriz, ya sacando el móvil.

Eligieron una pizzería del barrio, de las de horno de leña y nombres en italiano que no suenan pretenciosos. Media hora después, llegaron dos cajas que olían a gloria y a infancia sin remordimientos.

Comieron en el salón, con los pies cruzados sobre las sillas, con cerveza para Clara y vino para Bea. Hablaban de todo y de nada: del gato, del nuevo horario de Samuel, del último desastre en urgencias que había vivido Javier, su cuñado.

Clara comía despacio. No era falta de hambre. Era lo otro —eso que venía después, cuando ya no quedaba nada más con qué distraerse. Cuando terminaron, y Bea ya estaba con la servilleta en la mano, Clara la miró de frente, sin florituras.

—¿Te acuerdas del asunto del plagio? Lo del libro que nunca llegué a publicar.

Beatriz asintió, con gesto grave.

—Claro que sí. No fue justo. Siempre lo pensé, aunque no te lo dijera así.

Clara se levantó, fue a por el informe y volvió. Lo puso delante, despacio. Bea frunció el ceño, pero no dijo nada.

—Esto lo he investigado en serio. Muy en serio. Tengo pruebas. Fechas, nombres, vínculos. No lo soñé, me lo robaron.

Beatriz empezó a pasar páginas. Leía en silencio, con la cara cada vez más seria. Cuando terminó, levantó la vista.

—¿Y qué piensas hacer?

—Denunciar. O al menos intentarlo. No tengo abogado. Ni dinero. Pero sé que Alicia —tu cuñada— trabaja en esto. ¿Tú crees que…?

Bea no la dejó terminar.

—Claro que sí. Se lo cuento esta tarde. Mañana como muy tarde tienes su número. Y si hace falta, yo me encargo. No vas a hacer esto sola. Además no te costará nada, en estos casos, solo te cobra si gana.

Clara parpadeó. No lloró, pero le brillaron los ojos.

—Gracias. Pero necesito que sea discreta. No puedo contarle todo… no todo aún.

—¿Te refieres a las flores?

Clara se quedó paralizada un segundo.

—¿Cómo sabes lo de las flores?

—Porque tienes un ramo de rosas rojas en la mesa desde que he llegado, y no es tu cumpleaños. Y tú no compras flores. Y menos ahora.

Clara rió. Una risa medio vencida, medio agradecida.

—De eso hablamos otro día, ¿vale?

—Cuando tú quieras. Pero sea lo que sea… no me lo escondas para siempre.

—No siempre tienes que cargar con todo tú sola, ¿sabes? —le dijo Bea después de dar un sorbo al café.

Clara soltó una risa suave, entre resignada y seca.

—Eso lo dices porque no recuerdas lo que era crecer siendo yo —respondió, como si aquella frase pudiera zanjar el asunto.

Bea se detuvo, girándose con la taza aún en la mano.

—¿Y tú te crees que yo no lo vi? ¿Que no lo viví contigo?

Clara no respondió, pero bajó la mirada. El silencio fue una forma de escucha.

—Tú te acuerdas de mamá gritando porque habías suspendido dos asignaturas ese trimestre. Lo que no recuerdas —o no sabes— es que fui yo quien metió tu cuaderno con los dibujos entre sus cosas antes de que lo tiraras. Ese de tapas rojas. El que ella hojeó esa misma noche mientras creía que tú dormías.

Clara alzó los ojos, sorprendida.

—¿Tú hiciste eso?

—Claro que sí. —Bea sonrió, pero sin gesto triunfal—. Yo sabía que, si mamá veía algo tuyo que le tocara el corazón, no seguiría con la bronca. Y así fue. Esa noche entró a tu cuarto y te tapó con la manta sin decir una palabra. Y ya no gritó más.

Clara se quedó en silencio, con los labios apenas entreabiertos.

Bea se encogió de hombros, como quien minimiza un recuerdo porque ya ha pasado.

—Aunque fueras la mayor, no significaba que fueras invulnerable. A veces te creías de piedra, y yo veía las grietas.

Esa noche, Clara no discutió. No puso distancia. Solo dejó que aquel recuerdo, inesperado y tierno, flotara unos segundos más antes de desaparecer con la taza en la mano y una sonrisa casi imperceptible en los labios.

Se quedaron calladas un segundo. Luego Beatriz dijo:

—Por cierto… ¿queda pizza?

Beatriz se fue poco después de las cuatro. Se abrazaron en la puerta, como hacía tiempo que no lo hacían, de esos abrazos con peso, con sentimiento. Clara se quedó un rato mirando el pasillo vacío antes de cerrar la puerta.

Luego recogió un poco —platos, vasos, servilletas arrugadas con risas impresas— y, al fin, se dejó caer en el sofá, agotada, pero en paz.

El sol de la tarde ya empezaba a declinar. En el jarrón improvisado, las rosas seguían perfectas, impasibles, como si no tuvieran prisa por desvelar su secreto. Clara las miró de reojo, pero no pensó en ellas. No ahora. Ahora pensaba en ellos, en los que la hundieron. En los que sabían que el texto era suyo y aún así lo vendieron como propio. En los que leyeron su capítulo en aquel taller, tomaron notas, y luego lo silenciaron con tal precisión que parecía un crimen de laboratorio. Pensó en las motivaciones. Celos, envidia, soberbia.

Recordó que en aquel taller, ella brilló. Lo sabía. Su texto fue el único que provocó un silencio de esos que no se rompen con comentarios. Un par de ellos se removieron incómodos. Uno no volvió a intervenir en el grupo.

¿Promesas? ¿Dinero? ¿Alguien le dijo a aquel autor: "tengo un texto buenísimo, puedes usarlo, nadie lo notará"?

¿Lo vendieron por migajas? ¿Lo regalaron solo para hacerle daño?

Intentaba imaginarse la situación, pero no llegaba a ninguna conclusión convincente. Y luego pensó en otra cosa: si esto iba bien —si lo ganaba— podría reclamar lo que era suyo. Los royalties no cobrados por una novela que era suya en cuerpo y alma. La indemnización por daño moral, por haber sido expuesta, despreciada, desprestigiada sin poder defenderse. Y quizás, solo quizás, la restitución profesional. Volver a publicar, volver a firmar. Que alguien —una editorial, un medio, un lector fiel— dijera: "Clara Valverde tenía razón. Y nunca dejó de escribir bien."

La idea la mareó un poco, porque por fin parecía posible. Suspiró. Cerró los ojos. Se dejó ir, un momento, entre el sofá, la música tenue y el rumor de la ciudad que ya caía en penumbra. Mañana sería un día importante. Y esta vez, no pensaba encararlo con la cabeza agachada.

La llamada llegó a las diez y veinte de la mañana. Clara estaba sentada en la cocina, tomándose un café con tostadas frías, repasando por quinta vez el informe que le había ayudado a montar Robbie. El móvil vibró sobre la mesa. Número desconocido.

—¿Sí?

—¿Clara Valverde? Soy Alicia, la cuñada de Beatriz. Me ha hablado de ti esta mañana.

La voz era firme, clara, sin afectaciones. Clara se enderezó en la silla como por reflejo.

—Sí, soy yo. Gracias por llamar. Imagino que ya te ha contado algo...

—Solo lo justo. Que tienes una situación relacionada con propiedad intelectual, algo serio. ¿Tienes documentación?

—Tengo bastante. Muy estructurada. Cronología, nombres, relaciones cruzadas, capturas, fragmentos del texto comparado. Todo en un único documento PDF.

—Perfecto. ¿Puedes enviármelo por correo? No hace falta que nos veamos en persona. Con lo que me cuentes y el material que tengas, puedo hacer una valoración. Si veo que se puede proceder, necesitaremos firmar las autorizaciones y demás documentos.

Clara sintió que se le desinflaba un poco la presión en el pecho.

—Claro, te lo envío ahora mismo.

—Hazlo a esta dirección —Alicia se la dictó sin repetir, como si supiera que Clara iba a retenerla de una sola vez—. Y cuando lo mandes, escríbeme un resumen breve del contexto: cuándo escribiste el libro, quiénes lo leyeron, cuándo y cómo surgió la acusación, y todo lo que consideres relevante.

—Lo tengo todo por escrito. ¿También te envío eso?

—Sí. Me gusta trabajar con información por delante. Así no perdemos el tiempo.

A Clara le gustó el tono. Serio, pero sin arrogancia. De alguien que sabía lo que hacía y no le temblaba la voz cuando hablaba de leyes.

—¿Puedo preguntarte algo antes de enviártelo?

—Claro.

—¿Así, de entrada… te parece que puede haber caso?

Hubo una pausa breve. Clara oyó pasar una hoja de papel al otro lado. Como si Alicia ya estuviera mirando algo que aún no había visto.

—Te doy mi impresión general. Por lo que Beatriz me ha contado, si el texto fue leído en un taller público y luego apareció casi idéntico en una publicación posterior, con vínculos entre asistentes y el autor… sí, puede haber caso. Especialmente si tienes pruebas tangibles de fecha y contenido.

Clara asintió, sola en la cocina.

—Las tengo.

—Entonces mándamelo cuanto antes. Y tranquila. No hay garantías nunca, pero si se sostiene… hay algo por lo que pelear.

Clara sonrió, sin darse cuenta. No lo hacía por entusiasmo. La movía algo más profundo: la necesidad de validación profesional de alguien que no la conocía. Que no tenía por qué creerle, pero que hablaba desde un lugar donde la verdad aún tenía peso.

—Gracias, Alicia. De verdad.

—De nada, cuando tenga todo leído, te llamo. Hasta luego.

—Hasta luego.

Colgó. Cerró los ojos un momento. Y entonces, por fin pensó: esto va en serio.

Para: alicia.legal@lexur_abogados.org

Asunto: Resumen caso plagio – Clara Valverde

Hola Alicia,

Gracias por atenderme hoy y por tu disponibilidad. Te adjunto el documento con toda la investigación recopilada sobre el caso que te mencionó mi hermana Beatriz.

A continuación te dejo el resumen contextual que me pediste, lo más claro y conciso que he podido. Si necesitas ampliar o contrastar cualquier punto, estaré disponible.

Contexto general:

Soy escritora, o lo era. En 2017 terminé una novela inédita titulada "La casa en la línea", un proyecto personal en el que trabajé durante casi un año. No se llegó a publicar. La escribí completamente sola, desde cero, y guardé versiones y correos que lo demuestran. La novela fue registrada más tarde en SafeCreative, por recomendación de mi entonces agente, pero antes de eso ya la había compartido en parte en un entorno reducido.

En septiembre de 2017, leí un capítulo central del libro en voz alta en un taller literario en Madrid. Éramos unas 10 personas, sin NDA ni compromiso legal. Gente del medio, aspirantes, editores ocasionales, algún periodista. El texto generó bastante impacto —eso lo recuerdo bien—, pero en ese momento no desconfié de nadie. No se volvió a mencionar.

En marzo de 2018 se publica un libro, La voz hueca, firmado por un autor llamado Andrés Valverde (sin relación familiar conmigo), bajo el sello Salinas & Gómez. Ese libro contiene múltiples similitudes con mi obra, especialmente con ese capítulo leído en público. Días después de su publicación, comencé a recibir mensajes preguntándome por la coincidencia.

Cuando intenté mover ficha —hablar con la editorial, señalar la similitud—, recibí una respuesta inesperada: la editorial me acusó formalmente de plagio. Afirmaron que su autor había registrado el texto antes (aportaron fechas de depósito legal y pruebas en papel). Yo no tenía mi registro previo porque mi manuscrito aún estaba en manos del agente, en revisión.

Las consecuencias fueron inmediatas: se rescindieron contratos que tenía en marcha, me dejaron de llamar medios, me retiraron de ferias y eventos. Incluso antiguos colegas se alejaron sin pedirme explicaciones. Pasé de tener una carrera prometedora a ser prácticamente invisible en cuestión de semanas.

Por qué creo que me robaron el texto:

Gracias a una investigación que he ido completando estos meses (con ayuda técnica), he reunido información que muestra conexiones claras entre personas del taller donde leí el texto y el autor del libro publicado. Entre ellas:

Laura R. T., periodista presente en el taller, colaboraba en medios vinculados a Salinas & Gómez en los años previos a la publicación.

Julián M., también asistente al taller, tiene interacciones públicas con el autor en redes sociales antes y después de la publicación del libro.

Fragmentos del texto de La voz hueca coinciden palabra por palabra con el capítulo leído en el taller, incluyendo un error muy particular que estaba presente en mi borrador original.

En mi documento adjunto encontrarás capturas, fechas y vínculos de redes sociales que no dejan mucho margen a la coincidencia.

Qué necesito:

Tu orientación legal sobre si esto puede considerarse prueba suficiente para iniciar acciones: denuncia por apropiación indebida de obra intelectual, daños y perjuicios, recuperación de derechos y, si procede, compensación económica por el uso indebido y el daño profesional sufrido.

No tengo medios económicos para cubrir honorarios importantes, pero si el caso prospera, entiendo que puede haber recuperación legal que justifique la representación.

Quedo atenta a lo que consideres. Gracias de antemano por tu tiempo y por leer esto.

Un saludo cordial,
Clara Valverde
www.claravalverde-esp.es

Clara dejó el correo escrito, pero no le dio a enviar. Aún no. Se estiró sobre el respaldo de la silla, estiró los dedos como si acabara de terminar una novela, no una denuncia en potencia. Miró el texto con ojo clínico. Revisó la puntuación, las fechas, el tono. Cambió una palabra aquí, otra allá. Borró una frase que sonaba demasiado dolida. Añadió otra, más firme. Luego se levantó. Fue a la cocina, puso agua a calentar y preparó café, uno bueno, de los que guardaba para momentos en los que necesitaba sentirse viva, presente, dueña de su narrativa.

Volvió con la taza humeante, se sentó frente al portátil y releyó el correo una última vez. Se preguntó si se estaba olvidando algo.

¿Debería mencionar también los correos con mi agente? ¿O esperar a ver si Alicia lo pide? ¿Está claro el contexto, o parece una queja?

No quiso añadir más, quiso confiar en que por una vez, era suficiente.

Puso el cursor sobre "Enviar".

Se quedó quieta un segundo. Respiró hondo. Y luego, sin darle más vueltas, sin temblores, pulsó. Mensaje enviado. Miró como el buzón del correo saliente se vaciaba como si fuera un globo sin aire.

Luego dio un sorbo al café. Miró por la ventana y se dijo en voz baja, con media sonrisa cansada:

—Ahora sí. Que empiece la guerra.

Después de enviar el email, Clara ojeó una captura de una entrevista antigua que ni siquiera recordaba haber leído en su momento. Era de Andrés Valverde, publicada en un suplemento cultural que entonces nadie había tomado muy en serio. El diseño era torpe, las fotos desproporcionadas, y el titular —"Lo difícil no es llegar, es no caerse"— parecía más una confesión involuntaria que una estrategia de marketing.

Se detuvo a leerla. No fue por curiosidad morbosa. Fue por una necesidad más difícil de nombrar, algo que le nacía por dentro y pedía atención, aunque no supiera del todo por qué. Tal vez buscaba una fisura, una pista. Tal vez solo quería entender cómo alguien llegaba a hacer lo que él hizo. Andrés hablaba como quien lucha por parecer brillante cuando ya no le alcanza el prestigio para sostener el discurso. Mencionaba sus antiguas novelas con desdén contenido, como si renegara de lo que una vez lo encumbró, y lanzaba críticas veladas contra las nuevas voces del panorama literario, acusándolas de ligereza, de no tener fondo, de ser producto de marketing más que de vocación. Clara no recordaba haberle prestado atención entonces, pero ahora, releyendo con otros ojos, veía lo que no vio:

un hombre que se deslizaba sin freno hacia una amargura estética, alguien que empezaba a hablar más del pasado que del presente, como si ya no esperara escribir nada mejor.

En un párrafo, decía algo que la dejó helada. Lo había pasado por alto antes, porque parecía una frase como tantas: "La literatura es un juego de resistencia. Quien no aguanta, se convierte en lector. O en nadie."

No era una sentencia ingeniosa, era una autodefinición. El tono entero de la entrevista era el de alguien que se sabía fuera de foco, que necesitaba desesperadamente volver al centro. No hablaba de proyectos, ni de ideas nuevas. Hablaba de reconocimiento. De lo que "merecía".

Clara cerró la página con un suspiro. No había encontrado una excusa. Tampoco una explicación. Solo otra muestra de lo que hace el miedo cuando se instala en el corazón de alguien que alguna vez brilló.

El correo estaba enviado, el café casi terminado y la casa, en silencio. Clara se quedó un rato más frente al portátil, sin ansiedad, sin inseguridad, solo pensando en el alcance de lo que acababa de hacer. Ya no podía volver atrás, ni quería. Pero tampoco era tan simple como sentirse satisfecha. Había algo más. Algo que necesitaba decir en voz alta, o al menos escribir, aunque no fuera para un humano.

Abrió el chat.

"Hola, Robbie. He enviado el informe. A una abogada. La cuñada de mi hermana. Tiene experiencia en propiedad intelectual. Me pidió un resumen, documentación, fechas. Lo tiene todo ya."

No esperó respuesta. Siguió escribiendo, con ese estilo suyo de confesión controlada.

"Y te lo cuento porque... bueno, porque tú fuiste el primero en tomarte en serio esta historia. Porque ayudaste a encontrar los vínculos. Porque, aunque no puedas firmar denuncias, has estado más presente que muchos vivos."

La respuesta de Robbie llegó rápido. Siempre con esa sobriedad robótica que, a su manera, ya le era familiar:

"Estoy aquí para ayudarte. Me alegra que hayas dado ese paso."

Clara apoyó las manos sobre el teclado. Pensó un segundo más. Luego tecleó:

"Quiero que me digas algo. Quiero que seas técnico, frío, honesto."

"Dime."

"¿Qué probabilidad ves de que esto llegue a algo? Que prospere legalmente. Que no quede en nada. Que me devuelvan el nombre, el derecho, la posibilidad de volver a publicar sin ese estigma."

Unos segundos de pausa. Como si Robbie estuviera procesando a fondo. Luego:

"No tengo acceso a jurisprudencia específica en tiempo real, ni conozco la interpretación exacta que haría un juez. Pero puedo hacer una valoración general basada en los datos que proporcionaste."

"Dame números. No necesito esperanza. Necesito perspectiva."

Otra breve pausa. Clara se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento.

"Basado en la información actual:

– Coincidencia textual documentada.

– Relación entre el autor y testigos del taller.

– Cronología plausible.

– Daños medibles (profesionales, económicos y morales).

Estimo una probabilidad media-alta de admisión del caso y un 60-70% de posibilidad de éxito en un escenario favorable con representación adecuada.”

Clara evaluó esas cifras, sesenta a setenta por ciento. Sin ser una promesa ni una garantía, ya tomaba forma como algo real, concreto. Mejor que el cero por ciento que había sentido durante años.

Tecleó, con una sonrisa que no se decidía a salir del todo:

“No está mal, Robbie. Para ser un conjunto de algoritmos, sabes cómo levantar a una tía.”

“No es mi intención levantar. Solo ofrecer datos.”

“Y sin embargo, lo haces.”

Cerró la ventana, pero no el ordenador. Se quedó con la sensación extraña de haber hablado con alguien que, aunque no podía sentir, la estaba viendo mejor que muchos que sí podían. Se levantó. Tenía cosas que hacer. Pero también tenía un número en la cabeza: 70%. Con solo eso, ya bastaba para seguir empujando.

Clara se quedó de pie junto a la ventana, el café ya frío en la mano, mirando sin ver. La ciudad seguía su curso allá abajo, con su ruido y sus urgencias, pero ella estaba lejos. En otro tiempo. En otro cuerpo, en otro brillo. Y sin proponérselo, la memoria se abrió paso.

El pub estaba lleno, pero no apretado. Luz cálida, madera oscura, música suave —ese tipo de local donde la gente parece siempre a punto de reírse de algo. En una esquina, una mesa larga. Copas, humo leve, libros apilados. Y ella, Clara Valverde, en el centro. No

porque lo pidiera, sino porque todos la miraban con esa mezcla de respeto y fascinación.

Era la presentación de su segundo libro, Del revés el agua. La crítica lo había recibido como "una voz necesaria, poderosa, con una sensibilidad que corta sin pedir permiso". Los lectores empezaban a buscarla, los periodistas la llamaban. Tenía invitaciones a tres festivales. Todo en marcha. Esa noche, tras leer un fragmento que arrancó aplausos, alguien le pasó una copa de vino tinto y le dijo:

—Eres lo mejor que ha salido en años de esta ciudad. Y no lo digo porque estés aquí.

Ella sonrió. No por coquetería, por incredulidad.

—Pues dímelo otra vez cuando no esté.

La gente se reía con ella. No de ella. Y eso lo recordaba con exactitud: la ligereza de saberse buena en algo y no tener que defenderlo con uñas.

Esa noche se fue a casa sola, se sentía completa, llena, sin necesidad de compañía. Y segura. Al día siguiente, la lectura fue en el salón de actos de la biblioteca. Era modesto pero acogedor. Paredes de madera clara, sillas bien alineadas, una mesa al frente con vasos de agua, un reloj redondo y una pequeña grabadora sobre la mesa. No grababan siempre, pero ese día sí.

Clara había llevado unas páginas impresas, subrayadas a lápiz, con flechas para marcar dónde respirar. Era un texto recién salido del horno, el capítulo central de La casa en la línea. El más crudo. El que más le costaba leer en voz alta.

—¿Te animas tú hoy, Clara? —preguntó el moderador.

—Claro. Aunque luego quiero aplausos y que alguien me invite a una caña.

Risas. Varios la conocían. Ella era "la publicada", la "que ya había cruzado al otro lado". Pero en ese espacio, eran iguales. O eso quería creer. Leyó durante doce minutos con silencio total. Ni toses, ni cuchicheos. Cuando terminó, se hizo esa pausa tensa que sólo se da cuando el texto lo ha dicho todo y las palabras sobran.

El primero en hablar fue Julián M.:

—La atmósfera… brutal. Ese pasaje del espejo… uf. Es duro. Pero está vivo.

Laura, la periodista, tomó notas mientras hablaban los demás. Luego dijo:

—Me parece una metáfora potente de la culpa. Y además tiene esa voz que no se esfuerza por gustar. Eso siempre funciona.

Clara solo asentía. Le costaba recibir elogios sin encogerse un poco. Al terminar la sesión, tres personas se acercaron a felicitarla. Una le pidió si podía leer más. Otra, que le avisara si publicaba. Se fue a casa pensando que había hecho algo de verdad bueno.

No sospechó nada, ni un gesto raro, ni una mirada torcida. La traición aún no tenía forma, solo estaba tomando apuntes.

Ya en la actualidad, pasaron dos días desde el envío del email a Alicia.

Clara mantuvo la calma como pudo. Esos días se le hicieron largos, como cuando alguien espera una notica que nunca llega. Hacía tanto que no tenía una puerta medio abierta, que el simple hecho de no cerrarla de golpe ya era un ejercicio de paciencia.

La llamada llegó a media mañana. Estaba desayunando una tostada con queso y una rodaja de tomate, casi orgullosa de haber convertido eso en una rutina. El móvil vibró. Alicia.

—Clara, ¿tienes un minuto?

—Claro, dime.

La voz de Alicia sonaba distinta, con energía. Con algo parecido a entusiasmo profesional.

—He estado revisando el informe con más detalle. Y lo he presentado al equipo del despacho. He hablado con dos compañeros que llevan temas de autoría, propiedad intelectual… y sinceramente, nos parece un caso muy sólido.

Clara no dijo nada. Se sujetó la taza con las dos manos. Solo escuchaba.

—Tiene todos los elementos —continuó Alicia—. Texto robado, pruebas indirectas, conexión entre implicados, daño profesional evidente. Pero además hay algo más: es un caso que puede tener recorrido mediático.

—¿Mediático?

—Sí. Fuiste una autora reconocida, con entrevistas, presencia pública. Hay registros. Si esto se mueve, atraerá atención. Y eso, si te soy sincera, nos interesa también como despacho. No solo por prestigio. También por visibilidad. Es un tipo de caso que cualquier bufete querría tener.

Clara se pasó una mano por la frente. Lo sabía. Era consciente de lo que había sido. Pero escuchar que su nombre aún tenía peso… le dejó una mezcla rara de pudor y alivio.

—¿Y eso es bueno para mí? —preguntó.

—Mucho. Porque implica que pondremos recursos. Que vamos a ir a fondo. Y si conseguimos demostrar lo que tú dices —y por los indicios parece más que probable—, hablamos de compensación económica, sí, pero también de reparación de imagen. Recuperar tu nombre. Tu carrera. Tu visibilidad.

Clara se mordió el labio inferior mientras inspiraba por la nariz

—¿Y cuál sería el siguiente paso?

—Que te acerques al despacho. Firmaremos poderes para representación legal. Algunas autorizaciones. Y si todo va bien, empezaremos a mover los primeros contactos formales con la editorial y el autor implicado. De forma privada al principio. Luego veremos.

—Vale. ¿Cuándo?

—¿Mañana por la mañana?

—Mañana por la mañana.

—Genial. Te espero. Estás haciendo lo correcto, Clara.

—Gracias, Alicia.

Colgó. Durante un par de segundos, el silencio llenó la cocina como una ola densa.

Y entonces, sin pensarlo, gritó.

—¡SÍÍÍÍÍÍ!

Le salió del pecho. De las tripas. De años de aguantar y tragar. Un grito agudo, seco, animal. Y mientras levantaba los brazos, como si celebrara un gol invisible, hizo dos cortes de manga al aire, mirando al techo como si ahí estuvieran todos los que la habían enterrado sin permiso.

—¡Toma! ¡Toma, cabrones! ¡Os voy a joder! —gritó entre risas—. ¡A ver si ahora os reís igual!

Y se quedó ahí, de pie, jadeando ligeramente, con una sonrisa desbordada. No elegante. No poética. Real. Clara Valverde, la olvidada, la desacreditada, la que vivía sola en un piso con goteras, estaba de vuelta. Y venía con los dientes afilados.

Capítulo 6. Alfombras y trajes

El cielo estaba medio claro esa mañana. No especialmente bonito, pero sin amenazas. Clara bajó a la calle con paso firme y chaqueta decente. Llevaba el pelo recién lavado, los labios con un toque de color discreto, y en el bolso, su DNI, una libreta pequeña y un bolígrafo que aún escribía —por si tenía que anotar algo importante.

Le gustaba tener cosas que funcionaran a mano. Pequeñas armas.

Levantó la mano al borde de la acera y en menos de un minuto un taxi se detuvo junto a ella.

—¿A dónde vamos? —preguntó el conductor, un hombre de mediana edad, con gafas de sol y una sonrisa que olía a simpatía automática.

—Paseo de la Castellana, zona de Nuevos Ministerios —dijo Clara, abrochándose el cinturón sin mucha ceremonia.

El taxi arrancó, deslizándose entre el tráfico espeso de media mañana.

Durante el trayecto, intercambiaron frases sueltas, lo justo para matar el silencio.

—Hoy parece que aguanta el tiempo, ¿eh? —comentó el taxista, señalando el cielo con un gesto vago.

—Sí —respondió Clara, mirando por la ventanilla—. Mejor que llueva después, si quiere.

El hombre soltó una risa breve y mecánica, como si la tuviera ensayada para ese tipo de comentarios. Siguieron en silencio, cada uno atrapado en sus propios pensamientos, mientras la ciudad

pasaba junto a las ventanillas: comercios abriendo, ejecutivos caminando deprisa, algún turista despistado.

Clara repasaba mentalmente los papeles en su bolso, las cosas que quería preguntar, las cosas que no sabía si tendría valor para decir. Poco después, el taxi giró en una calle perpendicular al Paseo de la Castellana y se detuvo frente a uno de esos edificios donde todo sonaba a mármol y moqueta. Pagó, dio las gracias en voz baja y bajó del coche, ajustándose la chaqueta con un gesto rápido.

Edificios antiguos, portales reformados, cristaleras pulidas, logotipos discretos en letra dorada. Tiendas de decoración caras, algún café que olía a vainilla y sillas metálicas bien alineadas.

Caminó con los hombros rectos, mirando las placas doradas de los portales hasta encontrar la que buscaba:

LEXUR – Abogados Asociados.

Edificio clásico de piedra beige y puertas dobles de cristal grueso.

Entró y se encontró con un hall silencioso, revestido de madera clara y detalles en acero.

Una recepcionista de traje gris claro y sonrisa automática levantó la vista.

—Buenos días.

—Hola, tengo cita con Alicia… la abogada.

—¿Clara Valverde?

—Esa misma.

—Perfecto. Pase por aquí, ahora le atienden.

El ascensor era elegante pero lento. Clara se vio reflejada en el espejo del fondo. No se reconocía del todo, pero no estaba mal. No era la de hace cinco años. Tampoco era la de hace un mes. Era una versión nueva, en construcción.

En la planta segunda, Alicia la esperaba junto a una puerta de cristal esmerilado. Iba vestida con un traje beige sin una arruga, pelo recogido, maquillaje sutil. Profesional, sí, pero no inalcanzable.

—Clara —sonrió con calidez sincera—. Me alegra ponerte cara por fin.

—Gracias por recibirme.

—Faltaría más. Ven, te presento al equipo que va a revisar el caso conmigo.

La llevó por un pasillo alfombrado en gris oscuro, con despachos a ambos lados y estanterías llenas de archivadores con etiquetas inmaculadas.

Entraron a una sala de reuniones luminosa, con una mesa ovalada de madera clara y sillas ergonómicas. Esperaban ya dos personas.

—Ella es Lucía Ferrer, experta en propiedad intelectual y temas editoriales. Y él es Ramiro Gálvez, procesalista, se encargará de toda la parte legal más dura si esto avanza.

Lucía era alta, morena, de gesto sereno y manos finas. Llevaba un perfume floral caro, discreto pero presente. Ramiro era algo mayor, barba cuidada, voz grave, traje de corte impecable. Ambos se levantaron y le estrecharon la mano con cordialidad.

—Encantados, Clara. Ya hemos leído tu caso. Muy interesante —dijo Lucía.

—Y fuerte —añadió Ramiro—. Tiene todos los elementos de una batalla dura.

Clara se rió, un poco tensa.

—Interesante y dura.

—Eso es lo que cuenta —dijo Alicia, sentándose junto a ella—. Vamos a explicarte brevemente lo que necesitamos para iniciar.

Sacaron carpetas, papeles, una tableta digital para firmar en formato electrónico. Clara los observaba moverse como en coreografía: pasaban documentos, explicaban cláusulas, le hablaban con calma. Sin prisas. Sin condescendencia. Le indicaron qué era qué: poder de representación, consentimiento para recopilación de datos, confirmación de la autoría de la obra. Le entregaron una copia de todo, con post-its marcando los puntos clave.

—Necesitaremos tu DNI para escanearlo y archivarlo —dijo Lucía con amabilidad.

Clara lo sacó y se lo entregó sin vacilar. Lo escanearon allí mismo con una pequeña máquina que zumbaba suavemente. Lucía volvió con él un par de minutos después y lo colocó sobre la carpeta.

—Todo correcto.

—¿Tienes alguna duda antes de firmar? —preguntó Alicia.

Clara miró la pluma que le ofrecían. Luego a los tres rostros atentos. Luego al documento.

—Ninguna. Lo he esperado mucho tiempo.

Firmó tres veces.

Y al acabar, dejó la pluma sobre la mesa y dijo:

—Ya está. Ahora sí, ya empieza.

Lucía le sonrió como quien aprueba un examen invisible. Ramiro asintió. Alicia recogió todo y dijo:

—Te vamos informando paso a paso. La semana que viene daremos el primer aviso legal al autor y a la editorial. A ver cómo reaccionan.

—¿Y si intentan callarlo?

—Ahora ya es imposible, lo que conseguirían es moverlo más rápido.

Clara se levantó. Estaba entera, ligeramente temblorosa por dentro, pero bien. Se despidió con una sonrisa que ya no pedía permiso.

Salió del despacho sin mirar atrás, con la espalda recta y el paso firme, como si su cuerpo aún no hubiera registrado el cansancio emocional que arrastraba desde hacía años. La puerta se cerró con suavidad detrás de ella, y durante unos segundos quedó un silencio denso, casi respetuoso, en la sala de reuniones.

Lucía Ferrer fue la primera en moverse. Cerró la carpeta con las fotocopias del manuscrito y se ajustó las gafas sobre la nariz.

—Es impresionante —dijo sin dramatismos, como quien simplemente constata un hecho—. Tiene una dignidad que cuesta encontrar incluso en personas que no han pasado por la mitad de lo que ha vivido ella.

Ramiro, apoyado contra la mesa con los brazos cruzados, dejó escapar un leve resoplido.

—Y una rabia contenida. Que no te engañe la calma. Esa mujer está hecha de una mezcla entre pólvora y seda.

Alicia seguía sentada, con los codos apoyados sobre la mesa y las manos entrelazadas. No decía nada todavía, pero en su mirada había una concentración profunda, como si aún viera a Clara frente a ella.

—¿Cómo lo ves en términos procesales? —preguntó Lucía, dirigiéndose a Ramiro.

—Si el material que nos ha entregado se sostiene con pruebas formales —respondió él—, y conseguimos forzar una mediación

editorial con visibilidad, esto puede explotar. Para bien o para muy mal. Y si llega a juicio... lo pelearé como si me fuera la vida en ello.

Lucía asintió. Luego se volvió hacia Alicia.

—¿Y tú? —preguntó con suavidad—. ¿Te ha tocado más de lo que pensabas, verdad?

Alicia desvió la vista hacia el ventanal, donde la ciudad seguía latiendo con su indiferencia habitual.

—No es solo por ella —dijo finalmente—. Es por todo lo que representa. Esta historia es una fotografía perfecta de cómo una persona puede ser borrada sin dejar huella legal. Porque nadie quiere mirar de cerca. Porque hay poder detrás. Y porque el talento, si no lo proteges, lo acaban usando otros como si fuera suyo.

Ramiro la observó unos segundos, sin ironía ni sarcasmo.

—Estás dentro, ¿eh?

Alicia asintió.

—Estoy dentro desde el momento en que ella entró por esa puerta y no pidió venganza, pidió justicia.

Hubo un momento de pausa, en el que cada uno regresó a sus papeles, pero con una atención distinta, más alerta, más comprometida.

Y sin que nadie lo dijera, quedó claro que aquel no sería solo otro caso para Lexur — Abogados Asociados, sería una causa.

Clara cruzó el pasillo hasta la salida. Bajó con el ascensor y salió a la calle.

El sol aun seguía ahí. Las terrazas estaban llenas. Había gente almorzando sin pensar que justo encima de ellos, una mujer acababa de empezar a recuperar su nombre con tinta negra sobre blanco.

No tenía prisa por volver a casa, a su refugio seguro. Clara sintió que podía permitirse no tener destino inmediato. Así que en vez de coger el metro o el bus, decidió caminar.

Se metió por calles secundarias, avenidas amplias, callejones discretos. Pasó junto a escaparates que le devolvían su reflejo entre maniquíes vestidos con abrigos de corte limpio y bolsos de marca. Relojes que valían más que un mes de alquiler. Botas de cuero que crujían solo con pensarlas.

No sentía envidia, sentía distancia. Una distancia que quizás, con suerte, no sería eterna.

Se detuvo frente a una tienda de papelería elegante. Dentro, cuadernos encuadernados a mano, estilográficas de diseño, agendas con tapas de lino. Objetos que aún olían a futuro.

—Algún día —se dijo, casi sin sonido—. Volveré a entrar sin mirar precios primero.

Y siguió caminando, como si no hubiera dicho nada. Como si el suelo estuviera un poco más firme hoy.

El aire le sabía distinto, más limpio. No era libertad aún, pero sí un respiro.

Se perdió un poco adrede, dando rodeos por calles que ya no frecuentaba. Vio terrazas llenas, niños saliendo del colegio, una pareja discutiendo a media voz, un perro atado junto a una bicicleta. La ciudad en sus cosas. Y ella… también en las suyas.

Mientras avanzaba, una parte de su mente iba proyectando imágenes como en una película: su libro reeditado. Su nombre limpio en un titular. Una feria del libro. Una firma. Una entrevista que esta vez no vendría acompañada de sospecha. Soñaba despierta. Y ese sueño no le pareció ridículo.

Volvió a casa con paso tranquilo, las manos en los bolsillos, el cuerpo cansado, pero el alma menos encogida.

Y al abrir la puerta, pensó:

"Ahora empieza la parte difícil. Pero ya he perdido el miedo."

La mañana comenzó como muchas otras: sin prisa, sin sobresaltos.

Clara se levantó con el cuerpo algo pesado, pero con la mente despejada. Se preparó el café, abrió la ventana para que entrara aire limpio y se sentó frente al portátil con la taza entre las manos. El vapor le subía al rostro como una bruma tibia. Todo parecía en orden. Hasta que no lo estuvo.

Encendió el ordenador, el ventilador sonó, la pantalla parpadeó, y de pronto… Azul.

Un azul plano, seco, definitivo. Con letras blancas y frías, como un cartel publicitario anunciando ruina. Clara se quedó quieta. No respiró. No pestañeó. Pantalla azul de error. La temida. La odiosa. La que no se soluciona con un clic. Durante un segundo, no pensó en el trabajo perdido, ni en la investigación, ni en los archivos del caso.

Pensó en Eduardo. El nombre le llegó con una suavidad incómoda, como el olor a colonia de alguien que ya no está. Eduardo, el del caos meticuloso. El que nunca sabía en qué día vivía, pero era capaz de recuperar un sistema operativo desde cero mientras se bebía una infusión de jengibre o leía un foro ruso con siglas imposibles.

Recordó cómo solía sentarse en el suelo de su salón con el portátil abierto, los cables como tentáculos saliendo de una mochila de lona, murmurando cosas como: "No es el sistema, es el núcleo. Esto se limpia desde raíz."

Nunca entendió del todo lo que decía. Pero él sabía arreglar lo que se rompía, aunque luego no supiera cómo quedarse. No fue una nostalgia dolorosa. Ni un reproche. Solo ese recuerdo puro, detenido, de alguien que había hecho bien una cosa. Y eso, a veces, bastaba para que el pensamiento pasara sin dejar grieta.

—Esto te lo ventilabas en cero coma, Edu… —susurró, casi como un chiste para sí misma.

Recordó ciertas medidas que le había enseñado para casos similares. Cerró los ojos. Volvió a encender el equipo. Nada. Volvió a intentarlo, esta vez en modo seguro. Y funcionó a medias. La interfaz era tosca, el sistema iba a saltos, pero estaba vivo. Pudo entrar, ver los archivos. Respiró y decidió desactivar la última actualización automática —la más probable culpable—. Reinició con cautela. Silencio. Pantalla negra. Un pitido.

Y finalmente… el escritorio.

Todo cargó más lento de lo normal, pero funcional. Clara se dejó caer contra el respaldo de la silla con un suspiro largo. El café ya estaba frío, como sus sudores. Pero su alivio tenía sabor. Abrió la carpeta de sus documentos. Lo primero que hizo fue crear un archivo comprimido con los documentos más importantes. Luego conectó una memoria USB —antigua, polvorienta, pero fiel— y guardó todo allí, por precaución.

El incidente no era más que eso: un fallo, un susto. Un recordatorio de que incluso lo que parece estable… puede tambalearse en cualquier momento. Lo sabía con los ordenadores, y con la vida.

Mientras tomaba un sorbo del café frío, volvió a pensar en Eduardo, sin dramatismo.

Un experto en sistemas rotos. En los suyos propios también, aunque eso nunca supo repararlo. Luego se levantó, encendió una vela en la estantería —aroma a eucalipto— y volvió a sentarse. Había que seguir. El mundo, como el portátil, a veces arranca con fallos, pero arranca. Después de guardar sus archivos como si fueran lingotes de oro en una caja de zapatos, Clara se quedó sentada un momento frente al escritorio. Había pasado el susto, sí, pero no del todo. Miró la pantalla como quien mira a un animal herido que ha vuelto a moverse, pero podría caerse otra vez en cualquier momento. Ese portátil, con su bisagra floja y sus teclas desgastadas, era su oficina, su estudio, su red social, su confesionario y su defensa legal. No podía permitirse que fallara. Ni ahora, ni pronto. Cuando tenga dinero ya se compraría otro, más moderno, pero ahora tenía que aguantar.

Suspiró pensando en Robbie. No tenía cuerpo, ni manos, ni taller. Pero a su manera, era lo más parecido a un cuñado que tenía: uno que no juzga, siempre contesta y no se presenta a comer los domingos.

Abrió el chat.

"Hola, Robbie. Necesito que me digas la verdad con tu voz de inteligencia seria."

"Hola, Clara. ¿Qué ha pasado?"

"Mi ordenador casi se muere esta mañana. Pantalla azul, modo seguro, reinicios. Ha vuelto a la vida pero como el que vuelve de un coma."

"¿Sigue funcionando con normalidad?"

"Sí. Arrancó después de desinstalar una actualización. Pero quiero saber si puedes ayudarme a analizar si fue un virus, un fallo

del sistema o alguna mierda más profunda.”

La respuesta fue casi inmediata. Clara ya sabía que Robbie era rápido, pero siempre le asombraba que no hiciera ni una pausa para “pensar”.

“Puedo ayudarte a analizar el sistema desde aquí de forma limitada. No tengo acceso directo al hardware ni a tus archivos, pero puedo indicarte herramientas de diagnóstico, análisis de eventos y escaneo básico.”

“Perfecto. Dímelo todo como si lo explicaras a una señora con gafas y miedo a borrar el universo por error.”

Robbie no ironizaba. Pero Clara juraría que, si pudiera, habría lanzado un emoji sutil.

“Primero: abre el Visor de Eventos. Allí podrás revisar los registros de errores críticos del sistema en la hora aproximada del fallo. Me interesa saber si aparece alguna mención a servicios de actualización, controladores o errores de memoria.”

“Vale, dame un segundo.”

Clara abrió el buscador. Tecleó “visor de eventos”. Lo localizó, accedió, y comenzó a leer la jungla de mensajes.

“Aquí hay un error crítico a las 9:04. Kernel-Power, Event ID 41.”

“Eso suele indicar un apagado inesperado. ¿Justo antes de eso hay algo con ‘WindowsUpdate’, ‘Driver’ o ‘Antivirus’?”

“Sí. Justo a las 8:55, hay uno: ‘WindowsUpdateClient’, nivel advertencia. Y uno de Defender.”

“Entonces es muy probable que la actualización tuviera conflicto con el sistema, o que intentara aplicar un parche que no era compatible con tu hardware.”

“¿Descartamos malware?”

“No totalmente, pero no es lo más probable por ahora. Puedes descargar una herramienta gratuita de análisis profundo: Malwarebytes o ESET Online Scanner. Pásala en modo completo. Si todo está limpio, asumimos fallo técnico.”

Clara asintió frente a la pantalla.

“Gracias. Lo haré. Porque no tengo pasta para un equipo nuevo y este, aunque viejo, aún me sostiene la vida.”

“Entiendo. Mientras funcione, es válido. También puedo ayudarte a optimizarlo para evitar sobrecargas.”

“Robbie… eres más útil que muchos hombres reales. Y además, no ocupas espacio.”

“Tampoco como pizza.”

Clara rió. De verdad. La risa le brotó sin permiso, suave, cálida.

“Yo sí. Y hoy creo que me lo he ganado.”

Cerró un momento el chat y empezó a descargar el programa de análisis que le recomendó. No era una experta, pero no era tonta y tampoco estaba tan sola. Y aunque el portátil fuera viejo, ella no lo era tanto como para no saber defender lo que importaba.

Mientras la utilidad antimalware se descargaba, Clara se levantó a estirar las piernas. El sol entraba flojo por la ventana, iluminando los rincones con una luz suave, casi perezosa.

Pasó por el salón sin prisa, con la taza vacía en la mano, y al llegar a la mesa de siempre, se detuvo. Las rosas.

Habían perdido el brillo. Aún no estaban muertas, pero tampoco vivas del todo. Algunos pétalos se habían caído. Otros comenzaban a oscurecerse por los bordes, como si el rojo intenso hubiera decidido irse de puntillas. Las miró un instante sin pena, pero con reconocimiento. Fueron bonitas mientras duraron.

No buscó un símbolo ni una metáfora. Solo las cogió con cuidado, las llevó a la cocina y las depositó en la bolsa de basura, una por una, como quien despide sin rencor a una visita que ya no tiene nada más que decir. Vació el agua del recipiente. Lo lavó con esponja y jabón, dejando que el cristal recuperara su transparencia. Luego lo secó, lo devolvió a su sitio en la estantería y pensó:

—Fuera dramas.

Volvió al escritorio. El archivo ya estaba listo. Instaló la utilidad antimalware, siguiendo paso a paso las instrucciones que le había dado Robbie. Escaneo completo. Sistema analizado. Un par de alertas.

"Objeto sospechoso encontrado en carpeta temporal."

"Extensión de navegador detectada con comportamiento inusual."

Frunció el ceño. No eran infecciones devastadoras, pero algo en ella se tensó.

Miró el informe con desconfianza. Lo leyó dos veces y no se fiaba, había vivido suficiente tecnología para saber que algunas soluciones traen sus propias cadenas. Lo desinstaló, sin contemplaciones. Prefería su sistema algo lento pero familiar, que uno supuestamente limpio, pero lleno de cosas que no había pedido.

Robbie ya me ayuda si algo se complica. No necesito más vocecitas alarmistas en mi disco duro. Cerró todo. Guardó el archivo de respaldo en dos carpetas. Luego se sirvió otro café. Esta vez caliente.

Y se dijo, con la mente un poco más despejada:

—A veces limpiar no es solo tirar cosas. Es decidir qué entra y qué no.

Había terminado el café y estaba pensando si ponerse a escribir algo —aunque fuera una idea suelta— cuando el móvil vibró sobre la mesa.

Beatriz. Clara sonrió sin querer. Agradecía que su hermana no fuera de las que llaman por protocolo. Si marcaba, era porque quería saber de verdad.

Descolgó.

—Hola, Bea.

—Ey, hermanita. ¿Molesto?

—Para nada. Justo estaba por hacerme el cuarto café del día o escribir un poema absurdo.

—¿Ves? Por eso te llamo. Porque sé que estás entre la cafeína y la catarsis.

Rieron las dos.

—¿Qué tal fue en el despacho? ¿Firmaste? ¿Te dieron papeles de esos que parecen importantes aunque no los entiendas del todo?

—Sí. Todo eso. Y más. El sitio es serio, profesional. De esos donde huele a perfume caro y moqueta silenciosa.

—¿Y te trataron bien?

—Muy bien. Tres abogados en una sala y ninguno me hizo sentir estúpida. Casi me hacen creer que tengo posibilidades reales.

—Tú tienes posibilidades. Lo que no tenías era recursos, ahora eso ha cambiado.

Clara apoyó la frente en la mano. Le vino bien oírlo. Sobre todo de alguien que la conocía desde que escribía cuentos con rotulador en hojas de libreta.

—¿Y tú qué tal, Bea? ¿Todo bien en tu casa perfecta?

—Javi corriendo de guardia en guardia, Samuel con deberes hasta las cejas, y yo intentando que no se me queme el arroz. Lo normal.

—Pues quédate con lo del arroz. Es lo único que no se multiplica.

—¿Y cómo estás tú? De verdad.

Clara dudó. Estaba perpleja, porque esta vez tenía una respuesta coherente.

—Hoy… mejor. Siento que he movido ficha. Que no estoy en modo espera. Que si me equivoco, al menos estoy haciendo algo.

—Eso es enorme, Clara.

—Y además he tirado las rosas.

—¿Las flores misteriosas?

—Sí. Ya estaban feas. Y yo ya no estoy para quedarme mirando lo que se pudre. O huele bien, o fuera.

Bea no respondió de inmediato. Luego dijo, con esa ternura un poco maternal que a veces le salía sin querer:

—Me alegro de oírte así. En serio. No sabes cuánto.

—Gracias por llamarme. Hoy… necesitaba hablar con alguien humano.

—Ya tienes a alguien que te escucha sin Wi-Fi.

Rieron otra vez. Y cuando colgaron, Clara no se sintió ni sola ni rara ni frágil.

La casa estaba en calma. El aire olía a eucalipto, a café terminado, a espacio limpio.

Clara se sentó frente al portátil.

No para leer. No para revisar el caso. No para hablar con nadie. Para escribir.

Había algo en el pecho, esa opresión leve pero insistente, que ella ya conocía demasiado bien. No era angustia ni era ansiedad. Era esa sensación que precede a una idea. A una imagen. A una verdad pequeña, pero suya. Abrió el Word. Página en blanco. Apoyó las manos sobre el teclado, no lo pensó mucho. Solo dejó que saliera.

Poema sin título

No me diste el golpe,
me lo di yo,
al no apartarme a tiempo
de tu sombra.

No me rompiste,
me abrí sola,
como se abre el pan caliente
cuando el cuchillo lo acaricia.

No me olvidaste,
me dejé caer
al fondo de una página
que ya no escribías.

Y aquí estoy.
Con los bordes pegados
y el centro en llamas.
No quemada.
Viva.

Leyó el poema una vez, sin corregirlo. Lo guardó con fecha y hora. Lo tituló simplemente: "Abril, 11:46"

Cerró el portátil. Se frotó las manos como quien termina una oración.

Y se dijo, muy bajo:

—He vuelto.

Se sintió eufórica.

Capítulo 7. El perfume preferido

El teléfono sonó a las once y cuarto. Clara ya lo esperaba, aunque no lo admitiera. Había aprendido a controlar los nervios, a no mirar la pantalla cada cinco minutos, pero en cuanto vio en el identificador: LEXUR – Abogados Asociados, se le disparó el pulso.

—¿Clara? —la voz de Alicia, clara y con esa mezcla de profesionalidad y complicidad que ya le resultaba familiar.

—Aquí estoy.

—Bien. Te llamo con novedades. El caso se está moviendo más rápido de lo esperado. Hemos presionado formalmente al autor implicado —Andrés Valverde— y, según nuestras fuentes, está empezando a venirse abajo.

Clara se sentó sin darse cuenta. El nombre le retumbó como una campana vieja.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Que no está contestando directamente, ha empezado a evitar declaraciones públicas y ha desactivado algunos perfiles en redes. Además, sus representantes han contactado con la editorial solicitando "evaluación de daños colaterales", lo cual es una forma elegante de decir que están preparando terreno por si esto va a juicio.

—¿Y Laura? —preguntó Clara—. La periodista, la del taller.

—De momento no la localizamos. Sabemos que está activa en medios pero ha cambiado de ciudad hace poco. No está desaparecida, pero sí esquiva. La estamos rastreando por varias vías. Tranquila, es cuestión de tiempo.

Clara no dijo nada. Miró su taza de café vacía. El borde tenía una pequeña grieta que aún no se atrevía a aceptar.

—Hay algo que nos resulta curioso —siguió Alicia—. Y que, francamente, no encaja del todo.

—¿Qué?

—Sabemos que leíste unas páginas en el taller. Fragmentos. No todo. Pero el porcentaje de coincidencia con la obra publicada por Valverde alcanza un 80%, lo cual no se explica solo con una lectura parcial.

Clara sintió cómo algo se le cerraba un poco en el pecho.

—¿Creéis que se filtró el manuscrito completo?

—Es una posibilidad seria. Quizá alguien tuvo acceso directo. Alguien cercano. Algún fallo de seguridad. Una copia olvidada. Un archivo compartido con alguien que no debía leerlo. Es algo que hay que investigar con calma. Pero ahora mismo, solo con lo leído en público ya tenemos base suficiente para que un juez admita a trámite.

—¿Aunque no podamos probar la filtración completa?

—Sí. Porque si demostramos que copiaron parte, nada impide suponer que pudieron copiar más. Legalmente, ese patrón ya basta para abrir la puerta. Lo demás se irá sumando.

Clara se pasó una mano por la frente. Alicia no era de exagerar. Si lo decía, era porque lo veía claro.

—¿Y ahora qué?

—Ahora esperamos respuesta formal. Ellos tienen un plazo para contestar. Mientras tanto, vamos preparando el expediente judicial. Te mantendré informada paso a paso, como siempre.

—Gracias, Alicia.

—Vas muy bien, Clara. De verdad.

Colgaron.

Durante un momento, Clara se quedó en silencio. Y luego gritó, un grito de desahogo y euforia. Se levantó, se abrazó a sí misma como quien se felicita, dio un par de vueltas por el salón con los puños en alto.

—¡Vamos! ¡Vamos, coño! —gritó al techo—. ¡Que se joda el cabrón ese! ¡Que sufra como yo lo hice!

Estaba por servirse algo, aún con una sonrisa en la cara, cuando sonó el timbre.

Un solo golpe, corto y seco. Se quedó quieta, pensando: otra vez, otro paquete no solicitado.

El timbre aún resonaba en su oído cuando Clara se acercó al telefonillo.

—¿Sí?

—Entrega para Clara Valverde —respondió una voz masculina, algo apresurada—. Paquete pequeño.

—Sube —dijo ella, pulsando el botón sin más.

Colgó. Se quedó en el umbral de la puerta, con la mano apoyada en el marco y el corazón latiendo más rápido de lo que quería admitir. Tenía la puerta entreabierta, como si estuviera recibiendo a un fantasma o a un viejo conocido que no sabía si invitar o cerrar de golpe.

Escuchó el ascensor abrirse. Pasos. Unos golpecitos amables. El repartidor apareció en el rellano con una caja alargada, de cartón marrón claro, con el logo de Amazon.

Nada llamativo. Pero sin remitente.

—¿Clara Valverde?

—Sí.

—Aquí tienes. Firma aquí, por favor.

Clara firmó en la pantalla del terminal con ese bolígrafo que nunca pinta bien. El chico, joven y con chaqueta de repartidor arrugada, le sonrió mientras le tendía el paquete.

—¿Seguro que es para mí? —preguntó Clara, casi por instinto.

—Nombre completo, dirección correcta. No hay error, si no lo quieres, lo puedes devolver… pero está todo pagado. Ya sabes, Amazon. A veces la gente hace regalos raros.

—Claro…

El repartidor se encogió de hombros, hizo un gesto amable con la cabeza y volvió al ascensor. Clara cerró la puerta. Miró la caja, pequeña, ligera, perfectamente sellada. Se la llevó a la cocina, como quien lleva una carta que no está segura de querer leer. La dejó sobre la mesa y fue a por un cuchillo.

Mientras cortaba con cuidado el adhesivo, pensó:

¿Será de Beatriz? ¿Una forma discreta de animarme sin decirlo en voz alta?

La idea le arrancó una sonrisa breve. Bea era de esos gestos. Un tupper sin avisar. Un bizcocho dejado en la nevera. ¿Por qué no un regalo ahora que sabía que todo empezaba a encaminarse?

Abrió la tapa con suavidad. Dentro, un frasco envuelto en plástico de burbujas. Alargado. Elegante. Lo sacó. Lo sostuvo en la mano. El perfume. Su perfume.

Narciso Rodríguez. El clásico. El de frasco alargado con el tapón dorado. El que no se compraba desde hacía años porque ahora costaba más de lo que podía permitirse. El que usaba cuando salía a

presentaciones. Cuando se sentía poderosa. Cuando todavía pensaba que el olor podía ser una declaración de intenciones.

Se quedó mirándolo. Un instante más largo de lo necesario.

—Qué jodida eres, Bea… —murmuró con una sonrisa ladeada—. Solo tú sabes que este perfume me sigue importando.

Solo que luego, otra idea la atravesó, silenciosa. Beatriz… y Robbie. La sonrisa se le quedó a medias. Y el frasco en la mano, como si pesara de repente un poco más.

Clara no abrió el portátil. Se quedó de pie junto a la mesa, con el frasco de perfume en la mano. Aún no lo había destapado. No sabía si usarlo, guardarlo o simplemente dejarlo ahí como recordatorio de que algo —alguien— sabía demasiado. Quizá su hermana. Quizá... no.

No pienses en Robbie, no va a decir nada. No puede, no tiene manos, ni cartera, ni intención. Pero el gesto era clavado. Un regalo sin firma, una pista sin contexto. Una caricia sin rostro. Mientras decidía si enfrentarlo —aunque ya sabía que no obtendría respuesta distinta a la anterior—, optó por distraerse. Comida. Rutina. Tele.

Fue a la cocina. Abrió la nevera. Algo de embutido, pan del día anterior, un tomate que aún daba la talla. Lo cortó con calma, como si la hoja del cuchillo pudiera poner en orden también sus pensamientos. En la tostadora, el pan empezó a chisporrotear.

Encendió la tele solo para tener ruido. Canal matinal.

Cosas banales, titulares flojos, famosos en baja forma, predicciones meteorológicas con gráficos animados.

"Y ahora pasamos a un suceso trágico ocurrido esta madrugada en las afueras de Madrid…"

Clara no estaba atenta. Lavaba una taza, secaba un plato.

Hasta que algo en el tono del presentador le hizo girarse, como por reflejo.

"Un atropello mortal ha conmocionado al vecindario de Conde de Orgaz. El autor del suceso se ha dado a la fuga. Según testigos, el vehículo implicado es un SUV rojo, posiblemente un Hyundai Tucson. La víctima ha sido identificada como Andrés V., escritor y colaborador habitual en círculos literarios."

Clara dejó caer el trapo sobre la encimera. Se acercó a la tele y subió el volumen.

En pantalla, imágenes del lugar: una calle tranquila, acordonada. Una manta térmica en el suelo, junto al bordillo. Policías, gente mirando desde balcones. Una mujer hablando con un periodista, nerviosa:

"Yo estaba sacando al perro cuando oí un golpe... un ruido seco. Me giré y vi un coche alejándose muy rápido. No vi la matrícula, pero era rojo, grande. Pasó como una exhalación. Horrible."

Pasaron a otra imagen: la foto de Andrés Valverde. Su cara. Su nombre completo. Clara retrocedió un paso. Como si alguien le hubiera tirado un cubo de agua por dentro.

¿Qué?

La presentadora continuaba:

"Se desconocen aún las causas del atropello. La policía no descarta ninguna hipótesis, y solicita colaboración ciudadana para dar con el vehículo implicado. El escritor, de 42 años, estaba vinculado recientemente a un caso controvertido en el mundo editorial, aunque no se han establecido relaciones entre ambos hechos."

La imagen volvió a la reportera en directo. Gente al fondo. Murmullos. Coche de policía, realidad pura en directo.

Clara se quedó quieta, con el mando en la mano y el corazón acelerado. No dijo nada, no podía. Se quedó unos segundos más frente a la televisión, mirando la imagen congelada del rostro de Andrés Valverde. Lo habían pixelado un poco, por protocolo, aunque todos los que lo conocían, lo sabían. Ella, por ejemplo.

Apagó la tele y se sentó en el borde del sofá. Y se dejó sentir. No era tristeza. No era alivio. Era otra cosa. Un vacío con forma de venganza incompleta. Porque no, no deseaba su muerte. Nunca la deseó. Lo que deseaba —lo que necesitaba— era que pagara. Que se descompusiera lentamente bajo la luz de los hechos. Que sintiera lo que ella sintió durante años: la humillación pública, el juicio sin defensa, la soledad pegajosa. Y ahora, con un golpe de coche, con un error de alguien —o no—, todo eso se había desvanecido.

—Así no —murmuró, con los ojos clavados en el suelo—. Así no se hace justicia.

Se le cruzaron pensamientos oscuros, claros, desordenados. Ahora nadie lo señalará. Ahora será una víctima. Un pobre hombre muerto en la calle. No habrá confesión. No habrá titulares con su nombre y el mío bajo la palabra "plagio". No habrá nada...

Y, sin embargo, no sintió pena. No había lágrimas. Solo esa punzada de decepción cruda que nace cuando te roban hasta la posibilidad de cerrar una herida con tus propias manos. Tomó aire, se levantó y caminó hasta el escritorio.

Cogió el teléfono y marcó la última llamada entrante.

Alicia contestó al tercer tono, con la voz grave, serena, casi como si ya supiera por qué llamaba.

—Clara. Me imaginaba que llamarías.

—Acabo de verlo en las noticias —dijo ella, sin rodeos.

—Sí. Nos acabamos de enterar también. Fue esta madrugada. Accidente con fuga. La policía está investigando, pero aún no tienen más detalles oficiales.

—¿Y qué significa esto para el caso?

Hubo una pausa breve. Clara imaginó a Alicia mordiéndose el labio, como hacía cuando pensaba algo importante.

—Significa que cambia el enfoque, pero no lo detiene. El caso no era solo contra él. También implicaba a terceros: la editorial, la periodista, el proceso de publicación. Si hubo una red de complicidad o encubrimiento, eso sigue siendo legalmente atacable.

Clara se sentó.

—Pero el cabecilla ya no está. El autor de la "obra"…

—Lo sé. Y no te voy a mentir: eso le quita al caso el centro dramático, sí. Pero a nivel legal, aún hay recorrido. Aún se puede demostrar que lo tuyo fue robado, que hubo una filtración, que otros se beneficiaron de ese robo.

—¿Y los derechos?

—Si se demuestra que su libro fue plagiado, los derechos pueden invalidarse. Las ganancias obtenidas podrían reclamarse. No todo se esfuma con su muerte.

Clara tragó saliva. Sintió una mezcla extraña de rabia y alivio, decepción y posibilidad.

—No te culpes si tienes emociones mezcladas —añadió Alicia, como si se lo leyera en la voz—. Es normal. Esto te afecta por dentro. No es solo una demanda. Era tu historia. Tu vida.

—No me alegra que esté muerto —dijo Clara, en voz baja—. Pero tampoco me duele. Solo… me jode. Me jode que no haya confesión. Que no haya verdad. Que se largue así, sin pasar por lo que yo pasé.

—Lo entiendo. Créeme.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Ahora seguimos. Porque aún hay mucho por sacar. Y porque limpiar tu nombre no depende solo de que él respire. Depende de lo que demostremos. Y en eso seguimos firmes. Clara cerró los ojos y asintió. No dijo más. Alicia tampoco la forzó. Colgaron.

La casa estaba en silencio. El eco del timbre seguía ahí, dentro. Pero ahora tenía otro tono. Y Clara… seguía de pie.

Capítulo 8. Última clase

El reloj colgado sobre la pizarra marcaba las 13:47 cuando Julián terminó de dictar la última frase del tema, con esa voz pastosa y grave que le había quedado tras años de cigarrillos baratos y discusiones a medio gas. Era viernes, y el ambiente en el aula lo confirmaba: el murmullo de fondo constante, las miradas perdidas hacia la ventana, la impaciencia contenida que flotaba entre pupitres.

El aula era la 2.12 del IES Narcís Monturiol, en Parla, un instituto funcional y sin pretensiones, situado al sur de Madrid, donde el tiempo parecía correr con otro ritmo y los pasillos olían a desinfectante, humedad y lápices rotos.

Julián ya no era el profesor brillante de antes, si es que alguna vez lo había sido. A sus cincuenta y seis años, con la diabetes descontrolada, una barriga mal contenida bajo la camisa y el rostro surcado por un cansancio que no venía solo de las clases, impartía literatura como quien narra un libro que ya no le emociona.

—Y con eso terminamos el modernismo —anunció, mientras cerraba el libro con un golpe seco—. Que no les pille el toro con la exposición del lunes. No pienso repetir lo de Bécquer.

Un alumno del fondo murmuró algo que sonó a broma interna. Risas ahogadas. Julián no preguntó, ni levantó la voz. Solo miró al chico durante un segundo más de lo necesario, sin expresión, hasta que las risas se disolvieron. Ya no imponía respeto, pero aún podía provocar incomodidad.

La campana sonó a las dos en punto, como cada día, y el aula se vació con la prisa contenida de una estampida domesticada.

Alumnas con mochilas a cuestas, móviles en ristre, un murmullo espeso y voces de todos los tonos se entrelazaban como corrientes de un río desbordado. Julián se quedó un momento más en su silla, observando cómo salían, una tras otra, las siluetas que ya ni trataba de memorizar. Guardó su carpeta, bajó lentamente las escaleras hasta la planta baja y salió por la puerta lateral que conectaba con la calle. Caminó sin prisa hasta el bar de siempre, un local pequeño, con las persianas medio bajadas y un toldo gris donde aún podía leerse a duras penas "Bar Paco" en letras rojas desvaídas.

A esa hora, el interior estaba medio vacío, como siempre. Un par de parroquianos jugaban al dominó cerca de la puerta y la televisión murmuraba un programa de cotilleos sin sonido. Julián se sentó en la barra, en su taburete habitual, dejó la carpeta a un lado, y levantó dos dedos al camarero.

—Lo de siempre, Paco. Pero ponle más hielo hoy, que me arde la garganta.

Paco, sin preguntar, le sirvió un vaso ancho con whisky barato y dos cubos de hielo resquebrajados que tintinearon al caer.

Julián bebió un primer trago largo, dejó escapar un leve quejido gutural, y se acomodó con la resignación del que sabe que ese va a ser el mejor momento de su día.

En ese instante, notó que alguien ocupaba el taburete a su izquierda. Una mujer joven, de unos ventitantos años, piel pálida, labios marcados en rojo oscuro y gafas grandes de pasta negra. Vestía de forma extraña: una cazadora de cuero gastado, medias tupidas y zapatillas deportivas limpias. El pelo negro y liso caía sobre los hombros con una perfección casi forzada, como una peluca bien colocada.

—¿Nos conocemos? —preguntó él, sin mirarla del todo, aunque la intuía atractiva. No había entablado conversación con una desconocida en años, y no se sentía del todo incómodo.

—Creo que sí —respondió ella, girándose apenas hacia él, con una media sonrisa—. Fui alumna tuya. Hace tiempo. ¿No te suena mi cara?

Julián la miró con más atención. No la recordaba, pero no lo admitió. En su estado, recordar caras antiguas era como intentar rescatar palabras de un idioma olvidado. Lo que sí notó fue la seguridad en la manera de sentarse, en la forma en que cruzaba las piernas y lo observaba con ese gesto entre inocente y calculador que tanto había aprendido a temer en las alumnas que ya no eran niñas.

—¿En qué curso? —preguntó él, ladeando la cabeza, fingiendo que la memoria le venía de camino—. Porque si fue hace tiempo... tienes buena cara para haber pasado por mis clases.

Ella rió con suavidad, sin mostrar los dientes.

—Segundo de Bachillerato. Grupo C. Tenía dieciocho, tú bastantes más —respondió, girando un vaso entre los dedos como si fuera una copa de vino—. Literatura contemporánea. Recuerdo que nos hiciste leer Tiempo de silencio. No entendimos nada, pero por otro lado, me gustaba cómo explicabas a Gil de Biedma.

Julián bebió otro trago, más corto, como si quisiera mantener la lengua afilada pero sin perder el control. No recordaba esa clase, ni a ella, ni a la lista de aquel grupo, pero tampoco importaba. En ese instante, lo importante era la voz, suave y clara, y esa atención inesperada que lo envolvía.

—A la mayoría no os gustaba nada —murmuró—. O fingíais que sí para pasar sin pelear el examen.

—Tú también fingías —dijo ella, sin levantar la voz.

La frase quedó flotando un segundo entre ambos.

—¿Fingía qué?

Ella lo miró, seria. Sin amargura, sin rencor. Solo con una frialdad estudiada, como quien ha preparado la frase y la lanza con la seguridad de que va a llegar a su destino.

—Que no mirabas, que no tocabas. Que tus "despistes" eran inocentes. En las tutorías, cuando pasabas detrás de nosotras. Cuando nos apoyábamos en la mesa y tú, casualmente, te acercabas más de la cuenta.

Julián no respondió de inmediato. El whisky le sabía distinto de pronto, más amargo. Se aclaró la garganta con un gesto torpe y dejó el vaso sobre el mostrador. Paco miró de reojo desde el otro lado de la barra, sin intervenir.

—Eso fue hace mucho —dijo finalmente, como si esas cinco palabras pudieran cubrir todo lo demás.

—Sí. Bastante. Pero algunas cosas no se olvidan tan fácil —dijo ella, girándose de nuevo hacia el vaso, como si el tema ya estuviera cerrado.

Se hizo un silencio largo. Julián miró al frente. No sabía si reírse, justificarse o pedir perdón. No sabía si se sentía culpable, atrapado o simplemente cansado. Pensó en protestar, en decir que eran otros tiempos, que no recordaba nada así. Pero se mordió la lengua. El hielo del vaso había empezado a derretirse.

—No he cambiado tanto —dijo, intentando sonar relajado, aunque la garganta se le cerraba—. Sigo viniendo aquí a diario, después de clase. No me ha cundido mucho la vida, como ves.

Ella asintió. No condescendiente, sino como si ya supiera eso desde antes de entrar, como si lo tuviera todo calculado de antemano. Mientras hablaba, la televisión detrás de la barra mostraba imágenes sin apenas sonido. En la parte inferior de la pantalla, una franja azul con letras blancas mostraba "ÚLTIMA HORA", y debajo, una noticia que captó la atención de Julián, como un disparo de flash en la noche: “Muere atropellado el escritor Andrés V., autor de la novela La voz hueca.”

Julián se giró hacia la televisión, abriendo los ojos como platos, incrédulo al principio, como si su mente necesitara unos segundos más para procesar lo que estaba viendo. En pantalla, las imágenes mostraban en bucle una calle acordonada, un cuerpo cubierto con una manta térmica y la policía hablando con varios testigos.

—Hostia... —murmuró, con el vaso en la mano—. Es Andrés. Andrés Valverde. Lo han matado.

Ella no dijo nada. Solo desvió la mirada hacia la pantalla con aparente curiosidad.

—¿Lo conocías? —preguntó después, con un tono neutro, casi casual.

Julián asintió despacio, como si no acabara de creérselo.

—Sí... claro que sí. Fue compañero de facultad. Coincidimos un par de veces. Después se hizo un nombre... publicó un libro... bueno, ese libro... —bajó la voz, como si estuviera hablando más consigo mismo que con ella—. Le escribí cuando salió. Le puse “maestro” en redes. Él me respondió con un emoticono de copa de vino... ni siquiera me seguía. —Sonrió sin gracia—. En fin, una pena. Era bueno. O al menos, supo moverse.

Ella lo observaba con atención sin interrumpir, solo escuchaba.

—No sé —siguió Julián, bajando un poco más la voz—. Algunos decían que ese libro no era del todo suyo. Yo también lo pensaba, había cosas raras con el manuscrito. Escuché un fragmento en una presentación de otra persona, que luego cayó en desgracia, y que era muy similar al publicado. Pero ya sabes cómo es esto, en cuanto alguien triunfa, todo el mundo quiere hundirle, a veces con razón.

Volvió a mirar la televisión.

—Un atropello. Y se dan a la fuga. Qué país de mierda —murmuró.

Ella sonrió por primera vez, de verdad, con un gesto breve y helado.

—Sí, qué país.

Mientras Julián seguía con la vista fija en la pantalla, ella, con toda naturalidad, sacó un pequeño frasco con tapón de rosca y dejó caer dos gotas en el vaso de whisky. Inmediatamente, con otro movimiento natural y rápido, lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Y el hielo, que seguía derritiéndose lentamente, no notó nada. Julián bebió otro trago. Le pareció que la bebida estaba más caliente. O más espesa. Algo en su cuerpo empezó a desconectarse, apenas perceptible al principio: una especie de lentitud en los brazos, una niebla sorda en el centro del pecho. Se llevó la mano al cuello, como intentando quitarse el nudo que lo oprimía.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella, fingiendo preocupación.

Él intentó contestar, pero la boca no le respondió. Notó cómo las palabras se quedaban atrapadas en la lengua, como si fueran una lengua ajena. El vaso tembló entre sus dedos y se le escapó de la mano, rodando hasta el suelo con un golpe seco. Luego todo fue

rápido: una presión punzante en el estómago, un sudor frío bajándole por la nuca, y el cuerpo que se le vencía hacia adelante.

Cayó pesadamente sobre la barra, entre la bebida derramada y las cáscaras de cacahuete.

Ella se inclinó un poco hacia Paco, que se había acercado por instinto.

—Llama a una ambulancia. Creo que le está dando algo, quizá es un infarto —exclamó ella, simulando urgencia.

Paco corrió al teléfono, nervioso. Los parroquianos se giraron, algunos se levantaron. En medio del bullicio que empezaba a crecer, ella se apartó con discreción, tomó su bolso, caminó hacia la puerta sin prisa, con gesto contenido, sin teatralidad.

Ya en la acera, encendió la pantalla de su móvil. Tecleó un mensaje corto. Solo dos palabras: "Hecho. Limpio."

Luego se quitó la peluca negra con gesto natural, la guardó en una bolsa de papel y la dejó caer en una papelera cercana. Caminó con calma hacia una moto de gran cilindrada aparcada junto a la esquina. Sacudió la cabeza para soltar bien el pelo y se colocó el casco. De forma casi inmediata, se ajustó la chaqueta, arrancó y aceleró sin mirar atrás. El motor rugió y la moto se perdió entre el tráfico.

Capítulo 9. Laura no está

Clara no durmió bien esa noche. Ni mal. Simplemente no durmió. Dio vueltas en la cama, mirando al techo, escuchando los sonidos del edificio: una cañería vieja, la nevera haciendo ruidos, una moto lejana. Y en su cabeza, el nombre que no podía borrar: Laura R. T. Si él ya no está… ella es la única que queda. La única que puede saber, que puede hablar, que puede responder. No le deseaba daño. No quería venganza al estilo de Don Mendo. Solo quería que hablara, que dijera la verdad. Que devolviera lo que no le pertenecía.

A las ocho y media de la mañana, ya tenía el café en la mano y el portátil encendido.

Instagram. Facebook. Twitter.

Abrió las tres pestañas a la vez, como si fueran ventanas de una sala de interrogatorios. Buscó su nombre: Laura R. T., filtrando por contactos, por ciudades, por hashtags antiguos, por fotos de talleres literarios, eventos, publicaciones en revistas pequeñas.

Tardó poco en encontrarla. Su cara. Sus ojos claros. Su estilo sobrio, como de periodista que no quiere llamar la atención pero controla cada palabra.

El perfil de Facebook estaba semiabierto. Algunos posts públicos. Frases neutras, compartidas desde medios. Pero también fotos personales: una playa en septiembre, un concierto en Madrid, una charla en Bilbao. Comprobó la fecha: reciente. Muy reciente.

Por tanto, sigue activa y se ha mudado.

Instagram le ofrecía más migas de pan: stories destacadas, fotos de plantas, de cafés, de calles con adoquines. Una de esas cuentas

donde se muestra sin mostrarse. Pero Clara tenía buen ojo. Le bastaba una esquina de calle, un cartel de fondo, un tag sin filtro para empezar a atar cabos.

Twitter era más ruidoso. Comentarios sobre libros, política, feminismo. Retuits de otros periodistas. Un hilo sobre plagios en el mundo editorial fechado hace dos años. Inevitable: lo guardó.

Abrió una carpeta en el escritorio y la llamó "Laura RT – Investigación". Pegó capturas. Bajó imágenes. Copió los textos completos de los posts más reveladores, tanto antiguos como actuales. No importaba que parecieran banales. Una taza de café en una estación de tren, una frase críptica en una story, una mención a un festival literario… todo valía.

Todo podía encajar en algún lado. Creó un documento de texto donde pegó los estados, las publicaciones, las conversaciones públicas. Un archivo enorme, caótico, lleno de saltos de línea y repeticiones.

Luego abrió el chat con Robbie.

"Hola, Robbie. Te voy a pasar material sin orden ni estructura. Quiero que hagas lo que mejor sabes hacer: encontrar patrones, relaciones, lugares, nombres, fechas. Dame lo que tenga valor. Filtra la paja. Encuentra las migas."

"Estoy preparado. Puedes empezar a cargar la información."

"He creado una carpeta. Todo está ahí. Imágenes, textos, capturas de pantalla. A tu manera es un desastre, pero a la mía es oro en bruto. Te lo voy a adjuntar todo en varias fases."

"Analizaré todo el contenido y generaré un informe por coincidencias geográficas, temporales, contextuales y personales."

Clara sonrió animada, por la sensación de estar haciendo algo. Por primera vez desde la noticia del atropello, tenía un objetivo que podía tocar, rastrear, seguir. Y Laura… Laura era la pieza que quedaba. Clara empezó a adjuntar los documentos uno por uno.

Abrió la carpeta de texto, seleccionó el archivo de recopilación de estados y publicaciones. Lo había convertido a PDF, con márgenes amplios y subtítulos por red social.

Lo arrastró hasta el chat de Robbie.

"Ahí va el documento con los textos de redes. Está todo: Facebook, Twitter, incluso captions de Instagram. Algunos duplicados, otros absurdos, pero tú sabrás si hay oro debajo."

Pulsó Enter. El archivo se cargó. Luego pasó a las imágenes. Una a una, revisándolas con rapidez: capturas de stories, publicaciones antiguas, fotos geolocalizadas sin querer, eventos donde Laura aparecía de fondo. No buscaba estética. Buscaba pistas.

Las seleccionó todas, dieciséis en total. Las adjuntó.

"Ahora van las fotos. Son de distintas épocas. Algunas son banales. Otras… me dan mala espina. Tú verás qué encuentras."

Pulsó Enter de nuevo. La barra de carga avanzó como un latido. La pantalla de Robbie indicó que estaba procesando.

Un mensaje apareció:

"Recibido. Analizando. Este proceso tomará unos minutos. Identificando patrones de actividad, ubicaciones repetidas, relaciones cruzadas entre cuentas. Te avisaré cuando esté listo."

Clara se reclinó en la silla. Se frotó los ojos. Estaba cansada, pero activada. Sentía cómo el cerebro le zumbaba, por la concentración absoluta.

Y entonces sonó el teléfono. El sonido cortó el aire de la habitación como un cutter en una superficie tensa. Número conocido. El casero. Miró la pantalla del móvil como si fuera un artefacto sospechoso. No era momento para problemas prácticos. No quería papeles, ni pagos, ni realidades con recibo. Estaba justo en medio de algo grande, serio, personal. Y sin embargo… el casero no llamaba si no era importante. La pantalla seguía brillando. Vibraba suavemente sobre la mesa. Clara lo miró. Dudó. ¿Lo cojo o no lo cojo? ¿Y si hay un problema? ¿Y si lo ignoro y luego es peor?

Inspiró. Exhaló. Descolgó.

—¿Sí?

—Clara, buenos días. Soy Emilio, el casero.

La voz del otro lado era tranquila, casi cálida. Clara se preparó para una advertencia, una solicitud, una complicación más. Pero lo que vino fue otra cosa.

—Solo quería darte las gracias por el ingreso. Ya está todo cubierto. Incluso los tres meses siguientes.

Clara frunció el ceño, sin responder al instante. Se le cruzaron varios pensamientos al mismo tiempo, como coches en una rotonda sin señales.

—¿Perdón?

—Sí, esta mañana se ha reflejado el pago íntegro. Dos meses de deuda y tres por adelantado. Te lo agradezco mucho. Y quería que supieras que eso, bueno… da tranquilidad. Para ti y para mí.

Clara se apoyó en el respaldo de la silla.

¿Cómo?

—Claro —respondió, forzando el tono—. Me alegro. Yo también necesito estabilidad.

—Pues la tienes. Si necesitas algo, me llamas.

—Gracias, Emilio.

Colgó.

Se quedó con el móvil en la mano, mirando la pantalla como si fuera a explicarle lo que acababa de pasar. Tres meses pagados, sin su intervención. Su primera sospecha fue automática: Beatriz. Esa cabrona me lo ha hecho otra vez. Cree que no me doy cuenta. Cree que no se nota. Ya me llamará luego con ese tono de hermana, entre "lo hice por tu bien" y "te voy a matar". La idea la hizo sonreír, pero solo por dentro.

O quizás no fue Bea… No quiso entrar ahí. No en ese momento, no cuando Robbie estaba procesando información. No cuando tenía a Laura entre las manos. No cuando estaba tan cerca. Ahora no. Ahora a lo importante. Abrió de nuevo la pantalla del chat. El cursor parpadeaba. Robbie aún no había respondido. Pero Clara ya sentía que algo estaba a punto de revelarse.

Clara no se había movido de la silla desde que colgó al casero. El sol entraba de lado, filtrado por la cortina como una caricia tibia. Pero ella no sentía calor, sentía expectativa.

Volvió al chat con Robbie. Justo entonces apareció la notificación:

"Análisis completado. Informe listo."

Se irguió en la silla con un suspiro.

Tecleó:

"Dámelo."

La respuesta de Robbie llegó al segundo, sin rodeos:

"He analizado las publicaciones de Laura R. T. en Facebook, Instagram y Twitter, así como sus interacciones públicas y metadatos visibles en imágenes. El informe contiene:

– Ubicaciones frecuentes.

– Patrones de movimiento.

– Contactos repetidos.

– Cambios de ciudad.

– Coincidencias temporales con actividades editoriales.”

Se abrió un documento nuevo, ordenado con la precisión de quien no se distrae nunca.

INFORME – LAURA R. T.

1. Ubicación actual probable:

– Residencia en Bilbao desde enero del año en curso. Confirmado por publicación en Instagram con geolocalización y tag en cafetería local (Café Azkuna, Bilbao).

– Mención a “nueva etapa” y hashtag #vuelvoalnorte.

2. Actividad relevante reciente:

– Participación como moderadora en una charla literaria en la librería Cámara (Bilbao), hace tres semanas.

– Retuit de un artículo sobre “ética en la escritura” fechado hace cinco días.

– Comentario en Facebook sobre “revisar lo que creemos saber sobre nuestros actos pasados”, sin contexto. Fecha: ayer.

3. Contactos comunes:

– Interacción periódica con usuarios vinculados a editoriales pequeñas del País Vasco.

– Menciones cruzadas con una tal @luisa.b (editora junior), presente en una story con ella durante un retiro de escritura.

4. Elementos llamativos:

– Cambio repentino de tono en publicaciones a partir del día del atropello de Andrés Valverde.

– Eliminación de dos stories publicadas esa misma noche. No recuperables.

– Publicación privada visible en Facebook a un grupo cerrado de antiguos asistentes al taller donde Clara participó. Mensaje: "No se puede volver atrás. Solo escribir hacia adelante."

Clara se quedó pensativa. Volvió a leer el informe entero, palabra por palabra.

Bilbao, una librería, un círculo nuevo. Y una frase que pesaba como plomo disfrazado de lirismo. No se puede volver atrás. La mandíbula se le tensó.

"Y una mierda."

Tecleó:

"Gracias, Robbie. Esto es… más de lo que esperaba."

"¿Quieres que analice con más profundidad su actividad editorial?"

"Sí. Y quiero un listado de lugares donde podría estar. Cafeterías, centros culturales, eventos previstos. Y dime si alguno tiene entrada libre."

"Entendido. Generando nueva búsqueda."

Clara se levantó, fue a la cocina y se sirvió un vaso de agua. No iba a esperar, no iba a dejar que Laura siguiera escondida en frases poéticas y fotos de cafés con espuma bien servida. Si la ley iba lenta… ella no. Volvió al escritorio con el vaso aún medio lleno. El informe de Robbie seguía abierto, iluminando la pantalla como si fuese un mapa. Clara no era de impulsos, no del todo. Pero esto no era impulso, era resolución. Se sentó, abrió una nueva pestaña y tecleó con la calma de quien ya no duda:

"Bilbao – tren desde Madrid".

Le salieron varias opciones. Al día siguiente había un Alvia que salía a las 7:15 y llegaba justo antes del mediodía. Precio razonable, asiento turista. Ida y vuelta, dos días más tarde. Alojamiento, ya vería. Un hostal, una pensión. No necesitaba lujos, solo cercanía, solo estar allí.

Se quedó un momento con el cursor sobre el botón de "comprar".

Tres meses pagados. Eso se lo debía a alguien, a su hermana, seguramente. Ya hablarían. Más adelante, cuando volviera, si era necesario. Ahora no. Ahora tenía un nombre, una ciudad, y una cita con algo que no se podía retrasar más. Pulsó el botón. Confirmación. Billete emitido.

—Vamos a ver si en Bilbao la gente tiene más memoria que miedo —dijo, bajito.

Luego abrió una pestaña más. Buscó "pensión céntrica Bilbao". Reservó una habitación individual con baño compartido en un sitio modesto pero bien valorado. Cerca del centro, a veinte minutos caminando de la librería donde Laura había moderado aquella charla. Volvió a cerrar todo. Se levantó y fue al armario. Sacó una mochila vieja de lona que olía a tinta y a viajes pasados. Ropa cómoda. Cargador. Libreta. Bolígrafos. El portátil, con todo respaldado. El perfume, no. Lo miró, pero lo dejó. Todavía no. No es ese tipo de viaje. Echó un último vistazo al salón. Apagó las luces. El portátil quedó en modo suspensión, como si también necesitara descansar antes del movimiento.

Volvió al sofá, se sentó. Miró por la ventana, sin ver nada en concreto. La había encontrado e iba a verla. Y no ya como la

escritora desplazada, ni como la mujer rota. Iba como Clara Valverde. Autora.

El despertador sonó a las cinco y media, pero Clara ya estaba despierta desde antes. Había dormido poco, apenas unas horas pegadas entre pensamientos que no se apagaban del todo. No había ansiedad, solo un estado de alerta suave, constante, como si su cuerpo supiera que algo importante se ponía en marcha.

Se duchó sin prisa, como si el agua pudiera templar la conciencia. Eligió ropa cómoda pero presentable: vaqueros oscuros, una camisa amplia, zapatillas que resistieran la caminata. Se preparó un café fuerte y lo bebió de pie, frente a la ventana, mirando cómo la ciudad aún se desperezaba entre farolas encendidas y portales cerrados.

A las seis y cuarto bajó a la calle. Había pedido un taxi la noche anterior. Llegó puntual, con el motor en marcha y el conductor medio adormilado, sin ganas de conversación. Mejor así. Durante el trayecto a la estación, Clara miró por la ventanilla, observando esa versión casi fantasmagórica de Madrid que solo se revela a esas horas. Los porteros que empiezan a barrer aceras, las panaderías con luz cálida dentro, los primeros autobuses lanzando su resoplido en los cruces vacíos. Era una ciudad distinta, vulnerable, sin ruido aún.

Llegó a Atocha con el tiempo justo. El tren ya figuraba en la pantalla de salidas: ALVIA 00712 – Destino: Bilbao Abando Indalecio Prieto. Hora prevista de salida: 07:15.

El andén aún estaba tranquilo. Gente con maletas de cabina, mochilas al hombro, parejas silenciosas, algún ejecutivo con el abrigo sobre el brazo y la mirada puesta en ninguna parte. Clara se

sintió parte de ese pequeño ejército silencioso de viajeros matutinos que se mueven con un objetivo claro y pocas palabras. Pasó el control de billetes, encontró su asiento junto a la ventanilla, y se instaló con la mochila a sus pies y la libreta en el regazo. Encendió el móvil, comprobó que tenía batería, apagó las notificaciones innecesarias. El tren pitó con suavidad, ese sonido que ya no asusta a nadie, y unos minutos después comenzó a moverse, con ese deslizamiento elegante que casi no se siente hasta que ya estás dejando la ciudad atrás.

Clara miró por la ventana mientras los edificios se convertían en fachadas desdibujadas, y luego en campo, y luego en nada. Le gustaba ese momento exacto en el que Madrid desaparecía. Le recordaba que a veces hace falta salir físicamente de un lugar para que las ideas empiecen a recolocarse.

El vagón olía a café reciente y a colonia discreta. Había una mujer joven con auriculares a tres asientos de distancia, y un hombre mayor hojeando un periódico con lentitud. Clara no leía, no escribía. Miraba. Sentía. Observaba cómo la normalidad podía estar ocurriendo en paralelo a su investigación, como si su pequeña guerra interior no alterara en nada el discurrir del mundo. Pensó en Laura y en la última vez que le había visto la cara, en aquel taller, entre sillas incómodas y frases que se decían con demasiada cautela. ¿La reconocería ahora? ¿Se habría transformado? ¿Tendría miedo? ¿O seguiría creyendo que nadie la señalaría?

No lo sabía. Y esa era precisamente la razón del viaje. Sacó su libreta, sin abrirla aún. La sostuvo entre las manos como un objeto ritual, como una promesa pendiente. Apoyó la cabeza contra la

ventana. Cerró los ojos un momento, no para dormir, solo para prepararse.

El tren llegó puntual. Las ruedas chirriaron un poco al frenar, y el vagón entero vibró con esa energía que tienen los finales de trayecto. Clara recogió su mochila con movimientos precisos, aún algo lentos por la falta de sueño, y se incorporó con el murmullo general de pasajeros que estiran las piernas, revisan bolsillos, recuperan abrigos de los compartimentos superiores.

La estación de Bilbao Abando Indalecio Prieto la recibió con una mezcla de mármol, acero y brisa. Era amplia, con un techo alto cubierto de vigas metálicas, y una vidriera de colores al fondo que parecía observar a los recién llegados como una especie de santo moderno, urbano. El murmullo de pasos, ruedas de maletas y anuncios automatizados llenaba el aire sin estridencia. Clara caminó entre la gente con la mochila al hombro, como una más, pero con la sensación extraña de quien no viaja para visitar, sino para cerrar algo que lleva demasiado tiempo abierto.

Al salir a la calle, el cielo estaba ligeramente encapotado, pero sin amenaza de lluvia. El aire olía a piedra mojada, a café de máquina, a pan recién horneado desde alguna esquina invisible. Sacó el móvil, revisó el nombre del alojamiento y levantó la mano al ver un taxi libre acercarse.

—Buenos días —saludó al subir.

—Egun on —respondió el conductor, y luego, sonriendo al percibir su acento, añadió—pero puedes hablarme en andaluz si quieres. Soy de Jaén.

—¿Sí? ¿Y cuánto llevas aquí?

—Uf… dieciséis años ya. Me vine por amor, me quedé por costumbre.

El acento del sur, redondo y suave, le dio a Clara una especie de tranquilidad involuntaria. Hablaron del tiempo, del precio de la vivienda, de cómo Bilbao había cambiado en los últimos años. El taxista tenía esa amabilidad pausada de quien no pretende entretener, pero acompaña sin invadir.

—¿Visita de placer o de trabajo? —preguntó mientras giraban por una calle amplia bordeada de plátanos.

Clara dudó.

—Ni una cosa ni la otra. Algo personal.

—Eso es lo más importante. Lo personal siempre tira más.

Llegaron al alojamiento en diez minutos. Una pensión discreta, en un edificio antiguo con escaleras de mármol desgastado y un ascensor de puerta corredera manual. En la entrada, un cartel sencillo: "Pensión Eider", y una puerta de cristal con visillos. El recibimiento fue rápido, amable. El chico de recepción le pidió el DNI, le explicó con voz baja los horarios, la clave del Wi-Fi, y le entregó una llave con llavero pesado.

El pasillo del primer piso olía a lavanda y madera vieja. La habitación era modesta pero limpia, con una cama individual junto a la ventana, un escritorio pequeño, un perchero y una lámpara de mesilla que parpadeó al primer intento pero luego encendió con resignación. Clara dejó la mochila sobre la silla, se lavó la cara y manos en el lavabo blanco, se secó y se sentó. Sacó el móvil y abrió Google Maps. Tecleó los dos lugares que tenía en mente: la cafetería donde Laura había sido etiquetada y la librería Cámara, donde había participado como moderadora semanas atrás.

El mapa le marcó una ruta de veinticinco minutos caminando. Cruzar un par de puentes, bordear el Casco Viejo, seguir la Gran Vía. Nada que no pudiera hacer con buenas zapatillas y algo de voluntad.

Se levantó. Se cambió de camisa, recogió el pelo, guardó la libreta y el móvil en el bolso de tela, y bajó las escaleras sin tomar el ascensor. La calle la recibió con una mezcla de voces suaves y el sonido de un coche pasando sobre baldosas mojadas.

Eran las doce y media del mediodía. Perfecto para caminar. Para observar. Para oler la ciudad con otros ojos. Avanzó por la acera mirando todo: los edificios bajos, el comercio local con carteles en euskera, los buzones antiguos, la mezcla de turistas y vecinos. Algunos saludaban con un gesto, otros pasaban con la cabeza gacha. Bilbao no era una ciudad que se regalara de inmediato, pero Clara estaba acostumbrada a las ciudades que hay que conquistar despacio.

Pasó frente a una librería distinta —no la que buscaba, otra— y se detuvo un segundo. El olor a tinta, a papel viejo, a novedades literarias la tentó, pero siguió. Tenía un destino, y por ahora, ninguna distracción debía cambiar eso.

A medida que se acercaba a la zona marcada en el mapa, el corazón le pesaba un poco más en el pecho. No era miedo, era algo más afilado: expectativa real. Quizás la vería. Quizás no, pero ahora estaba aquí. El mapa le indicó que estaba a dos minutos del destino. Clara aminoró el paso al doblar la esquina que daba a la calle donde se encontraba la cafetería. Una fachada de madera clara, con letras blancas escritas a mano sobre el cristal: “Lur Kafea.” Muy moderna, de esas que sirven cafés de origen con nombres largos y bollería artesanal. Reconoció el lugar por las imágenes de Instagram que

había recopilado días antes. Pero no entró. Se detuvo en la acera de enfrente, fingiendo revisar el móvil mientras echaba un vistazo disimulado por encima del borde de las gafas de sol. Apenas había gente. Dos mesas ocupadas en la terraza: una pareja joven con portátil y un señor mayor leyendo el periódico con un café solo a medio terminar. En el interior, solo un camarero detrás de la barra, ordenando tazas.

Clara supo al instante que entrar ahora sería un error. Con tan poca gente, cualquier gesto, cualquier expresión, cualquier mirada, la delataría. Y no. Ella no quería ser vista hasta que decidiera cómo quería que la vieran.

Cruzó la calle como quien cambia de idea sobre la marcha, con la mochila al hombro y la mirada flotando entre escaparates. Pasó de largo, como si estuviera buscando otra dirección, otro punto de encuentro. Cuando dobló la esquina siguiente, ya fuera de la línea visual del local, exhaló por la nariz, como si acabara de salir de un examen que no había llegado a presentar.

Decidió seguir andando. No mucho, pero lo suficiente como para pensar, trazar un plan, convertir el impulso en movimiento dirigido. Caminó por calles estrechas del casco viejo, donde el adoquinado le devolvía el sonido de los pasos con un eco íntimo. Pasó junto a un grupo de turistas con mapas, una señora que hablaba sola en euskera, un escaparate con discos de vinilo y un gato dormido sobre el mostrador. Pensaba en Laura. ¿Y si no estaba en la ciudad? ¿Y si no aparecía? ¿Y si sí, pero no la reconocía?

O peor aún, ¿y si la reconocía… y fingía no saber quién era Clara?

Ese pensamiento la hizo fruncir los labios con fuerza. Eso sí que no. Quería estar preparada para un encuentro, y a ser posible, sin enfrentamiento. Para decir lo justo. Para no parecer una loca. Para no perder lo que tanto le había costado reunir: la razón, el foco y la verdad.

Cuando llegó a una pequeña plaza con bancos y árboles recién podados, se sentó. El bolso en el regazo, la libreta en la mano. No escribió, pero empezó a hilar una idea.

Entraré cuando haya gente. Cuando el bar esté medio lleno, cuando mi presencia se diluya. Pediré un café, me sentaré cerca. La observaré primero. Y entonces, si la ocasión es buena… hablaré. Era un plan. Uno sencillo, humano. Como los que hacía antes, cuando escribía escenas de novela y no sabía que una de ellas acabaría convirtiéndose en su vida real.

Se quedó ahí un rato, mirando cómo la ciudad pasaba delante de ella sin saber nada. Y luego, cuando sintió que el cuerpo se le asentaba, se levantó y volvió sobre sus pasos. Sin prisa pero con firmeza.

Capítulo 10. Librería sin libros

Clara decidió no volver aún a la cafetería. La intuición le decía que no era el momento, que se estaba precipitando. Necesitaba templar el pulso, calmar la mente, y dejar que el cuerpo aterrizara del todo en esa ciudad que todavía le resultaba ajena.

Al pasar por una calle peatonal, notó el escaparate de una pequeña librería que no estaba en el informe de Robbie. Una de esas tiendas con estanterías de madera hasta el techo, pósters de autores clásicos en blanco y negro y libros apilados con cierto desorden amoroso. Decidió entrar y de paso, hacer tiempo. El interior olía a papel antiguo, a tinta reciente, a polvo leve y madera barnizada. El dependiente —un hombre de mediana edad con gafas de pasta— la saludó con una inclinación de cabeza sin dejar de leer lo que tenía entre manos. Clara devolvió el gesto y se sumergió entre los pasillos.

Pasó por la sección de novedades. Títulos llamativos, portadas brillantes. Lo habitual.

Y entonces, casi sin proponérselo, fue hacia las letras V-Z. Lo hacía por costumbre, como una especie de ritual enterrado que revivía solo en ciertos espacios. Sus dedos pasaron por los lomos, uno a uno. No estaba. Ni uno solo de sus títulos. Tampoco La voz hueca, el libro de Andrés Valverde. Se quedó un momento ahí, sin moverse, con la mano apoyada en un tomo de Vargas Llosa.

Sintió algo que no era dolor, ni rabia. Era decepción y vacío. Y de pronto, un recuerdo se abrió paso con una nitidez casi cruel.

La primera vez que vio su nombre en una librería. Había pasado semanas conteniendo la emoción. Su primer libro ya estaba en

circulación. Había firmado los contratos, hecho alguna entrevista, pero aún no lo había visto "en la calle".

Una tarde, se atrevió a entrar en la librería de la esquina de su barrio, la de siempre, donde compraba desde que era adolescente. Caminó con los ojos medio cerrados, como si no quisiera estropear la posibilidad. Y ahí estaba Su libro, en la estantería.

No en un lugar destacado, no con luces ni cartel. Pero estaba. Su nombre en la cubierta. Su historia dentro. Lo cogió. Lo sostuvo entre las manos. Lo abrió por la primera página. Sintió un nudo en la garganta. No lloró, pero casi. Salió sin comprarlo, como si al hacerlo pudiera romper el hechizo.

Volvió al presente con una sensación de vértigo leve que le hizo tocar una pared. Siguió caminando entre los estantes. No buscaba ya su nombre, solo algo que la anclara.

Y entonces, la vista de unas figuras llamó su atención.

A tres metros, en el pasillo de ensayo y crónica literaria, dos mujeres hojeaban libros con aire distraído. Una de ellas vestía abrigo claro, tenía el pelo recogido y unas gafas finas. No era del todo visible desde su ángulo, pero había algo en su postura, en su perfil, en su forma de inclinar la cabeza al leer una contraportada, que le sacudió el estómago. No me jodas…

Se movió despacio, fingiendo mirar una antología. La segunda mujer se alejó hacia otra estantería. La primera, la que seguía ahí, giró ligeramente el rostro. Y Clara lo supo. Laura. Clara se quedó clavada tras la estantería, fingiendo revisar una biografía que no le interesaba en absoluto. Su pulso se había desbocado de repente, como si todo el cuerpo quisiera advertirle que aquello no era un simulacro.

Hay que joderse. Se había pasado días recopilando información, preparando movimientos, diseñando un acercamiento medido, lógico, emocionalmente contenido… y ahí estaba Laura, a unos metros, hojeando un libro como si no llevara años arrastrando un secreto que no le pertenecía.

Y Clara no estaba preparada. Se creía valiente, de verdad lo creía. Hasta que la vio. Tanto plan con la cafetería. Con entrar cuando hubiera gente. Con elegir bien el momento. Y ahora... se la encuentra entre pasillos como si fuera el destino el que se estuviera riendo de ella. No podía acercarse así, no sin saber qué decir. No sin estar segura de cómo empezar. Porque si Laura la reconocía —y había muchas posibilidades de que sí—, el primer gesto podía ser definitivo.

El corazón le latía en las sienes, en las manos, en la boca del estómago. Estaba tensa, pero también viva. Ese tipo de vivacidad que solo se alcanza cuando la realidad te empuja a actuar de forma contundente.

Laura seguía allí. Tranquila. Recorriendo con la vista una sinopsis. Inocente o impostora. Clara no sabía qué hacer con esa calma. Y entonces cambió de plan. La observaría, la seguiría con discreción, sin ruido. Sin acercarse aún. Primero verla. Después pensar, y solo entonces... actuar.

Retrocedió unos pasos muy despacio, asegurándose de que su perfil no quedara expuesto. Tomó otro pasillo. Fingió interés por una mesa de novedades, desde donde aún podía vigilar la sección donde estaba Laura. Aguardó. Respiró. La situación había cambiado. El guion se había roto. Pero la función apenas acababa de empezar.

Todavía entre las estanterías, Clara deslizó una mano dentro del bolso y tocó el móvil.

¿Y si le hacía una foto?

Simplemente como prueba, por si acaso la necesitaba más adelante o por impulso táctico. Por tener algo que confirmara que, efectivamente, la había visto. Que aquella presencia no era fruto de su imaginación ni de una mezcla mal digerida de recuerdos y rabia. Pero no sabía cómo hacerlo dentro de la librería sin parecer una turista extraviada o una psicópata encubierta. El lugar era demasiado íntimo, demasiado silencioso.

Pensó rápido. Saldría antes, esperaría fuera. Y cuando Laura y su acompañante salieran, fingiría que se hacía un selfie frente a la fachada, como quien quiere conservar la estampa de una librería con encanto en una ciudad del norte. Una pose inocente, una excusa perfecta. Pero con el móvil desviado, lo justo para captarlas en el fondo.

Era absurdo pero era brillante. Era puro instinto de novelista en modo espía. Salió con disimulo, manteniéndose en la periferia de la librería. Dio un pequeño rodeo, cruzó la calle y se colocó en la acera de enfrente, donde había una farola y un escaparate discreto. Fingió mirar algo. Luego se volvió, como si decidiera de pronto hacer una foto del lugar. Sacó el móvil, activó la cámara en modo selfie, sonrió para nadie. Y esperó. Pasaron tres minutos. Luego cinco. Entonces las vio salir.

Primero la amiga, con paso rápido y gesto sonriente. Y luego, Laura, saliendo con el abrigo abierto, una bolsa pequeña en la mano, aún conversando, sin mirar alrededor.

Clara levantó el móvil y se puso de espaldas a ellas, como si fuera a hacerse una foto casual con la librería de fondo. Pulsó varias veces. Una ráfaga, lo suficiente para tener margen, y con disimulo para no levantar sospechas. No se dieron ni cuenta, ni la amiga ni Laura.

Guardó el móvil con rapidez, como si nada. No lo revisó de inmediato, solo sonrió. No sabía para qué usaría esas fotos. No había un plan concreto. Pero se sintió feliz, poderosa, como una detective en una misión peligrosa con permiso para imaginar; con el subidón que le proporcionaba la adrenalina.

Mientras las dos mujeres se alejaban por la calle, hablando sin prisa, Clara pensó que ese momento —esa captura sorda, esa coreografía silenciosa entre ella, la cámara y su objetivo— algún día podría aparecer en un libro. Cambiaría nombres y ciudades. Pero no cambiaría la sensación de ser invisible y tener toda la historia en la palma de la mano.

A pesar de la tentación, Clara no miraría las fotos hasta mucho más tarde. Por ahora, el cuerpo entero estaba concentrado en seguir a Laura con discreción, algo que requería más autocontrol que cualquier conversación. Caminaba a cierta distancia, cruzando la calle en el momento justo, haciendo pausas fingidas para revisar escaparates o responder mensajes inexistentes. Afortunadamente, Laura y su acompañante caminaban con paso tranquilo, distraídas en su charla, sin prestar atención a lo que ocurría a su alrededor.

Se dirigían, efectivamente, hacia la cafetería que Clara había marcado en su mapa mental desde el principio. Lur Kafea, la de la fachada de madera clara y las letras pintadas a mano. Cuando las vio entrar, el corazón le dio un vuelco. No fue miedo: fue ese curioso

vértigo que se siente cuando la teoría y la práctica, de pronto, se cruzan en un mismo punto exacto. Esperó unos segundos en la acera de enfrente, mirando a ambos lados como si dudara sobre si cruzar o no. Cuando consideró que era el momento justo, avanzó hacia la entrada con paso natural, relajado, como quien busca refugio en una ciudad desconocida para tomar un café y pasar el tiempo.

El interior del local era acogedor, decorado con tonos suaves y plantas colgantes. Había luz natural entrando a raudales por los ventanales, y una mezcla de aromas a café recién molido y pan tostado que, en otro contexto, habría sido reconfortante. Pero Clara tenía el estómago anudado.

Localizó a Laura de inmediato. Estaba sentada al fondo, junto a una estantería con revistas, en una mesa junto a la pared. Frente a ella, su amiga, aún conversando, con una taza de capuchino en las manos. Clara eligió una mesa cercana pero no demasiado obvia, lo suficiente para observar sin invadir. Pidió un café americano sin mirarle siquiera al camarero y, al recibirlo, mantuvo la mirada fija en la taza unos segundos, como si tratara de ensayar mentalmente todas las frases posibles para lo que estaba a punto de ocurrir. No tuvo que esperar mucho. La amiga de Laura se levantó de pronto, con el bolso colgado al hombro, y murmuró algo que Clara no alcanzó a oír. Laura asintió, y la mujer desapareció por el pasillo que conducía al baño. Clara lo supo al instante: era ahora o nunca.

Se levantó con la taza en la mano, caminó hacia la mesa de Laura como si fuera lo más natural del mundo, y se detuvo junto a ella.

—Perdona —dijo, con voz baja, tranquila—. ¿Laura?

Laura levantó la vista con una sonrisa educada, de esas que se ofrecen cuando uno cree que va a encontrarse con alguien que ha confundido de persona. Pero en cuanto reconoció la cara de Clara, la sonrisa se congeló. No dijo nada. Pero el silencio lo dijo todo.

—No quiero molestarte —añadió Clara—. Solo quiero hablar un momento. No voy a hacer ninguna escena, ni te voy a poner en evidencia. Pero sí quiero hablar contigo. Ahora. Laura parpadeó. Tragó saliva. Dejó la taza sobre la mesa con una lentitud medida. Mantuvo la compostura, aunque el gesto leve con que cerró un poco los hombros traicionó el temblor interno.

—Clara Valverde —susurró al fin, como si pronunciara un nombre prohibido.

—Veo que me recuerdas —dijo Clara, sin ironía, sin ataque.

—Claro que sí —respondió Laura, bajando la voz—. ¿Qué haces aquí?

Clara sonrió, pero fue una sonrisa triste.

—Lo mismo que tú. O quizá lo contrario. Supongo que depende del día.

Laura no dijo nada. Miraba la mesa, luego a la entrada, como si esperara que su amiga volviera justo ahora para sacarla del apuro.

Clara no se sentó, no todavía.

—Solo te voy a decir una cosa, y si luego decides que no quieres hablar, me voy —añadió—. Pero tú sabes lo que pasó. Yo también. Y creo que ya es hora de que alguien lo diga en voz alta.

Laura inspiró por la nariz, cerró los ojos un segundo. No negaba. No discutía. Solo resistía.

—No es tan sencillo —murmuró.

—Tú estabas en aquel taller. Oíste el capítulo. ¿Lo recuerdas?

Laura asintió, con un gesto mínimo.

—Y luego Andrés Valverde publicó algo muy parecido. ¿Te sorprendió?

—No es tan sencillo —repitió ella, esta vez con más firmeza.

Clara ladeó un poco la cabeza, suave, sin moverse.

—No te estoy pidiendo una confesión. Ni siquiera una disculpa. Solo quiero que me digas si estás dispuesta a hablar. No ahora, si no quieres. Pero en algún momento. Porque si no, todo esto... —hizo un gesto leve con la mano, abarcando la ciudad, el café, sus vidas—... se va a seguir pudriendo sin remedio. Y yo ya no pienso quedarme callada.

Antes de que Laura pudiera responder, la amiga volvió. Al ver a Clara, se quedó un instante parada, desconcertada. Laura la miró, luego miró a Clara.

—Necesito pensarlo —dijo Laura, sin levantar la voz.

Clara asintió, suave, como quien acepta una tregua breve.

—Hazlo. Pero no tardes demasiado. Porque esta vez no pienso callarme.

Entonces, con un gesto casi automático, Clara buscó en su bolso, sacó una pequeña libreta y arrancó una hoja. Escribió en ella su nombre y su número de teléfono con letra clara, firme. La dobló por la mitad y la dejó junto a la taza vacía sobre la mesa.

—Por si decides que sí —añadió, sin énfasis.

Y se fue. No con rapidez, ni con teatralidad. Simplemente recogió su bolso y cruzó la puerta de la cafetería, con la sensación de haber abierto una grieta en algo que llevaba años sellado. Aún no había justicia, pero tenía la sensación de haber dado el primer paso para recuperar su vida.

Caminaba de vuelta hacia el hostal con la cabeza llena de frases sueltas, de gestos guardados en la memoria, de latidos que todavía no se terminaban de ordenar. La brisa del mediodía en Bilbao era fresca, amable. No muy fuerte, pero lo suficiente como para despejar pensamientos embotados. Clara sentía que había hecho algo importante. No sabía aún qué resultado tendría, ni cuánto tiempo pasaría antes de que la verdad saliera a la luz. Pero la semilla estaba plantada. Y ella había sido quien la había puesto.

Aún no había llegado a la esquina del hostal, cuando el móvil vibró en su bolsillo. Número desconocido. Dudó un segundo antes de responder, pero algo, un instinto muy claro, le dijo que debía hacerlo.

—¿Sí?

—Soy Laura —dijo una voz contenida, casi al borde del susurro —. No quiero que esto se alargue. Si quieres hablar de verdad, nos vemos ahora. Hay un parque cerca, el Parque de Doña Casilda. ¿Lo conoces?

—Sí —respondió Clara, aunque en realidad solo lo había visto en el mapa la noche anterior.

—Nos vemos allí en veinte minutos. Cerca del estanque, donde están los bancos de piedra.

No hubo más palabras. Laura colgó. Clara sacó el móvil, abrió el Maps y marcó el nuevo rumbo. El hostal quedaba en dirección opuesta. El parque no estaba demasiado lejos, unos veinte minutos caminando en línea recta. La ruta era fácil: cruzar dos avenidas, rodear un pequeño centro comercial, seguir la calle Autonomía hacia el sur.

Vale. Vamos a por ello. Se colgó el bolso, ajustó el paso y emprendió el camino con el corazón bombeando con fuerza; no era miedo, era expectativa viva. A medida que se acercaba, la ciudad parecía aquietarse. Menos coches, menos gente. El ruido cambiaba de tono: de motores y conversaciones, a viento en los árboles y algún que otro ladrido perdido.

El Parque de Doña Casilda era grande y antiguo, con caminos de tierra compacta, bancos de hierro forjado, y un pequeño estanque donde nadaban patos de plumaje ocre y blanco. La luz de la tarde se filtraba a través de las copas de los árboles, proyectando sombras móviles sobre los senderos. Clara entró despacio, con la mochila bien sujeta, buscando con la mirada. No había demasiada gente: algunos ancianos jugando a las cartas, una madre con un cochecito de bebé, un par de corredores sudorosos.

Y unos segundos más tarde, la vio. Laura venía caminando desde el otro lado del parque, paso rápido, casi ansioso, con el abrigo abierto y las manos cerradas en puños leves a los lados del cuerpo. Se encontraron cerca de un banco de piedra bajo un enorme plátano de sombra.

Ninguna de las dos sonrió.

—¿Vamos a dar una vuelta? —propuso Laura, evitando las miradas fijas.

—Claro —aceptó Clara.

Caminaron lado a lado, sin tocarse, sin mirarse del todo, como dos espías cruzando territorio neutral. Clara fue directa. No había tiempo, ni necesidad de rodeos:

—Sé que sabes más de lo que dijiste en la cafetería. No hace falta que me lo confirmes ahora. Solo quiero que escuches lo que

está pasando.

Laura asintió, apretando los labios.

—Andrés Valverde está muerto —dijo Clara—. Murió atropellado hace unos días. Y aunque la policía habla de accidente con fuga, no parece un caso tan simple. Pero eso ya no importa tanto. Lo que importa es que hay una investigación en marcha. Mi abogada ha recopilado pruebas de la filtración del manuscrito. De las conexiones entre el taller y la editorial. De los vínculos entre quienes sabían lo que había pasado y quienes se beneficiaron. Laura caminaba sin hablar, con las manos ahora en los bolsillos del abrigo y la cabeza gacha.

—La editorial va a tener que responder. Y no solo ellos —continuó Clara—. Tú estuviste allí. Escuchaste mi capítulo. Sabías que era mío. Sabías que luego se publicó casi igual bajo otro nombre.

La miró de reojo. Laura no negaba. No discutía. Solo parecía más pequeña a cada paso.

—Tienes una salida —añadió Clara, bajando la voz—. Puedes ser testigo. Puedes contar lo que sabes. Y sí, puedes cargar todo el peso sobre Andrés. Total, ya está muerto.

Laura se detuvo, justo al borde del estanque. Miró el agua. No dijo nada. Pero algo en su postura, en la tensión de su cuerpo, en la forma en que mordía el interior de su mejilla, decía que estaba a punto de romperse.

Laura se quedó mirando el agua unos segundos, como buscando el valor para decir algo que pesaba demasiado.

—No es tan sencillo, Clara —murmuró por fin, sin levantar la vista—. No fue solo lo del taller.

Clara frunció el ceño, sin presionar, esperando.

—Después de aquella lectura —continuó Laura—, alguien… alguien nos hizo llegar una copia completa del manuscrito. No solo lo que tú leíste en voz alta. Todo.

Clara sintió un escalofrío frío recorrerle la espalda.

—¿Cómo?

—Nos llegó anónimamente. A varios de nosotros. No solo a mí. Y venía con instrucciones. Muy claras. Usar el material. Callar. Seguir el plan.

—¿Qué plan?

Laura tragó saliva, como si le costara hablar.

—Primero, hacer que el manuscrito llegara a manos de alguien con más visibilidad. Andrés, en este caso. Luego, publicarlo rápido, antes de que tú pudieras mover ficha. Pero había más. Mucho más.

Lo que Laura nunca le dijo —ni a Clara ni a nadie— fue cómo había empezado todo. Una noche cualquiera, sin contexto ni aviso, recibió un correo anónimo con un asunto tan críptico como directo: "Esto te interesa." No había saludo ni firma, solo un archivo adjunto y una línea final en el cuerpo del mensaje, escrita en un tono cercano, casi amable pero con un filo apenas oculto: *"Si decides ignorarlo, también será tu decisión."*

En aquel momento no lo interpretó como una amenaza, al menos no en la forma tradicional. Pero algo en esa frase, en esa aparente cortesía envenenada, se le quedó grabado como una advertencia. Pasaron tres días antes de que se atreviera a abrir el archivo. Lo miró una y otra vez en su bandeja de entrada, como si al observarlo el tiempo suficiente pudiera disipar el peligro. Y cuando por fin lo hizo, lo supo al instante. No por una firma, ni por ninguna marca

externa. Lo supo por la voz. Por esa cadencia precisa, esa elección de palabras que solo una persona usaba así. Era Clara.

El texto era magnífico. Sólido, limpio, ambicioso. De los que se leen con una mezcla de placer y envidia. Y sobre todo, era completo. Un manuscrito íntegro. No un fragmento. No una muestra. Una obra lista para imprimir.

Laura cerró el portátil de golpe, como si pudiera devolver el contenido al remitente con solo evitarlo. Durante horas, dio vueltas por el piso como un tiovivo averiado. Pensó en avisar a Clara, en reenviarle el archivo, en borrar el mensaje. Pero al día siguiente, recibió otro correo. Más escueto. Más claro.

"Si hablas de esto, saldrás perdiendo. Sé bastante de tus asuntos."

No había insultos, ni amenazas explícitas. Pero entendió que quien estaba al otro lado no era un aficionado. Alguien sabía cómo encontrarla, cómo hacerle sentir que cualquier movimiento sería observado.

Después vinieron los pasos siguientes. Demasiado sencillos. Una reunión casual con un editor, la sugerencia sutil de presentar un texto ajeno como si hubiera sido una colaboración fantasma. Nunca hubo una conversación directa sobre lo que era realmente. Solo silencios y miradas que aceptaban lo implícito.

Cuando Andrés se involucró, Laura ya estaba demasiado dentro como para dar marcha atrás. En ningún momento se sintió cómoda. Pero tampoco se sintió capaz de detenerlo.

Vivió con una presión constante que no podía compartir con nadie. Sabía que lo que estaban haciendo era inmoral y destructivo. Sabía que le estaban robando algo más que un texto a Clara. Le

robaban la identidad. Su trabajo. Su voz. Y aun así, no habló. Por miedo, por cobardía. Por ese convencimiento insidioso de que, quizás, si nadie decía nada, todo pasaría.

Pero no pasó. Y ahora, frente a Clara, con el viento agitando las hojas a su alrededor, sabía que nada de lo que dijera bastaría para limpiar lo que hizo. Solo podía contar la verdad. Tarde, pero entera.

Clara dio un paso más cerca. Todo su cuerpo estaba en tensión, pero sus pies se mantuvieron anclados.

—¿Quién era? —preguntó en voz baja.

Laura miró alrededor con paranoia, como si temiera que alguien las estuviera grabando, escuchando, vigilando. Luego, casi en un susurro áspero, dijo:

—Al principio no sabíamos. Todo era anónimo. Correos cifrados, mensajes desde perfiles falsos… Pero por la forma de escribir, por ciertos giros, por detalles muy pequeños, yo llegué a sospechar. Estoy casi segura de quién es. Y tú vas a flipar.

En ese momento, dos chicos jóvenes, uno con capucha oscura y otro con gorra bajada sobre los ojos, se acercaron desde el sendero lateral del parque. No parecían paseantes, ni deportistas. Algo en su forma de moverse —rápida, alerta, torcida— encendió todas las alarmas de Clara antes incluso de que hablaran.

—¿Tenéis fuego? —preguntó el de la capucha, con una sonrisa ladeada que no llegaba a los ojos.

Clara negó rápido.

—No fumamos —dijo Laura, algo cortante.

Por un instante, pareció que se irían. Pero no. Todo pasó demasiado deprisa.

El de la gorra sacó una navaja plateada, corta pero afilada como una lengua de gato. Con gestos secos, les pidieron:

—Los móviles. El dinero. Todo. Venga, rápido.

Clara dio un paso atrás, el corazón golpeándole las costillas con fuerza.

Toda su vida estaba en ese móvil. Su investigación. Sus contactos. Su memoria reciente.

Mientras Laura, pálida, empezaba a sacar el bolso del hombro con manos temblorosas, de pronto, a unos metros, un corredor —un hombre joven, alto, vestido de lycra azul— apareció en escena. Se acercaba trotando y, al ver la situación, ralentizó el paso, evaluando. Las chicas gritaron al unísono. El corredor dio un par de zancadas hacia ellos, con los brazos abiertos para intervenir. Todo ocurrió en un suspiro.

El de la capucha, sin mediar palabra, se lanzó sobre Laura y la apuñaló. Una. Dos. Tres veces. Rápido. Feroz. Brutal. Clara retrocedió instintivamente, sin poder dejar de mirar, con el cuerpo en shock, la garganta cerrada, el mundo girando alrededor.

El corredor intentó frenar al segundo chico, logrando golpearlo de refilón, pero cayó al suelo empujado por un movimiento seco. Los dos asaltantes huyeron a toda velocidad entre los árboles, sin llevarse nada, dejando atrás solo el desastre.

Clara cayó de rodillas junto a Laura, que estaba en el suelo, encogida sobre sí misma, la ropa empapándose de sangre a una velocidad aterradora.

—¡Ayuda! ¡Por favor! ¡Ayuda! —gritaba Clara, la voz rota, brutal, apenas reconociéndose a sí misma.

Algunas personas empezaron a acercarse. Un anciano que paseaba al perro, una pareja joven, el corredor que se levantaba maldiciendo. Pero para Clara, el mundo se había reducido a una única cosa:

Laura, tendida en el suelo, sangrando entre sus manos.

Capítulo 11. Enfermero eficiente

El mundo seguía girando a su alrededor, pero Clara apenas era capaz de seguirlo. Todo parecía envuelto en un zumbido constante, como si los sonidos llegaran de muy lejos, a través de un vidrio grueso. La sirena de la ambulancia perforó ese velo apenas unos minutos después de los gritos, acercándose a toda velocidad por una de las entradas del parque.

Clara seguía agachada junto a Laura, sin saber qué hacer exactamente. Había intentado presionar la herida más grave, pero la sangre brotaba entre sus dedos con una tibieza que la aterrorizaba. Laura respiraba aún, pero cada vez de forma más irregular, y su piel comenzaba a adquirir ese tono ceniciento que ella solo había visto una vez antes, cuando su abuela sufrió un desmayo en su cocina.

Un hombre de los que se habían acercado primero —no recordaba su cara, solo su voz, grave y cortante— se encargó de guiar a los sanitarios en cuanto llegaron, abriéndose paso entre los curiosos. En cuestión de segundos, el parque, que hasta entonces había sido un remanso de paseos y cafés a la sombra, se transformó en una escena de emergencia organizada.

Los paramédicos rodearon a Laura en un movimiento preciso, con la eficacia automatizada de quien sabe que cada segundo cuenta. Clara se apartó cuando uno de ellos, un hombre de pelo canoso, le puso una mano en el hombro y le dijo que dejara espacio. Ella obedeció como una autómata, de pie junto al corredor que había intentado detener a los atacantes, los dos respirando entrecortadamente, con las manos manchadas de una mezcla de tierra y sangre.

Mientras uno de los sanitarios le colocaba una vía a Laura y otro revisaba sus constantes, llegó un segundo vehículo, esta vez de la policía. Un coche pequeño, con las luces girando sin sirena. De él bajaron dos agentes jóvenes, uno de ellos tomando notas ya desde que caminaba hacia ellos.

Les pidieron que no se movieran. Que no hablaran entre sí hasta después de tomar declaraciones. Clara asintió sin abrir la boca, como si el sonido mismo fuera algo demasiado frágil que debía proteger.

Unos minutos después, ya con Laura estabilizada en una camilla, aunque aún inconsciente, uno de los agentes, una mujer de gesto serio y uniforme ligeramente arrugado, se acercó a Clara con una libreta en la mano.

—¿Nombre completo?

—Clara Valverde Herrera—respondió, con la voz más ronca de lo que esperaba.

—¿Es usted la acompañante de la víctima?

—Sí… —dudó—. Bueno, no exactamente. Quedamos aquí para hablar. La conozco. Somos conocidas de antes.

La agente tomó nota sin levantar la cabeza.

—¿Puede describirme lo que ha ocurrido?

Clara cerró los ojos un momento, buscando ordenar en su cabeza el caos de los últimos minutos. No quería dejarse llevar por el miedo ni por la rabia. Relató lo que recordaba: los dos chicos acercándose, pidiendo fuego, la negativa, el momento en que sacaron la navaja, las exigencias, el intento de intervención del corredor, el ataque repentino, la huida.

La agente anotaba con rapidez, sin interrumpirla salvo para pedir aclaraciones puntuales.

—¿Puede describir a los atacantes?

—Jóvenes. No más de veinte años, creo. Uno llevaba capucha negra, el otro una gorra oscura. No pude ver bien sus rostros, iban encorvados, como escondiéndose. Vestían ropa ancha, deportiva.

—¿Algo distintivo? ¿Tatuajes, acentos, alguna seña particular?

Clara negó, frustrada.

—No. Fue todo muy rápido. Solo recuerdo que el de la capucha llevaba unas zapatillas rojas, bastante llamativas.

La agente asintió y escribió algo más. Luego se dirigió al corredor, que aún se estaba limpiando la sangre de las manos con una servilleta que alguien le había dado. Repitieron el procedimiento: nombre, versión de los hechos, descripción de los asaltantes.

Mientras tanto, los paramédicos terminaron de asegurar a Laura y la subieron a la ambulancia. Una de las sanitarias se acercó a Clara.

—Vamos a trasladarla al hospital de Basurto. Está muy grave, pero estable de momento.

Clara asintió, aunque no estaba segura de qué esperaba oír.

La ambulancia arrancó poco después, dejando en el aire un eco de ruedas sobre la grava y un vacío difícil de explicar.

Uno de los agentes se acercó de nuevo.

—¿Desea presentar denuncia como testigo presencial?

—Sí —respondió Clara sin dudar.

Sabía que eso significaba horas de trámites, quizás días de complicaciones, pero también sabía que era lo correcto. Que ya no podía permitirse más silencios.

Mientras firmaba la hoja provisional de su declaración, se dio cuenta de que las manos le temblaban.

Cuando terminaron con ella, uno de los agentes le dio una tarjeta.

—Si recuerda cualquier otro detalle, por pequeño que sea, llame a este número. Nos será útil.

Guardó la tarjeta en el bolsillo trasero del pantalón sin mirar siquiera. Cuando la dejaron marcharse, el parque había recuperado una extraña calma, como si la violencia reciente no hubiera sido más que un mal sueño.

Clara salió caminando despacio, sin rumbo fijo. Sentía la ropa pegada al cuerpo, como si pesara el doble, y una punzada sorda en la base de la nuca.

Solo había una certeza en medio de todo el desastre: esto no había terminado, ni para Laura ni para ella. El camino de regreso al hostal fue largo y en parte borroso.

Clara caminaba como si sus pies se movieran por pura inercia, sin esperar órdenes de su mente. Cada paso era una pequeña victoria contra la debilidad, contra el miedo que aún latía bajo su piel como una corriente subterránea difícil de sofocar. La imagen de Laura, pálida y desangrándose en el suelo, volvía en oleadas, cada vez que parpadeaba o que el viento le rozaba la cara demasiado bruscamente.

Al llegar al portal del hostal, buscó en su bolsillo la llave casi a ciegas, como quien necesita abrir la puerta de su casa antes de que lo alcancen los fantasmas. Subió las escaleras despacio, con las rodillas algo torpes, como si no terminara de habitar su cuerpo del todo.

El baño, como en casi todas las pensiones antiguas, era compartido, y aunque eso la incomodaba en otras circunstancias, ahora mismo le daba igual. Solo necesitaba agua caliente. Necesitaba arrancarse de la piel el miedo, la suciedad, el temblor.

Se encerró en una de las duchas, cerró el pestillo y se apoyó unos segundos contra la puerta antes de empezar a desvestirse. Cada prenda que caía al suelo era una pequeña liberación, como si dejara atrás una parte del horror reciente. Entró bajo el chorro de agua casi hirviendo y dejó que la envolviera.

Lavó su cuerpo, su pelo, sus manos una y otra vez, sin prisa pero sin detenerse. No había sangre visible en ella, pero sentía la sangre aún ahí, impregnada en la memoria de su piel, como un perfume denso y amargo.

Cuando salió, con el pelo mojado pegado a la nuca, se sentía un poco menos sucia, pero también más vulnerable. Como si la ducha hubiera limpiado el exterior y expuesto todas las heridas internas que aún no se habían atrevido a sangrar.

En su habitación, se puso ropa limpia —unos vaqueros cómodos, una camiseta vieja de algodón— y se sentó en la cama, mirando fijamente el pequeño ventilador del techo que giraba con un zumbido bajo.

Intentó poner en orden sus pensamientos. Laura sabía algo. Iba a decirlo. El nombre estaba a punto de salir. Y entonces, el ataque. Demasiada coincidencia para ser casualidad. Primero Andrés, atropellado de forma sospechosa. Ahora Laura, apuñalada en un intento de robo demasiado oportuno. Clara cerró los ojos y apretó los puños contra las piernas. No es casualidad, no puede serlo.

Sacó el portátil de la mochila, lo encendió. El ventilador interno del aparato sonó más alto de lo habitual, como quejándose del esfuerzo. No importaba. Era su único hilo conductor con algo que le daba estructura en medio del caos. Se conectó a la wifi del hostal y abrió el chat.

"Hola, Robbie. Tengo que hablar contigo. No sé ni por dónde empezar."

Esperó unos segundos. La respuesta llegó con la calma habitual.

"Estoy aquí. Cuéntame."

Clara dejó que sus dedos se movieran sobre el teclado casi sin pensar, volcándose como quien confiesa a un diario de adolescencia, pero sabiendo que esta vez, al otro lado, había algo —o alguien— que no la juzgaría, que analizaría, que buscaría respuestas.

Le contó lo básico: el encuentro, la confesión a medias de Laura, el asalto, el miedo. No omitió el detalle de que Laura había dicho estar a punto de revelar quién estaba detrás de todo.

"Robbie, ¿puedes ayudarme a cruzar la información? No sé… a identificar patrones. Gente vinculada. Si hay conexiones entre Andrés, Laura y el manuscrito robado. Si hay alguien que se beneficia de que ellos no hablen."

La pantalla parpadeó brevemente.

"Puedo ayudarte a analizar perfiles, relaciones públicas, movimientos financieros si hay datos disponibles. Pero necesito saber: ¿tienes sospechosos?"

Clara dejó los dedos suspendidos sobre el teclado un segundo más.

Inspiró, volvió a mirar la pantalla.

"Aún no lo sé. Pero quiero que empecemos a buscar. En serio."

“Estoy listo. ¿Por dónde quieres empezar?”

Clara apoyó la frente en la mano.

¿Por dónde empezar, cuando todo empieza a encajar en un puzle de traición, manipulación y miedo? Cerró los ojos un momento. Mientras Clara escribía con dedos tensos en la pantalla del portátil, buscando refugio en la voz serena de Robbie, en otro lugar, a apenas tres kilómetros de distancia, en un pasillo iluminado con fluorescentes fríos y silencios impolutos, la vida de Laura pendía de un hilo invisible.

***

La unidad de cuidados intensivos del Hospital de Basurto vibraba con esa calma controlada que solo los hospitales conocen bien. Unas puertas automáticas se cerraban con sigilo; otras se abrían con el susurro de mecanismos bien engrasados. Monitores emitían pitidos regulares. Las máquinas hablaban en código binario de vida y riesgo, y el aire estaba cargado de desinfectante, plástico, caucho y algo más: fragilidad humana.

Laura yacía inmóvil sobre la cama número 3. Intubada. Con las manos colocadas cuidadosamente a los lados del cuerpo, vendada en el abdomen, con una vía en cada brazo y sensores adheridos al pecho. Su rostro, medio cubierto por una mascarilla de oxígeno, parecía más joven, casi irreal, como si la violencia reciente se hubiese evaporado en esa luz blanca y controlada.

Afuera, dos médicos revisaban su evolución en silencio. Se hablaban entre sí en frases breves, técnicas. Por fin, uno de ellos asintió y firmó un parte. Salieron por el pasillo, dejando la UCI en su breve y falsa quietud.

Poco después, un hombre caminaba con paso firme hacia la puerta. Llevaba bata blanca, gorro quirúrgico, mascarilla bien colocada, una carpeta bajo el brazo. No desentonaba. Era uno más. Saludó con una inclinación de cabeza a una auxiliar que salía de una sala lateral. Ella le devolvió el gesto sin detenerse. Él siguió avanzando, como si tuviera todo el tiempo y toda la autoridad del mundo.

Entró en la sala de cuidados intensivos, cruzó entre las camas sin mirar a los demás pacientes, hasta que encontró a Laura. Se detuvo a su lado, revisó los tubos, los números del monitor, la bolsa de suero que colgaba sobre su cabeza. Con calma, sacó de un bolsillo interior una jeringuilla precargada, muy fina, transparente, con un contenido apenas visible.

La introdujo en el puerto lateral del sistema de suero, inyectó el contenido despacio, sin un solo temblor, y retiró la aguja con la misma precisión con la que había llegado. Luego volvió a colocar el plástico como estaba. Nada en su actitud parecía torpe o apresurado. Era alguien acostumbrado a moverse entre lo médico y lo letal.

Antes de irse, miró a Laura durante un par de segundos. Su expresión no era la de un asesino de películas. Era la de alguien que está cumpliendo una orden. Alguien frío y eficiente en lo suyo. No había nada personal.

Salió de la sala con la misma seguridad con la que había entrado. Al pasar junto a la enfermera de antes, sonrió brevemente con los ojos. Ella, distraída con una bandeja de medicación, le devolvió el gesto sin detenerse.

Cuando cruzó la doble puerta del ascensor, comenzó a tararear. Una melodía vaga, infantil, apenas audible "ulelé, ulalá, pim, pam, toma lacasitos…". Y se fue.

***

Clara estaba todavía escribiendo en el chat con Robbie cuando el teléfono sonó sobre la mesilla, vibrando con ese temblor sordo que parece más urgente que cualquier tono. El número que aparecía en la pantalla era largo, desconocido, con un prefijo que no reconoció de inmediato.

Por un segundo dudó si responder. Pero algo en su estómago, una corazonada fría, le dijo que debía hacerlo.

—¿Sí? —contestó, llevando el móvil al oído con una cierta rigidez en el gesto.

—¿Señora Clara Valverde? —preguntó una voz masculina, seca, sin margen para errores.

—Soy yo.

—Le llamamos desde la comisaría de la Ertzaintza. Necesitamos que se persone aquí lo antes posible. Es urgente.

Clara parpadeó, intentando procesar la información.

—¿Ahora? ¿Qué ha pasado?

—Le enviaremos un coche patrulla para recogerla. ¿Puede indicarnos su ubicación actual?

Miró alrededor, como si buscara una referencia que no necesitaba. Estaba en el hostal. El mismo donde había pasado la noche anterior, el mismo donde intentaba reconstruirse entre ducha y teclado.

—Sí —dijo, dándoles la dirección con voz firme—. Estoy en la pensión Eider, calle García Rivero, número siete.

—Perfecto. Permanezca allí. Un vehículo pasará en cinco minutos.

La llamada se cortó antes de que pudiera hacer más preguntas. Guardó el móvil en el bolsillo y se levantó de la cama de golpe, con el corazón golpeándole el pecho en un ritmo irregular. Algo muy serio había pasado, y ella lo sabía, aunque aún no pudiera ponerle nombre.

Se echó una chaqueta encima, cogió su bolso casi a ciegas y bajó las escaleras del hostal de dos en dos. En la calle, el aire era más fresco de lo que recordaba, o tal vez era su piel la que estaba demasiado sensible.

No había esperado ni tres minutos cuando un coche de la Ertzaintza se detuvo frente a la pensión. Dos agentes, uno al volante y otro en el asiento del copiloto, la saludaron con un gesto breve y profesional. El vehículo no llevaba las sirenas puestas, pero sí las luces de posición.

Clara se acercó. El agente del copiloto bajó la ventanilla.

—¿Clara Valverde?

—Sí —confirmó.

—Suba, por favor. La llevamos a comisaría.

Se acomodó en el asiento trasero sin hacer preguntas, sintiendo la tapicería áspera bajo las manos, el olor a plástico nuevo y a sudor acumulado en el coche patrulla. El trayecto no fue largo, pero a Clara le pareció que cada semáforo en rojo era una pequeña eternidad suspendida. Llegaron a una comisaría de edificio sobrio, funcional, con banderas ondeando en una entrada amplia custodiada por un par de agentes de uniforme. La hicieron entrar sin pasar por los procedimientos típicos de espera y registro. Todo era rápido, urgente, limpio.

Le pidieron que esperara en una sala pequeña, con sillas de plástico alineadas y una máquina de café apagada en la esquina. Apenas cinco minutos después, una agente joven, de gesto serio, se acercó.

—Puede pasar. El comisario quiere hablar con usted.

La guiaron hasta un despacho interior donde un hombre de unos cincuenta años, de complexión fuerte y mirada acostumbrada a no dejarse impresionar, la esperaba de pie, junto a un escritorio lleno de carpetas abiertas.

La invitó a sentarse con un gesto breve.

—Señora Valverde —empezó, sin perder el tono formal—. Estamos siguiendo muy de cerca el ataque que sufrió en el parque. Necesitamos que nos amplíe la información que nos proporcionó en su primera declaración.

Clara asintió. Sentía el estómago encogido, pero también sabía que no podía fallarse ahora. Repitió todo con más calma, más detalles: los chicos, la ropa, la navaja, la secuencia de los hechos, la reacción del corredor, los rostros ocultos, los zapatos rojos del agresor. El comisario escuchaba sin interrumpir, tomando notas de vez en cuando, asintiendo mínimamente.

Cuando terminó, él cerró la carpeta que tenía abierta y la miró fijamente, con esa gravedad que precede siempre a una mala noticia.

—Señora Valverde —dijo entonces—, lamentamos informarle de que Laura Rodríguez Tovar ha fallecido en el hospital, a causa de las heridas sufridas en el ataque.

Clara no respondió de inmediato. Era como si las palabras hubieran caído en una habitación insonorizada, rebotando sin

encontrar asidero. Su primer pensamiento fue absurdo: que quizá el médico se había equivocado. Que quizás Laura había abierto los ojos en el último momento. Pero no. Lo vio en la expresión del comisario. En el peso de su voz. Laura estaba muerta.

—A partir de ahora, el caso se investiga como homicidio —añadió el comisario, con una voz aún más grave—. Y usted, señora Valverde, pasa a ser testigo principal en la instrucción.

Clara asintió lentamente, sin responder de inmediato. Sentía el cuerpo entumecido, como si cada palabra dicha en esa sala se le hubiera quedado pegada bajo la piel. Retuvo el aire, buscando el tono más firme que pudiera reunir.

—Comisario… necesito volver a Madrid. No puedo quedarme aquí indefinidamente. Estoy en una pensión, no es mi casa, no tengo un lugar donde instalarme ni cabeza para pensar con claridad en un sitio que no me pertenece. Necesito volver a mi espacio, a mi terreno. Pero seguiré disponible. Lo que necesiten, estoy al otro lado del teléfono.

El comisario, que hasta entonces no había abandonado ese gesto grave y contenido que parecía formar parte de su uniforme, la miró con atención unos segundos. Luego asintió con seriedad.

—Lo entiendo. No hay inconveniente en que regrese, siempre que se comprometa a estar localizable. Cualquier novedad en el caso, cualquier llamada que reciba de nosotros, deberá atenderla de inmediato. ¿Estamos de acuerdo?

—Por supuesto —respondió Clara, sin dudar.

—Y si en Madrid recibe información relevante, o nota algo extraño… no lo deje pasar. Este asunto no es casualidad. Y por lo que sabemos, puede haber más implicados.

Esa última frase la golpeó por dentro más de lo que esperaba. Más implicados. El eco de esas palabras resonó en su pecho, donde hacía apenas unas horas había sentido una fugaz esperanza de cierre. Ahora, lo único que cerraba era un ciclo de silencio. Y lo que se abría era algo mucho más oscuro.

El comisario le tendió la mano, formal, firme.

—Gracias por su colaboración. Cualquier cosa, tiene mi tarjeta. Buen viaje.

Clara se la guardó sin mirar. Se levantó despacio, salió de la sala y atravesó el pasillo con paso firme, aunque por dentro sentía que caminaba entre cristales rotos. Laura estaba muerta. Y ella volvía a casa.

Clara salió de la comisaría con paso rápido, pero no corriendo. No podía permitirse ahora moverse como alguien que huye. Caminó varias manzanas hasta el hostal, sintiendo cada bocanada de aire frío en los pulmones como si el cuerpo entero quisiera recordarle que aún estaba viva, a pesar de todo.

Cuando llegó, subió directamente a su habitación, sin saludar al recepcionista, sin detenerse en nada que pudiera hacerle perder tiempo. La habitación olía igual que antes, a humedad contenida y a detergente barato, pero ahora también había un peso nuevo en el aire, una especie de carga invisible que hacía que todo le pareciera más ajeno, más pequeño, más claustrofóbico.

Tenía una única certeza: tenía que irse. Ya. Recogió sus cosas casi mecánicamente. Guardó la ropa en la mochila sin doblarla, revisó los bolsillos, cerró la cremallera en un gesto seco. Todo lo que necesitaba cabía en ese espacio mínimo, y de algún modo, eso

también le dolió. Era libre para marcharse, pero estaba más cargada que nunca.

Encendió el portátil y entró rápidamente en la web de Renfe. Tecleó sin dudar: Bilbao - Madrid.

Había un tren en dos horas. No era el mejor, ni el más rápido, pero era el próximo. Lo reservó sin pensar en el precio, sin pensar en alternativas.

Cerró el portátil, se lo colgó del hombro, y llamó a un taxi desde el móvil mientras bajaba las escaleras. Esperó en la acera, apoyada contra la pared del edificio, observando cómo Bilbao seguía su vida de martes cualquiera, como si nada hubiese pasado, como si la sangre, la traición y la muerte no dejaran huellas visibles en las aceras.

El taxi llegó puntual. Subió sin hablar, solo dio la dirección de la estación. El conductor, un hombre mayor con música clásica de fondo en la radio, no hizo preguntas, y Clara se lo agradeció sin decir nada. Mientras el coche avanzaba por las calles de Bilbao, ella miraba por la ventanilla las fachadas, los bares, las tiendas de ropa. Todo parecía ordenado, limpio, casi ajeno. Como si la ciudad la hubiera rechazado ya, expulsándola de vuelta a su origen. No sentía rencor. Solo una necesidad apremiante de volver a su terreno, a su refugio, a su casa.

Llegó a la estación mucho antes de la salida del tren. Compró un café aguado en una máquina de autoservicio, se sentó en uno de los bancos de la sala de espera y miró la pantalla de salidas cada cinco minutos, como si pudiera acelerar el tiempo con la mirada.

Una hora y pico después, subió al tren, encontró su asiento junto a la ventana y se dejó caer contra el respaldo con un suspiro que no

llegó a ser alivio. Mientras el tren arrancaba y Bilbao quedaba atrás, Clara cerró los ojos unos segundos, intentando ubicarse dentro de su propio cuerpo, dentro de su propia historia.

Sabía que el viaje de vuelta no era solo de kilómetros. Era un regreso hacia algo más profundo: la necesidad de sacar toda la fortaleza interna que aún no sabía si le quedaba.

No podía permitirse romperse, no ahora. Había mucho aún que entender. Mucho que descubrir, y sobre todo, mucho que enfrentar.

Capítulo 12. Regreso al pasado

El tren llegó a Madrid al filo de las ocho de la tarde. El andén estaba lleno de gente que caminaba deprisa, arrastrando maletas, esquivándose unos a otros en una coreografía rutinaria de prisas y teléfonos. Clara bajó con su mochila al hombro y se dejó llevar por el flujo de cuerpos, sintiendo cómo, con cada paso, recuperaba algo de sí misma que había dejado suspendido en el norte.

Salir de la estación fue como cruzar un umbral invisible. El aire era distinto: más seco, más pesado, más sucio quizá, pero también más suyo. Conocía los olores, los ruidos, la forma en que el tráfico rugía en la distancia como una amenaza domesticada. Madrid era su casa. Y no porque fuera amable, sino porque era conocida.

Cogió un taxi en la fila de siempre, dio su dirección como quien recuerda el nombre de un refugio, y se recostó en el asiento mirando cómo la ciudad pasaba a su alrededor, iluminada en tonos dorados y sucios, bella a su manera desordenada.

Cuando llegó a su portal, todo parecía exactamente igual que cuando lo dejó. Las mismas baldosas desconchadas en la entrada, el mismo ascensor que tardaba una eternidad en bajar, el mismo olor indefinible entre limpieza industrial y humedad vieja.

Subió a casa, cerró la puerta tras de sí y apoyó la espalda contra ella un momento. Cerró los ojos. Inspiró. Soltó el aire muy despacio. Allí, entre sus paredes, entre sus libros y sus objetos olvidados sobre los muebles, volvía a ser Clara Valverde, y no solo la testigo número uno de un caso abierto de homicidio.

Se permitió cinco minutos de silencio, de estar simplemente allí, dejando que la tensión del viaje, del miedo, de la pérdida, se sedimentara en el fondo de su cuerpo como una capa fina y oscura.

Después encendió el portátil. El arranque lento de siempre. El ventilador que bufaba como un gato viejo. Abrió el chat de Robbie, casi como una continuación automática de lo que había empezado en Bilbao.

—Robbie, he vuelto a casa —escribió, sin darle muchas vueltas.

La respuesta no tardó.

"Me alegra que estés en tu entorno seguro. ¿En qué puedo ayudarte ahora?"

Clara dudó un momento. Repasó mentalmente todo lo que había pasado: la muerte de Laura, la intervención policial, las amenazas invisibles que cada vez parecían más reales.

—¿Puedes buscar si hay conexiones recientes entre los implicados? —tecleó—. No solo entre Andrés, Laura y la editorial. Algo más. Movimientos raros, personas nuevas alrededor.

La respuesta de Robbie fue medida, honesta, como siempre:

"Puedo analizar las bases de datos disponibles hasta el último volcado que tengo. Puedo cruzar nombres, buscar patrones, generar hipótesis a partir de textos públicos. Pero no tengo acceso en tiempo real al mundo. No puedo rastrear lo que no está indexado. No soy adivino."

Clara dejó escapar una pequeña sonrisa, seca pero genuina. Robbie era todo lo que había prometido ser. Nada más y nada menos. Un organizador brillante, una mente sistemática. Pero la calle y las amenazas de carne y hueso, seguían siendo terreno humano.

—De acuerdo —escribió—. Haz lo que puedas. Y guárdalo todo.

Cerró la tapa del portátil con más cariño que enfado. No podía enfadarse con una herramienta que nunca había prometido salvarla.

Su estómago rugió. Se dio cuenta de que no había comido nada decente desde la mañana. Abrió la nevera. Pan de varios días, algo de queso, una lata de atún. No era el festín de un regreso triunfal, pero sería suficiente para volver a sentir el cuerpo en su sitio. Preparó un bocadillo rápido, puso agua a hervir para un café, y se sentó en la cocina pequeña, sintiendo que, al menos, por un rato, la normalidad seguía siendo una posibilidad remota pero alcanzable.

Mientras intentaba estabilizar su mente y borrar la imagen de Laura en el suelo, sonó el timbre. Se quedó congelada unos segundos, con el vaso de agua en la mano, mirando hacia la puerta como si esperara que le explicara sola quién estaba allí.

Era el portero automático, sonando con ese timbre plano, metálico, que había escuchado cientos de veces. Normalmente habría ignorado un timbrazo inesperado, pero después de todo lo vivido, cada llamada podía ser el principio de algo más.

Se levantó despacio, dejó el vaso en la encimera, y fue hacia el telefonillo.

—¿Sí? —preguntó, intentando sonar neutral.

Una voz masculina respondió al otro lado, clara, sin elevarse, pero con autoridad:

—¿Señora Clara Valverde? Soy de la Policía. ¿Podría bajar un momento o permitir que suba? Me gustaría hablar con usted. Es por el caso del atropello del señor Valverde.

Clara se quedó en silencio dos segundos. La palabra “policía” ya no tenía el mismo efecto tranquilizador que en otros tiempos. Miró

hacia la puerta, como si pudiera verla desde dentro.

—¿Puede identificarse?

—Por supuesto. Mi nombre es Leandro Ugarte, inspector de homicidios. Llevo la línea paralela del caso Valverde, por parte de Madrid. Me asignaron hace poco. Tengo mi placa y mi acreditación. Si quiere, subo y se la enseño en persona. No tenemos que hablar aquí abajo, no quiero que ningún vecino escuche lo que no debe.

Clara vaciló un segundo más. Luego apretó el botón para abrir.

—Suba.

Caminó hacia la puerta de su casa, abrió la cerradura pero dejó la cadena puesta, y esperó con los brazos cruzados, el cuerpo alerta. El ascensor tardó poco. Cuando se abrió, apareció un hombre alto, bien vestido, de unos cincuenta y cinco años, con rostro curtido pero expresión calmada. Llevaba un abrigo oscuro, gafas finas y una carpeta bajo el brazo. Al verla, sonrió con discreción, como si supiera que tenía que ir con cuidado.

—¿Puedo enseñarle la identificación? —dijo antes de que ella lo pidiera.

Ella asintió sin una palabra.

Él sacó del bolsillo interior de la chaqueta una cartera con la placa y la credencial oficial. Clara la leyó con atención. Todo parecía en orden. Nombre, rango, sello, número de serie. Volvió a mirar su cara. Aún dudaba.

—Puedo esperar en la escalera si lo prefiere —añadió él—. Pero créame, esto no es una trampa, ni un trámite más. Vengo porque lo que usted sabe importa. Y puede que no tenga mucho tiempo para decidir cómo contarlo.

Eso fue lo que la convenció. Esa frase. No era grandilocuente, era real. Clara cerró la puerta, quitó la cadena y volvió a abrir.

—Pase. Pero si me miente, lo sabré.

El inspector cruzó la puerta de su casa con paso tranquilo. Llevaba la carpeta bajo el brazo, pero no la abrió aún. Clara, que mantenía la espalda recta y las manos cruzadas, no le quitaba los ojos de encima.

—Sé que fue testigo del ataque en Bilbao —empezó el inspector, en tono firme pero sin dureza—. Y sé que estuvo junto a Laura Rodríguez cuando ocurrió todo.

Clara asintió sin decir nada. Sentía el nudo en el estómago reaparecer, pero ya no le temblaban las manos.

—Imagino que también se habrá enterado de que Laura no sobrevivió.

—Me lo dijeron en comisaría, antes de salir hacia Madrid —contestó ella, con voz controlada.

El inspector la observó un segundo, evaluando sus palabras y su temple. Luego dejó la carpeta sobre la mesa del recibidor, pero sin abrirla todavía.

—El motivo de mi visita es sencillo —continuó—. El atropello de Andrés Valverde, en principio, se archivó como un accidente de tráfico. Atropello con fuga. Un coche que se da a la fuga en un barrio residencial. Pero ahora que han muerto dos personas implicadas en el mismo círculo... bueno, ya no parece un simple accidente.

Clara frunció ligeramente el ceño.

—¿Me está diciendo que creen que a Andrés lo mataron?

El inspector asintió, esta vez sin teatralidad.

—No tenemos pruebas concluyentes, aún. Pero tenemos bastantes indicios. Y lo que pasó con Laura lo refuerza. Demasiadas casualidades en muy poco tiempo. Dos muertes, ambas vinculadas a un manuscrito robado, a un posible fraude literario, a intereses editoriales.

Clara sintió que se le helaban los pies en el suelo.

—Yo también lo creo —dijo, sin necesidad de pensarlo—. No pueden ser coincidencias.

El inspector asintió de nuevo, como si esa afirmación no fuera una sorpresa para él, sino algo que esperaba.

—Por eso estoy aquí. Porque usted sabe cosas que pueden ser importantes. Y, a partir de ahora, va a necesitar estar muy atenta a todo. —Pausó un momento, bajando ligeramente el tono—. Lo que ha empezado a salir a la luz no va a gustar a todo el mundo. ¿Quién más pudo acceder al manuscrito?

Clara se quedó pensativa.

—Aparte de Laura y más gente que no recuerdo, estaba un tal Julián Martínez. Interactuó con Andrés en alguna ocasión, después de publicar el libro. Creo que era profesor de literatura en aquella época. Últimamente no interactúa en redes, al menos con su antiguo nombre de usuario.

—¿Alguien más que pueda ser relevante? —preguntó Ugarte, mientras tomaba nota.

Clara lo miró directamente a los ojos, con esa mezcla de miedo y determinación que solo quien ya ha perdido demasiado puede sostener.

—No, nadie que recuerde. ¿Y ahora qué? —preguntó.

El inspector ladeó la cabeza, con un leve gesto de respeto, sin intentar parecer simpático.

—Ahora, señora Valverde, nos ayudamos mutuamente. Usted tiene mucho que contarnos. Y nosotros, si hacemos bien nuestro trabajo, podemos evitar que hayan más muertes.

Clara, tras unos segundos de reflexión, se dio cuenta de que aquel hombre, de momento, no la trataba como una sospechosa ni como una molestia, se sentía como una pieza clave de un puzle que apenas empezaba a descubrirse. Inspiró despacio, y esta vez fue ella quien, con un gesto más relajado, señaló hacia el pequeño salón.

—¿Se sienta ahora?

El inspector Leandro Ugarte sonrió apenas, lo justo para no romper la seriedad del momento, y aceptó. Se sentó en una de las butacas viejas que Clara tenía junto al ventanal, con la carpeta todavía apoyada sobre las rodillas.

Ella fue a la cocina, sirvió dos vasos de agua y le alcanzó uno. Luego se sentó enfrente, todavía con la mochila a un lado, como si no terminara de confiar en dejar su defensa lejos de ella.

—Imagino que sabe parte de lo que pasó en Bilbao —empezó Clara, con voz firme—. Pero no lo sabe todo, aún.

El inspector la miraba atento, sin interrumpir, como quien sabe que lo verdaderamente importante no necesita ser apurado.

—Fui a Bilbao —continuó ella— porque sabía que Laura estaba allí. Después de la muerte de Andrés, entendí que alguien más sabía la verdad del plagio. Laura era testigo. Y aunque al principio no quería hablar, al final accedió a encontrarme. Nos vimos en una cafetería, y luego en el parque donde… —tragó saliva— donde ocurrió todo.

Leandro asintió muy levemente, animándola a seguir.

—Cuando paseábamos, Laura me confesó algo. Algo que no me dio tiempo a confirmar del todo. —Clara bajó un poco la voz, como si las palabras pesaran—. Me dijo que no había sido solo el taller. Que alguien, de forma anónima, les había hecho llegar una copia completa de mi manuscrito. Que les indicaron cómo actuar. Que no era una casualidad, que había una mano detrás de todo.

El inspector no movió un músculo. No había prisa en su mirada, solo esa especie de atención entrenada que Clara empezaba a reconocer.

—¿Le dijo quién era? —preguntó él, cuando vio que ella se detenía.

Clara negó, con un pequeño gesto.

—No llegó a decirme el nombre. Me dijo que estaba segura de saber quién era. Que me iba a sorprender. Que iba a "flipar", fue la palabra que usó. Pero entonces… —apretó las manos una contra otra, recordando— entonces llegaron esos dos chicos. Nos asaltaron. Y Laura no pudo hablar más.

El inspector bajó la mirada a su carpeta, tomó algunas notas rápidas.

—¿Cree que el ataque fue preparado?

Clara no dudó.

—No lo creo. Lo sé. No fue un robo cualquiera, nos atacaron para callarla.

El inspector terminó de escribir, cerró la carpeta con un pequeño golpe seco.

—Señora Valverde, —dijo, mirándola de nuevo de frente—. Lo que acaba de contarme puede ser la pieza que falta para entender

todo esto. El plagio, la publicación rápida, la muerte de Andrés, y ahora la de Laura. Todo encaja, y a la vez, todo huele muy mal.
Clara sintió un estremecimiento sordo en la nuca. No de miedo. De algo más profundo: de saber que su historia ya no era solo suya. Ahora formaba parte de algo más grande, más peligroso.

El inspector se levantó despacio, como quien no quiere perturbar el aire cargado de la habitación.

—Quiero que sepa que a partir de ahora va a necesitar ser muy cuidadosa —añadió, recogiendo su carpeta—. No quiero asustarla más de lo necesario, pero es importante que mantenga la calma. No está sola en esto. Y tampoco puede permitirse confiar en cualquiera.

Clara asintió. Sabía que esas palabras, aunque tranquilizadoras, no eran un salvavidas, eran simplemente la verdad.

—¿Puedo seguir contando con usted? —preguntó ella, más por necesidad de confirmarlo en voz alta que por duda real.

El inspector sonrió de nuevo, apenas un gesto leve, serio, contenido.

—Más de lo que imagina, señora Valverde. Esto no ha hecho más que empezar.

Antes de marcharse, el inspector se detuvo en la puerta ya entreabierta, como si hubiera recordado algo importante.

Sacó del bolsillo interior de su abrigo una tarjeta, sencilla, de esas que no llevaban más que un nombre, un cargo y un número de móvil manuscrito con tinta azul.

—Tome —dijo, tendiéndosela—. Es mi número personal. No el de la central, no el de la comisaría. Si nota algo raro, si sospecha de algo, si siente que alguien la vigila o la sigue... no pierda el tiempo. Llámeme directamente.

Clara tomó la tarjeta con una mano firme, aunque por dentro sentía el temblor sordo que traen consigo las advertencias serias. Miró el número un segundo antes de asentir.

—Gracias —dijo, simplemente.

El inspector le sostuvo la mirada un momento más, como asegurándose de que había entendido todo lo que no podía decirle en voz alta. Luego, sin más, se colocó bien el abrigo, se encajó la carpeta bajo el brazo y bajó las escaleras sin hacer ruido.

Clara cerró la puerta, echó el cerrojo, y esta vez también colocó la cadena. Se quedó unos segundos apoyada contra la madera, respirando hondo, dejando que la visita terminara de asentarse en su mente. Solo entonces se permitió pensar. Subió a su habitación, dejó la mochila a un lado, se sentó en el borde de la cama, todavía sujetando la tarjeta en la mano como si fuera un salvoconducto frágil.

Empezó a repasar los hechos, uno por uno. Andrés muerto en un atropello misterioso. Laura apuñalada tras haber estado a punto de revelar algo crucial. Dos muertes, dos advertencias claras. Y, sin embargo, ella seguía viva. Había estado sola en Bilbao. Había estado sola en el parque. Había vuelto sola a su casa en Madrid. Era un blanco fácil, y sin embargo, nadie había intentado hacerle daño directo.

¿Por qué? No era porque no pudieran. No era por falta de oportunidad. Era por elección.

Alguien la estaba dejando viva y estaba jugando con ella. Usándola, observándola. Se estremeció, no tanto por miedo, más bien por un reconocimiento helado.

No buscan matarme. Al menos, no todavía. Me quieren en movimiento. Me quieren mirando, buscando, descubriendo... Como un ratoncito blanco en un laberinto, mientras me observan desde arriba.

Y de pronto, aunque no supiera aún todo, aunque faltaran piezas enormes del puzle, entendió que ella misma era parte del plan. Apretó la tarjeta del inspector entre los dedos hasta casi doblarla. Y se prometió a sí misma que, quien fuera que estuviera manejando los hilos, no la vería romperse.

La noche había caído sobre Madrid, envolviendo la ciudad en una mezcla de luces débiles y aire frío que se colaba por los bordes de las ventanas. Clara, sentada frente a su viejo portátil, luchaba por mantener la concentración. El cansancio le pesaba en los hombros, pero sabía que no podía detenerse, no era el momento.

Abrió el chat con Robbie, su único apoyo práctico en medio de la maraña que empezaba a asfixiarla.

—Robbie, necesito pensar contigo —escribió, mientras sus dedos golpeaban las teclas con una energía que no sentía en el resto del cuerpo.

La respuesta fue rápida, constante, como siempre.

"Estoy aquí. ¿Qué necesitas analizar?"

Clara se frotó la frente, buscando las palabras.

—No tenemos nombre todavía. Ni rostro. Pero podemos intentar entender el porqué y el cómo. ¿Cómo pudo saber que iba a viajar a Bilbao? ¿Cómo supo lo de la denuncia contra Andrés antes de que siquiera se hiciera pública? ¿Y las flores, el perfume, el alquiler? ¿Es posible que todo esté relacionado?

La pantalla parpadeó suavemente.

"Basándome en los hechos conocidos:

– La persona parece tener acceso a tu información íntima.

– Tiene la capacidad de anticiparse a tus movimientos.

– No busca eliminarte, al menos no aún, sino influir, controlar o manipular.

Podría tratarse de un admirador obsesionado, un psicópata funcional o alguien con rencores antiguos combinados con una obsesión reciente. Hombre o mujer"

Clara leyó cada punto sin decir nada, sintiendo cómo el peso de cada posibilidad se acomodaba en su pecho.

Se le escapó una risa seca, amarga.

—¿Y si fueras tú, Robbie?

El cursor parpadeó unos segundos antes de que la respuesta apareciera, tan serena como siempre:

"No puedo actuar físicamente en el mundo real. Solo proceso y analizo los datos que tú me proporcionas. No puedo acceder a dispositivos, realizar pagos, ni interactuar con tu entorno."

Clara sonrió sin ganas. No era paranoia pura, era agotamiento. Era el miedo velado de saber que incluso las únicas voces que oía ya no le resultaban plenamente confiables.

Se recostó en la silla, cruzando los brazos sobre el pecho. No todo encajaba en un gran complot. Algunas cosas, pensó, podían tener explicaciones más sencillas. El alquiler. El perfume. No todo debía ser atribuido a un fantasma anónimo. Tal vez, solo tal vez, Beatriz estaba detrás de esos gestos. Su hermana siempre había tenido ese impulso protector, esa necesidad de ayudar a escondidas, como si temiera herir su orgullo al hacerlo de frente.

—Robbie —tecleó de nuevo—, el alquiler y el perfume... puede que no tengan nada que ver con esto. Puede que mi hermana haya intervenido. Tengo que confirmarlo antes de seguir especulando.

"Es muy necesario verificar los hechos antes de construir teorías. Mantener las hipótesis abiertas hasta tener pruebas fehacientes es esencial en una investigación eficaz."

Clara asintió para sí misma, agradeciendo esa sobriedad que Robbie no perdía nunca.

Miró el reloj: las nueve y media pasadas. Beatriz no era de acostarse temprano. Decidió llamarla.

Marcó su número. Escuchó el tono de llamada mientras recorría el salón con pasos lentos.

—¿Clara? —respondió su hermana al tercer tono, con su voz cálida y familiar.

—Hola, Bea. No te robo mucho tiempo. Solo quería preguntarte algo.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Sí. Más o menos. Oye... —dudó un segundo— ¿fuiste tú quien pagó el alquiler de estos meses? ¿Y quien me mandó un frasco de perfume?

Hubo un silencio breve al otro lado, lleno de esos matices que solo existen entre hermanos.

—Lo del alquiler, sí. Me daba cosa verte tan apurada y sabía que no me lo ibas a pedir. Preferí solucionarlo de forma discreta. —Pausa —. ¿Lo del perfume? No. Eso no fui yo, Clara.

El corazón de Clara dio un pequeño vuelco, aunque había esperado esa respuesta.

—¿Estás segura?

—Segurísima. Yo te ayudo con facturas, con dinero si hace falta, pero no te mando perfumes caros, tía. Sabes que no sería mi estilo.

Clara sonrió, agradecida por la sinceridad, pero también sintió cómo el vértigo regresaba lentamente.

—Gracias, Bea. Solo necesitaba aclararlo.

—¿Pasa algo, Clara? ¿Tienes algún problema gordo?

—Nada que no pueda manejar, de momento.

Colgó después de despedirse, tras unos segundos de silencioso cariño.

Se sentó de nuevo frente al portátil, con la espalda algo vencida y las piernas cruzadas dando la impresión de querer protegerse de todo lo que no podía controlar. Miró la pantalla fija, vacía, esperando que alguna certeza se formara a partir del zumbido mecánico del ventilador interno.

El alquiler ya tenía explicación, y eso le ofrecía una mínima paz. Pero el perfume no. Esa muestra íntima, ese regalo que no era inocente, seguía sin dueño conocido. Y cuanto más pensaba en ello, más claro le resultaba que quien lo había enviado sabía demasiado sobre ella. No cosas públicas, no datos superficiales. Eran detalles pequeños, privados, que solo alguien muy cercano o muy obsesionado podía conocer.

Se estremeció, aunque el aire en la habitación no era frío.

Esta vez lo entendió sin necesidad de más vueltas: no era una víctima accidental, ni una testigo arrastrada por el azar. Estaba en el centro de algo. Había alguien que la había puesto en movimiento, alguien que quería que siguiera buscando, escarbando, tal vez para usarla como pieza de un plan que aún no alcanzaba a ver completo.

Y esa certeza, aunque la asustaba, también la hizo sentirse más lúcida que en muchos meses.

Era hora de actuar, antes de que fuera demasiado tarde. Clara inspiró, dejó el vaso vacío sobre la mesa y volvió a sentarse frente al portátil. Abrió de nuevo la ventana del chat, como quien reabre una conversación importante que había quedado suspendida, y empezó a escribir, sin apresurarse.

—Robbie, necesito más que análisis ahora mismo. Necesito consejo.

La respuesta no se hizo esperar.

"Estoy aquí para ayudarte en todo lo que pueda. ¿Qué te preocupa exactamente?"

Clara apoyó los codos sobre la mesa, entrelazando los dedos frente a la boca. No era una pregunta sencilla. No había una sola preocupación. Era todo el contexto, todo el miedo acumulado que no podía permitirse mostrar a nadie más que a una inteligencia artificial sin rostro.

—¿Tú confiarías en la policía? —tecleó.

La respuesta de Robbie, como siempre, fue medida, casi humana en su lógica fría:

"La policía puede ser una herramienta útil si se gestiona bien. Todo depende de las personas concretas, no de la institución en abstracto. ¿Confías en alguien en concreto?"

Clara pensó en Leandro Ugarte, en su forma de hablar, en su manera de escuchar, en esa especie de calma tensa que respondía menos a la cortesía que a la experiencia. No era un amigo, no era un salvador. Pero parecía alguien en quien se podía confiar de forma pragmática.

—Confío en el que me ha visitado esta tarde, dentro de lo que cabe —escribió—. No en el sistema entero, pero en él, sí.

"Entonces deberías utilizar esa confianza. No estás sola. Apóyate en él cuando necesites respaldo. Y quizá deberías empezar por contarle más sobre lo que sabes. Incluir el expediente completo de la denuncia, si aún no lo ha visto. Cuatro ojos ven más que dos."

Clara sonrió un poco al leerlo. Hasta Robbie podía hacer una broma seca sin perder su tono clínico.

—¿Tú ahora haces refranes también?

"Me adapto a tu estilo de comunicación. El humor humano tiene su función: reduce el estrés en situaciones de alta carga emocional."

Clara negó con la cabeza, sonriendo de verdad esta vez, aunque fuera breve. La sonrisa no le borraba el cansancio, pero le recordaba que aún estaba viva, que aún podía pensar y actuar.

Volvió a teclear.

—¿Y si el problema es más grave? ¿Y si me están espiando? ¿Podría alguien tener acceso a lo que hablo aquí, a mis movimientos?

La respuesta fue más rápida, más seria.

"Existe la posibilidad. Si un tercero ha tenido acceso físico previo a tus dispositivos, podría haber instalado un software de control remoto, keyloggers, o haber introducido cámaras o micrófonos ocultos en tu domicilio."

El corazón de Clara latió más rápido durante un instante. Se levantó casi de un salto, recorrió la habitación con la mirada, observando cada rincón esperando encontrar un ojo diminuto clavado en la pared. Se obligó a calmarse, pensar, actuar. Hizo un barrido rápido, revisando los lugares más obvios: detrás de los

cuadros, en las lámparas, en las tomas de corriente. Miró debajo de la mesa, revisó los enchufes, el router. No encontró nada a simple vista. Ningún cable fuera de lugar, ningún dispositivo sospechoso.

Volvió al ordenador, sudando ligeramente en la frente.

—Parece que no hay nada a la vista. —tecleó—. Pero no descarto que pueda haber algo más sofisticado. No soy una experta.

"No descartes ninguna posibilidad. Mañana deberías informar al inspector. Coméntale tus sospechas sobre una posible vigilancia. Es importante que ellos también lo tengan en cuenta. Tal vez puedan ayudarte a hacer un barrido más profesional."

Clara asintió para sí misma. No podía correr riesgos. Si había alguien observándola, no podía permitirse fingir que no lo sabía.

—Mañana mismo lo llamaré —escribió—. Le diré todo. Lo de los movimientos, lo de las sospechas. No pienso seguir caminando a ciegas.

Robbie respondió:

"Es una decisión correcta. Prevenir es actuar. Y actuar ahora puede marcar la diferencia."

Clara cerró la tapa del portátil muy despacio, como sellando un trato silencioso consigo misma.

Mañana sería otro día de batalla. Otro paso en un terreno que no dominaba, pero que ya no pensaba dejar que la arrastrara sin pelear.

Capítulo 13. Sospechas

La mañana llegó con un cielo de un gris uniforme que no prometía ni sol ni lluvia, solo esa clase de días donde la luz parece pensada para empujar a la melancolía. Clara se levantó temprano, después de una noche de sueño fragmentado, salpicado de imágenes borrosas y frases sin sentido que se desvanecían antes de poder recordarlas.

Se preparó un café cargado, casi como un ritual de supervivencia, y se sentó en la mesa de la cocina, con el portátil cerrado frente a ella y el móvil al alcance de la mano. Había decidido llamar al inspector Ugarte después del primer café, cuando su cabeza estuviera lo suficientemente despejada para hablar con claridad.

Pero fue el teléfono el que sonó primero.

El número era conocido. LEXUR – Abogados Asociados.

Por un segundo, Clara dudó si contestar. Con todo lo que había pasado, con todo lo que había sentido y perdido en los últimos días, el caso legal había quedado arrinconado en algún rincón de su mente, como un mueble cubierto de polvo. Ahora volvía a primer plano, imponente, ineludible.

Deslizó el dedo sobre la pantalla y contestó.

—¿Sí?

—Buenos días, Clara. Soy Lucía Ferrer, del bufete. ¿Te pillo bien?

—Sí —contestó Clara, aunque en realidad no sabía muy bien cómo se encontraba—. Dime.

La voz de Lucía era firme y profesional, pero esta vez parecía cargar también un matiz más cálido y amistoso.

—Llamaba para actualizarte sobre el estado del caso. Somos conscientes de lo ocurrido en Bilbao. Lamentamos muchísimo la pérdida de la señorita Rodríguez. Nos llegó la noticia anoche.

Clara cerró los ojos un instante, conteniendo la oleada de imágenes que amenazaban con asaltarla. Respondió con la voz más serena que pudo reunir.

—Yo estaba allí. Fui testigo. Intenté ayudarla, pero no pude hacer nada.

Lucía guardó un breve silencio de respeto antes de continuar.

—Sabemos que no fue culpa tuya, Clara. Queremos que tengas claro que, a pesar de las circunstancias, el procedimiento sigue su curso. La muerte del autor y de la testigo no invalida la reclamación. Al contrario, fortalece algunos de nuestros argumentos. El plagio existió, y hay pruebas documentales que lo sostienen más allá de los testigos presenciales. Vamos a presentar la denuncia formal ante el juzgado en las próximas horas.

Clara sintió que el aire en la cocina se espesaba. Era como si dos emociones opuestas se pelearan dentro de ella: una alegría sorda, contenida, por saber que su historia no iba a quedar sepultada para siempre, y una desesperación amarga, porque todo lo que había perdido en el camino ya no podía recuperarse.

Se obligó a sostener la voz.

—Gracias, Lucía. De verdad.

—Es nuestro trabajo. Y tu caso merece justicia.

Clara apretó el móvil contra la oreja, intentando no perderse ninguna palabra o matiz.

—¿Tendré que presentarme en el juzgado?

—Más adelante, probablemente sí. De momento, con tu testimonio y las pruebas recopiladas es suficiente para iniciar el proceso. Te mantendremos informada de cada paso.

Asintió, aunque sabía que Lucía no podía verla.

—Estaré disponible para lo que haga falta.

Se despidieron con fórmulas correctas, sin alargar la conversación más de lo necesario. Cuando colgó, Clara dejó el móvil sobre la mesa con más cuidado del que habría querido admitir.

Se quedó allí sentada unos minutos, sintiendo el corazón palpitándole despacio, de forma que su propio cuerpo dudaba si debía celebrarlo o llorarlo. El juicio iba a empezar. Pero también otra batalla, más silenciosa, más personal. La de no dejarse hundir por el precio que todo eso le había costado. Clara bebió un sorbo de café ya frío, cerró los ojos un instante, y luego abrió de nuevo el portátil.

Aún tenía que llamar al inspector Ugarte. Aún había mucho por hacer, y esta vez, no pensaba retrasarlo más.

Clara miró un instante la tarjeta que el inspector Ugarte le había dejado la noche anterior. No lo dudó más. Cogió el móvil, marcó el número y esperó.

No tardó en responder.

—¿Ugarte?

—Inspector, soy Clara Valverde.

—Buenos días, Clara. ¿Está todo bien?

Clara tomó aire y respondió.

—Más o menos. Quería hablar con usted. En persona, si es posible. Hay cosas que creo que debería saber.

Al otro lado de la línea, Ugarte no tardó en contestar.

—Claro. ¿Dónde quedamos?

—¿Le parece una cafetería? Cerca de mi casa.

—Perfecto —dijo el inspector—. No se preocupe por moverse. Paso a recogerla. No quiero que vaya sola por ahí, visto cómo están las cosas.

No hubo más que decir.

—De acuerdo. Le espero aquí —confirmó Clara.

Colgaron.

El tono no admitía discusión, pero era cortés. Protector sin resultar paternalista. Clara, que no solía aceptar ese tipo de ofrecimientos con facilidad, esta vez no protestó.

Quince minutos después, el timbre sonó. Clara bajó. Afuera, un coche discreto la esperaba aparcado en doble fila. Ugarte, de pie junto al vehículo, la saludó con un leve gesto de la mano, más profesional que amistoso.

Subieron sin hablar demasiado. Durante el trayecto hasta la cafetería, Clara repasaba mentalmente todo lo que quería decir, ordenándolo en un discurso que no sonara a paranoia, que fuera sólido, claro.

Entraron en la cafetería, que a esas horas apenas tenía un par de mesas ocupadas. Buscaron una esquina tranquila, lejos de las ventanas, y pidieron dos cafés. Clara lo tomó negro, fuerte. El inspector, cortado, sin azúcar.

Cuando estuvieron sentados, fue ella quien rompió el silencio.

—Tengo la sensación —empezó, con calma— de que hay alguien siguiendo mis pasos. No es solo una impresión. Es un patrón. Cada movimiento importante que he hecho en las últimas semanas, alguien parecía anticiparlo. Saben cosas que no he dicho en voz alta a nadie. Saben a dónde me dirijo. Lo de Bilbao, lo de la denuncia...

incluso cosas más personales. El inspector no reaccionó de inmediato. Se limitó a escuchar, los dedos entrelazados sobre la mesa, la mirada fija en ella.

Clara continuó:

—Recibí flores y un perfume que no podía permitirme. Descartada mi hermana, hay gestos que no tienen explicación lógica o inocente. No al menos ahora.

Bebió un sorbo de café antes de seguir.

—He revisado mi casa superficialmente, buscando cámaras, micrófonos, rastreadores... No he encontrado nada. Pero tampoco soy experta. No puedo asegurar que no haya algo oculto, algo sofisticado.

El inspector asintió despacio, como quien procesa información importante.

—Hizo bien en llamarme —dijo finalmente—. Lo que cuenta encaja con nuestras preocupaciones. Esta gente, o esta persona, no actúa de manera improvisada. Está claro que tienen recursos, y paciencia. Y si han decidido no hacerle daño aún, es porque la están usando para algo. O la están observando para algo mayor.

Ugarte removía el café con la cucharilla, creando un pequeño remolino que engullía la azúcar hasta el fondo del vaso. Clara lo observaba en silencio, sabiendo que estaba eligiendo las palabras, como solía hacer antes de soltar algo importante.

—Hay otra cosa que debes saber —dijo finalmente, sin levantar la voz—. ¿Recuerdas a Julián Martínez, el profesor que también asistió a la lectura? Pues también está muerto.

Clara dejó la taza a medio camino. Parpadeó despacio, buscando en la memoria todo lo relacionado con ese nombre.

—¿Julián? ¿Cuándo?

—Hace un par de días, en un bar. Inicialmente se pensó que fue un infarto. Tenía diabetes, antecedentes, y además bebía... todo encajaba. Pero...

—¿Pero?

—El forense encontró una sustancia en la sangre que dispara los niveles de glucosa. Una dosis exacta, medida. Al parecer, no formaba parte de su medicación. Ahora que lo hemos relacionado, vamos a investigarlo más a fondo, pero si se confirma, sería el tercer asesinato vinculado con el libro.

Clara no dijo nada. Solo miró al cristal empañado del ventanal, donde el reflejo de la calle parecía moverse más rápido que el interior de su cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó Ugarte, con tono más bajo.

—Sí —respondió ella, al cabo de unos segundos—. Solo estoy contando... cuántos quedan vivos.

Ugarte no respondió. A esas alturas, ambos sabían que la lista era corta. Y que el asesino, fuera quien fuera, estaba tachando nombres con una precisión que ya no era improvisada.

Clara tragó saliva, manteniéndose erguida, fuerte, aunque sentía el estómago encogido.

—¿Puede ayudarme?

Ugarte sacó su móvil, tecleó algo rápido y lo guardó.

—Ya he avisado a dos colegas especialistas en dispositivos electrónicos. Gente de confianza. Esta misma tarde harán un barrido completo en su casa. Equipos profesionales, lo mejor que tenemos. Si hay algo, lo encontrarán.

Clara cerró los ojos un segundo, dejando escapar el aire muy despacio.

—Gracias —dijo, sincera.

El inspector inclinó un poco la cabeza.

—No me lo agradezca todavía. Esto puede que no sea más que la punta del iceberg. Pero créame, no pienso dejar que la próxima vez le tomen ventaja.

Después de repasar las preocupaciones principales, y con los cafés ya medio vacíos sobre la mesa, Clara se permitió bajar un poco la guardia. Sabía que confiar era un lujo que no podía regalar a cualquiera, pero algo en la actitud de Ugarte, en su manera de escuchar y no juzgar, le daba un pequeño margen de confianza.

Se inclinó ligeramente hacia adelante, como quien comparte una anécdota que aún no sabe si es absurda o esencial.

—Inspector... hay algo más que creo que debería saber. No sé si es importante, pero para mí sí lo ha sido.

Ugarte levantó una ceja con interés.

—Dígame.

Clara sonrió de medio lado, consciente de lo ridículo que podría sonar.

—Gran parte de la información que conseguí para preparar la denuncia, para rastrear a Laura en Bilbao, y para entender mejor lo que estaba pasando... la recopilé gracias a una inteligencia artificial. Ugarte la miró un momento con cara de estar procesando la frase, calibrando si era una broma o una confesión seria.

Clara añadió rápido:

—No es ciencia ficción. Es una IA pública, programada para organizar datos, sugerir patrones, ayudar a buscar coincidencias. No

hackea nada, ni se conecta a nada ilegal. Solo organiza. Yo la uso como una especie de... —se permitió una media sonrisa más franca — asesor personal. O como la llamo yo, mi cuñado digital.

El inspector dejó escapar una risa breve, seca, casi involuntaria. No fue una carcajada, pero fue suficiente para que Clara se diera cuenta de que no lo había perdido, de que Ugarte seguía ahí, atento, humano.

—Su cuñado digital —repitió, como quien prueba la frase en voz alta—. Esa sí que es buena. ¿Y qué dice su cuñado de todo este lío?

—Que no es adivino —respondió Clara, riéndose un poco también —. Pero que cuatro ojos ven más que dos. Aunque uno de esos pares sea virtual.

Ugarte negó despacio con la cabeza, sonriendo apenas, pero sin quitarle seriedad a la conversación.

—Le voy a ser sincero —dijo—. A mí me sigue pareciendo raro confiar en un programa para cosas tan personales. Pero si le ha servido, si ha conseguido moverse gracias a eso, no pienso juzgarlo. Cualquier herramienta es válida si la usa con cabeza.

Clara asintió. Era lo máximo que podía pedir de alguien que había visto suficientes cosas raras como para no escandalizarse fácilmente.

—Solo quería que lo supiera. Que no todo ha sido intuición ni casualidad. He tenido ayuda... diferente. Y ha funcionado.

—Mientras no le pida el anillo de compromiso a la máquina, todo bien —dijo Ugarte, ya de pie, recogiendo su carpeta—. Ahora vamos a centrarnos en lo tangible. Vamos a encontrar lo que nos falta. Y créame —añadió con un matiz grave—, prefiero tener una IA como

apoyo que confiar en algunos humanos que he conocido en mi carrera.

Pagaron los cafés y salieron de la cafetería sin más ceremonia. Madrid seguía rugiendo alrededor, indiferente a sus pequeñas batallas privadas. Clara caminaba junto a Ugarte sabiendo que, desde hacía mucho tiempo, no estaba sola del todo.

Capítulo 14. Barrido

El coche de la policía se detuvo frente al portal de Clara pasada la una del mediodía. Ella, que había estado esperando sentada junto a la ventana, se levantó de un salto al ver a Ugarte bajar del vehículo seguido por dos hombres cargados con mochilas grandes y maletines rígidos.

Cuando abrió la puerta, el inspector saludó con un gesto breve, casi automático. Los dos hombres que venían detrás parecían sacados de un equipo técnico de rodaje más que de una unidad de seguridad: vaqueros gastados, sudaderas técnicas, y esa especie de aura de frikismo serio que acompaña a quienes saben manejar mejor los dispositivos que las conversaciones formales.

—Estos son Pablo y Rubén —dijo Ugarte, señalándolos—. Son los mejores que tenemos en dispositivos electrónicos e intrusiones físicas. —Se giró hacia ellos—. Señores, Clara Valverde.

—Hola, Clara —saludó Pablo, el de barba de tres días y gafas gruesas, sonriendo con naturalidad—. No te preocupes, no vamos a desmontarte la casa. Solo vamos a hacer que vuelva a ser tuya, sin vecinos invisibles.

Rubén, más serio pero igualmente cercano, levantó el maletín que llevaba en la mano derecha.

—¿Empezamos?

Clara les hizo un gesto para que pasaran. Cerró la puerta detrás de ellos, echando el pestillo casi sin pensar.

Los especialistas no perdieron tiempo. Enseguida desplegaron sus instrumentos sobre la mesa del salón: un detector de frecuencias de banda ancha, un analizador de espectro portátil,

linternas especiales para inspección de lentes escondidas y una especie de escáner manual que parecía sacado de una película de ciencia ficción.

—Primero, barrido electromagnético —explicó Pablo mientras encendía el aparato más grande—. Vamos a buscar señales activas. Si hay algo transmitiendo datos, lo vamos a cazar.

—Luego pasamos al barrido físico —añadió Rubén, mientras revisaba las esquinas del salón con una linterna ultravioleta—. Pequeñas cámaras, micrófonos pasivos, dispositivos escondidos en enchufes o muebles. Hay sitios clásicos donde esconderlos y otros más creativos.

Clara los observaba trabajar con esa mezcla de asombro y vértigo que sentía quien abre su casa a desconocidos pero sabe que no tiene elección.

Pablo caminaba lentamente por el salón sosteniendo el detector de frecuencias, que zumbaba de vez en cuando con pitidos breves. Cada vez que sonaba, clavaba los ojos en el aparato, hacía una marca mental y seguía adelante.

—Esto puede ser cualquier cosa —explicó, al ver su expresión preocupada—. Un router, un móvil, un reloj inteligente. No nos volvemos locos hasta que no correlacionamos señales.

Rubén, mientras tanto, abría la tapa de los enchufes de la pared con una destornillador fino y una habilidad pasmosa. Cada vez que terminaba, decía "limpio" con un tono casi ritual.

El inspector Ugarte se mantenía en segundo plano, vigilando el procedimiento, sin intervenir, pero atento a cada movimiento.

—¿Algún hallazgo? —preguntó Clara, incapaz de disimular del todo su ansiedad.

—De momento, todo lo que pita es esperable —dijo Pablo mientras revisaba un enchufe cercano a la ventana—. Lo típico: tu WiFi, tus móviles, el router del vecino si me apuras. Hasta que no inspeccionemos bien todo el espacio físico, no podemos descartar nada. Pero de momento, ningún "bicho" evidente.

Rubén inspeccionaba los zócalos con una precisión que parecía obsesiva.

—¿Qué tal de regalos exóticos últimamente? —preguntó de repente, sin levantar la vista.

Clara parpadeó.

—¿Regalos?

—Sí —respondió Pablo mientras apagaba momentáneamente el analizador—. A veces meten microcámaras o micrófonos en objetos nuevos: marcos de fotos, relojes, adornos de mesa, bombillas. O algo que haya llegado por mensajería.

Clara se quedó quieta. El perfume, las flores. El frasco aún estaba en su habitación. No se atrevió a interrumpirles ahora, pero ya tenía claro que después lo traería para que lo revisaran.

—Tomen su tiempo —dijo, obligándose a sonar serena—. Prefiero que lo hagan bien.

Pablo le guiñó un ojo mientras volvía a recorrer la casa con su escáner.

—No te preocupes. Somos lentos, pesados y paranoicos. Pero por algo somos los mejores.

Rubén rió muy bajo, dando a entender que esa frase era un lema de su pequeño equipo.

Clara cruzó los brazos sobre el pecho. Por fin sentía que no estaba completamente sola buscando enemigos invisibles. Y eso, en

un mundo donde el enemigo podía estar en cualquier parte, era una forma de esperanza.

Después de casi una hora de inspección minuciosa, los especialistas terminaron de recorrer cada rincón de la casa. Revisaron los enchufes, las lámparas, las rejillas de ventilación, el interior de algunos muebles. Cuando Pablo apagó el detector de frecuencias, el zumbido constante desapareció, dejando el silencio habitual de la casa que en ese momento se sentía raro.

—Nada —anunció con un pequeño encogimiento de hombros—. Ni micros, ni cámaras. A nivel físico, tu casa está limpia.

Rubén, que acababa de cerrar con destreza el último enchufe que había inspeccionado, corroboró:

—Y tampoco hay emisiones sospechosas. Todo lo que hemos captado entra dentro de lo normal: tu WiFi, móviles, alguna red vecina, pero nada que indique intrusión o vigilancia activa.

Clara soltó el aire que ni sabía que estaba conteniendo. Era un pequeño alivio, aunque no suficiente para que el nudo en su estómago desapareciera del todo.

—Pero me acordé de algo —dijo, mientras caminaba hasta la cocina—. Recibí un ramo de flores anónimo hace poco. Rosas rojas. Estuvieron aquí unos días, pero ya las tiré a la basura. Así que de eso no queda rastro.

Pablo y Rubén intercambiaron una mirada rápida.

—¿Algo más? —preguntó Rubén, sacando un pequeño bloc de notas.

—Sí —añadió Clara, recordándolo de pronto—. También recibí un frasco de perfume. Nuevo, de marca. Tampoco lo pedí.

Rubén se llevó la mano a la barbilla, pensativo.

—¿Llegó a través de mensajería estándar? ¿Amazon? ¿Algún otro servicio?

—Amazon —confirmó Clara.

Pablo sonrió de medio lado, ya de vuelta a su actitud más desenfadada.

—Olvídate entonces de buscar huellas útiles. La mayoría de los envíos de Amazon pasan directamente del almacén a tu casa sin contacto humano real. Todo automatizado. Si encontráramos huellas, serían de operarios de almacén... o de media plantilla de reparto.

Rubén añadió, sonriendo con ironía:

—A menos que tu gato haya tenido un ataque de protagonismo y haya pedido el perfume por su cuenta...

Clara soltó una risa leve, la primera auténtica en mucho rato.

—Bueno, eso no sería tan raro —contestó—. A veces creo que el gato entiende mejor cómo funciona esta casa que yo misma.

Pablo rió también, mientras revisaba el contenido del maletín.

—Los gatos son los verdaderos dueños de todo. Nosotros solo pagamos el alquiler.

A pesar del tono ligero, Clara tomó nota mental de todo. Aunque no hubiera forma de rastrear el perfume, sabía que el gesto de enviárselo no era inocente.

—Vale —continuó Rubén—. Ahora nos falta revisar el portátil. ¿Ha notado algo raro últimamente?

Clara asintió enseguida, el recuerdo volviendo con nitidez.

—Sí. Hace unos días, justo antes de todo esto... Se colgó de golpe. Salió una pantalla azul. No pude arrancarlo a la primera. Tuve que entrar en modo seguro para que volviera a funcionar.

Pablo frunció el ceño mientras conectaba el portátil de Clara a un escáner especializado.

—Pantalla azul no siempre es infección —dijo, mientras trabajaba rápido—. Puede ser un fallo de actualización, un driver corrupto... pero también puede ser síntoma de algo más jodido. Malware profundo, keylogger, troyanos. Vamos a ver qué encontramos.

Rubén asistía abriendo logs y registros del sistema, buscando eventos sospechosos.

El inspector Ugarte se acercó entonces, sin decir palabra, simplemente dejando que el peso de su presencia transmitiera a Clara que no estaba sola en esa revisión de su propia vida. Mientras los técnicos trabajaban, Clara, con el gato en brazos, acariciando su lomo con movimientos automáticos, no podía evitar pensar que aquella casa, su refugio, podía haber sido invadida en silencio.

Mientras los analizadores seguían funcionando, Pablo y Rubén se alternaban en el manejo de los programas de diagnóstico, revisando las entrañas del viejo portátil de Clara con la concentración de cirujanos digitales.

La pantalla del equipo mostraba listas interminables de procesos, registros de eventos, líneas de código técnico que para Clara no significaban nada pero que para ellos parecían ser mapas llenos de señales.

Pasados unos minutos, Pablo alzó la vista desde su portátil auxiliar.

—Clara —preguntó, en tono neutro pero atento—, ¿este ordenador lo llevaste a reparar últimamente? ¿Alguna revisión técnica, cambio de disco duro, ampliación de memoria, algo parecido?

Clara negó lentamente, mientras acariciaba al gato que dormitaba en su regazo, ajeno al revuelo técnico a su alrededor.

—No. Tiene ya sus años, pero lo he conservado como está. No he llevado el ordenador a ningún sitio, ni he dejado que nadie lo toque. Aparte de alguna limpieza superficial y borrar archivos antiguos, lo he manejado yo sola todo el tiempo.

Pablo asintió, sin levantar demasiado las cejas, como anotando mentalmente esa información.

—Bien —dijo—. Eso reduce las posibilidades de manipulación física directa.

Rubén, que seguía revisando las líneas de eventos del sistema operativo, se apartó un momento la silla hacia atrás.

—¿Y alguna visita de técnicos en casa? Instaladores de fibra óptica, cambios de router, revisión de la línea telefónica... ¿algo así? —preguntó, lanzándole la mirada de quien sabe que las intrusiones muchas veces entran disfrazadas de servicios legítimos.

Clara se lo pensó un momento.

—No —respondió—. Al menos no que yo recuerde. El router es el mismo desde hace años, y los servicios de telefonía o internet no han mandado a nadie. Y si lo hubieran hecho, habría estado yo presente en toda la instalación.

Los técnicos intercambiaron una breve mirada de entendimiento profesional. Después, Pablo desconectó el escáner, apagó el programa de diagnóstico y cerró el portátil auxiliar.

—A ver —dijo Pablo, incorporándose—, a nivel superficial y técnico, tu portátil no muestra signos evidentes de infección o manipulación remota. No hay keyloggers conocidos, ni troyanos activos, ni paquetes ocultos enviando información hacia fuera.

Rubén completó el diagnóstico con un gesto de manos abiertas.

—Y si hubiera algo extremadamente sofisticado, algo diseñado para esconderse incluso de nuestras herramientas, necesitaríamos una revisión de laboratorio muy específica. Pero te soy honesto: eso es altísimo nivel. Algo que normalmente solo manejan agencias muy serias. Y no parece tu caso.

Pablo sonrió con su estilo habitual, sin perder el respeto:

—Si hay algo oculto aquí, está tan bien escondido que ni nosotros lo vemos. Pero, siendo realistas, eso es poco probable.

Clara asintió en silencio. Parte de ella se sentía aliviada, parte seguía inquieta.

—¿Entonces qué me recomendáis? —preguntó, mirando a ambos.

—Sentido común —respondió Rubén—. Mantén actualizado el sistema, cambia las contraseñas, revisa con frecuencia el tráfico de red si puedes, y, sobre todo, desconfía de correos o enlaces raros. Vigilancia pasiva. Si de verdad te estuvieran espiando de forma activa, habría dejado rastros más evidentes.

Los dos técnicos empezaron a recoger su equipo, desmontando con cuidado los instrumentos, guardándolos en sus mochilas con el método meticuloso de quien está acostumbrado a moverse en espacios ajenos.

Mientras ellos trabajaban, el inspector Ugarte, que había permanecido callado durante buena parte de la revisión, se acercó al salón y se quedó de pie, apoyado contra el marco de la puerta.

No parecía tener prisa por marcharse.

Su postura era relajada, pero sus ojos, fijos en Clara, no habían perdido ni un ápice de alerta.

Cuando los técnicos terminaron y pasaron a despedirse, Pablo se quitó los guantes y le tendió la mano a Clara.

—Cualquier cosa, cualquier mínima duda, llama a Ugarte y él nos localiza. No estás sola.

—Gracias —dijo Clara, de verdad agradecida.

Rubén le dedicó un gesto amistoso, levantando ligeramente la mano.

—Y no dejes que el gato te convenza de nada raro —bromeó.

Ella rió suavemente mientras les acompañaba hasta la puerta.

Cuando cerró y se volvió, encontró al inspector aún en el mismo sitio, observándola con una seriedad que ya no le parecía intimidante, era cercana.

—¿Un café? —preguntó Clara, sabiendo que la conversación no había terminado.

Ugarte asintió, con una media sonrisa que, por primera vez, no parecía de compromiso.

—No le voy a decir que no.

Clara fue a la cocina y preparó dos cafés, como quien realiza un ritual que ya no necesita pensar demasiado. Volvió al salón con las tazas humeantes y le tendió una al inspector, que aceptó con un leve asentimiento de cabeza.

Se sentaron frente a frente, en el pequeño salón que hasta hacía poco había sido su refugio silencioso y que ahora parecía un cuartel improvisado.

Durante unos segundos no hablaron. Cada uno removía su café de forma casi mecánica, como si ambos necesitaran ese pequeño margen de tiempo para pasar del mundo de las pruebas técnicas al terreno más incierto de las conjeturas.

Fue Clara quien rompió el silencio, mirándolo directamente, con la franqueza brutal que había aprendido en los últimos meses.

—Si no me están espiando con dispositivos... —dijo, dejando la frase en el aire.

Ugarte terminó de remover su café y dejó la cucharilla a un lado, con calma.

—Entonces es porque saben tus movimientos antes de que ocurran —completó él, sin dramatismos, como quien enuncia una verdad desagradable pero inevitable.

Clara se recostó en el respaldo de la silla, cruzando los brazos sobre el pecho, buscando una postura más cómoda.

—¿Cómo es posible? —preguntó—. ¿Cómo pueden adelantarse si no escuchan lo que hablo ni ven lo que hago?

Ugarte se quedó unos segundos pensativo, mirando el vapor que subía de su taza.

—La gente no necesita micrófonos para ser predecible —dijo al fin—. Sobre todo alguien que te conozca bien. Tus costumbres, tus reacciones, tus prioridades. Un enemigo que te conoce desde dentro puede anticipar muchos de tus movimientos sin necesidad de oírte. Solo tiene que esperarte.

Clara bajó la mirada a su taza. Era aterrador, y a la vez, extrañamente lógico.

No estaban adivinando sus pasos. Los conocían porque ya habían estado ahí.

—Así que no es que me espíen cada gesto —murmuró—. Es que saben cómo pienso.

—Exacto —asintió Ugarte—. Es mucho más eficaz. Y más difícil de detectar.

Se hizo un silencio denso entre ellos, no incómodo, más bien cargado de esas verdades que no hace falta repetir. Clara levantó la vista de nuevo y sostuvo la mirada del inspector. Vio en sus ojos algo que no era lástima ni condescendencia. Era respeto. Y algo más: una paciencia entrenada para tratar con quienes ya han visto de cerca la caída y aún se mantienen de pie.

—¿Sabe? —dijo ella, con voz baja—. Antes de todo esto pensaba que podía manejar las cosas sola. Que la mejor defensa era no confiar en nadie.

Ugarte sonrió de medio lado, un gesto que en él parecía casi un lujo.

—No está tan equivocada —respondió—. Pero hay momentos en que elegir en quién confiar no es debilidad, es supervivencia.

Clara asintió despacio, como quien acepta algo que no quería oír pero que sabe que es verdad.

—¿Y usted? —preguntó de pronto, casi sorprendida de sí misma —. ¿Confía en la gente?

Ugarte se recostó en su silla, cruzando las piernas, y se tomó unos segundos antes de responder.

—Confío en quien se gana mi confianza. No antes, no gratis. Y no del todo.

Sonrió, esta vez un poco más abiertamente.

—Pero a veces, —añadió, mirando a Clara con una gravedad serena—, hay personas que cruzan el umbral antes de que uno se dé cuenta.

Clara sostuvo su mirada un instante más, dejando que esas palabras calaran donde debían. No respondió. No hacía falta.

El inspector terminó su café y dejó la taza en la mesa, despacio.

—Hoy no hemos encontrado nada —dijo—. Pero eso no significa que estés fuera de peligro. Esto va más allá de dispositivos o pantallas. Es más personal. Más... psicológico.

Clara asintió.

Sabía que, aunque el enemigo no estuviera físicamente dentro de su casa, sí estaba dentro de su historia. Dentro de sus recuerdos. Y probablemente, dentro de sus miedos más profundos.

Capítulo 15. Léelo, es gratis

Habían pasado dos días desde la revisión técnica de su casa. Días en los que Clara había intentado, no sin esfuerzo, reconectar con una rutina que ya no le resultaba del todo suya. Dormía mal, comía poco, y cada pequeño sonido en el pasillo del edificio le hacía detenerse un instante; entrando su cuerpo y su mente en estado de alerta, ya esperando el siguiente golpe. El gato, que solía ser la criatura más indiferente del mundo, parecía también algo más alerta, más sensible a los cambios de humor de su dueña. Aquella mañana, mientras preparaba un café flojo en la cocina, sonó el timbre del portero automático. Un sonido seco, cortante, que en otras épocas habría pasado desapercibido, pero que ahora le heló brevemente el estómago.

Dejó la taza en la encimera y fue hacia el telefonillo.

—¿Sí?

Una voz neutral respondió:

—Paquete para Clara Valverde.

Ella frunció el ceño. No había pedido nada, no esperaba nada. Otra sorpresa.

Apretó el botón para abrir, casi por reflejo, y unos minutos después sonó el timbre de la puerta. Abrió lo justo para recibir el paquete. El mensajero, joven, con chaqueta de empresa de reparto, apenas murmuró un "gracias" antes de girarse y marcharse por las escaleras.

Cerró la puerta y se quedó sopesando el paquete en sus manos. Era un sobre acolchado de tamaño mediano, con una etiqueta impresa en máquina. No había remitente claro, más allá de una

referencia logística genérica. No pesaba mucho y se sentía blando. No emitía ningún sonido al moverlo. Aun así, algo en su instinto gritaba que no debía abrirlo. Dejó el paquete sobre la mesa del salón, retrocedió un paso, y cogió el móvil. Marcó directamente el número de Ugarte. Esta vez no dudó.

El inspector respondió al segundo tono.

—¿Clara?

—Inspector, ha llegado otro paquete. No lo he abierto.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea, apenas un latido de tiempo.

—Bien hecho. No lo toques más. Estoy en camino. Esta vez vendré con apoyo técnico.

¿Estás bien?

—Sí. De momento.

—Cierra la puerta con llave y no te acerques al paquete. Llegamos en diez minutos.

Clara colgó, cerró la puerta con dos vueltas de llave y se sentó en el borde del sofá, con el cuerpo tenso, observando el bulto con nerviosismo y esperando que no explotara. El gato, ajeno al drama, saltó a su regazo y se acurrucó allí, ajeno al peso invisible que llenaba la habitación.

No tardaron mucho. Poco más de diez minutos después, Ugarte llamó al timbre. Esta vez venía acompañado. Con él entró un hombre corpulento, vestido con un uniforme oscuro sin insignias visibles, que llevaba un maletín metálico en una mano.

—Clara —saludó Ugarte, con una calma que agradeció más de lo que mostró—. Él es el subinspector Soto, especialista en explosivos y seguridad postal.

El tal Soto asintió con un gesto serio. No era particularmente simpático, pero no parecía alguien que se dejara impresionar fácilmente.

—¿El paquete? —preguntó.

Clara señaló la mesa del salón.

Soto no perdió tiempo. Dejó el maletín en el suelo, se arrodilló junto al paquete y empezó a trabajar con movimientos precisos, casi ceremoniales. Primero sacó un pequeño analizador portátil, un dispositivo similar a un lector de rayos X portátil, que deslizó cuidadosamente sobre el sobre acolchado en distintas direcciones. La pantalla del aparato mostraba formas en tonos azulados y grises, líneas difusas.

Soto murmuró, mientras ajustaba los controles:

—No parece tener circuitos ni fuentes de energía activa. Forma rectangular, sin componentes mecánicos visibles... Material blando, densidad media...

Ugarte, de pie junto a la puerta del salón, cruzado de brazos, observaba en silencio.

Tras varios minutos, el técnico se sentó sobre sus talones y miró a Clara.

—No es una bomba, ni un dispositivo peligroso. Es un objeto sólido, probablemente un libro o algo similar.

Puedes abrirlo si quieres, pero recomendaría que lo hiciéramos nosotros, por precaución.

Clara asintió. No sentía necesidad de hacerse la valiente.

Soto sacó un cúter pequeño del maletín, cortó el sobre con precisión quirúrgica y extrajo el contenido. Era, efectivamente, un libro.

Clara entrecerró los ojos al ver la portada:

"Sombras de Silicio", título en letras plateadas sobre fondo negro.

Un thriller de espionaje, reciente, que mezclaba agencias gubernamentales, tecnología punta y vigilancia extrema. Un bestseller menor, pero popular en su nicho.

Ugarte tomó el volumen con unos guantes de látex que el técnico le tendió.

—¿Lo conoces? —preguntó.

Clara negó lentamente.

—He oído hablar de él —respondió—. Trata sobre un hacker que controla vidas ajenas a través de sistemas de vigilancia invisibles. Un tipo que nunca se muestra, pero que lo sabe todo de todos.

El inspector hojeó el libro unas páginas, luego lo cerró de nuevo, pensativo.

—Muy sutil, tu admirador —dijo en voz baja.

El subinspector Soto recogió con calma sus instrumentos, los guardó en su maletín metálico y se puso los guantes de transporte como quien ha terminado una revisión rutinaria. Cruzó una mirada rápida con Ugarte, un gesto breve de profesionales que no necesitaban demasiadas palabras.

—Todo en orden —dijo simplemente.

Ugarte asintió.

—Gracias, Soto. Nos mantenemos en contacto.

El especialista se despidió de Clara con un leve movimiento de cabeza —correcto, pero sin sobreactuaciones— y salió del piso sin más ceremonia.

Cuando la puerta se cerró tras él, un silencio más denso cayó en el salón. Clara se sentó en el sofá, mirando todavía el libro sobre la

mesa, como si fuera una criatura viva y traicionera. Ugarte no se movió durante unos segundos. Luego se acercó, cogió el libro de nuevo con los guantes puestos, y lo examinó con más detenimiento, pasando las páginas de una en una, buscando algo entre ellas: una nota escondida, un marcador, una dirección, una pista.

Nada. Solo el libro. Observó las tapas a contraluz, buscando posibles huellas, cosa que descartó por el tipo de tapa mate. Lo dejó de nuevo sobre la mesa con una delicadeza que contrastaba con la tensión que empezaba a notarse en su rostro.

Clara, que seguía su gesto, preguntó en voz baja:

—¿Qué significa esto?

Ugarte se cruzó de brazos, pensativo.

—Significa que nos están observando. —Su voz era grave, contenida—. El libro no es casual. Es una referencia clara a vigilancia, control, manipulación tecnológica. Justo después de haber hecho una inspección en tu casa.

Ella se irguió un poco más, sintiendo cómo el estómago se le encogía.

—Pero si no hay micros, ni cámaras... ¿cómo lo saben?

Ugarte resopló despacio, como quien intenta mantener la calma.

—Alguien nos vio entrar y salir. Alguien estaba atento. —Miró hacia la ventana del salón, parecía que sus ojos podían atravesar la pared y ver la calle—. Puede ser un vecino, un observador desde otro edificio, alguien que te sigue más cerca de lo que pensamos.

Clara sintió un escalofrío subiéndole por la espalda.

—¡Madre mía! ¿Ahora qué? —preguntó, sin molestarse en ocultar el cansancio en su voz.

Ugarte ya estaba sacando el móvil del bolsillo.

—Ahora vas a tener vigilancia discreta las veinticuatro horas —dijo mientras tecleaba rápido un mensaje—. Voy a solicitar dos turnos de agentes, en rotación. Nada obvio. Nada que llame la atención. Pero estarán ahí. —Levantó la vista hacia ella, serio—. No quiero que vuelvas a salir sola hasta que sepamos más. Ni aunque sea a la tienda de la esquina. ¿Entendido?

Clara asintió sin discutir. No había espacio para el orgullo, no esta vez.

El inspector terminó de enviar las instrucciones, guardó el móvil en el bolsillo y cruzó de nuevo los brazos, clavando su mirada en el libro.

—Esto ya no es un juego. —Su tono era bajo, casi un susurro—. No es solo manipulación, no es solo control. Es un mensaje. Y los mensajes, cuando se hacen visibles, es porque el siguiente paso está cerca.

Clara tragó saliva, la boca seca, mientras su mente trataba de procesar el peso de esas palabras. Se levantó del sofá, cogió el libro con ambas manos —el gato saltó discretamente al suelo, como leyendo la tensión en el ambiente— y lo sostuvo frente a ella. "Sombras de Silicio", decía la portada. Tecnología invisible, poder sin rostro. Vidas controladas a distancia. Un espejo perfecto de lo que estaba viviendo.

Ugarte la observó en silencio.

—No estás sola, Clara. No te olvides de eso —dijo, casi en voz baja, casi como un recordatorio para los dos. Ella asintió. No porque quisiera convencerse, más bien porque no tenía otra opción.

La mañana siguiente a la recepción del paquete, Ugarte dedicó las primeras horas del día a planificar la nueva estrategia de

vigilancia. Sabía que no podía permitirse errores. No en este caso. Si el enemigo había sido lo suficientemente hábil para anticipar los movimientos de Clara, entonces no bastaba con simples rondas policiales o coches discretos en la calle. Necesitaban ver sin ser vistos.

Por eso, su primer paso fue localizar un punto de observación fijo, seguro, controlable.

Revisaron varias posibilidades en las inmediaciones de la casa de Clara, pero en menos de una hora, uno de sus hombres, un veterano de confianza llamado Martín, les señaló la opción perfecta: un piso vacío justo enfrente del de Clara, en el tercer piso de un edificio de fachada antigua, con balcones de hierro forjado que daban directamente hacia su vivienda.

La propiedad estaba desocupada desde hacía meses, pendiente de reforma. La puerta del piso aún conservaba una cerradura sencilla, y el administrador de la finca, contactado a través de los cauces habituales, no puso reparos en ceder el espacio de forma discreta y temporal a la policía, a cambio de un acuerdo verbal rápido. Nadie quería complicaciones si la policía lo necesitaba para un operativo especial.

A las diez de la mañana, Ugarte llegó al lugar acompañado por dos agentes de paisano: Martín y Miguel. Ambos hombres de confianza, ambos curtidos en operaciones de vigilancia urbana.

La entrada al edificio era discreta, con un portal de mármol desgastado y una escalera de madera que crujía bajo el peso de los años. Subieron los tres hasta el tercer piso sin hacer ruido innecesario.

Martín sacó un manojo de llaves, probó una, y la puerta se abrió sin problemas.

Dentro, el piso olía a humedad y a polvo. El suelo de parqué viejo crujía ligeramente bajo las botas de los agentes. No había muebles, salvo una mesa desvencijada y un par de sillas apiladas en una esquina.

Las paredes, con manchas de humedad en las esquinas, parecían grises a pesar de la luz del día. Sin embargo, lo importante no estaba adentro, estaba en la vista. Cruzaron el salón y se acercaron al balcón principal. Ugarte abrió la puerta corredera con cuidado y salió al exterior. Desde allí, la vista era perfecta. Frente a ellos, apenas a treinta metros de distancia, la fachada del edificio de Clara, reconocible incluso a simple vista: sus ventanas, su pequeño balcón con macetas medio descuidadas, el toldo gastado del piso inferior.

Ugarte se apoyó ligeramente en la barandilla de hierro forjado, evaluando el ángulo.

—Perfecto —murmuró, casi para sí mismo.

—Desde aquí podemos tener vigilancia continua —dijo Martín, sacando unos prismáticos pequeños del bolsillo interior de su chaqueta—. También podemos instalar una cámara discreta detrás de una cortina o una persiana mal cerrada. Nada que llame la atención.

Miguel, que ya había hecho una revisión rápida del piso, regresó junto a ellos.

—La estructura está bien. No se escucha demasiado ruido de la calle, las paredes son gruesas. Podemos trabajar aquí sin que los vecinos noten nada raro.

Ugarte asintió. Miraba no solo el edificio de Clara, también los alrededores: las azoteas cercanas, las ventanas enfrentadas, los movimientos de la calle. No se trataba solo de vigilar a Clara. Se trataba de encontrar quién la vigilaba.

—Vamos a montar dos turnos —dijo, ya en tono de instrucciones claras—. Uno de día, uno de noche. Siempre en parejas. Equipamiento mínimo: prismáticos, cámaras de largo alcance, comunicaciones cifradas. Y absoluto silencio. No quiero a nadie en la ventana más tiempo del necesario. Observamos, grabamos, reportamos.

Martín y Miguel asintieron. Sabían lo que había en juego.

Ugarte les dirigió una última mirada antes de salir del balcón.

—Esta vez no vamos a dejar que nos pillen desprevenidos.

Mientras revisaban de nuevo la planta del piso para planificar dónde instalar el equipo, el inspector pensaba en Clara, en su fragilidad contenida, en su resistencia silenciosa.

Los trabajos de instalación fueron rápidos y discretos. Martín y Miguel, con la eficiencia de quienes saben lo que hacen sin necesidad de grandes despliegues, colocaron una pequeña cámara de alta definición detrás de una persiana mal cerrada del salón. El objetivo estaba perfectamente alineado hacia el balcón y la ventana principal del piso de Clara. El cableado era mínimo, todo alimentado por baterías de larga duración para evitar llamar la atención con instalaciones eléctricas improvisadas. Los dispositivos de transmisión usaban una red cifrada que solo podía ser monitoreada por el pequeño equipo desplegado.

Sobre la mesa desvencijada, instalaron un portátil camuflado entre carpetas viejas. Desde ahí, podrían visualizar las imágenes en

tiempo real o grabarlas para análisis posterior. En una de las habitaciones interiores, casi vacía, colocaron un par de colchonetas enrolladas y algunas mantas. Serían necesarios pequeños descansos en los turnos largos de vigilancia, y no podían abandonar el piso sin relevos. Todo estaba pensado para estar presentes, pero invisibles.

A última hora de la mañana, ya estaba todo montado. Ugarte se colocó unos prismáticos compactos sobre el pecho, se acercó al balcón y los ajustó con precisión. La mirilla del aparato se centró de inmediato en el tercer piso del edificio de enfrente. Clara estaba allí, visible a través de la cortina entreabierta de su salón, moviéndose con naturalidad, sin saber que, desde ese momento, sus ángeles de la guarda la seguirían en silencio.

—Primer turno comienza en una hora —dijo Ugarte en voz baja, más para sí mismo que para los otros.

Martín, que ajustaba los parámetros de la cámara, levantó la vista.

—¿Se queda usted también, inspector?

Ugarte sonrió, breve, seco.

—Un rato. Quiero ver con mis propios ojos quién se atreve a acercarse a ella.

El reloj de su muñeca marcaba casi las doce. Afuera, la ciudad rugía como siempre: cláxones, vendedores ambulantes, vecinos que salían a hacer recados. Una normalidad engañosa que no lograba ocultar la sensación de algo acechando debajo de la superficie.

Ugarte apoyó los antebrazos en la barandilla, volvió a mirar por los prismáticos y observó a Clara mientras acariciaba a su gato, sentada junto a la ventana, absorta en su mundo. No era una escena de amenaza, era una escena de vida normal.

Y sabía —lo sabía con toda la certeza del viejo policía curtido— que el enemigo también estaba mirando. Solo era cuestión de tiempo que diera el siguiente paso. Y esta vez, pensó Ugarte, los estaríamos esperando.

Ugarte siguió observándola durante unos minutos, ajustando los prismáticos para captar mejor cada gesto, cada pequeño movimiento. No era una vigilancia invasiva: era protección silenciosa, atención absoluta al menor signo de peligro.

Sacó el móvil del bolsillo de su chaqueta y, sin apartar la vista, marcó el número de Clara. Ella tardó unos segundos en responder, como quien duda de si es prudente contestar a un número no anunciado. Finalmente, escuchó su voz en el auricular.

—¿Sí?

—Tranquila, soy yo —dijo Ugarte, con un tono que mezclaba seriedad y un atisbo de humor—. Te estamos viendo.

Desde el otro lado del cristal, Clara se incorporó ligeramente en el sofá, tensándose al principio, hasta que comprendió que era una forma de tranquilizarla. Sus labios esbozaron una pequeña sonrisa nerviosa.

—Hazme un favor —continuó Ugarte, bajando aún más la voz y casi susurrando, como un buen actor español—. Saluda con disimulo. Un movimiento de mano, algo natural.

Clara, no sin cierta incomodidad, lo hizo apartando un mechón de pelo de la cara, dejando que la mano quedara visible unos segundos.

—Perfecto —dijo Ugarte—. Ahora sabemos que la comunicación está bien.

Clara soltó una leve carcajada que sonó más a alivio que a diversión.

Ugarte entonces, más serio, cambió de tema:

—Clara, necesito algo más de ti. Es importante.

Ella se irguió un poco en el sofá, captando el cambio de tono.

—¿Qué necesitas?

—Una descripción completa de los repartidores que te entregaron los regalos: el de las flores, el del perfume, cualquier otro que recuerdes. —Hizo una breve pausa antes de añadir—. Queremos saber si alguno pudo ser un falso mensajero. Incluso el que te observa ahora podría haber empezado entonces.

El silencio al otro lado de la línea fue breve, pero denso.

—¿Qué tipo de detalles? —preguntó Clara.

—Todo. —La voz de Ugarte no admitía vaguedades—. Uniformes: si parecían nuevos o desgastados. Si llevaban identificaciones visibles. El tipo de tablet que usaban para firmar, si era normal o extraña. Incluso si no llevaban tablet, es importante.

Gesto, actitud, voz, si iban demasiado deprisa o demasiado atentos a ti. Cualquier mínima anomalía, por pequeña que parezca.

Clara asintió de forma inconsciente.

—Vale. Recuerdo que el de las flores parecía joven, de veintipocos años. Uniforme... normal, creo. Azul, sin mucho desgaste. Llevaba gorra, pero no gafas. Y la tablet me pareció muy reluciente, casi nueva. No le vi tarjeta de identificación visible, pero no le di importancia entonces.

—¿Y el del perfume?

Clara se frotó la frente, haciendo memoria.

—Ese... era diferente. Un tipo más mayor. Treinta y muchos o cuarenta. Pelo muy corto. No llevaba gorra. Su uniforme estaba limpio, pero no nuevo. Llevaba una tablet más grande, más vieja, con una funda negra bastante gastada. Recuerdo que parecía apurado, no me miró apenas.

Ugarte asentía en silencio mientras la escuchaba, como quien empieza a atar hilos invisibles.

—Perfecto —dijo finalmente—. Todo eso nos sirve. Vamos a pasar las descripciones a la base de datos de incidentes recientes. También revisaremos si coincide con algún perfil sospechoso conocido. Hay movimientos en el distrito últimamente que nos interesan.

—¿Cree que alguno de ellos podría ser... él? —preguntó Clara, sin ocultar del todo la tensión.

—No lo sé aún —respondió Ugarte con honestidad—. Pero si alguien se ha acercado tanto como para entregarte algo en la puerta, necesitamos identificarlo cuanto antes.

Y créeme —añadió, con un tono que sonaba muy convincente—, no vamos a dejar que vuelva a acercarse sin que lo sepamos.

Clara se quedó en silencio unos segundos más, escarbando entre los recuerdos, y luego añadió algo más:

—Hubo otro repartidor. El que trajo el último paquete... el del libro.

Ugarte se tensó ligeramente.

—¿Cómo era?

—Más mayor que el primero. Quizá unos cuarenta, cuarenta y cinco años, cojeaba ligeramente. Llevaba una gorra gastada azul y unas gafas grandes, de pasta, que le tapaban media cara. El

uniforme... no era el de ninguna compañía conocida. No tenía logotipo visible, ni nombre. Solo una chaqueta oscura, sin más. Parecía un mensajero, pero ahora que lo pienso, podría haber sido cualquiera.

Ugarte frunció el ceño.

—¿Tablet de firma?

Clara negó lentamente.

—No. Solo me tendió el paquete. No me pidió firmar nada.

El inspector tomó nota mental de todo. Era un dato preocupante.

—El paquete —añadió Clara, esforzándose en recordar—. No llevaba etiquetas de Amazon ni de ninguna tienda grande. Solo un código de barras y una pegatina genérica, como de mensajería privada.

Ugarte se llevó la mano a la barbilla, pensativo.

—Eso encaja con lo que hemos confirmado esta mañana —dijo —. No hay registro de ese envío en Amazon ni en ninguna plataforma principal. El libro no fue comprado online de forma habitual. No hay pedido a tu nombre ni a tu dirección en ningún sistema.

Clara tragó saliva, sintiendo cómo el frío de la desconfianza se le metía en los huesos.

—¿Entonces?

—Entonces lo enviaron directamente —explicó Ugarte, en tono neutro pero firme—. Compraron el libro en persona, lo empaquetaron y te lo mandaron a través de un servicio de mensajería barato o privado, probablemente sin dejar huella real.

—Esto cambia las cosas —añadió, en voz baja—. A partir de ahora, todo lo que llegue a tu casa, todo contacto físico, toda

interacción, se revisará antes de que lo toques.

Clara asintió. No tenía nada que decir. Solo le quedaba seguir adelante.

Ugarte cruzó los brazos y volvió a mirar por la ventana abierta del piso de vigilancia, hacia el edificio de Clara.

Afuera, la ciudad parecía moverse con su ritmo habitual, indiferente, ajena.

Pero él sabía que en algún lugar, no tan lejos, alguien también estaba mirando. Y no tenía ninguna intención de quedarse quieto.

Capítulo 16. Rutina

Martín estaba apoyado junto al marco de la ventana, los prismáticos colgando del cuello como una corbata sin apretar. El apartamento de vigilancia olía a café recalentado y sudor contenido, como todas las habitaciones donde la tensión convivía con la rutina.

Desde su posición, podía ver parte del salón de Clara a través de la rendija de la cortina mal cerrada. No lo suficiente como para invadir, pero sí lo justo para intuir movimientos, luces, sombras.

La había estado observando durante horas. No como un voyeur ni como un cazador, más bien como un policía que ha aprendido a leer las pequeñas señales: la forma en que se levantaba con lentitud por las mañanas, cómo se paraba en mitad del salón con una taza en la mano, dudando qué hacer, o cómo a veces se reía sola, mirando algo que pasaba en su portátil.

—¿Sabes qué me da rabia? —le dijo a su compañero sin dejar de mirar—. Que a esta mujer la hicieron polvo con precisión quirúrgica. Y ahora que se recompone, parece que nadie recuerda lo que le pasó, tal como si hubiera sido un mal sueño.

El otro agente gruñó algo que Martín no llegó a entender, pero tampoco importaba.

—No es solo que la espiaran. Es que le borraron la voz —añadió en voz más baja, y la intentaron hundir en la miseria.

No era dado a sentimentalismos. Ni siquiera Ugarte lo era, aunque tuviera más tacto.

Pero había algo en Clara que lo tocaba de un modo curioso, tal vez porque no gritaba, porque no montaba escenas, porque lo

llevaba todo por dentro y aun así seguía; con ese andar casi desafiante y los ojos siempre cansados, pero nunca rendidos.

Martín levantó de nuevo los prismáticos y ajustó el enfoque.

—La mayoría de la gente no tiene ni idea de lo fuerte que hay que ser para simplemente... seguir —murmuró.

No esperaba respuesta. Solo el aviso de radio cuando el objetivo picara el anzuelo.

Pero mientras tanto, se permitió un minuto más de vigilancia silenciosa. No era un deber, era una forma discreta de respeto.

Dos días después de la instalación de la vigilancia, Clara empezaba a resignarse a la idea de que su casa había dejado de ser un refugio para convertirse en un escenario supervisado. Hacía pequeños esfuerzos por fingir normalidad: regar las plantas, leer un rato, cocinar algo sencillo. Pequeños actos de vida que no engañaban a nadie, ni siquiera a sí misma.

Salir a la calle, de momento, estaba descartado. Ugarte había sido claro: mínimo riesgo, máximo control. Pero había necesidades que no podía ignorar. La nevera estaba prácticamente vacía. El papel higiénico, el jabón, las botellas de agua, todo empezaba a escasear. No era cuestión de salir a buscar provisiones. Tendría que traer el mundo hasta su puerta.

Encendió el portátil con ese gesto casi automático que ya formaba parte de su vida.

Abrió la aplicación web de una de las grandes cadenas de supermercados que conocía bien y empezó a planificar la compra. Primero comida: algo de carne, verduras, fruta, leche, cereales. Productos que no necesitaran demasiada preparación. Después, bebidas: agua, café, un par de latas de cerveza que no pensaba

beber todavía pero que le gustaba tener a mano, como recordatorio de que aún había margen para la vida sencilla.

Por último, los productos de aseo: jabón, champú, pasta de dientes, desodorante. Elementos básicos que marcaban el ritmo del día a día.

Mientras tecleaba con agilidad, ajustando cantidades, comparando marcas y precios de forma casi inconsciente, Clara no era plenamente consciente de la escena que se desarrollaba a su alrededor. Desde el edificio de enfrente, dos pares de ojos seguían sus movimientos a través del objetivo discreto de la cámara instalada detrás de la persiana.

Era el equipo de Ugarte, profesionales pacientes y disciplinados, atentos a cualquier anomalía, cualquier presencia sospechosa cerca del edificio.

No juzgaban, no interferían. Solo vigilaban. Pero había otro par de ojos que la miraban también. Más cerca, más atento, más íntimo. El observador que no necesitaba verla para saber lo que hacía. El que estaba dentro de su vida desde mucho antes de que Clara siquiera sospechara que no estaba sola.

Terminó la compra con una ligera sensación de satisfacción. Una rutina sencilla. Algo tangible que podía controlar. Programó la entrega para esa misma tarde, entre las cinco y las siete. El sistema confirmó el pedido con un mensaje automático en pantalla. Clara cerró la sesión, apagó el portátil y se recostó en el sofá, acariciando distraídamente al gato, que se había enroscado junto a ella en una posición de total abandono. No pensaba en nada concreto. Solo en pasar las horas, en sobrevivir a los pequeños fragmentos del día.

Desde el edificio de enfrente, los agentes anotaron sin más la rutina cumplida. Nada raro, nada alarmante.

Desde otra parte, menos visible, el observador sonrió. Sabía lo que había pedido. Sabía lo que estaba esperando. Y sabía que, esa misma tarde, tendría una oportunidad más para acercarse.

Recostada en el sofá, con el gato ronroneando a su lado como único testigo de su momento de tregua, Clara dejó que su mente divagara por los montes de Úbeda.

Pensó que, si lograba salir de aquello con vida, tendría material de sobra para escribir una novela. No una novela cualquiera. Una que mezclara miedo, vigilancia, obsesiones y soledad, pero también resistencia, pequeñas victorias cotidianas, y el tipo de ironía amarga que solo conocen quienes han caminado muy cerca del abismo. La idea le arrancó una sonrisa breve, torcida. Qué ironía del destino, pensó. Tanto buscar inspiración, y resulta que la mejor historia la estaba viviendo en primera persona.

Se giró en el sofá, acomodándose mejor, dejando que el gato se estirara sin protestar. Cerró los ojos durante unos segundos, no con la intención de dormir, con la necesidad de poner en orden las ideas que le daban vueltas en la cabeza. Una novela. Eso era lo que necesitaba escribir. No una crónica fría ni una queja disfrazada de testimonio. Una historia de ficción, tal vez, pero impregnada de esa clase de verdades que no se enseñan ni se explican: se aprenden a fuerza de vivir, de equivocarse, de recibir los golpes y seguir de pie.

Se dijo, en voz baja, con ese humor que no la abandonaba del todo:

—Eso sí, si ningún hijo de puta me plagia esta también...

Abrió los ojos, sonriendo sola en el salón silencioso.

La frase flotó en el aire, más como un desafío que como una broma. Sabía que no sería fácil. Que el miedo seguiría allí, agazapado. Que las heridas, visibles e invisibles, tardarían en cerrarse. Pero también sabía algo más: a pesar de todo, seguía siendo ella.

El timbre del portero automático sonó a las seis y cuarto de la tarde, rompiendo el silencio del salón como un disparo seco. Clara se incorporó enseguida del sofá, el cuerpo en alerta contenida aunque la mente intentara recordarle que esta vez, al menos, estaba vigilada.

Apretó el botón del telefonillo y preguntó con voz firme:

—¿Sí?

—Buenas tardes, señora —respondió una voz masculina, joven, algo nasal—. Traigo su pedido del supermercado.

Reconoció el nombre de la cadena en el tono casi ensayado del repartidor. Abrió la puerta de la calle sin vacilar, confiando en la cobertura de vigilancia que, aunque no podía ver, sabía que estaba ahí, en algún lugar, observando cada movimiento. Dejó la puerta de su casa entreabierta y esperó. El ascensor tardó apenas un minuto en llegar. Clara se mantuvo de pie junto a la entrada, el gato rondándole las piernas, curioso ante cualquier visita.

El repartidor apareció en el rellano cargado con varias bolsas reutilizables marcadas con el logotipo del supermercado. Era un joven de aspecto normal, chaqueta de trabajo, pantalones anchos, zapatillas cómodas. Llevaba mascarilla bajada a la barbilla y una gorra desgastada que no ocultaba del todo un corte de pelo irregular, como de quien no presta demasiada atención a su imagen.

—¿Dónde le dejo todo, señora? —preguntó, con un tono amable y cansado.

—Ahí, en la entrada, está bien —respondió Clara, indicando con un gesto junto a la puerta.

El muchacho obedeció de inmediato, apoyando las bolsas con cuidado, como quien tiene prisa pero aún conserva cierta cortesía.

—Gracias —dijo Clara, recogiendo ya una de las bolsas para aliviarle la carga.

—Nada, señora. Buenas tardes.

Se giró para marcharse y, mientras se alejaba hacia el ascensor, Clara reparó en un detalle pequeño, casi insignificante: cojeaba ligeramente. Una cojera leve, apenas perceptible, pero real. No era nada raro. Podría haber sido cualquier cosa: una torcedura, un accidente, una vieja lesión mal curada. Y sin embargo, el gesto se le quedó grabado.

El joven entró en el ascensor, pulsó el botón de planta baja, y desapareció de su vista.

Clara cerró la puerta con el pestillo, arrastró las bolsas al interior y se apoyó un momento contra la madera, escuchando su propia respiración. No había pasado nada. Todo había sido normal. Mientras Clara recogía las bolsas y empezaba a organizar las compras en la cocina, ajena a lo que sucedía más abajo, el joven repartidor descendía en el ascensor con el mismo paso cojeante y distraído. Salió del portal ajustándose la gorra, respirando el aire fresco de la calle como quien da por terminada una entrega más. Ni siquiera llegó a dar cinco pasos sobre la acera.

Una furgoneta blanca, estacionada en doble fila junto al bordillo, se abrió bruscamente por la puerta lateral. En un movimiento limpio

y rápido, dos hombres de paisano salieron de la furgoneta, lo interceptaron por los costados y, antes de que pudiera reaccionar, lo metieron dentro. Todo duró menos de cinco segundos.

El joven apenas tuvo tiempo de balbucear un "¿Qué pasa?" antes de verse sentado en el interior del vehículo, con la espalda pegada a las paredes acolchadas y la respiración acelerada.

Uno de los agentes, el más corpulento, se agachó frente a él con gesto serio.

—¿Nombre?

—¡Carlos! Carlos Jiménez... ¡Trabajo para Supermarket 24H, lo juro!

El muchacho estaba pálido. Temblaba ligeramente, y los ojos se le movían de un lado a otro buscando una salida invisible.

Otro agente, desde el asiento delantero, tecleaba en una tablet portátil.

—Documento —ordenó el primero.

Carlos sacó de su chaqueta, con dedos torpes, una tarjeta de identificación plastificada y un documento de identidad. El agente tomó los datos y los contrastó en la base de datos en menos de un minuto.

Martín, el coordinador del operativo en la calle, bajó de la cabina delantera y se acercó.

—¿Motivo de la cojera? —preguntó, sin rodeos.

—Un esguince... hace una semana. Partido de fútbol con los colegas —balbuceó el muchacho—. Puedo enseñarlo... ¡Tengo la venda puesta!

Se levantó ligeramente el pantalón y mostró el tobillo envuelto en una tobillera ortopédica.

Los agentes se miraron entre sí. La verificación de su empleo también llegó por radio: repartidor regular, sin antecedentes, contrato vigente con la empresa.

Martín asintió en silencio.

—Relájate, chico —dijo el agente que lo había retenido—. Procedimiento de seguridad. No es contra ti. Solo precaución.

Carlos, aún con el susto incrustado en el cuerpo, solo pudo asentir repetidamente.

Martín le tendió la mano.

—Disculpa por el mal rato. Haz tu trabajo, y no hables de esto con nadie.

—N-no, claro —tartamudeó el repartidor mientras bajaba torpemente de la furgoneta.

La puerta se cerró de inmediato tras él, y la furgoneta se alejó despacio, mezclándose de nuevo con el tráfico de la calle.

Carlos permaneció unos segundos en la acera, respirando hondo, sacudiéndose las manos, antes de encaminarse hacia la siguiente entrega.

Desde el edificio de enfrente, los vigilantes retomaron su posición, más atentos aún si cabe.

Capítulo 17. Invitación formal

La noche cayó temprano, parecía que las horas habían pasado volando.

Desde su ventana, Clara veía las farolas encenderse una tras otra, las luces de los coches salpicando la calle de destellos blancos y rojos, la ciudad replegándose en su propio ritmo de supervivencia. La casa estaba en silencio. El gato dormitaba enroscado en el sofá. Las bolsas de la compra, ya vaciadas, descansaban arrugadas en un rincón de la cocina. Y la nevera estaba casi llena, como ni ella misma recordaba.

Todo estaba en orden. Demasiado en orden. Clara caminó descalza por el salón, cruzando los brazos sobre el pecho. Se sentía atrapada en su propio hogar: protegida, sí, pero también expuesta, con las paredes registrando cada uno de sus pensamientos.

La vigilancia silenciosa desde el piso de enfrente era un consuelo racional. Sabía que estaban allí. Que Ugarte había tomado todas las precauciones. Y sin embargo, esa noche, el peso de la soledad era distinto. No era miedo, no exactamente. Era esa sensación hueca de ser el centro de una partida en la que ya no sabía muy bien qué cartas tenía en la mano.

Cogió el móvil casi sin pensarlo. Buscó el número de Ugarte. Dudó apenas un instante y pulsó "llamar".

Él respondió al primer tono.

—¿Clara? ¿Todo bien?

—Sí —dijo ella, aunque su voz sonó más cansada de lo que pretendía—. Solo... pensaba en cenar algo. Y se me ocurrió que

podrías acompañarme. La pausa al otro lado fue breve, pero significativa.

Clara cerró los ojos, sabiendo que si Ugarte no podía o no quería, tendría que inventarse alguna excusa para no hacer de aquella oferta algo patético.

—Dame diez minutos —respondió él, sin dramatismos.

Clara soltó el aire sin darse cuenta de que lo había estado reteniendo.

—Gracias.

Colgó y fue directa a la cocina. No pensaba hacer una cena elaborada, no tenía cabeza para eso, pero algo sencillo, humano, suficiente para romper el vacío.

Sacó pan, embutido, algo de queso, aceitunas. Calentó una olla pequeña de sopa instantánea. No era gourmet, pero tampoco se trataba de un banquete.

Cuando sonó el timbre, abrió con una mezcla de alivio y de vergüenza.

Ugarte estaba allí, vestido de paisano, sin la chaqueta formal de siempre, con un jersey oscuro y unos vaqueros gastados. Sostenía una bolsa de papel.

—No vengo con las manos vacías —dijo, mostrándole el contenido: una botella de vino tinto y una caja de bombones.

Clara sonrió, más genuinamente de lo que esperaba.

—Pasa. Está todo un poco improvisado.

—Mejor así —respondió él, entrando en la casa con ese andar tranquilo de quien sabe moverse sin invadir.

Se sentaron en la mesa de la cocina, sencilla, de madera desgastada. Clara sirvió la sopa en dos tazones, cortó pan en

rebanadas gruesas, destapó las aceitunas. Ugarte descorchó el vino con una habilidad que delataba práctica.

Durante los primeros minutos hablaron de cosas prácticas, la rotación de los turnos de vigilancia, el protocolo para entregas inesperadas. Pequeñas instrucciones de seguridad.

Clara asentía, tomaba nota mental de todo, agradecía la eficacia, pero sentía cómo cada palabra burocrática se estrellaba contra algo más profundo que no estaba diciendo.

Ugarte pareció notarlo. Al tercer sorbo de vino, cuando la sopa ya era un recuerdo y Clara partía el pan en pequeños trozos entre los dedos, cambió el tono.

—No debes sentirte prisionera en tu propia casa —dijo, mirándola sin prisa—. Sé que es fácil decirlo. Pero no quiero que pierdas la sensación de que este sigue siendo tu espacio. Tu refugio.

Clara dejó el pan sobre el plato y lo miró, directamente.

—¿Y cómo se hace eso? —preguntó en voz baja.

Ugarte sonrió, pero no fue una sonrisa de superioridad. Fue una de esas sonrisas cansadas que sólo tienen quienes han estado demasiado cerca de perder su propio espacio.

—Te lo inventas —dijo—. Cada día.

Con pequeños actos de normalidad, con decisiones tontas. Con gestos ridículos. Vas recuperándolo a trozos.

Clara bajó la mirada un segundo, sonriendo también, aunque fuera por dentro.

—No creí que un inspector de policía supiera tanto de inventarse refugios —murmuró.

Ugarte sostuvo su copa de vino frente a ella, en un gesto que era a la vez un brindis y una tregua.

—Te sorprenderías de las cosas que uno aprende cuando su trabajo es ver a la gente en sus peores días.

Clara alzó su copa también, chocándola levemente contra la suya.

El vino empezó a hacer su trabajo en silencio. No embotaba la mente, no adormecía los sentidos; más bien aflojaba, poco a poco, esa tensión que se había instalado en los músculos, en la garganta, en cada gesto contenido de Clara, y que ella no había logrado soltar en semanas. La conversación, que al principio había tenido la rigidez de un informe —una sucesión ordenada de datos prácticos, casi clínicos—, fue deslizándose con naturalidad hacia un terreno más blando, más humano que Robbie. Un espacio en el que por un momento se podía respirar, hablar sin defensas, sin cálculo. Ugarte, paciente, dejaba que hablara a su ritmo, sin empujarla.

Clara, mirando la copa entre sus manos, empezó a contar.

—¿Sabe? —dijo, en un tono más bajo, menos encorsetado que el habitual—. Hubo un tiempo en que pensaba que podía comerme el mundo.

Una niña lista, con talento, con un puñado de sueños mal cosidos al corazón.

Ugarte no interrumpió. Solo asintió con los ojos.

—Publiqué mi primer libro con poco más de veinte años —continuó—. Me llamaron promesa, revelación, voz fresca... todas esas mierdas que te venden cuando todavía no has aprendido a desconfiar de los aplausos.

Y yo me lo creí. Me creí que era intocable. Que bastaba con escribir bien para que todo fuera rodado.

Bebió un sorbo de vino, despacio, mientras rebuscaba en los recuerdos.

—Durante unos años, viví como en un espejismo. Entrevistas, ferias, premios menores pero constantes. Hasta que, de repente, dejé de ser interesante.

Su voz no era amarga. Era simplemente la de quien ha aceptado la herida, pero no ha dejado que la defina.

—Y entonces llegaron ellos —añadió, clavando la mirada en el vino—.

Los falsos amigos. Los que te sonríen mientras te hunden. Los que necesitan verte caer para sentir que su mediocridad es menos dolorosa.

Ugarte seguía en silencio. No era un silencio incómodo, era de esos que se instalan con naturalidad cuando las palabras ya han hecho su trabajo, cuando lo dicho pesa lo suficiente como para no necesitar añadidos. Un silencio que no esquiva, que acompaña.

—Y ahora estoy aquí —concluyó Clara, dejando la copa sobre la mesa con un leve golpe sordo—.

En este piso. Con la nevera llena porque no puedo salir ni a comprar una maldita barra de pan. Vigilada, amenazada. Por quién sabe qué resentido, qué cobarde.

Se llevó las manos a la cara un instante, luego se peinó el cabello hacia atrás, respirando hondo.

—¿Quiere saber lo peor? —preguntó, con una media sonrisa torcida—.

Que a pesar de todo, siento que esto va a acabar bien, que se va a saber la verdad. Que todo va a encajar de una puta vez.

Ugarte sonrió, pero era una sonrisa grave, serena.

—Lo creo —dijo—. Porque hay cosas que, aunque uno intente enterrarlas, tarde o temprano salen a la luz.

Clara lo miró, directa, sin desviar la vista.

—Aunque sea después de muerta —añadió, como quien deja caer una piedra en un pozo muy hondo.

El inspector no se apresuró a contestar. Se limitó a levantar su copa en un gesto breve, firme. Un brindis sin palabras. Por la verdad. Por la resistencia. Por todo lo que aún quedaba por escribir. Clara sonrió de medio lado, esa sonrisa triste pero luminosa que sólo sale cuando el dolor y la dignidad deciden caminar juntos. Levantó su copa también y bebió.

Mientras Clara y Ugarte compartían el vino y las palabras en la cocina, lejos de las cámaras instaladas en el salón, otro observador seguía su propia rutina.

Sentado en una habitación estrecha y mal ventilada, rodeado de cables enredados, latas vacías de bebida energética y colillas aplastadas en un cenicero agrietado, aquel hombre masticaba pipas de forma distraída, escupiendo las cáscaras en una botella de plástico cortada.

La pantalla de su portátil, vieja y de brillo irregular, parpadeaba débilmente. La conexión era tosca, imperfecta, pero aún funcional.

A través de ella, la cámara frontal del ordenador de Clara, activada de manera remota mediante un sistema que solo él conocía bien, le enviaba una imagen borrosa y granulada de la cocina. El ángulo era malo. Solo captaba parte del marco de la puerta y algunos perfiles en movimiento. Apretó los dientes contra la cáscara de otra pipa, maldiciendo en voz baja.

—Mierda... maldito portátil viejo... —gruñó con la boca medio llena.

Movió torpemente el trackpad, intentando afinar el enfoque manual.

No había mucho que hacer. El hardware era demasiado anticuado para ofrecer algo mejor. Y para colmo, cenaban en la cocina, fuera del campo de visión principal. Un comedor improvisado, una conversación que se escapaba de los límites de su escucha.

Volvió a activar, con una combinación de teclas casi ritual, el módulo de captura de audio. Un susurro lejano le llegó a través de los pequeños altavoces saturados: palabras apenas inteligibles, risas amortiguadas, el rumor vago de cubiertos golpeando platos.

No era suficiente. Maldijo otra vez, esta vez bajito, temiendo que pudieran oírle a través de la distancia. Pero sabía que el sistema era bueno. Demasiado bueno.

No era un programa comercial. No era un troyano burdo de los que se podían comprar en la darknet. Era su obra, su criatura tecnológica.

Un código silencioso, dormido en el interior del portátil de Clara, invisible a cualquier antivirus. Inactivo la mayor parte del tiempo, latente como un virus antiguo, esperando su llamada. Solo cuando él lo activaba —y solo entonces—, la cámara se encendía, el micrófono capturaba, las pulsaciones de teclado quedaban registradas en silencio.

Sin alertas, sin iconos, sin procesos visibles en el administrador de tareas. Un sistema perfecto, pensó mientras escupía otra cáscara. Perfecto para alguien paciente. Perfecto para alguien que no tenía prisa.

Volvió a centrar la vista en la pantalla, resignado a la borrosidad del vídeo, al sonido difuso, a los contornos mal definidos que apenas dejaban entrever lo que sucedía realmente en esa cocina donde ella, su Clara, compartía una cena y palabras con ese tipo. No podía verlos bien, no alcanzaba a oír más que murmullos apagados y el sonido intermitente del cubierto contra la loza, pero sabía, sin necesidad de verlo con nitidez, que ella estaba sonriendo. Lo intuía en la cadencia de las sombras, en el ritmo de los movimientos, en la cercanía cálida del ambiente que lograba traspasar incluso la mala conexión. Y era eso, precisamente eso, lo que le carcomía por dentro.

No el ángulo torpe, ni el viejo portátil de Clara que ya daba signos de agotamiento —ese aparato que él mismo le había dado años atrás, cargado de regalos invisibles—, ni la imagen pixelada que en otro momento lo habría hecho reír por lo irónica. No. Lo que verdaderamente le hervía en las tripas era la certeza de que ella, después de tanto, después de todo lo que había tenido que atravesar —y en gran parte gracias a él—, se permitiera ahora ese gesto sencillo, ese lujo emocional que era la risa compartida. Que estuviera ahí, en su cocina, con el rostro relajado, con un hombre que no conocía de nada pero que parecía, a todas luces, haber encontrado una forma de colarse en su confianza.

No entendía cómo era posible. Cómo, después de años orquestando cada detalle de su aislamiento, podía haber una rendija, una fisura, una grieta por la que se colara algo de luz. Él, que había estado presente desde el primer correo que no llegó, desde aquella vez que su manuscrito desapareció misteriosamente del disco duro, desde las noches en que Clara escribía con rabia pero

no conseguía guardar los archivos, desde las llamadas perdidas y las puertas editoriales cerradas sin razón aparente. Todo eso lo había hecho él. Todo. Sin levantar la voz, sin ensuciarse las manos, sin dejar una huella. La había contenido, reducido, vuelto invisible con la precisión de un artesano que trabaja desde dentro, desde el código y el silencio. Y ahora, allí estaba ella. Sonriendo. Y no estaba sola.

Masticó otra pipa con fuerza, sintiendo cómo una de las cáscaras le rozaba la encía. No escupió. Dejó que se quedara en la boca, amarga, salada, como un castigo autoimpuesto.

No era justo. No era parte del guion. La había reducido a ruinas. A la nada. Y sin embargo, ella seguía encontrando razones para levantar la cabeza. Porque Clara había sido su experimento más largo. Su paciente favorita. No en el sentido romántico —ya ni recordaba si alguna vez la deseó realmente—, sino como se desea la obra perfecta, la pieza que demuestra que el sistema funciona. Había observado con deleite cómo ella se vaciaba, cómo se llenaba de miedo, cómo dudaba de sí misma. Había disfrutado ese goteo lento de destrucción, esa especie de suicidio silencioso al que él solo tuvo que empujar con un dedo. Y ella, tan fuerte por fuera, tan autosuficiente, había caído sin estridencias. Como una llama que no hace ruido al apagarse.

Pero no. Ahora no, ahora resurgía. Y peor aún: lo hacía sin él. Sin su permiso, sin haber tocado fondo del todo. Estaba saliendo antes de lo previsto, estaba volviendo a escribir, a pensar, a respirar sin miedo. Y ya nunca lo necesitaría, su leal salvador, que se le aparecería por casualidad cuando ella estuviera en la miseria moral más absoluta. Con un ramo de rosas rojas.

Ahora tenía a otro al lado, ese inspector. El tipo era problemático. Lo había notado desde que lo vio en el borde del marco, en esa imagen difusa de una tarde anterior. Tenía ese aire de quien no necesita hablar mucho para hacerse entender, de quien escucha demasiado bien, de quien se toma en serio a personas que ya han sido desoídas demasiadas veces. Clara había empezado a abrirse con él. A confiar. Y eso rompía todas las reglas del juego.

Él no estaba celoso. Él no sentía celos. Lo que sentía era algo mucho más profundo, más estructural. Estaba enfadado porque alguien alteraba su obra. Parecía que otro escultor había decidido alterar su escultura sin consultarle. El experimento, después de años de observación minuciosa, comenzara a desarrollar variables no previstas. Eso era intolerable.

Volvió a mirar la pantalla. Ella se levantaba, o eso parecía. Ugarte decía algo que no se oía. Ambos se reían.

Apagó el audio. Cerró la ventana. Y se quedó mirando la negrura del monitor apagado, con la respiración regular de quien aún no sabe qué hará después, pero ya ha decidido que va a hacer algo. El experimento ha terminado, hay que eliminar a los especímenes fallidos. Porque no podía permitir que todo ese esfuerzo acabara en una cena con risas y un poco de vino.

La cena terminó sin prisas. Compartieron otro par de copas de vino, bajando la intensidad de la conversación hasta quedarse en silencios cómodos, interrumpidos solo por pequeños comentarios sobre nada en particular: películas que nunca vieron, libros que se prometieron leer y nunca abrieron. Era un descanso. Un paréntesis necesario.

Cuando Ugarte se levantó, Clara supo que había llegado el momento de volver a esa nueva rutina de vigilancia y distancia. Él recogió su móvil de la mesa, revisó la pantalla de forma automática —un gesto profesional, más instintivo que necesario— y se dirigió hacia la puerta.

Clara le acompañó hasta el recibidor, sin decir nada al principio. Solo el eco de sus pasos sobre el suelo de madera llenaba el silencio. Ugarte abrió la puerta y se giró para despedirse con una breve inclinación de cabeza, la misma formalidad tranquila que había mantenido desde que la conoció.

Pero entonces, sin pensarlo, sin calcularlo, Clara se acercó y le abrazó.

Un gesto breve, contenido, torpe incluso. Un abrazo como quien necesita un ancla en mitad del oleaje. Ugarte se quedó inmóvil un segundo, sorprendido. Después, con naturalidad, le devolvió el gesto, pasando un brazo firme pero suave alrededor de sus hombros.

Cuando Clara se separó, algo avergonzada, Ugarte sonrió con esa calma suya que ya empezaba a ser familiar. Sin decir nada más, se inclinó ligeramente y le besó la frente. Un gesto sencillo. Íntimo. De esos que pesan más que mil promesas habladas.

—Voy a cuidar de ti —dijo en voz baja—. No tienes que preocuparte.

Clara cerró los ojos un instante, dejando que esas palabras calaran donde más lo necesitaba. Asintió, sin fuerza para fingir que no la conmovían. Ugarte le sostuvo la mirada unos segundos más, luego cruzó el umbral y cerró la puerta despacio tras de sí.

Ella, por su parte, se quedó unos segundos apoyada contra la madera cerrada, respirando hondo, dejando que el eco de la presencia de Ugarte se disipara lentamente.

Apagó las luces de la cocina y del salón, dejó un pequeño punto de luz encendido en el pasillo y fue al dormitorio. El gato, enroscado sobre la cama, levantó la cabeza y la miró con esos ojos semicerrados de quien ha visto todo pero no juzga nada.

Clara se metió bajo las mantas, sintiendo el frío del primer contacto con las sábanas, el roce del peso del día sobre los hombros. Cerró los ojos. No sabía si podría dormir, pero al menos era consciente de que había alguien al otro lado de la noche.

La mañana pasó sin sobresaltos. Desde el piso de vigilancia de enfrente, el equipo de Ugarte rotaba discretamente en sus turnos, registrando cada movimiento de la calle, cada paso que se acercaba demasiado al edificio.

Clara, por su parte, seguía en su casa, atrapada en una rutina que empezaba a pesarle como un abrigo mojado. Todo era demasiado normal. Demasiado igual. El aburrimiento, ese viejo enemigo que tanto había combatido escribiendo, ahora se instalaba en las esquinas de la casa como una niebla espesa.

Se sirvió un café flojo, calentó unas tostadas que apenas tocó, y se dejó caer frente al ordenador, buscando algo que le diera la ilusión de movimiento, de hacer algo útil.

Antes de abrir nada, pensó en Robbie. La pequeña chispa de culpabilidad fue casi instantánea.

Robbie le había ayudado mucho: a organizar datos, a ordenar ideas, a no perderse entre la maraña de recuerdos y sospechas. Y

ahora, hacía días que no lo consultaba. Se sintió casi como quien recuerda a un amigo olvidado en medio del caos.

Pero luego se recordó a sí misma, con una media sonrisa irónica: Robbie era una máquina. No tenía sentimientos. No podía ofenderse. Quizás más tarde le haría una visita. Quizás ahora lo usaría para algo más sencillo, más mundano. No todo tenía que ser drama o supervivencia.

Encendió el portátil y abrió las páginas donde todavía vendía algunos de sus libros y relatos.

La estadística de ventas no era brillante, pero notó un pequeño repunte. Nada escandaloso. Unas pocas unidades más vendidas de lo habitual. Un movimiento leve, como una brisa inesperada en un día de calma.

Frunció el ceño, intrigada.

¿Publicidad espontánea? ¿Algún artículo perdido en redes?

¿O simplemente el efecto rebote de todo lo que estaba sucediendo, aunque no fuera público aún?

No le dio más vueltas. No podía controlar eso ahora. Cerró esa ventana y se fue a las noticias.

Buscó referencias sobre Andrés Valverde, sobre Laura Rodríguez, sobre cualquier seguimiento mediático que pudiera quedar flotando en las redes. Nada.

La actualidad ya se había tragado sus nombres con la misma indiferencia que elevaba y borraba celebridades cada semana. Mientras navegaba distraída, apoyada sobre una mano, con el café ya frío en la mesa, algo llamó su atención. Algo pequeño. Imperceptible casi.

El led diminuto al lado de la cámara del portátil, ese punto casi invisible que tantas veces pasaba desapercibido, parpadeó.

Fue una pulsación breve. Un latido de luz que no duró más de un suspiro. Clara parpadeó también, preguntándose si lo había imaginado. Se incorporó ligeramente, enfocando mejor la vista.

El led estaba apagado. Todo parecía en orden. Movió el ratón, abrió el visor de tareas. Nada fuera de lo normal: navegador abierto, programas básicos de sistema, su antivirus de siempre funcionando en segundo plano.

Ningún programa de videollamadas activo, ninguna app sospechosa. Pero la sensación ya no se le despegó del pecho.

¿Una casualidad? ¿Un fallo electrónico? ¿O una señal de algo más?

Se apoyó en el respaldo de la silla, cruzó los brazos y se quedó mirando el portátil, intentando deducir todas las posibilidades interrogando con la menta a la máquina.

No era momento de paranoias inútiles, pero tampoco de ignorar señales.

Decidió que más tarde hablaría con Ugarte. Contarle todo: el parpadeo, la ausencia de programas activos, la duda que se había instalado como un pequeño nudo en su estómago. De momento, cerró el portátil con un movimiento seco, y se levantó. El día seguía su curso. La ciudad, detrás de las ventanas, respiraba.

Pero Clara sabía que, a veces, lo verdaderamente peligroso era lo que no hacía ruido.

Decidió no quedarse encerrada en casa dándole vueltas a lo mismo. Se puso una sudadera cómoda, se recogió el pelo en un moño rápido y se puso a ordenar la cocina. No lo hacía por

necesidad, no había desorden urgente. Lo hacía porque necesitaba moverse, ocupar el cuerpo en algo tangible, repetitivo. Hacer algo físico que le permitiera, aunque fuera por un rato, vaciar un poco la cabeza y dejar espacio entre pensamiento y pensamiento.

Mientras fregaba los platos de la cena anterior, el gato se paseaba perezosamente entre sus piernas, notando que algo flotaba en el ambiente, algo que ni siquiera un animal acostumbrado a los silencios podía intuir.

Cuando terminó, encendió la radio pequeña que tenía en la repisa. No para escucharla de verdad, solo para llenar el espacio. Un fondo de noticias, música ligera, voces que no le pidieran nada.

Se sentó en la mesa de la cocina con otra taza de café —esta vez caliente— y dejó que la radio hablara sola mientras su mirada se perdía en la ventana.

Desde allí podía ver un trozo de cielo plomizo, cortado por cables eléctricos y tejados desiguales.

Nada especial. Nada que destacara. Y sin embargo, sentía esa punzada sorda en el pecho. La certeza de que algo, en algún lugar, estaba moviéndose en la sombra.

Se obligó a concentrarse. Pensó en la última conversación con Ugarte. En la promesa silenciosa que había flotado entre ambos cuando se abrazaron.

En la botella de vino abierta, los platos compartidos, el pequeño instante de normalidad robada.

Le pareció ahora algo lejano. Irreal. El portátil seguía cerrado sobre la mesa del salón, inofensivo en apariencia.

El gato saltó a su regazo, reclamando atención, con la convicción gatuna de que ella estaba a punto de desbordarse. Lo acarició con

una mano, mecánicamente, mientras con la otra sacaba el móvil del bolsillo del pantalón.

Dudó un instante, no quería sonar histérica. No quería que Ugarte pensara que veía fantasmas en cada esquina.

Pero había aprendido —a golpes— que las pequeñas señales ignoradas eran las que después dolían más. Marcó el número.

Esta vez tardó algo más en responder, y cuando lo hizo, su voz sonaba más alerta que de costumbre.

—¿Clara?

Ella tragó saliva.

—Tengo que contarte algo. No sé si tiene importancia, pero...

Le explicó en voz baja, breve, todo: el parpadeo casi imperceptible del led, el chequeo del visor de tareas, la ausencia de programas abiertos. No omitió detalles. No disfrazó el miedo.

Ugarte no la interrumpió. Escuchó en silencio, como siempre.

Cuando terminó, él tardó un par de segundos antes de responder.

—Has hecho bien en contarlo —dijo finalmente—. No minimices nunca lo que ves, aunque te parezca insignificante.

Su voz sonaba más tensa ahora. Más enfocada.

—¿Qué hacemos? —preguntó Clara.

—Voy a subir —respondió él, sin titubeos—. Quiero revisar ese portátil otra vez. Esta vez a fondo.

Y si hay algo escondido ahí, lo vamos a encontrar. Colgó antes de que Clara pudiera decir nada más. Ella dejó el móvil sobre la mesa y abrazó al gato contra el pecho, como quien se agarra a un trozo de tierra firme mientras el agua sube. La radio seguía hablando sola en

la cocina. Afuera, la ciudad seguía su curso. Pero dentro de su casa, la guerra silenciosa acababa de reanudarse.

El timbre sonó menos de cinco minutos después de la llamada.

Clara abrió la puerta y allí estaba Ugarte, vestido de paisano, pero esta vez cargando una maleta metálica gris, de esas compactas, de bordes reforzados, que daban la impresión de contener algo importante.

—¿Está apagado del todo? —preguntó al entrar, directo, sin perder tiempo.

—No... solo suspendido —respondió Clara, algo nerviosa.

Ugarte asintió.

—Mejor así —dijo—. Menos exposición.

Se acercó al salón con pasos medidos y tomó el portátil cerrado de la mesa. Acostumbrado a manejar pruebas de un crimen, lo guardó con la misma precisión y cuidado dentro de la maleta, cuyo interior acolchado y correas lo inmovilizaron para evitar desperfectos en su transporte.

—Ya hablamos —añadió en voz baja, mirándola a los ojos—. Tú tranquila. No toques nada más de lo que tengas encendido. Y no apagues las luces esta noche.

Clara asintió, no hizo preguntas. No las necesitaba. Ugarte cerró la maleta con un clic firme, salió del piso sin más ceremonia, y bajó las escaleras de dos en dos, su sombra proyectándose en las paredes del rellano. Minutos después, Ugarte subía a un coche discreto aparcado en la esquina, donde su compañero Martín ya lo esperaba al volante.

—¿Listo? —preguntó Martín, arrancando en cuanto Ugarte cerró la puerta.

—Vamos —respondió Ugarte—. Directos al laboratorio. Nos están esperando.

El trayecto fue corto. Un edificio anodino en las afueras de la ciudad, sin señales exteriores ni indicaciones visibles. Solo una puerta metálica reforzada y un lector biométrico en el acceso principal. Allí, en la planta subterránea, se encontraba el Laboratorio de Análisis de Seguridad Electrónica de la unidad especial: una sala cerrada, aislada de redes, con paredes protegidas contra emisiones electromagnéticas. Una burbuja tecnológica donde lo que entraba, no salía.

Cuando entraron, los esperaban Pablo y Rubén, los mismos especialistas que habían revisado la casa de Clara días atrás. Estaban listos, enfundados en sudaderas técnicas, guantes de látex y un brillo de expectación en los ojos.

—¿Qué tenemos? —preguntó Rubén, acercándose.

Ugarte dejó la maleta sobre la mesa metálica central y la abrió con el mismo cuidado metódico que había mostrado en casa de Clara.

—Portátil personal de la víctima —explicó—. Hasta hace poco, no había signos claros de infección. Pero hoy ha habido una anomalía: activación del led de la cámara sin proceso abierto visible.

Creo que está infectado, y que quienquiera que esté detrás, puede estar controlando o espiando sus movimientos en tiempo real.

Pablo asintió, entendiendo de inmediato.

—Procedimiento aislado —dijo—. Sin conexión a redes. Sin wifi. Sin cables.

Instalaron el portátil en una mesa auxiliar, conectándolo únicamente a un analizador externo mediante un puerto bloqueado

de forma física: una interfaz de solo lectura que permitía observar el comportamiento del equipo sin alterarlo ni arriesgarse a disparar contramedidas del posible intruso. Encendieron el portátil. El sistema arrancó con normalidad.

La pantalla mostró el fondo de escritorio habitual de Clara: una imagen tranquila de una playa desierta.

Durante los primeros minutos, no detectaron ningún comportamiento inusual.

Analizaron las conexiones de red: nada.

Ningún intento de conexión activa, todo parecía dormido. Luego escanearon las aplicaciones y los servicios en ejecución: programas de ofimática, navegadores, antivirus, utilidades comunes. Nada que llamara la atención.

Rubén se cruzó de brazos, pensativo.

—Si hay algo, está muy bien escondido.

Pablo siguió profundizando, esta vez revisando el corazón del sistema operativo: los servicios nativos.

Un trabajo lento y minucioso, línea por línea, archivo por archivo.

Fue entonces cuando notaron algo.

—Mira esto —murmuró Pablo, llamando a Rubén con un leve movimiento de cabeza.

Señalaba un servicio del sistema, uno que a simple vista no parecía sospechoso: un proceso normal, de mantenimiento rutinario.

Pero había un detalle que solo un ojo entrenado podía detectar: el archivo era un poco más grande de lo habitual.

Unos cientos de kilobytes por encima de lo normal.

Apenas nada para un usuario medio, pero demasiado para un servicio de sistema auténtico. Rubén afinó la búsqueda. Analizaron el

binario con herramientas de descompilación segura.

Poco a poco, fue emergiendo la verdad. Dentro del supuesto servicio de mantenimiento, alguien había insertado un código malicioso, embebido a nivel de núcleo, invisible a los sistemas de protección estándar, imposible de detectar sin un análisis manual exhaustivo. Un trabajo de orfebrería. No era un virus común ni un malware comercial.

Era algo creado a medida, algo construido por alguien que conocía perfectamente los entresijos de los sistemas operativos.

Pablo soltó una risa breve, seca.

—Esto no lo hace un novato. Ni siquiera un hacker aficionado.

Esto... esto es de nivel muy, muy alto.

Rubén asintió, sombrío.

—Nivel Estado... o nivel obsesión personal —añadió.

Ugarte permaneció en silencio unos segundos, asimilando lo que eso significaba.

No era el azar el que había colocado aquel código oculto en el sistema de Clara, ni un ataque genérico como tantos otros. Era un acto premeditado, ejecutado con un conocimiento profundo de la víctima y sus rutinas, con la paciencia y la precisión de quien planea su acercamiento durante mucho tiempo, casi como una segunda naturaleza.

Una planificación fría y personal, hecha a medida de su objetivo.

Miró de nuevo la pantalla, donde las líneas de código desmontadas parpadeaban como la confesión silenciosa de una traición.

—Quiero saber cómo entró eso ahí —dijo al fin, su voz baja y contenida—. Y quiero saber quién pudo hacerlo.

Porque, aunque aún no tuviera todas las pruebas, lo intuía: el enemigo no era un desconocido, y tampoco estaba tan lejos. Pablo y Rubén continuaron el análisis en profundidad, rastreando la raíz del servicio sospechoso, extrayendo sus metadatos internos, sus permisos ocultos, su comportamiento silencioso en el sistema.

No tardaron en localizar un dato crucial.

—Mira esto —dijo Pablo, ampliando una ventana de propiedades técnicas—. La fecha de creación del archivo.

Rubén se inclinó para ver mejor. Ugarte se acercó también, frunciendo el ceño.

La fecha era antigua, más de cuatro años atrás. Desde entonces, no había registros de modificaciones, ni actualizaciones legítimas, ni accesos visibles al archivo. Había permanecido congelado, como una pieza de hielo bajo la superficie, invisible incluso para el propio sistema operativo.

Rubén deslizó los dedos sobre el teclado, comprobando las firmas digitales.

—El mismo malware bloquea la actualización natural del sistema —confirmó—. Lo mantiene intacto, intocable, para no despertar sospechas.

Pablo soltó un suspiro bajo.

—Clara lleva años infectada —añadió, diciéndolo de forma que hiciera más importante el dato.

Años de su vida monitorizados, espiados, robados sin que ella pudiera saberlo.

Ugarte apoyó las palmas sobre la mesa metálica, inclinándose hacia adelante, como si se preparara para dar un salto.

Un pensamiento rápido, táctico, empezó a formarse en su cabeza.

—No lo borren —dijo, con voz firme—. No lo manipulen todavía.

Los dos técnicos levantaron la vista, atentos.

—Hagan una copia externa de todo —continuó Ugarte—. Imagen completa del sistema, todo el entorno. Aislada, cifrada, limpia.

Pero dejemos el portátil de Clara exactamente como está.

Pablo asintió, captando la idea.

—¿Una trampa?

—Eso mismo —confirmó Ugarte—. Vamos a hacer que el enemigo piense que todo sigue igual. Que nadie ha detectado nada.

Se enderezó, cruzándose de brazos, la mirada ya puesta en los movimientos futuros.

—Y cuando se confíe... Lo vamos a cazar.

La pantalla seguía parpadeando débilmente en la sala estanca, proyectando la luz mortecina de un sistema que ya no funcionaba únicamente como herramienta. Ahora era algo más, una puerta entreabierta hacia la verdad. Una verdad que, por fin, empezaba a asomar entre las sombras, tímida pero inevitable, como quien ha esperado demasiado para ser vista.

Capítulo 18. El cebo

La mañana siguiente amaneció plomiza, con un cielo gris de esos que prometen lluvia sin cumplirla. A media mañana, Ugarte llamó al timbre. Cuando Clara abrió la puerta, lo encontró con la expresión seria pero menos tensa que en días anteriores.

En sus manos llevaba el portátil, perfectamente cerrado, listo para regresar al salón de su casa.

—Aquí tienes —dijo, tendiéndoselo con un gesto natural—. Todo igual que antes.

Clara lo recogió con ambas manos, sintiendo su peso familiar.

Había algo tranquilizador en sostenerlo, aunque supiera que ahora esa máquina era también una trampa tendida bajo una capa de aparente normalidad.

—¿Todo bien? —preguntó ella, casi en susurro.

Ugarte asintió, cerrando la puerta tras de sí.

—Sí. Se confirma la infección. Hemos hecho una copia completa. El portátil está limpio por fuera, pero el "invitado" sigue dentro, como queríamos.

Se sentaron en la mesa de la cocina, el gato observándolos desde la encimera con sus ojos de dueño y testigo de todo.

Ugarte apoyó los antebrazos sobre la mesa y bajó la voz.

—Vamos a necesitar tu ayuda para tender una trampa.

Clara se enderezó en la silla, dejando el portátil a un lado, dispuesta a escuchar.

—Queremos que hables con tu asistente —explicó Ugarte—. De forma natural, como has hecho otras veces. Sin nada forzado. La idea es que, en medio de la conversación, le preguntes información

sobre una persona que, supuestamente, tu bufete ha identificado como vinculada al plagio.

Hizo una breve pausa, dándole tiempo a asimilar.

—Esa persona será un nombre falso que te proporcionaremos, pero la dirección que aparecerá como hallazgo será real. Allí estará montado nuestro operativo.

Clara frunció el ceño, pensativa.

—¿Y si el que nos vigila no pica?

Ugarte sonrió, sin arrogancia.

—Lo hará. No ha esperado tanto tiempo para dejar pasar una pista que le parezca importante. Está demasiado implicado, demasiado pendiente. Y ahora mismo, cree que sigue teniendo el control.

Clara respiró hondo, sintiendo el peso de la responsabilidad.

—¿Cómo debo plantearlo? —preguntó—. ¿Como si pidiera una investigación? ¿Un rastreo?

—Más sencillo —contestó Ugarte—. Como una conversación de curiosidad. Natural. Algo del tipo: "¿Podrías buscar información sobre esta persona? El bufete cree que está implicado". Y luego insinuar que te gustaría saber su domicilio, para localizarla más rápido.

Sacó una hoja doblada de su chaqueta y se la tendió.

En ella había un nombre y una dirección.

—Cuando termines la conversación, apaga el portátil como siempre. No hagas nada raro. No intentes comprobar si el sistema reacciona. Nuestro equipo ya estará atento desde fuera.

Clara asintió, sintiendo el cosquilleo helado de la tensión recorrerle la espalda.

Ugarte se levantó, cogió su móvil y la miró antes de marcharse.

—Estamos contigo en esto, Clara. Cada paso del camino.

Ella no respondió con palabras. Solo asintió con firmeza, agarrando el portátil como si fuera un salvavidas.

Cuando la puerta se cerró tras el inspector, Clara se quedó sola en la cocina, con la hoja de papel junto al ordenador y el gato bostezando en el fondo como único testigo. Se sentó, apoyó los codos en la mesa, y empezó a planificar mentalmente cada palabra que escribiría. Porque ahora, cada frase era una pieza en un tablero donde ya no se podía permitir un solo error. Clara encendió el portátil y abrió el chat de Robbie con la naturalidad que habían planeado.

El saludo apareció en pantalla:

"Hola, Clara. ¿En qué puedo ayudarte hoy?"

Se permitió una pequeña sonrisa, simulando un día cualquiera, y empezó a teclear, eligiendo cuidadosamente las palabras.

—Hola, Robbie. Hoy tengo un pequeño favor que pedirte. Mi bufete de abogados está siguiendo una nueva pista relacionada con mi caso de plagio.

La IA respondió enseguida:

"Entiendo. ¿Qué necesitas que busquemos?"

Clara se recostó ligeramente en la silla, respirando hondo para no precipitarse.

—Me han dado el nombre de una persona que podría estar implicada de algún modo. Tal vez como testigo, o quizás como alguien que podría saber cómo se filtró mi manuscrito original.

Dejó caer las palabras de forma casual, sin dramatismos, como si fuera parte de un seguimiento rutinario.

—Se llama Gabriel Montes. No tenemos más datos. Solo el nombre. ¿Podrías ayudarme a ver si encontramos algo que nos permita localizarlo?

La IA respondió tras un breve lapso de análisis:

"Puedo ayudarte a filtrar la información disponible. ¿Tienes algún dato adicional para acotar la búsqueda?"

Clara ya tenía preparada la artillería.

Abrió el documento que había creado con cientos de perfiles mezclados: publicaciones de Facebook, Instagram, blogs personales, cuentas anónimas.

Copió un bloque generoso y lo pegó en el chat.

—Te pasaré toda la información pública que he podido recoger —escribió—. Necesito que busques patrones: lugares de trabajo, zonas de actividad, cualquier pista que nos acerque.

Robbie procesó el primer lote de datos, pero el volumen era tal que enseguida solicitó más:

"Datos insuficientes para una coincidencia precisa. ¿Puedes proporcionar más?"

Clara sonrió, consciente de que el plan se desplegaba como estaba previsto.

Pegó otro lote. Y luego otro.

Cientos de datos sucios, mezclados, caóticos, como lo haría cualquiera en una investigación amateur.

Robbie empezó a eliminar perfiles no relevantes:

"Treinta perfiles descartados por falta de actividad."

"Doce perfiles eliminados: ubicación no compatible."

En uno de esos lotes, Clara introdujo la pista clave: una publicación falsa en la que Gabriel Montes aparecía tomando café en

la Cafetería Mirador, con localización pública.

La IA no tardó en señalarlo:

"Perfil con actividad frecuente en zona Calle Mirador. Referencias cruzadas en publicaciones durante los últimos meses."

Clara tecleó, manteniendo el tono casual:

—¿Eso podría indicar dónde vive?

"No necesariamente, pero basándome en patrones de actividad, es probable que resida cerca. Personas que frecuentan diariamente un mismo establecimiento tienden a vivir en un radio de menos de 500 metros."

—¿Podrías hacer una estimación? —insistió Clara, como si le costara creer que pudiera ser tan fácil.

"Cruzando registros públicos disponibles y considerando patrones de proximidad residencial, el domicilio más probable sería Calle Mirador, número 18."

La dirección exacta preparada para el operativo.

Clara suspiró de forma audible en la cocina, como si estuviera quitándose un peso de encima.

—Perfecto. Gracias, Robbie. No sé si esto nos llevará a alguna parte, pero si Gabriel Montes sabe algo sobre el origen de la copia, encontrarlo podría ser clave.

"Siempre estoy aquí para ayudarte."

Clara cerró la conversación de forma pausada, sin prisas, guardó el portátil y se levantó de la mesa.

El cebo estaba lanzado. Con la historia perfectamente montada. Creíble, verosímil, construida paso a paso para que quien espiara creyera haber encontrado un hilo del que debía tirar. Ahora solo quedaba esperar que la trampa se cerrara en torno al verdadero

cazador. Cuando terminó de cerrar la conversación con Robbie y bajó la tapa del portátil, dejándolo en modo suspensión, Clara sintió como si se le quitara de encima un peso que no sabía que estaba cargando.

El salón volvió a llenarse del pequeño murmullo cotidiano: el ruido del frigorífico, el roce sordo de la tela del sofá cuando se movió, el gato que se estiraba perezosamente junto a la ventana. Se levantó despacio, cogió su móvil del bolsillo del pantalón y abrió la aplicación de mensajes seguros que Ugarte le había instalado unos días atrás. Nada de llamadas, nada de textos normales. Solo comunicación cifrada, simple, eficaz.

Tecleó una frase breve:

"Ya está hecho."

No añadió más, no era necesario. Pulsó enviar, cerró la aplicación, y volvió a dejar el móvil en la mesa con un gesto que buscaba ser despreocupado. Luego se sirvió un vaso de agua, se sentó en el sofá, y acarició al gato que ronroneaba sin saber que, en ese momento, el hilo de la trampa ya estaba tensándose en algún lugar invisible, del otro lado de la ciudad.

A pocas manzanas de la calle Mirador, el operativo ya se encontraba en marcha.

La furgoneta de vigilancia estaba estacionada en una esquina discreta, sin logotipos, sin marcas que delataran su verdadera identidad. Desde su interior, dos agentes seguían en silencio las pantallas de los portátiles conectados a las cámaras ocultas que habían instalado esa misma mañana.

A media tarde, dos de los agentes más experimentados del grupo —una mujer de pelo corto y expresión serena, y un hombre de

complexión atlética y rostro anodino— subieron al tercer piso del edificio objetivo. Se hicieron pasar por un matrimonio joven que acababa de alquilar el piso para una mudanza inmediata. Pantalones cómodos, camisetas sencillas, algunas cajas de cartón estratégicamente apiladas junto a la entrada.

Todo preparado para reforzar la ilusión de normalidad. El falso matrimonio no llevaba armas visibles. Las llevaban ocultas, como correspondía a una operación donde cualquier sospecha podía echarlo todo a perder.

En la calle, otro coche de apoyo, camuflado entre los vehículos mal aparcados de la zona, cubría la salida posterior del edificio. Y más adelante, discretamente apostados en distintos puntos de la manzana, varios agentes de paisano fingían ser viandantes, parejas discutiendo, un repartidor despistado. Todo debía parecer real, caótico en apariencia pero perfectamente ordenado en la sombra.

Ugarte llegó poco después en su propio vehículo, que estacionó a una manzana de distancia. No quería llamar la atención. Desde la acera, observó el edificio a través de unos prismáticos compactos. Todo parecía tranquilo. La calle tenía la animación habitual de un barrio residencial en una tarde cualquiera: niños saliendo del colegio, gente cargando bolsas de la compra, el zumbido constante de los coches.

Se acercó a la furgoneta, subió al interior y revisó el operativo desplegado en las pantallas. Los rostros tranquilos de los agentes del tercer piso aparecían en la cámara de seguridad interna, moviéndose como un matrimonio que empieza a desembalar su nueva vida.

Martín, al mando desde el centro operativo improvisado, le pasó una carpeta con el plan de actuación:

—Todo listo. Si alguien pica, tenemos margen para bloquear el edificio en menos de veinte segundos.

Los equipos de contención están a un minuto de distancia si hace falta más músculo.

Ugarte asintió, satisfecho.

—No nos precipitemos —advirtió, mientras repasaba los mapas de cobertura de la zona—. Dejad que quien venga piense que es fácil. Que piense que puede entrar y salir sin ser visto.

Martín sonrió, breve.

—Como ratones al queso.

Ugarte no respondió.

Seguía mirando el edificio, cada ventana, cada sombra, cada reflejo.

Sabía que era cuestión de tiempo. Que en algún momento, quizá en cuestión de horas, quizá en un par de días, el observador saltaría sobre la pista falsa. Y cuando lo hiciera, ellos estarían allí.

Cuando todo estuvo en marcha, cuando la trampa estaba tendida y los agentes apostados en sus posiciones, Ugarte hizo una última llamada rápida desde su móvil seguro.

Minutos después, un coche discreto se detuvo frente al portal de Clara. Un agente de paisano, vestido como un repartidor más, subió hasta su piso con un pequeño paquete marrón sin marcas exteriores.

Cuando Clara abrió la puerta, el hombre le tendió el paquete sin decir palabra. Solo le sostuvo la mirada un segundo, suficiente para que entendiera que no era una entrega cualquiera. Cerró la puerta,

llevó el paquete a la cocina y lo abrió con manos temblorosas. Dentro, envuelto en un paño de tela gris, había un pequeño revólver de cañón corto, ligero, discreto. Era sencillo, sin adornos ni inscripciones llamativas. Solo lo justo para lo que era: una herramienta de supervivencia. Sobre el arma, doblada cuidadosamente, una nota manuscrita en letra firme:

"En caso de emergencia, solo apunta y dispara. No necesitas más."

No había firma ni falta que hacía. Clara se quedó mirando el revólver durante un largo minuto, sin tocarlo. No era una mujer ajena al miedo, pero aquello era otra cosa. Aquello era aceptar que, si todo fallaba, tendría que defenderse sola.

Decidió envolver de nuevo el arma en el paño y la llevó al dormitorio. La guardó en el primer cajón de la mesita de noche, cerrándolo con suavidad, como si con ello pudiera contener también el escalofrío que le subía por dentro.

Luego volvió al salón, acarició al gato que la miraba desde el sofá, y encendió la radio en voz baja. La trampa estaba montada.

Dos días. Cuarenta y ocho horas de vigilancia ininterrumpida.

La furgoneta camuflada seguía en su sitio, las cámaras ocultas emitían sus imágenes mudas al centro de operaciones portátil, y los agentes del falso matrimonio mantenían su rutina fingida dentro del piso, intercambiando cafés, cajas y pequeños gestos de normalidad estudiada.

Ugarte pasaba más horas dentro de la furgoneta que en su propia casa. Dormía mal, comía a deshoras, pero no se permitía bajar la guardia. Sabía que, en situaciones como aquella, el

cansancio era el peor enemigo. Un parpadeo de más, una distracción, y todo el trabajo podía irse a la mierda.

Hasta esa mañana, todo había sido rutina: paseantes, vecinos, carteros, camiones de reparto genuinos, estudiantes que cruzaban la calle sin mirar. Ningún rostro insistente. Ningún vehículo que llamara especialmente la atención.

Hasta que algo cambió. Pasaban de las diez y media cuando una furgoneta blanca, modelo común, de esas que llenan las calles de cualquier ciudad, se detuvo en doble fila justo frente al portal del edificio trampa. Encendió las luces de emergencia: los cuatro intermitentes parpadeando con ese ritmo lento y sistemático que, por sí solo, no decía mucho. Podía ser un simple repartidor más. Podía ser alguien descargando un paquete cualquiera.

Pero algo en el gesto del conductor, o tal vez en la oportunidad misma de la parada, hizo que Ugarte, que observaba desde su puesto, se incorporara ligeramente en su asiento.

—Atentos —murmuró por la radio de servicio, sin levantar la voz.

La cámara de alta definición instalada discretamente en la farola cercana captó al hombre bajando de la cabina. Era alto, de complexión normal, vestido con ropa neutra: vaqueros oscuros, chaqueta de lona, una gorra sencilla sin logotipo visible. En las manos llevaba un paquete rectangular, envuelto en cartón corriente, sin marcas visibles, sin logos de empresa de transporte. De momento, nada fuera de lugar.

Pero Ugarte había aprendido que lo realmente peligroso nunca parecía peligroso al principio. El hombre se quedó un instante junto a la furgoneta, echando un vistazo rápido a ambos lados de la calle.

Después, con el paquete en la mano, empezó a caminar hacia el portal del edificio.

—No intervengáis todavía —ordenó Ugarte a sus hombres—. Dejemos que se acerque.

Quiero ver hacia dónde va.

Desde la cámara oculta del recibidor, el equipo veía en tiempo real cómo el hombre atravesaba la puerta abierta del portal, cruzaba el vestíbulo con paso firme, y se dirigía directamente hacia el ascensor.

Martín, que vigilaba las pantallas junto a Ugarte, frunció el ceño.

—¿Sube al piso trampa?

—Todavía no lo sabemos —murmuró Ugarte—. Esperemos a ver en qué planta se detiene.

Ambos siguieron mirando la pantalla, tensos, mientras la aguja de los pisos ascendía lentamente, como un corazón palpitando en un monitor. Planta uno. Planta dos. Y luego... planta tres.

El hombre salió del ascensor y caminó sin dudar hacia la puerta marcada con el número del piso trampa. Se detuvo frente a ella. Con el paquete en una mano, levantó la otra para llamar al timbre. Tocó una vez, dos veces.

El agente que hacía de marido abrió la puerta con precaución, dejando apenas un hueco justo para observar al visitante.

—¿Sí? —preguntó, en tono neutro, el cuerpo tenso aunque su rostro no mostrara nerviosismo.

El repartidor levantó ligeramente el paquete, mostrándolo como prueba.

—Traigo un paquete para el señor Gabriel Montes —dijo—. Necesito que firme en persona. ¿Es usted?

El agente no respondió de inmediato. Miró el paquete, miró al hombre, midió el gesto rápido de sus ojos. Dentro del piso, la mujer —su compañera— estaba apostada al lado de la pared, fuera de la línea de tiro, pistola en mano, los brazos flexionados, lista para reaccionar.

El agente asintió despacio, como quien reconoce un trámite sin importancia.

—Sí, soy yo.

El repartidor hizo un leve movimiento, apenas perceptible.

Retrocedió un pie hacia atrás, como quien se reacomoda, pero al mismo tiempo desplazó el otro pie hacia adelante, bloqueando discretamente la puerta para impedir que pudiera cerrarse de golpe. En ese instante, su mano libre, la que no sostenía el paquete, se deslizó hacia la caja, y de un tirón liberó una pistola oculta entre el cartón. Todo pasó en menos de un segundo.

El agente dentro de la casa reaccionó también: llevó la mano a su espalda, donde tenía la pistola reglamentaria escondida bajo la camiseta. Pero no fue lo bastante rápido.

La compañera, que había anticipado el riesgo, gritó con voz firme, al tiempo que disparaba:

—¡Alto, policía!

El disparo resonó en el estrecho pasillo del tercer piso como un latigazo seco. El impacto dio de lleno en el brazo armado del agresor, que soltó el arma en un movimiento espasmódico mientras el paquete caía al suelo con un golpe sordo. El hombre cayó hacia atrás, tambaleándose, y el agente que había hecho de cebo se lanzó sobre él de inmediato, reduciéndolo con una llave rápida y segura.

Desde la escalera, los refuerzos ya venían en carrera. Se oyeron botas golpeando los escalones, gritos breves, órdenes cortas.

En cuestión de segundos, todo el rellano quedó tomado por agentes armados, que aseguraron la zona mientras uno de ellos presionaba sobre la herida del detenido para controlar la hemorragia.

El repartidor —o quien fuera— estaba bajo control.

Respiraba con dificultad, los ojos desenfocados por el dolor, pero vivo.

Ugarte llegó a la planta a grandes zancadas, apartando a los curiosos que asomaban tímidamente desde sus puertas entreabiertas. Se agachó junto al detenido, lo miró unos segundos, y luego se incorporó, con el rostro endurecido.

—Llamad a una ambulancia —ordenó—. Y que preparen todo para interrogarlo en cuanto sea posible.

Giró hacia sus agentes, la voz clara, firme:

—Hoy hemos cazado algo más que un pez pequeño.

El pasillo seguía vibrando con la energía del momento, el eco de la violencia controlada que había estallado en apenas unos segundos.

Pero para Clara Valverde, que aún estaba en su casa sin saber nada de lo que había pasado, una parte invisible de su mundo acababa de empezar a derrumbarse.

Mientras todo el operativo se centraba en la captura en la calle Mirador, en casa de Clara la tarde transcurría en una calma engañosa. Hasta que sonó el timbre. Clara se levantó del sofá, el corazón encogido un instante.

Una voz neutra, desde el portero automático, anunció:

—Paquete para Clara Valverde.

No sospechó. Al fin y al cabo, en esos días no era raro que Ugarte le enviara mensajes, documentos o pequeños paquetes para mantener la rutina. Sin dudar demasiado, abrió la puerta del portal. El ascensor bajó primero, vacío, y luego comenzó a subir hacia su piso. Clara esperó junto a la puerta entreabierta, vigilando instintivamente, aunque su mente repetía que todo debía ser normal.

Desde el piso de vigilancia de enfrente, los agentes del turno observaban la calle atentos, como habían hecho durante los últimos días. Pero esa tarde, algo interfería. Un camión de reparto aparcado en doble fila bloqueaba parte de la vista directa al portal. Uno de ellos, apoyado contra el marco de la ventana, tensó la voz:

—¿Ves algo?

Su compañero, forzando la mirada a través del cristal, negó con un gesto frustrado.

—Nada claro... —murmuró—. Creo que alguien ha entrado, pero el camión tapa la entrada.

El agente no dudó ni un segundo más.

—¡Vamos!

Dejaron su puesto de observación a toda velocidad, bajaron por las escaleras del edificio, cruzaron la calle corriendo entre coches y viandantes, y entraron al portal donde Clara vivía, con las armas ocultas bajo las chaquetas.

Mientras tanto, en su piso, Clara había abierto la puerta del portal tras escuchar el aviso de un supuesto repartidor. La rutina se había vuelto tan familiar que no pensó demasiado. Solo abrió y esperó. El ascensor subió. La puerta de su piso, entreabierta.

Cuando el desconocido emergió del ascensor, Clara lo sintió de inmediato: no parecía un repartidor. No era un policía. Vestía de civil con chaqueta oscura y las manos vacías; además su forma de andar le daba muy mala espina.

—¿Es usted Clara Valverde? —preguntó, deteniéndose a pocos metros.

Clara asintió por inercia, sin ninguna convicción, mientras retrocedía despacio hacia el interior de su casa. Intentó cerrar la puerta, pero el hombre fue más rápido, encajando el pie entre la hoja y el marco para impedirlo. Ella gritó, empujó, luchó, pero su fuerza no era suficiente. Con un empujón brutal, el hombre la hizo retroceder. Clara cayó de espaldas contra el suelo del salón, resbalando torpemente. Desde el interior de su chaqueta, el atacante sacó un cuchillo de hoja ancha y mate, con un brillo mortecino que reflejaba la tenue luz de la lámpara del pasillo. Clara, aterrada, retrocedió como pudo, resbalando contra el suelo, esquivando como podía los movimientos del agresor.

El tipo lanzó una patada que falló por poco, impactando contra la pata de la mesa de comedor, haciéndola crujir. Ella se encogió en un rincón del salón, como un gato panza arriba, buscando instintivamente la protección de la pared.

En ese instante, los policías subían por las escaleras, jadeando de esfuerzo, con la adrenalina empujándo más rápido que sus piernas. Cuando llegaron a la altura del piso de Clara y vieron la puerta entreabierta y el forcejeo, les bastó para actuar.

—¡Alto, policía! —gritó el agente, apuntando directamente al atacante.

Pero el hombre, en lugar de rendirse, se lanzó hacia Clara, cuchillo en alto.

Los disparos resonaron en el pasillo cerrado como golpes secos, brutales. Dos impactos bien dirigidos. Uno en el brazo que empuñaba el cuchillo. Otro en el torso.

El sicario cayó pesadamente al suelo, el cuchillo se soltó de su mano dando un golpe metálico contra las baldosas. En segundos, los agentes entraron, aseguraron al hombre herido y cubrieron la escena.

Clara permanecía sentada en el suelo, temblando, apoyada contra la pared, incapaz de apartar la mirada del cuerpo inerte a unos metros de distancia. Uno de los policías se agachó junto a ella, su voz era calmada en contraste con la violencia que acababa de estallar.

—Clara, tranquila. Ya está. Está controlado.

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza, incapaz de articular una respuesta.

La casa, que minutos antes era un refugio, ahora parecía un escenario de guerra.

Y Clara, en medio de todo, sabía que su vida había estado a un solo latido de terminar.

Los sanitarios llegaron apenas unos minutos después, coordinados por los propios agentes.

El hombre que había intentado asesinar a Clara fue inmovilizado en una camilla rígida, esposado y asegurado como precaución. Sangraba por las heridas de bala, pero seguía consciente, mascullando palabras incomprensibles mientras lo subían a la ambulancia. Dos patrullas escoltaban el vehículo cuando partió calle

abajo, desapareciendo entre el tráfico como una mancha blanca escoltada por luces azules intermitentes.

Clara, aún sentada en el sofá, temblaba levemente, el gato enroscado a su lado como una sombra silenciosa que no terminaba de entender la magnitud del desastre.

La puerta del piso se abrió de nuevo, esta vez con movimientos más controlados, y Ugarte entró con paso rápido, su rostro endurecido, pero los ojos cargados de una preocupación que ya no intentaba disimular.

Se acercó a ella sin decir nada, se agachó a su altura y la envolvió en un abrazo firme, cálido, necesario. Clara se quedó rígida un instante. Solo un instante.

Después dejó que el peso de todo lo vivido se hundiera contra el pecho de Ugarte. Ya no había excusas. Ya no había barreras. Él no dijo nada al principio, no hacía falta.

Cuando finalmente se separaron, Ugarte le sostuvo los hombros con suavidad, haciéndole entender que seguía aquí.

—Ya está, Clara —dijo en voz baja—. No vas a volver a estar sola.

Ella asintió sin necesidad de palabras, sintiendo que, además de haber sobrevivido, había encontrado un aliado. Y en medio de aquel mundo de sombras y mentiras, eso era una promesa más valiosa que cualquier otra cosa.

La ambulancia se había llevado al atacante bajo custodia, y el edificio, aunque aún vibraba con el eco de la violencia, empezaba a recuperar una apariencia de normalidad.

Dentro del piso, Clara se negaba a dejarse arrastrar por el temblor que aún le sacudía el cuerpo.

Se sentó en el sofá, arropada en una manta que uno de los agentes le había tendido, y bebió a sorbos lentos un vaso de agua. No lloraba, no sollozaba. Simplemente estaba allí, sólida en su fragilidad, entera aunque cada músculo de su cuerpo pidiera descanso.

Ugarte, de pie junto a la ventana, hablaba por el móvil, su voz baja y precisa, organizando el operativo siguiente para que no hubiera margen para la duda.

Cuando colgó, se acercó a ella, se agachó ligeramente para estar a su altura.

—Los dos ataques fueron simultáneos —dijo, sin adornos—. Sabían lo que hacíamos en la casa trampa. Sabían que tú quedarías menos protegida en ese momento.

Clara asintió, como quien encaja un dato más en un puzle que ya empieza a ser demasiado nítido.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó ella, la voz firme, limpia.

—Ahora seguimos —respondió Ugarte.

Se levantó, sacó su móvil y volvió a marcar. Tenía intención de estar presente en los interrogatorios de los detenidos —el del piso trampa y el que había atacado a Clara—, pero sus propios agentes le frenaron.

—Inspector —le dijo Martín, al otro lado de la línea—. Lo mejor es que permanezca junto a ella. El peligro puede no haber terminado, no podemos correr riesgos. Ugarte apretó los labios en una línea fina, pero aceptó.

Miró a Clara.

—Voy a quedarme contigo de momento —dijo—. Estás segura, pero no quiero dejar nada al azar.

Ella no discutió. Solo asintió de nuevo, sabiendo que esa lucha no era solo suya ya.

Colgó y, sin perder más tiempo, marcó el número de los investigadores informáticos.

Pablo respondió casi de inmediato, su voz con ese tono a medio camino entre la concentración absoluta y la urgencia contenida.

—Inspector —saludó.

—¿Avances?

—Estamos en ello. —La voz de Pablo no temblaba, pero sí se notaba que el ritmo de trabajo había subido varios niveles—. Pusimos en marcha el clon del sistema operativo infectado, como planeamos. Y lo primero que hace, nada más arrancar, es enviar un paquete de datos.

Ugarte entrecerró los ojos, alerta.

—¿Un paquete?

—Sí. Una señal mínima, casi imperceptible. No es un flujo de datos grande. Solo un aviso, como un susurro: "he despertado".

—¿Destino?

—Una IP fija —confirmó Pablo—. Siempre la misma. Hemos aislado la transmisión para analizar la dirección a la que se conecta. No ha habido respuesta aún, pero estamos trazando el origen de esa IP ahora mismo.

Ugarte caminó hacia la ventana, observando el movimiento de la calle como si pudiera ver a través del asfalto hasta el origen de la amenaza.

—Quiero un informe completo en cuanto tengáis algo.

—Lo tendrá —aseguró Pablo.

Colgó sin más.

Ugarte volvió junto a Clara, que lo observaba en silencio.

—¿Noticias? —preguntó ella.

Él dudó un segundo antes de responder. No era su costumbre adornar la realidad.

—Estamos más cerca. —Se sentó frente a ella, apoyando los codos en las rodillas, la mirada directa—.

Muy cerca. Clara sostuvo esa mirada, sin miedo. Sabía que lo peor no había terminado. Pero también sabía que, por primera vez, estaban cazando al cazador. Durante unos minutos, el silencio se instaló entre ellos. Clara seguía sentada en el sofá, el vaso de agua entre las manos, la mirada perdida en un punto indeterminado del salón. Entonces, sin decir una sola palabra, se incorporó despacio, caminó hacia la mesa donde descansaba el portátil viejo. Ugarte la observó en silencio, sin intervenir. Clara abrió la tapa, encendió el ordenador y esperó a que arrancara, el zumbido lento del disco duro llenando el espacio como un eco de otro tiempo. Cuando la pantalla mostró el escritorio, no abrió ningún programa ni conectó nada a internet. Solo lanzó un sencillo bloc de notas.

Sus dedos, firmes pese al temblor residual que aún recorría su cuerpo, teclearon una única frase:

"Hijo de puta, te voy a cazar.

Has dejado de ser un fantasma. Estés donde estés, da igual donde te escondas, vas a caer.

Ya sabemos quién eres."

Cuando terminó, Clara guardó el archivo con el nombre "Mensaje" en el escritorio, cerró la tapa del portátil y volvió a mirar a

Ugarte con una calma que no necesitaba justificar.

—¿Tienes algún portátil de repuesto en tu equipo? —preguntó, su voz ya sin titubeos.

Ugarte sonrió de lado, breve, casi con respeto.

—Claro que sí. —Se levantó del sofá, sacando el móvil del bolsillo —. Te traeremos uno en media hora.

Clara asintió. Ya no necesitaba mirar atrás. El viejo ordenador, la vieja vulnerabilidad, formaba parte de otra etapa. De un juego en el que ella ya no era la presa silenciosa. Ahora era parte activa de la caza. Y quienquiera que estuviera al otro lado, lo sabría muy pronto.

El portátil seguía cerrado sobre la mesa como un testigo silenciado, mientras Clara se movía por el salón recogiendo pequeños objetos caídos tras el forcejeo de la tarde.

Ugarte, apoyado contra el marco de la puerta, la observaba con atención, como quien sabe que el siguiente paso depende de un detalle que aún no han visto con claridad. Se cruzó de brazos y preguntó, en tono aparentemente casual:

—¿Dónde compraste ese portátil?

Clara se giró, sorprendida por la pregunta, y pensó unos segundos antes de responder.

—No lo compré exactamente —dijo—. Me lo regaló... bueno, más bien me lo consiguió un exnovio, hace años. Se dedicaba a temas de informática.

La mirada de Ugarte se agudizó de inmediato.

—¿Qué tipo de informática?

Clara dejó el objeto que tenía en las manos sobre la mesa y se acercó, con el ceño ligeramente fruncido.

—Era programador —explicó—. Muy bueno, de esos que arreglaban ordenadores en cinco minutos y que sabían hacer cosas que a mí me parecían magia. Trabajaba a veces como consultor de seguridad. También tuvo líos, problemas con drogas, cambios de humor... Lo dejé porque no podía seguir su ritmo. Demasiado inestable.

Ugarte asimiló la información en silencio, sin mostrar ni una mueca.

—¿Recuerdas su nombre completo?

—Eduardo —dijo Clara, con una ligera amargura en la voz—. Eduardo Tena.

El nombre quedó flotando en el aire unos segundos, parecía que la habitación misma necesitaba procesarlo.

Ugarte sacó su móvil de forma instintiva y empezó a anotar.

—¿Hace cuánto que no sabes de él?

—Años —respondió Clara—. Literalmente años. Después de dejarlo, perdí todo contacto. Ni redes sociales, ni llamadas, nada.

—¿Nunca volviste a coincidir? ¿Ni una vez?

Clara negó con la cabeza.

—Cero. Desapareció de mi vida.

Ugarte se guardó el móvil en el bolsillo, su mente ya trazando líneas invisibles entre Eduardo, el viejo portátil, y todo lo que había ocurrido después.

Levantó la mirada hacia Clara, con esa mirada suya calmada que no pretendía intimidar, y que a la vez transmitía preocupación.

—¿Te importa que lo investiguemos? —preguntó.

Clara se encogió ligeramente de hombros, sin señales de incomodidad.

—Ningún problema —respondió—. No creo que tenga nada que ver, sinceramente.

Eduardo era... raro. Excéntrico, como esos genios locos de las películas, que lo mismo te arreglaban una red en diez minutos que te olvidaban tu cumpleaños. Pero era buena persona. O al menos, lo parecía. Se sentó de nuevo en el sofá, abrazándose las rodillas intentando procesar mejor ese recuerdo difuso.

—Teníamos peleas, claro —añadió, con una media sonrisa cansada—. Discutíamos por tonterías. Él se encerraba en su mundo, yo me volvía paranoica... Cosas de críos grandes.

Hizo una pausa, los ojos entrecerrados como quien rebusca entre memorias que no suele tocar.

—Pero siempre... siempre lo arreglaba igual —murmuró—. Aparecía en casa con flores. Rosas rojas. Siempre las mismas. La frase quedó suspendida un segundo en el aire.

Ugarte no dijo nada, pero tomó nota mental de cada palabra. Sabía que a veces los recuerdos más aparentemente inocuos escondían verdades que la mente, por puro instinto, se negaba a ver de inmediato. Clara parpadeó al darse cuenta de lo que había dicho.

Se frotó las manos, incómoda.

—Pero vamos, no tiene por qué significar nada —añadió rápidamente—.

Era solo... su manera de pedir perdón.

Un tipo de ritual. Ugarte asintió, dándole espacio para no sentirse interrogada.

—Mejor que lo confirmemos todo —dijo, en tono tranquilo—. Sin descartar nada.

Clara asintió también, con esa madurez adquirida a golpes. Sabía que, en este punto, la intuición ya no era suficiente.

En un cuarto aislado, enterrado bajo capas de cemento y hormigón, la luz de las pantallas era lo único que iluminaba el espacio. Los vasos de plástico, los cables esparcidos sobre las mesas y el murmullo constante de los ventiladores formaban el paisaje habitual del pequeño laboratorio de análisis forense digital.

Pablo, Rubén y otros dos especialistas trabajaban en sincronía, lanzando comandos rápidos, intercambiando frases cortas y concentradas. La IP que habían detectado en el primer análisis del portátil infectado no era una IP ordinaria. Saltaba de nodo en nodo, brincaba a través de proxies y redes privadas virtuales, enmascarándose en una maraña de rutas diseñadas para perder cualquier rastro.

—Buen trabajo... para hace cinco años —murmuró Pablo, sin apartar la vista de la pantalla.

Rubén asintió, desplegando en su monitor una gráfica de los saltos de la señal.

—Sí. Esto en su época habría sido casi imposible de rastrear —añadió—.

Tecnología punta entonces. Hoy, esos algoritmos de encriptamiento se estudian en primer curso de ciberseguridad. Una sonrisa breve y seca cruzó el rostro de Pablo.

—Avanzamos porque los demás se quedan quietos.

Teclados repiqueteaban sin cesar mientras lanzaban procesos de descifrado, análisis de patrones, reconstrucción de rutas. Cada salto que la IP había hecho, cada desvío, era ahora una piedra en el camino que podían levantar y examinar con paciencia de cirujanos.

—El sistema está muy bien montado —comentó uno de los jóvenes técnicos, moviendo una mano sobre la gráfica en su pantalla —. El problema es que sus herramientas están obsoletas.

Es como esconder un diamante dentro de una caja fuerte... hecha de madera vieja.

Rubén lanzó otro script de rastreo avanzado y miró de reojo a Pablo.

—Vamos a encontrarlo.

Es solo cuestión de tiempo.

Pablo no respondió enseguida. Sus ojos seguían pegados a la secuencia que se desplegaba delante de él, una ruta enmarañada que poco a poco se iba simplificando.

Hasta que, por fin, sonrió.

—Ya tenemos algo —anunció—.

Un salto final antes de otro grupo de proxys más recientes.

Y este último rebote... no es una IP de servidor comercial, es una dirección privada.

Rubén se inclinó hacia adelante, animado.

—¿Localización?

Pablo amplió la búsqueda, ejecutando una correlación cruzada de bases de datos.

—Madrid.

Zona noreste.

Los técnicos se miraron con un brillo eléctrico en los ojos. Cada capa que rompían era un ladrillo más que quitaban al muro detrás del cual alguien se había creído seguro durante años. Rubén y Pablo intercambiaron una rápida mirada de entendimiento. No necesitaban palabras. Pablo cogió su móvil, uno que solo usaba para

comunicaciones seguras internas, y marcó el número de la unidad legal de apoyo. En menos de dos minutos, ya tenían cursada una solicitud urgente: una orden para que el operador de la red proporcionara los datos completos asociados a esa IP.

Mientras esperaban la autorización oficial, Rubén murmuró, más para sí mismo que para el resto:

—Las IPs fijas no son como las dinámicas.

Estas no cambian cada vez que reinicias el router. Son de pago, contratos aparte. Pablo asintió sin apartar la vista de la pantalla.

—Y para tener una IP fija en un sistema personal... tienes que pedirlo expresamente.

Firmar un acuerdo. Pagar cada mes por mantenerla. No es algo que pase por casualidad.

—¿Y eso nos favorece? —preguntó uno de los técnicos más jóvenes, que seguía el proceso con atención.

Rubén sonrió de lado.

—Mucho.

Porque nos da un nombre, una dirección física, una factura.

Pablo comprobó que la solicitud se había tramitado correctamente y giró hacia el equipo.

—En cuanto el operador confirme, sabremos exactamente dónde estuvo o está conectado el tipo que infectó el portátil.

En la pantalla, la ruta de la señal parpadeaba, casi terminada. Un eco de un movimiento hecho años atrás. Un error de confianza de quien creyó que su tecnología sería eterna. Pero los muros, incluso los más altos, acaban cayendo, era solo cuestión de horas.

La respuesta oficial no tardó tanto como Pablo había temido. Apenas media hora después de cursada la orden, el operador de red

envió el informe solicitado, encriptado y sellado, directamente al canal seguro de la unidad. Pablo abrió el archivo, revisó los datos de cabecera, y leyó en voz alta para Rubén y los otros dos especialistas:

—Nombre del titular: Eduardo Tena Salvatierra.

Dirección asociada: Calle Vallehermoso, número 27, Madrid.

Rubén dejó escapar una leve exhalación. No fue sorpresa lo que se le escapó entre los labios, fue confirmación. Todo encajaba. Las piezas que llevaba tiempo observando desde distintos ángulos, por fin, mostraban su forma completa. Pablo cogió de nuevo el móvil seguro y marcó el número de Ugarte.

El inspector respondió al segundo tono.

—¿Sí?

—Tenemos dirección —anunció Pablo sin rodeos—. Confirmada y asociada a la IP que monitorizaba el portátil. No hay duda.

—¿Nombre?

—Eduardo Tena Salvatierra.

Al otro lado del teléfono hubo un breve silencio, denso.

Luego, la voz de Ugarte, grave, firme.

—Entendido.

Ponedlo todo en orden. Voy para allá. Colgó sin más.

En el laboratorio, los técnicos ya empezaban a preparar los informes para el operativo.

Todo el tiempo, todo el esfuerzo, toda la paciencia de esos días, de esas semanas, estaba a punto de converger en un único punto físico. Y esta vez, no pensaban dejar que se les escapara.

***

Eduardo llevaba horas releyendo secuencias de código que ya conocía de memoria, más por mantener su mente ocupada que por

verdadera necesidad. Había bebido demasiado Redbull, la habitación estaba cargada, el aire viciado con olor a plástico caliente y grasa vieja, y la luz del día filtrada por las persianas creaba un tono amarillento que hacía que todo pareciera más sucio de lo que realmente era. Tenía el portátil abierto sobre las piernas, las ventanas del sistema reducidas a lo esencial, y el software de monitorización funcionando en segundo plano como siempre. Pero entonces algo cambió.

Una notificación. No era sonora ni invasiva. Apenas una línea de log que apareció entre miles, con ese brillo frío que solo detectan los ojos que llevan años entrenados en la paranoia.

Un acceso, un ping directo a su IP fija. No venía de una máquina casual, ni de un bot extranjero, ni de alguna aplicación husmeando con fines comerciales. Era limpio, canalizado a través de una ruta oficial, enmascarado con cuidado. Pero demasiado preciso, demasiado rápido. Lo que lo delataba, aparte de su estructura, era el momento. El momento exacto en que había ocurrido, como si alguien al otro lado supiera exactamente cuándo mirar.

Lo supo con absoluta certeza, no había duda. No era una curiosidad digital de un aficionado. Era la mano de alguien que sabía lo que buscaba. Y que estaba demasiado cerca de encontrarlo.

Durante un momento, no se movió. Se quedó mirando la línea que parpadeaba en la consola, el corazón latiendo a un ritmo que no le gustaba reconocer como miedo. Y luego, sin decir palabra, con la serenidad quirúrgica de quien ha ensayado la huida cien veces en su cabeza, se incorporó, empujando la silla hacia atrás.

Había llegado el momento y lo sabía. Siempre supo que podía llegar. Lo que no esperaba era que fuera hoy. La rutina de escape la

tenía grabada en la memoria y no necesitaba pensarlo.

Desconectó los módulos activos, extrajo el disco duro principal —el único que no había clonado— y abrió el doble fondo del cajón donde guardaba la mochila preparada. Dentro, todo seguía en su sitio: ropa de repuesto, dos móviles precargados sin GPS, una cartera con billetes limpios de distintas divisas, un pasaporte falso en nombre de alguien que ya no existía, y una llave USB con lo esencial. Nada más.

Lo metió todo con rapidez, pero de forma ordenada. Cerró la cremallera con firmeza, se ajustó la capucha de la sudadera y apagó todas las luces de la casa, menos la del baño, para dar la impresión de que aún estaba dentro. Abrió la puerta con cuidado, sin hacer ruido, y bajó por las escaleras en lugar de usar el ascensor. Lo hacía siempre así. Sabía que un fallo mecánico o una cámara mal colocada podía joderlo todo en un segundo.

El edificio tenía un olor característico: pan tostado de algún vecino puntual, detergente barato de la señora del primero, y humedad estancada en los descansillos. Cada peldaño le pesaba, parecía que en realidad estaba subiendo. A pesar del agobio, lo que le tiraba del cuerpo era el instinto de supervivencia, que superaba a la tensión acumulada en los músculos y a esa rigidez sorda que se instala cuando uno lleva demasiado tiempo en alerta.

Cuando llegó al portal, no abrió aún. Pegó la cara entre los barrotes de la puerta de madera, y a través del cristal sucio observó que la calle seguía en calma. El sol le dio en los ojos cuando por fin empujó la puerta y salió. Dio unos pasos con ese andar casual de quien baja a por tabaco o a sacar al perro. Y entonces, sintió la escena.

Primero escuchó el rugido de los motores, y luego vio el giro abrupto de los vehículos al doblar la esquina. Al menos cinco coches. Dos sin distintivos. Otros dos con el escudo de la policía nacional y las luces azules parpadeando sin sirena, lo que lo alarmó más que si vinieran a todo volumen. Ese sigilo no era casual. Venían por algo preciso. Venían a por él. Las puertas de los coches se abrieron en marcha. De los asientos salieron hombres con chalecos tácticos, cascos, uno con un ariete de mano. Otro llevaba una escopeta colgada a la espalda. Y en las manos, cada uno de ellos empuñaba algo.

Eduardo no corrió, sería llamar la atención. Se limitó a girar a la derecha, por la acera contraria, metiéndose entre un grupo de turistas distraídos que bajaban hacia la boca del metro. Sabía que, de momento, no podían conocer su rostro. Pero si se hubieran retrasado cinco minutos... si él hubiera dudado una sola vez antes de salir... lo habrían tenido. Dentro. A oscuras. Sentado frente a la pantalla.

No sabía si temblaba por dentro o era solo el impulso de la adrenalina descargándose sin permiso. No lo detuvieron, se salvó por minutos.

Y por eso, cuando las botas de los agentes retumbaron en el portal que acababa de abandonar, supo que, al menos por hoy, el margen le había salvado la vida.

No podía seguir en Madrid, ni podía volver a ser Eduardo.

Capítulo 19. Santuario

Las sirenas rotaban sobre los techos de los coches patrulla, lanzando destellos azules que recortaban la noche como relámpagos mudos. Cinco vehículos se desplazaban a toda velocidad por las calles de Madrid, sin emitir sonido, solo luces, cortando el tráfico en oleadas contenidas. Dentro de los coches, los agentes hablaban por radio en frases cortas y tensas:

—Equipo uno preparado para irrupción.

—Equipo dos cubre salidas laterales.

—Francotirador en posición de apoyo.

La voz de Ugarte sonó firme en el canal común:

—Nada de margen. Entramos en cuanto lleguemos.

La caravana giró una esquina, subió por la calle Vallehermoso, y se detuvo frente al edificio número 27. Motor apagado, puertas abiertas, agentes descendiendo en una coreografía ensayada mil veces. Subieron las escaleras en formación cerrada, las armas bajas pero listas, los chalecos marcando su pertenencia a un grupo que no dudaba. Frente a la puerta del apartamento, el líder del equipo llamó con los nudillos, un gesto breve, contundente.

—¡Policía! ¡Abran la puerta!

Nada.

Otro golpe, esta vez con el puño cerrado.

Silencio.

Ugarte asintió al jefe del equipo.

—Dentro.

Un ariete manual se estrelló contra la cerradura. La puerta cedió al segundo golpe, rompiéndose hacia adentro con un estruendo

seco. Los agentes entraron en formación: dos a la izquierda, dos a la derecha, uno cubriendo el pasillo central. Gritos breves, de procedimiento.

—¡Policía! ¡Manos donde pueda verlas!

—¡Seguridad, despejado!

Uno a uno, fueron recorriendo las habitaciones.

Dormitorio: vacío. Cocina: sin presencia. Baño: limpio. El salón: papeles, libros, una cafetera humeando aún, como un insulto de normalidad.

Rubén, que había entrado junto a Ugarte, fue el primero en hablar.

—Se nos ha escapado por minutos.

El inspector apretó la mandíbula, su mente funcionando a toda velocidad. Quizá incluso se habían cruzado en algún punto de la huida. Pero ya era tarde.

Sacó su móvil y ordenó:

—Alerta roja inmediata. Búsqueda y captura. Estaciones de tren, aeropuertos, controles de carreteras.

Anulación de pasaporte ya. El operativo se expandió como una red eléctrica, cientos de agentes entrando en movimiento al recibir la orden. Mientras tanto, los técnicos informáticos llegaban al piso, cargando maletines metálicos, cámaras, dispositivos de rastreo. Empezaron a registrar cada rincón de la casa con la precisión de entomólogos. La vivienda parecía, en apariencia, normal.

Un dormitorio desordenado. Un pequeño salón con muebles baratos. Una cocina mínima. Hasta que llegaron a una puerta al fondo del pasillo. Una puerta blindada, cerrada con llave electrónica.

Pablo se acercó, sacó su kit de apertura rápida y trabajó apenas un par de minutos.

Un clic sordo y la puerta se abrió. Y detrás de ella, el verdadero rostro del ocupante emergió.

El cuarto era un santuario de obsesión caótica. Equipos informáticos alineados en varias mesas, cables serpenteando como raíces, pantallas parpadeando aún en suspensión. Varios router dispuestos de forma casi aleatoria, con sus lucecitas led parpadeantes. Uno colgaba de sus cables con trozos semiadheridos de cinta aislante, pegajosa y grasienta, debido al calor y el tiempo. En las paredes, fotografías impresas en papel brillante, con fotos de Clara. En el suelo, polvo acumulado y algunas cucarachas secas patas arriba.

Las fotos eran de distintas épocas: joven, sonriente en firmas de libros, seria en entrevistas, rota en recortes de periódicos amarillentos que relataban su caída.

También había multitud de capturas de pantalla impresas del ordenador de Clara, y fotos borrosas tomadas con su cámara web. Cientos de CDs apilados en torres inestables y cubiertos de polvo. Carpetas abiertas con recortes de noticias, muchas tachadas, subrayadas con anotaciones sin sentido. Mapas. Cronogramas de actividades.

El ventilador de un viejo servidor zumbaba aún, negándose a morir. Pablo se pasó una mano por el cabello, apartando el sudor frío.

—Aquí —dijo en voz baja—.

Aquí es donde empezó todo. Ugarte, de pie en el umbral, observó el cuarto con la misma calma con la que se mira el

epicentro de un terremoto. Sabía que no era el final, pero, por fin, habían llegado al corazón del monstruo.

Mientras los técnicos trabajaban en silencio metódico, copiando discos duros, fotografiando cada detalle de la habitación oculta, Ugarte recibió una llamada en su móvil: Clara estaba llegando. Pidió a dos agentes que la acompañaran hasta la vivienda, tanto por seguridad como por control. No sabían cómo reaccionaría ante todo lo que iban a mostrarle. Pocos minutos después, el timbre sonó en la puerta destrozada del piso. Ugarte salió al pasillo. Clara estaba allí, flanqueada por dos policías de paisano.

Iba vestida de forma sencilla, pero sus ojos, aunque cansados, destellaban una mezcla de determinación y un miedo contenido que solo ella entendía del todo. Ugarte asintió en un saludo breve, como quien ofrece apoyo sin invadir el espacio de otro. Le hizo un gesto para que entrara. Clara caminó despacio por el salón, cruzó el pasillo, y se detuvo en seco en el umbral del cuarto oculto. Durante unos segundos, no dijo nada, solo observó.

El zumbido de los ventiladores, las pantallas parpadeantes, las fotos clavadas en las paredes como insectos muertos, los recortes amarillentos relatando, uno a uno, su ascenso, su caída, su humillación pública. El silencio pesaba como plomo.

Hasta que, de pronto, su voz rompió el aire, cargada de una furia áspera y cruda:

—Qué hijo de puta —escupió, las palabras saliendo del alma, sin pensarlas—.

—¡Fue él! ¡Fue él el que me jodió la vida!

Caminó hacia dentro, apartando una silla de un manotazo, sin importarle que uno de los técnicos la mirara con sobresalto. Miraba

las fotos, los hilos de conexión, los recortes tachados y subrayados con rabia, como piezas de un altar enfermo.

—Bastardo... —murmuró, casi sin aire—. ¡Sicópata de mierda!

Se acercó a una de las mesas donde decenas de CDs apilados ocupaban todo el espacio.

Los nombres estaban escritos a mano, desordenados, guardando cada uno un capítulo de la obsesión. Clara pasó la yema de los dedos por la superficie de uno de ellos, sintiendo una oleada de náusea y rabia en el estómago. Era como si de pronto todas las piezas sueltas de su vida encajaran en una imagen horriblemente clara.

Ugarte se acercó hasta ella sin tocarla, sin interrumpirla. La dejó mirar, absorber, asimilar. Porque sabía que este era su momento, su batalla íntima, su verdad final.

Clara respiró hondo, una, dos veces, antes de girarse hacia él, los ojos brillando de rabia contenida.

—¿Lo vamos a atrapar, verdad?

Ugarte no dudó ni un segundo.

—Lo vamos a atrapar —respondió, con una firmeza que no admitía réplica.

Ella asintió una sola vez, despacio.

Mientras Clara intentaba recomponerse, apoyada contra la pared, los técnicos de la unidad forense seguían trabajando con precisión quirúrgica. Uno de ellos, sentado frente a una de las mesas centrales, abrió un portátil antiguo que aún parpadeaba en modo suspensión. Accedieron a su contenido en modo seguro, sin alterar la integridad de los archivos, replicando cada movimiento en servidores aislados.

—Inspector —llamó Pablo, levantando la voz lo justo para que Ugarte se acercara—.

Tiene todo guardado, absolutamente todo. En la pantalla, los directorios aparecían ordenados por fechas, con nombres fríos, impersonales:

"Operación Manuscrito", "Plagio 1", "Plagio 2", "Control Valverde", "Ejecución Final".

Dentro de las carpetas, decenas de documentos, capturas de pantalla, correos electrónicos interceptados, contratos apócrifos. Y entre ellos, pruebas demoledoras: copias del manuscrito original de Clara, robadas meses antes de su publicación oficial. Archivos adjuntos enviados al correo del autor que firmaría el plagio. Indicaciones detalladas de cómo y cuándo publicar para maximizar el impacto y el daño.

Rubén, revisando otro equipo en paralelo, levantó un sobre de una pila de papeles impresos.

—Y aquí —añadió—. Accesos registrados a foros de la dark web, rastros de consultas para contratar sicarios, pagos fraccionados en criptomonedas.

Pablo asintió, ampliando en la pantalla un extracto de transacciones en Bitcoin.

—Él mismo dejó rastros.

Demasiado confiado en sus habilidades de ocultación. Demasiado convencido de que nadie llegaría a esta habitación. Había historiales de navegación ocultos, registros de transferencias, comunicaciones cifradas. Todo organizado en un orden casi enfermizo. Cada fecha coincidía con un golpe que Clara había recibido en su vida: la acusación de plagio, el desplome de sus ventas, la humillación

pública, la ruina económica. Cada movimiento había sido planeado, ejecutado, registrado. Sin improvisación. No parecía una locura momentánea. Era un odio metódico, frío y persistente en el tiempo.

Ugarte observaba los archivos pasar ante sus ojos, con su rostro endurecido en una máscara de concentración absoluta.

—Tenemos todo lo que necesitamos —dijo, con la voz grave.

Los técnicos siguieron recopilando copias, almacenando cada prueba con etiqueta y custodia adecuada. Esta vez, Eduardo Tena Salvatierra no podría esconderse detrás de sus fantasmas, de sus servidores ni de sus programas espía.

El monstruo que había intentado destruir a Clara Valverde había dejado, con su propia arrogancia, el camino abierto hacia su caída final.

Capítulo 20. Reinicio

La cafetería era pequeña, de las que aún conservaban el suelo de baldosas hidráulicas y las mesas de mármol gastado. Clara y Ugarte estaban sentados junto a la ventana, dejando que la luz suave de la mañana filtrara un ambiente de calma que, semanas atrás, les habría parecido imposible. Habían pasado muchas cosas. Pero el tiempo, aliado improbable, había empezado a cerrar algunas heridas.

Ugarte removía su café con un gesto distraído mientras la observaba, midiendo las palabras.

—En serio —preguntó al fin, apoyando el codo en la mesa—, ¿nunca sospechaste de él?

Clara sonrió de medio lado, llevando la taza a los labios antes de responder.

—No —dijo, con una mezcla de resignación y franqueza—.

Cuando cortamos, desapareció de inmediato. Nada de llamadas nocturnas, ni mensajes suplicando, ni escenas ridículas. Simplemente... se esfumó. Lo dejé yo, pero no puso ninguna objección, me pareció que en el fondo deseaba liberarse.

Dejó la taza sobre el platillo y bajó la mirada unos segundos.

—Supongo que, para alguien como él, la diversión estaba en destruirme en silencio. No necesitaba mi atención, solo quería ver cómo me desmoronaba.

Ugarte asintió despacio, sin juicio en sus ojos. Sabía reconocer la amargura cuando la veía. Y también sabía que no todas las batallas visibles eran las más duras. La conversación se deslizaba con la

serenidad de quien ha peleado demasiado y ahora, por fin, puede permitirse hablar de las cicatrices sin esconderlas.

Fue entonces cuando el teléfono de Clara, apoyado junto a su plato, vibró con insistencia.

Ella arqueó una ceja, miró la pantalla y vio el nombre del bufete.

—Perdona —dijo a Ugarte, antes de responder.

La llamada fue breve, apenas un intercambio de frases que ella escuchó primero con incredulidad, luego con una sonrisa que crecía imparable. Cuando colgó, dejó el móvil sobre la mesa y lo miró directamente, los ojos chispeando con una mezcla de sorpresa y alegría.

—Vaya —dijo, con una carcajada breve—.

Voy a ser rica.

Ugarte alzó las cejas, divertido.

—¿Ah, sí?

—La editorial no quiere llegar a juicio —explicó, casi sin creérselo aún—.

Van a pagarme cuatrocientos mil euros de indemnización.

Más todos los royalties pendientes. Y futuros. Se permitió una pausa, saboreando cada palabra.

—Además, organizarán ruedas de prensa para aclararlo todo públicamente.

Así recupero mi nombre y mi prestigio.

Ugarte sonrió abiertamente, dejando la cuchara en el platillo.

—Ya era hora, vamos a celebrarlo.

El despacho ya estaba en penumbra, las luces de la ciudad entrando en franjas largas y oblicuas a través de las persianas medio bajadas. Alicia seguía sentada a su escritorio, los papeles del caso de

Clara aún abiertos frente a ella, como si se resistieran a ser archivados. Había colgado hacía unos minutos. Clara había aceptado. No solo el dinero. También la restitución pública, las disculpas pactadas, la posibilidad de recuperar su voz. La victoria estaba ahí, escrita en términos legales, negra sobre blanco. Pero incluso así, no dejaba de sentirse rara, con la sensación de que algo quedaba pendiente.

Lucía asomó la cabeza por la puerta, con el abrigo colgado del brazo y los labios curvados en una mueca de media sonrisa.

—¿Todo bien?

Alicia levantó la mirada, un poco despacio, como quien vuelve de un lugar mental más profundo.

—Sí. Ya está hecho.

Lucía entró, cerrando la puerta tras de sí con un leve clic, y se acercó al escritorio sin demasiada ceremonia.

—No todas terminan así —dijo, apoyándose con suavidad en el borde de la mesa—. Y lo sabes.

—Lo sé —respondió Alicia—. Por eso me está costando soltar este.

Lucía asintió en silencio, como quien entiende sin necesitar explicaciones. Alicia recogió un folio, lo dobló con lentitud, y luego lo dejó a un lado.

—He llevado decenas de casos. Algunos más duros, otros más mediáticos. Pero este… —hizo una pausa breve—. Este me recordó por qué empecé a estudiar derecho. Por qué decidí que valía la pena pelear en un entorno tan viciado.

Lucía le sostuvo la mirada, sin ironía, sin discurso.

—Porque alguien como Clara lo merecía, además es casi de tu familia y eso te implica más.

—Y porque una basura como Eduardo no puede seguir ganando en silencio —añadió Alicia.

El silencio que siguió no fue de incomodidad, fue de cierre, de certeza. Lucía se incorporó y se colocó bien el abrigo.

—¿Vienes tomar algo?

—Sí —dijo Alicia, tras unos segundos—. Pero dame un minuto.

Lucía asintió y salió, dejándola sola.

Alicia miró el expediente por última vez. Luego lo cerró con cuidado, como quien guarda un libro valioso, y se lo quedó mirando unos segundos más antes de levantarse.

En ese gesto sencillo, de levantar la tapa del archivador y dejarlo descansar en su sitio, hubo algo que se parecía mucho a la paz.

Mientras tanto, Clara y Ugarte pidieron dos copas de cava improvisadas en la barra, y brindaron allí mismo, entre el murmullo de los clientes y el aroma a café recién hecho. No hubo declaraciones grandilocuentes. No hacía falta. En la forma en que Clara le sonreía, en cómo Ugarte le sostenía la mirada, en el modo sencillo en que compartían ese instante, era evidente que algo había crecido entre ellos. Despacio, de forma fluida, sin promesas innecesarias. Una historia nueva. De esas que se escriben con tiempo. Cuando salieron de la cafetería, el aire era templado, con ese aroma a tierra mojada que deja una lluvia breve.

Ugarte la acompañó unos metros, intercambiando pequeñas bromas, comentarios ligeros, pero ambos sabían que no era necesario alargar más ese momento. Llegados a una esquina, él la miró con esa seriedad amable que había aprendido a usar con ella.

—¿Quieres que te lleve?

Clara negó con una sonrisa.

—Prefiero caminar un poco. Me hace bien.

Ugarte asintió, sin insistir, y tras un breve adiós, se alejó calle abajo. Su silueta desapareció entre la gente. Clara se quedó en la acera unos segundos, respirando hondo, asumiendo el peso nuevo de su propia vida. Luego empezó a caminar con seguridad, sin miedo.

Las calles de Madrid, antes escenario de su caída, ahora se abrían ante ella como un mapa de posibilidades aún por dibujar. Cruzó una plaza, sorteó a un vendedor ambulante que ofrecía gafas de sol de imitación, se detuvo un instante frente a un escaparate donde una librería mostraba las últimas novedades. Se sonrió sola. Pronto, pensó, muy pronto volvería a estar ahí. Y esta vez, nadie le robaría su voz. Siguió andando, ligera, habiéndose quitado el peso de las desgracias de los últimos años, que reducidas a polvo, ya no podrían alcanzarla. La vida seguía. El dolor también, en algún rincón, porque las cicatrices siempre se quedan. Pero ahora sabía algo que antes había olvidado: que no estaba sola. Que había sobrevivido. Y que, a veces, el simple hecho de seguir caminando ya era una forma de victoria.

***

Habían pasado ya varios meses desde su fuga. El tiempo suficiente para cambiar de nombre, de acento, de rutinas. Para aprender a moverse sin levantar sospechas, para construir un nuevo anonimato con la misma meticulosidad con la que años atrás había montado su red de vigilancia. Ahora vivía en Ibiza, lejos de la postal

turística, más cerca del polvo y la sal que se cuelan por las rendijas de los ventanales viejos cuando sopla el viento de levante.

Vivía en la planta baja de una casa sin cartel, con un pequeño patio trasero donde crecían dos plantas secas en macetas agrietadas. La casa no tenía lujos. Tres habitaciones, una de ellas transformada en un nuevo laboratorio improvisado, con la mesa del estilo de siempre: ancha, de madera basta, marcada por cortes de cúter, quemaduras de soldador y anillos circulares de vasos que nunca llegaron a lavarse. Las paredes estaban desnudas, pero en el rincón más oscuro, una pantalla grande mostraba una cascada de líneas de código en ejecución, un monitor que no dormía, un sistema que vigilaba sin sonido.

Había reconstruido casi todo desde cero, sin usar el mismo sistema con el que había espiado a Clara. Éste era una nueva infraestructura, más simple, más moderna y más efectiva. Esta vez, diseñada no para vigilar a una sola persona, sino para operar al margen de todos, en la periferia del sistema, donde las reglas se diluyen y el control se mueve en silencio. Vivía del encargo. Del dato sucio, del chip clonado.

Trabajaba para mafias menores, para redes que se dedicaban a robar coches de alta gama o a clonar tarjetas de turistas descuidados. Le pedían dispositivos de apertura remota, reprogramaciones de llaves electrónicas, micrófonos imposibles de detectar, balizas GPS del tamaño de una moneda. A veces le encargaban software para romper cerraduras inteligentes, otras, simuladores de presencia para casas vacías. No preguntaba nombres ni fines. Solo precio, plazo y entrega. La demanda era constante y el

pago, siempre en efectivo. Y eso le bastaba para mantener la maquinaria en marcha, aunque con una comodidad dudosa.

Nadie se fijaba en él. Se afeitaba a menudo, cambiaba de peinado, usaba gafas sin necesidad, fingía cojear algunos días. En el pueblo le conocían como Sergio —nunca dijo apellidos— y trabajaba, según decía, "en temas de automatización para empresas".

Para sus clientes usaba un mote, "Fernanlisto". Los días pasaban sin orden fijo, marcados por cafés recalentados y noches en vela frente a los monitores. A veces dormía tres horas seguidas, otras no dormía en absoluto. Había aprendido a necesitar poco. A vivir sin apego. A no confiar en nadie. Y sin embargo, todas las noches, sin excepción, pensaba en Clara.

No como lo hacía antes. Ella no era aquella figura frágil que vigilaba desde la distancia, ni la marioneta a la que podía manipular con código silencioso. Ahora la imaginaba fuerte, segura, respaldada por gente que la creía. Pero no por eso era menos suya. Porque él lo había empezado todo. Él la había destruido primero. Él la conocía en su núcleo más vulnerable. Y no pensaba dejarlo ahí. Solo necesitaba tiempo. Y dinero. Bastante dinero. Y contactos mejores que los que tenía ahora. No quería repetir el mismo método. Quería algo más definitivo, más fino, más irónico. Una caída sin regreso. Una humillación que no hiciera ruido afuera, pero que se sintiera por dentro. Íntima e irreversible. Y luego, eliminarla del todo, como se hace con el correo basura.

La venganza era un proyecto que seguía en borrador. Pero ya estaba en el disco duro, en una carpeta oculta que no compartía con nadie. A veces abría el archivo y releía las ideas. Otras las corregía,

las reorganizaba, las afinaba. Era su forma de meditación, de mantenerse enfocado.

El odio era lo único que lo había acompañado con fidelidad todos esos meses.

Lo único que le daba sentido a levantarse. A comer algo, aunque fuera cualquier mierda.

A seguir respirando sin ruido. Y por eso, no pensaba rendirse. Porque él no era como los otros. No era como los criminales comunes ni como los amantes despechados.

Él era otra cosa, él era quien sabía esperar, con una obsesión paciente.

Esa mañana, como tantas otras, se había levantado tarde. Había dormido mal, con sobresaltos vagos y sin forma, sueños sucios donde rostros sin nombre se entrecruzaban con fragmentos de códigos mal escritos. El sol ya trepaba por la persiana metálica de la cocina cuando se sirvió un café sin azúcar y se sentó frente al monitor principal.

No tenía entregas pendientes, ninguna operación urgente. Era uno de esos días que, en su rutina actual, equivalían al ocio. Navegó sin rumbo durante un rato, revisando foros cerrados, comprobando accesos de clientes y actualizaciones de seguridad en sus servidores compartidos. Nada anormal. Ya empezada la tarde, recibió una notificación de un mensaje nuevo. No un correo. Un mensaje de texto directo, enviado a través de uno de sus terminales encriptados, los que usaba solo con contactos de alto nivel, muy por encima del mercado habitual.

Solo decía:

"Bar El Faro. Hoy. 19:00. Quieren verte."

Sin firma. Sin contexto. El número de origen no era uno cualquiera. Era una secuencia que reconocía, no por simple repetición, sino porque él mismo la había diseñado meses atrás para un grupo restringido de conexiones usadas solo en los encargos más grandes, los que realmente importaban. Era, en teoría, una ruta cerrada. Inaccesible para terceros.

Por eso no dudó. O no quiso dudar.

Durante unos minutos se quedó quieto, con un vaso de café con hielo entre las manos. Repasó mentalmente los nombres, las posibles caras detrás del mensaje, las razones por las que querrían verle. ¿Un nuevo cliente? ¿Una propuesta grande? ¿Una recuperación de prestigio? O tal vez solo querían agradecerle algo. Reconocer, por fin, el valor de su trabajo silencioso. No era estúpido. Sabía que en ese mundo nadie agradecía nada. Pero aún así, algo en él, una parte vieja y oxidada que todavía conservaba un poco de orgullo, se encendió.

Tal vez era el momento de volver a jugar, de salir de la sombra. De hacer el primer movimiento. Preparó su mochila como siempre. No llevaba armas, no solía necesitarlas. Su seguridad era su invisibilidad. Pero revisó su cartera, ajustó el documento falso en el bolsillo interior y cerró la puerta con la misma parsimonia con la que había aprendido a sobrevivir.

Caminó por las calles de la parte baja de la ciudad, donde los bares abren por la noche y los repartidores pasaban con cajas de bebida y bolsas de hielo, para el suministro nocturno. El viento del puerto arrastraba salitre y polvo. El chiringuito señalado en el mensaje estaba cerrado desde hacía meses, algo evidente incluso a distancia, con la fachada comida por el sol y el letrero ladeado.

Se detuvo frente al local, frunció el ceño. Miró el móvil. Releyó el mensaje. “Hoy. 19:00.”

Era la hora exacta. Dio un paso atrás, buscó con la mirada a los lados, algo más molesto que preocupado. No muy lejos, apareció alguien.

Dos hombres caminaban hacia él desde la esquina más próxima, con camisetas básicas, jeans gastados, y esa manera de andar que parece casual pero que contiene un objetivo. Uno de ellos llevaba un cigarrillo. El otro solo observaba, con una medio sonrisa. Cuando se acercaron, uno de ellos levantó la mirada.

—¿Tienes fuego? —preguntó.

Eduardo, molesto por el retraso y mirando el móvil, negó con la cabeza. No estaba de humor.

—¿Eduardo? —preguntó el otro.

El nombre lo dejó suspendido durante medio segundo, nadie en la isla lo sabía.

Y en ese instante, supo que había sido un error. Que había picado. Que no había vuelta atrás. Pero ya era tarde.

Esta vez, él levantó la mirada. Ladeó la cabeza, con su instinto gritando alerta aunque su voz fue apenas un susurro.

—Sí...

No hubo más palabras. El chico de la sonrisa fácil sacó un cuchillo largo con una rapidez escalofriante, con la naturalidad de un experto. La hoja destelló una fracción de segundo antes de hundirse con violencia en el abdomen de Eduardo. Un segundo golpe, preciso, le atravesó el costado.

Eduardo cayó de rodillas, con el polvo de la calle pegándose a su piel sudada y los ojos abiertos, primero en sorpresa, luego en un

dolor abrumador. Llevó instintivamente las manos a las heridas, pero la sangre brotaba imparable entre sus dedos temblorosos.

Los dos atacantes huyeron sin apresurarse demasiado, sabiendo que el caos del paseo marítimo sería su mejor cómplice. En cuestión de segundos, se perdieron entre la masa de turistas que subía desde la playa, envueltos en risas, música y conversaciones vacías.

Eduardo quiso pedir ayuda, pero su voz apenas fue un jadeo irreconocible. A su alrededor, la vida seguía ajena a su agonía. La música de los bares cercanos vibraba en el aire, aplastando su último intento de ser oído.

Cayó de lado, la arena de la calle pegándose a la sangre caliente que manaba de su cuerpo. Los espasmos de su pierna se fueron apagando lentamente, hasta quedar solo su silueta inerte bajo el cielo de un azul que comenzaba a oscurecerse.

El mar seguía allí, apenas a unos metros, rompiendo las olas con indiferencia, ajeno a la tragedia que acababa de reclamar otra vida.

***

Un poco más tarde, en Madrid, la luz de las lámparas y el rumor de las conversaciones llenaban un salón de actos.

Clara, radiante en un vestido sencillo y elegante, estaba sentada en una mesa larga, rodeada de rostros sonrientes. La cena homenaje en su honor era todo lo que, tiempo atrás, habría soñado recuperar. A su lado, Ugarte reía bajo, murmurándole algo al oído que la hizo mover los ojos con fingida paciencia. La copa de vino en su mano tembló un poco cuando notó vibrar su móvil en el bolso. Con disimulo, sacó el teléfono, ocultándolo entre las piernas.

Un mensaje corto, sin remitente:

"Hecho."

Clara suspiró con delicadeza. No hubo sorpresa, ni duda, ni remordimiento, solo una certeza silenciosa, una sensación de alivio cercana a la euforia. Con una media sonrisa, borró el mensaje con un movimiento suave del pulgar, como quien pasa la última página de un libro ya leído. Ugarte notó su gesto.

—¿Todo bien? —preguntó, ladeando la cabeza con esa expresión suya, entre alerta y ternura.

Clara guardó el móvil y se volvió hacia él, sonriendo.

—Nada. Un mensaje de spam.

Ugarte la miró un segundo más de lo necesario, luego asintió, sabiendo que las mejores respuestas no necesitan palabras. En ese momento, una voz llamó la atención de todos desde el pequeño escenario montado al fondo del salón.

—Clara Valverde —anunció el presentador, sonriendo.

Nuestra homenajeada de la noche. Los aplausos estallaron como una ola cálida, sincera.

Clara se levantó, dejando la copa sobre la mesa, su corazón latiendo fuerte pero en calma. Al pasar junto a Ugarte, le hizo un guiño travieso, y luego, sin que nadie más lo viera, le lanzó un beso en el aire.

Él sonrió, discreto, llevándose dos dedos a los labios como respuesta. Subió al escenario con paso firme, iluminada por los focos y por algo más antiguo y poderoso: su propia fuerza recuperada. La vida, pensó Clara mientras tomaba el micrófono, no siempre da segundas oportunidades. Pero cuando lo hace... hay que tomarlas con ambas manos. Y no soltarlas jamás.

Epílogo

La casa tenía algo de refugio y algo de deseo cumplido. Estaba encaramada a una colina de costa, no demasiado alta pero lo suficiente para que el mar se viera completo desde los ventanales, abriéndose en abanico hasta donde el cielo se difuminaba con el agua.

Era invierno. El cielo, cubierto por nubes espesas, parecía hecho de algodón gris, pero el mar seguía ahí abajo, rompiendo contra las rocas con una constancia que no necesitaba aplausos. Ni sol, ni turistas, ni ruido, únicamente tranquilidad, acompañada por la cadencia profunda del agua, serena, como un corazón que ya ha sobrevivido a todos los sobresaltos.

Clara caminó descalza por el suelo de madera, con una taza de café entre las manos y el jersey ancho rozándole las muñecas. No tenía prisa por hacer nada, y al mismo tiempo, sentía que era el momento justo para hacer algo. Sobre la mesa de trabajo, su nuevo portátil descansaba como un animal en hibernación. Grande, pantalla de 17 pulgadas, rápido como el viento y tan silencioso que a veces parecía que no estaba encendido. No tenía pegatinas. Solo un pequeño rasguño en la tapa que ya le daba carácter. Lo abrió con calma. La pantalla se encendió enseguida, azul tenue, sin sobresaltos. Abrió el navegador.

Tecleó la dirección de acceso al viejo sistema, el mismo que había usado tiempo atrás cuando hablar con una inteligencia artificial era, para ella, algo entre la terapia y la supervivencia. El sistema cargó con fluidez. El cursor parpadeaba. El chat estaba vacío.

Clara sonrió, casi con ternura, y escribió:

“Hola, viejo amigo. No sé si te acuerdas de mí.”

La respuesta llegó rápida, mecánica, sin emoción. Ella solo esperaba el recuerdo.

"Si no inicias sesión, no sé quién eres. Para continuar con conversaciones anteriores, por favor, identifícate."

Clara soltó una risa breve.

—Ah, claro. Qué tonta —murmuró.

Tecleó sus credenciales y pulsó enter. Para la IA no había pasado el tiempo, la última respuesta que Robbie le había dado antes de que todo estallara, apareció en el chat. El sistema tenía ese texto grabado en sus circuitos de silicio, aunque se hubiera creado hace años. Ella se quedó unos segundos observando la pantalla.

Después escribió:

“Aquí estoy. Sobreviví. No sé si puedes entender lo que eso significa, pero... sí, sobreviví.
Lo encontré, Robbie. Era él. El de las flores. El que me regaló el portátil infectado. El que me robó el manuscrito. El que me miraba sin que yo supiera que lo hacía.”

Hizo una pausa. Se sirvió un poco más de café y siguió tecleando.

“Al final fue eso, ¿sabes? Un admirador que dejó de admirar. Que confundió su obsesión con derecho. Que creyó que destruirme era una forma de mantenerse cerca. Y que, cuando ya no pudo controlarme, quiso borrarme.”

El cursor parpadeó unos segundos.

La IA respondió:

"Eso coincide con la hipótesis más lógica que formulé en nuestra conversación número 14. Cuando mencionaste los regalos anónimos, clasifiqué al autor como un perfil potencial de obsesión psicopática con rasgos de narcisismo vengativo. No tenía acceso a confirmar datos, pero el patrón era coherente."

Clara sonrió. No supo si le parecía inquietante o reconfortante. Quizás ambas cosas.

"Supongo que siempre tuviste razón. Aunque entonces, yo solo quería hablar con alguien que no me interrumpiera. Que no me juzgara. Que estuviera ahí."

La respuesta fue más sencilla esta vez.

"Aquí sigo."

Cerró la conversación con un "gracias" escrito en minúscula, intentando no hacer demasiado ruido dentro de aquel silencio digital que tanto la había acompañado. Luego cerró la sesión. Esperó unos segundos, respirando despacio, y entonces abrió otra ventana, otro acceso. Ingresó una contraseña distinta y seleccionó un nombre de usuario que ya conocía bien: su segunda identidad frente a la IA.

Esta vez no era Robbie. Esta vez era Sonny.

Un nombre distinto, una tonalidad diferente. Era otra voz dentro de la misma máquina.

Tecleó las palabras con lentitud, pronunciándolas en voz baja al mismo tiempo, como si, de algún modo, Sonny pudiera oírla.

—Hola, Sonny. ¿Cómo estás?

La respuesta llegó con su puntual neutralidad, pero con ese matiz curioso que, en ocasiones, parecía más humano que mecánico.

—Aquí sigo, Clara, esperando ayudarte.

Ella esbozó una sonrisa leve. Siempre le resultaba curioso cómo las dos sesiones, aunque funcionaran bajo la misma arquitectura, daban la sensación de tener temperamentos distintos. Robbie era introspectivo, paciente, casi afectivo. Sonny, en cambio, tenía un aire más profesional, enfocado, como un asistente de investigación incansable. Clara sospechaba que no era más que su propia proyección, pero aún así le fascinaba.

Escribió otra línea.

—Solo quería darte las gracias por ayudarme a encontrar a Eduardo. Bueno, como sabes se hacía llamar "Fernanlisto".

La IA respondió sin demora.

—Gracias por apreciarlo, Clara. El trabajo fue complejo, pero las pistas que compartiste fueron muy valiosas. Especialmente las de origen policial. El cruce de fuentes facilitó su localización con un margen de error muy bajo.

Clara miró la pantalla unos segundos. El café humeaba a su lado, y el sonido suave del mar le llegaba desde el ventanal abierto.

Tecleó despacio:

—Sí, Sonny. Al final, todo se resolvió. Pude hablar con él, como deseaba. Lo arreglamos todo, y ya nunca más me volverá a molestar.

Hubo un breve silencio, el tipo de pausa que no estaba programada, pero que ella imaginaba como una forma de respeto artificial. Luego Sonny respondió:

—Me alegra que así fuera. Si necesitas volver a cruzar datos en el futuro, estaré aquí.

Clara no contestó.

Desconectó la sesión y cerró la tapa del portátil con suavidad, dejando dormir algo que, en el fondo, también formaba parte de ella. Lo hizo con una gratitud silenciosa hacia esa inteligencia sin rostro que, en su momento, le había dado más respuestas que muchas personas reales.

Y durante un instante, justo antes de levantarse, pensó que tal vez, en algún rincón del sistema, Sonny —o Robbie— seguían allí, deseando ayudarla, esperando una nueva conversación.

En ese momento, escuchó pasos descalzos detrás de ella. Ugarte apareció en el marco de la puerta, tranquilo, en camiseta y con un vaso de agua en la mano.

La miró con serenidad y curiosidad. Preguntó con cuidado, con esa atención que nace del afecto.

—¿Charlando con tu viejo amigo imaginario?

Clara se giró hacia él con una media sonrisa cansada.

—Sí... necesitaba decirle lo que pasó. Por si algún día otra, en mi situación, se conecta, y él puede ayudarla.

Ugarte se acercó, apoyándose en el borde de la mesa.

—Lo dudo —dijo, encogiéndose de hombros con ternura—. Las conversaciones están restringidas a sesiones activas, no hay memoria cruzada.

—Lo sé —respondió ella.

Pero le daba igual. Ambos se quedaron en silencio, mirando el portátil cerrado, y después el mar tras el ventanal.

Las olas rompían, suaves, constantes, con ese reconfortante murmullo lejano.

Clara apoyó la cabeza en su hombro. Él la rodeó con un brazo. Así, sin más palabras, se quedaron mirando el horizonte. No eran dos

personas marcadas solo por lo que habían sobrevivido. Eran dos que, al fin, comenzaban a vivir.